



«El nombre de Crais puede ya incluirse  
en el panteón de los grandes escritores  
de novela negra.»  
*Sunday Times*

# ROBERT CRAIS

EL ÚLTIMO  
DETECTIVE

Lectulandia



Elvis Cole se enfrenta a uno de los momentos más delicados de su vida: una llamada le anuncia que Ben, el hijo de su compañera sentimental, que se encontraba bajo su tutela en ausencia de la madre, ha sido secuestrado. El acto delictivo está relacionado con el pasado de Cole. Éste fue el único superviviente de un batallón estadounidense aniquilado en Vietnam y, aunque entonces fue premiado por su heroicidad, alguien le guarda todavía rencor. Para complicar las cosas, Cole debe enfrentarse con el padre de Ben, que le culpa por lo sucedido y entorpece sus investigaciones.

**Lectulandia**

Robert Crais

# **El último detective**

**Elvis Cole y Joe Pike - 9**

ePub r1.0

Titivillus 09.03.2017

Título original: *The Last Detective*

Robert Crais, 2003

Traducción: Carlos Mayor

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## AGRADECIMIENTOS

Me gustaría expresar mi agradecimiento a las siguientes personas por sus aportaciones:

Eli y Tara Lucas, patrones del *Emydon*, que zarpa de Petersburg (Alaska), quienes me proporcionaron información sobre la pesca comercial y el oso pardo alasqueño, y, sobre todo, me permitieron compartir la riqueza de sus vidas.

Kregg P. J. Jorgenson y Kenn Miller me ayudaron a comprender a fondo al cuerpo de Rangers del ejército estadounidense, sus operaciones y las misiones de las patrullas de reconocimiento de largo alcance (las LRRP o *lurp*) durante la guerra de Vietnam. Gary Linderer también aportó información. Las libertades que me he tomado con la realidad (por ejemplo, la utilización del término «uh») son responsabilidad mía, lo mismo que cualquier error histórico.

El doctor Randy Sherman, catedrático y jefe del departamento de Cirugía Plástica y Reparadora de la facultad de Medicina de la Universidad del Sur de California, me aportó información, ilustraciones y consejos (a primera hora de la mañana) sobre heridas, traumatismos y métodos de recuperación. Joe Pike no podría haber tenido un mejor cirujano a su disposición.

Elyse Dinh-McCrillis se encargó de las traducciones al vietnamita.

El inspector de nivel 3 jubilado de la policía de Los Ángeles, John Petievich, me abrió las puertas de la Unidad de Desapariciones de su departamento.

También quiero demostrar mi agradecimiento a Aaron Priest. Jason Kaufman, Steve Rubin y Gina Centrello fueron de gran utilidad y demostraron una paciencia que no sería razonable esperar de nadie. Gracias.

# PRÓLOGO

## LA FE DE PIKE

### *Angoon (Alaska)*

La fría agua alaskaña tiraba de las barcas de pesca que ocupaban todo el muelle luchando por soltarlas de los amarraderos, que les impedían navegar en libertad con la marea. El agua del pequeño puerto de Angoon, un pueblecito pesquero de la costa occidental de la isla Admiralty, en la zona del sureste de Alaska, era de un negro metálico bajo las nubes y la lluvia que la rizaba, pero aun así resultaba clara, semejante a una ventana situada por debajo de los pilotes consumidos que daba a un mundo de estrellas de mar anchas como cubos de basura, medusas del tamaño de pelotas de baloncesto y percebes pesados como puños de estibador. Así era Alaska, tan rebotante de vida que podía llenar a un hombre y levantarlo por los aires, e incluso, quizá, devolverle la vida a un muerto.

Un indio tlingit llamado Elliot MacArthur miraba a Joe Pike, que metió su talego en un esquite de fibra de vidrio de cuatro metros. Se lo había alquilado a MacArthur, que se había puesto a tocar con la punta del pie, en un gesto nervioso, la funda del rifle de su cliente.

—No me había dicho que iba por esos osos. Subir solo hasta ese bosque no tiene demasiado sentido. No quiero perder la barca.

Pike sujetó el talego entre los bancos del esquite y después descolgó la funda del arma. Aquel día había elegido un Remington modelo 700 de acero inoxidable con cartuchos 375 magnum Holland & Holland. Era un rifle potente y pesado para compensar el fuerte retroceso. Pike levantó la funda con el brazo malo, y en el acto sintió una dolorosa punzada. Cambió el peso al brazo bueno.

A MacArthur no le gustó nada aquella historia del brazo.

—A ver, amigo. Ir por el oso con un brazo lesionado también es una idea absurda. Se lleva usted mi barca y se va solo, y ahí arriba hay un oso enorme. Tiene que ser muy grande, a juzgar por lo que le hizo a esa gente.

Pike sujetó la funda del rifle al talego y pasó a comprobar el nivel de combustible. Iba a ser un largo viaje, desde Angoon hasta la bahía de Chaik, donde se habían producido los mortíferos ataques.

—Le conviene pensárselo dos veces. Da igual que las familias hayan ofrecido recompensas, no vale la pena dejarse matar por eso.

—No voy a perder su barca.

MacArthur no estaba seguro de si le había insultado o no. Pike terminó de comprobar el equipo y salió de la barca. Una vez en el muelle, sacó diez billetes de

cien dólares de la cartera y se los ofreció a MacArthur.

—Tenga. Ya no hace falta que siga preocupándose.

MacArthur se puso colorado y se metió las manos en los bolsillos.

—Vamos a dejarlo. La ha alquilado y es toda suya. Me está haciendo quedar como un avaro y eso no me gusta nada.

Pike se guardó el dinero y se metió en el esqui, manteniendo el centro de gravedad. Soltó las amarras.

—Amárrela cuando llegue a Chaik —dijo MacArthur—. Marque un árbol con esa cinta naranja para que pueda encontrarle si tengo que ir en su busca.

Pike asintió.

—¿Quiere que llame a alguien? Quiero decir si es que hace falta ponerse en contacto con alguien.

—No.

—¿Seguro?

Pike se alejó del muelle sin contestar en dirección a aguas más profundas, con el brazo malo pegado al cuerpo.

La llovizna se convirtió en goterones y después en una niebla baja. Pike se subió la cremallera del anorak. Una familia de focas le contempló al pasar desde su pedestal, un promontorio rocoso. Más allá, en pleno canal, unas ballenas jorobadas echaban chorros de agua mientras una de ellas levantaba hacia el cielo la enorme cola. Pike sólo pensaba en una cosa: la calma perfecta y fascinante que aguardaba en las profundidades.

Se frotó el hombro lesionado. Le habían pegado dos tiros en la parte alta de la espalda hacía casi ocho meses ya. Las balas le habían hecho añicos el omóplato y los fragmentos óseos le habían acribillado el pulmón izquierdo y los músculos y los nervios de la zona igual que metralla. Por poco no había salido de aquélla, pero al final había sobrevivido y se había marchado al norte a recuperarse. Trabajaba en los barcos cangrejeros de Kamchatka que zarpaban de Dutch Harbor y en los pesqueros que salían de Petersburg. Pescaba pez sable y halibut con palangre y, si los miembros de las tripulaciones de las embarcaciones en que trabajaba veían las cicatrices que surcaban su pecho y su espalda, ninguno preguntaba por su origen. Aquello también era típico de Alaska.

Pike se dirigió hacia el norte durante cuatro horas a una velocidad constante de seis nudos, hasta alcanzar una bahía circular a la entrada de la cual había dos islotes. Echó un vistazo al mapa y después comprobó otra vez su posición en un GPS de mano. Sí, aquél era el lugar. La bahía de Chaik.

Las fuertes arremetidas del canal dieron paso a unas aguas lisas como el cristal rotas únicamente por la cabeza de una solitaria foca blanca. El fondo se elevó cuando Pike redujo la velocidad y se acercó a la orilla. Enseguida empezaron a aparecer los primeros animales muertos: unos salmones largos como el brazo de un hombre flotando a merced de la corriente, procedentes del riachuelo. Sus cadáveres estaban

manchados y desgarrados, abiertos en canal. Cientos de gaviotas picoteaban los restos que el agua había depositado en la orilla; en las copas de los árboles se habían apostado unas águilas de cabeza blanca, que observaban con envidia a las gaviotas. El olor a pescado podrido era cada vez más intenso.

Pike apagó el motor, dejó que el esquife se deslizara hasta la playa rocosa y después se metió en el agua que le llegaba hasta las rodillas. Arrastró la barca para alejarse lo suficiente de la marca dejada por la marea y luego la ató a una rama de cicuta que señaló con la cinta naranja, tal como le había pedido Elliot MacArthur.

La costa estaba cubierta por un muro verde e impenetrable formado por alisos, piceas y cicutas. Pike montó el campamento bajo las flexibles ramas y después ingirió una cena consistente en mantequilla de cacahuete y zanahorias peladas. A continuación alisó una zona de la playa e hizo estiramientos en ella hasta que hubo calentado los músculos. Acto seguido hizo flexiones y abdominales a pesar de los guijarros que se le clavaban en la carne. Sudó. Arqueó la columna y levantó las piernas para formar las asanas más agotadoras del hatha yoga. Reprodujo la estricta coreografía de una *kata* de tae kwon do, dando patadas y moviendo los brazos como aspas mientras hacía la transición de la forma coreana a las chinas de kung fu y *wing chun*, un método que llevaba practicando cada día desde niño. Le caía el sudor del cabello, castaño y corto. Los chasquidos de sus manos y sus pies eran tan violentos que espantaban a las águilas. Pike se obligó a acelerar el ritmo, a seguir dando vueltas y giros, enloquecido por el esfuerzo, intentando vencer el dolor.

No le bastó. El hombro no se movía con la suficiente rapidez. Los movimientos resultaban algo torpes. Era menos de lo que había sido.

Se sentó a la orilla del agua con una sensación de vacío interior. Se dijo que iba a esforzarse más, que iba a reparar el daño que había sufrido y que iba a reconstruirse como se había reconstruido de niño. El esfuerzo era su oración; el compromiso, su fe; la confianza en sí mismo, su único credo. Pike había aprendido aquel catequismo de pequeño. No tenía nada más.

Aquella noche se acostó bajo un plástico y oyó la lluvia colarse por entre los árboles. Mientras, pensaba en el oso.

A la mañana siguiente inició su misión.

El oso pardo alasqueño es el peor depredador de todos los continentes, mayor que el león africano o el tigre de Bengala. No es un oso amoroso, no se llama Pooh ni vive feliz en Disneylandia tocando el banjo. El macho puede llegar a pesar casi media tonelada, y aun así se escabulle por los bosques en el más absoluto silencio. Aunque parezca que está gordo, debido a la forma de tonel de su cuerpo, es capaz de acelerar más deprisa que un pura sangre para atrapar a un ciervo a la carrera. Sus garras alcanzan una longitud de quince centímetros y son tan afiladas como clavos; sus mandíbulas pueden triturar la columna vertebral de un alce americano o arrancar la



puerta de un coche de cuajo. Cuando carga no avanza pesadamente sobre las patas traseras, como se ve en las películas, sino que se agacha, con la cabeza baja, levanta mucho el labio superior para gruñir y arremete con la velocidad de un león al atacar. Mata retorciendo el pescuezo o destrozando el cráneo de un mordisco. Si la víctima se protege el cuello y la cabeza, el oso le arranca la carne de la espalda y de las piernas sin importarle los gritos y se traga pedazos enteros sin masticados hasta alcanzar las entrañas. En la antigüedad, los romanos organizaban luchas en el circo entre osos pardos de los Urales y leones africanos. Enfrentaban a dos de éstos contra uno de aquéllos, que por lo general ganaba. Como el gran tiburón blanco que nada sin temor por las profundidades del mar, el oso pardo no tiene rival sobre la faz de la tierra.

Pike se había enterado de lo sucedido en el arroyo de Chaik gracias a un capitán de barco que había conocido en Petersburg. Tres biólogos del Departamento de Pesca y Caza se habían adentrado en la zona para realizar un recuento de la población de salmones, que estaban desovando. El primer día, los científicos informaron de que había una gran cantidad de osos pardos, algo habitual en la temporada de desove que no sorprendió a nadie. Nada más se supo de los biólogos hasta que un barco que pasaba por allí captó un confuso mensaje de socorro cuatro días después. Los técnicos de Pesca y Caza que estaban trabajando con los tramperos tlingit de la zona llegaron a la conclusión de que un macho maduro había seguido a los tres biólogos durante un buen trecho por el riachuelo y finalmente les había atacado cuando se habían detenido a montar una trampa. Aunque iban armados con rifles de gran potencia, lo violento del ataque les impidió utilizarlos. Dos de los miembros del equipo (la doctora Abigail Martin, que era la bióloga jefa, y Clark Aimes, supervisor de fauna y flora) murieron de inmediato. El tercero, un estudiante de posgrado de Seattle llamado Jacob Gottman, logró huir. El oso (que debía de pesar, según los cálculos realizados a partir de la anchura y la profundidad de sus huellas, más de media tonelada) le persiguió hasta una gravera, río abajo, donde le destripó, le arrancó el brazo derecho a la altura del codo y metió su cuerpo a empujones bajo un aliso caído. Gottman seguía con vida. Cuando el oso regresó al lugar del primer ataque para devorar a Martin y a Aimes, Gottman avanzó río abajo hasta la bahía de Chaik, donde pidió ayuda sirviéndose de un pequeño *walkie-talkie*. Una de sus últimas llamadas de auxilio fue escuchada por un barco salmonero de quince metros de eslora, el *Emydon*. Gottman se desangró antes de que llegara nadie.

—Fue lo mejor, seguro —afirmó el capitán clavando la mirada en el café—. Está claro que acabar de una vez fue lo mejor. Dicen que había ido dejando un rastro con las entrañas, que parecían una manguera.

Pike asintió sin hacer ningún comentario. Había visto cosas peores hechas por un hombre a otro, pero no lo dijo.

El capitán le contó que las pruebas realizadas a los restos encontrados indicaban que el oso tenía la rabia. Los de Pesca y Caza enviaron a dos equipos de rastreadores

para cazarlo, pero ninguno de los dos lo consiguió. Los padres de Jacob Gottman ofrecieron una recompensa. Un trampero tlingit de Angoon se fue a buscar al animal, pero no regresó. Los Gottman doblaron la recompensa. El hermano y el suegro del trampero pasaron dos semanas recorriendo el arroyo, pero sólo encontraron una pista: la mayor huella que los dos habían visto en su vida, con marcas de garras del tamaño de cuchillos de caza. Afirmaban que habían sentido su presencia, que habían notado el peso oscuro y mortal del oso como una sombra entre los árboles, pero que no habían llegado a verlo. Era como si se hubiese retirado. A esperar.

—A esperar —dijo Pike.

—Eso fue lo que dijeron, sí.

Aquella noche Pike llamó a un hombre que conocía en Los Ángeles. Dos días después recibió su rifle y partió rumbo a Angoon.

El bosque se lo tragaba. Árboles viejos como la tierra surgían vigorosos del suelo y desaparecían al transformarse en una cubierta de verdor. La lluvia goteaba por entre sus hojas, convertida en un repiqueteo inquebrantable que dejó a Pike calado hasta los huesos. En las empinadas orillas del arroyo la maraña de helechos, árboles jóvenes y enredaderas era tal que descendió y fue caminando por el agua. Aquel lugar agreste le resultaba fascinante.

Los demás habían llegado cuando el ciclo de desove acababa de empezar y el arroyo estaba repleto de peces. Pike, en cambio, vio salmones muertos desparramados por las graveras y colgados de las raíces, como cortinas podridas. Buscar alimento no era algo tan sencillo. Pike dedujo que el oso enfurecido debía de haber espantado a los cachorros, a las hembras y a los osos menos corpulentos que él para quedarse todos los peces.

Siguió avanzando durante el resto del día, pero no halló nada. Por la noche regresó al campamento. Pasó cinco días de caza con la misma estrategia, avanzando cada mañana un poco más río arriba. Se detenía a descansar a menudo. Le dolía al respirar a causa de las cicatrices de los pulmones.

Al sexto día encontró la sangre.

Rodeó la base desarraigada de un aliso caído y vio regueros de una sustancia rojiza, semejante a pintura, por una gravera. Había una docena de salmones keta fuera del agua, y la sangre fresca aún resplandecía en su carne desgarrada. Algunos estaban partidos en dos de un mordisco y a otros les faltaba la cabeza. Pike se detuvo y permaneció absolutamente inmóvil. Buscó entre las enredaderas unos ojos que estuvieran clavados en los suyos, pero no encontró nada. Sacó un encendedor del bolsillo, lo encendió y observó la llama. El viento soplaba en la dirección contraria. Si había alguien río arriba no podría olerle.

Se arrastró hasta la gravera. En el barro había huellas como platos que mostraban marcas de garras de la longitud de cuchillos.

Pike levantó el rifle para apuntar con mayor firmeza. Si el oso le atacaba tendría que empuñar el arma con mucha rapidez, o media tonelada de locura cargada de furia se abalanzaría sobre él. Un año antes habría estado totalmente convencido de ser capaz de hacerlo. Quitó el seguro. El mundo no garantizaba nada: la única garantía estaba en su interior.

Empezó a avanzar por el agua.

Se encontró con una curva cerrada. Le tapaba la visión una cicuta caída cuya enorme bola de raíces se extendía como un imponente abanico de encaje. Oyó un fuerte chapoteo al otro lado del árbol caído. El ruido se repitió. No era el palmetazo rápido de un pez al saltar, sino el avance de algún animal corpulento por el agua.

Pike forzó la vista para ver lo que había tras el árbol derribado, pero el embrollo de raíces, ramas y hojas era demasiado tupido.

Se oyeron más chapoteos a muy poca distancia. La carne roja se arremolinaba a su alrededor y rebotaba contra sus piernas.

Pike rodeó el árbol caído con un silencio glacial, poniendo cuidado en cada paso, sin hacer el mínimo ruido en aquellas aguas embravecidas. Un salmón moribundo se desplomó sobre la dura orilla, con las entrañas al aire, pero el oso había desaparecido. Pesaba media tonelada y se había escabullido, había salido del agua y se había metido en un matorral de aliso y enredaderas sin hacer ruido alguno. En el margen de un sendero se veía la enorme y solitaria huella de una garra.

Pike se quedó inmóvil en las aguas arremolinadas, esperando. El oso podía estar al acecho a apenas tres metros de allí o podría haberse marchado hacía un buen rato. Pike se subió a la ribera. El rastro del oso estaba marcado por las espinas y un reguero viscoso de peces podridos. Pike volvió a mirar el salmón que había saltado fuera del agua. Ya estaba muerto.

Se adentró en el matorral. Un velo de helechos, enredaderas y árboles jóvenes cayó sobre él. Una forma corpulenta pero imprecisa avanzó por su derecha.

¡Huf!

Pike levantó el rifle, pero el cañón se enredó en el tallo de una enredadera, que era más fuerte que su brazo lesionado.

¡Huf!

El oso soltó un resoplido por la boca para probar el sabor de Pike. Sabía que había algo más en el matorral, pero no el qué. Pike logró llevar el arma al hombro, pero no veía nada a lo que apuntar.

¡Clac!

El oso cerró las mandíbulas de golpe a modo de advertencia. Estaba preparándose para abalanzarse sobre él.

¡Clac, clac!

Cortaba la maleza como si fuese papel; su ataque podía proceder de cualquier parte. Pike se preparó mentalmente. No pensaba retroceder; no pensaba dar media vuelta. Ésa era la única ley inmutable de la fe de Joe Pike: siempre había que

quedarse para enfrentarse al enemigo.

¡Clac, clac, clac!

De repente le fallaron las fuerzas. Le tembló el hombro y perdió la sensibilidad. El brazo le tiritaba. Concentró todas sus fuerzas en mantenerse firme, pero el rifle le pesaba cada vez más y la maleza lo empujaba hacia abajo.

¡Clac!

Pike salió del matorral arrastrándose de espaldas y se metió en el agua. El golpeteo de la lluvia fue apagando el chasquido de las mandíbulas de acero.

No se detuvo hasta llegar a la bahía. Apoyó la espalda contra una gigantesca picea e hizo lo que pudo para enterrar sus sentimientos, pero no logró esconderse de la vergüenza, el dolor y la certeza de que estaba totalmente perdido.

Dos días después regresó a Los Ángeles.

# **PRIMERA PARTE**

## **EL PRIMER DETECTIVE**

En el sueño, la lápida me inmoviliza impidiéndome huir. Es un pequeño rectángulo negro enclavado en la tierra, que el sol del atardecer tiñe de rojo. Bajo la mirada hacia la lápida, muerto de ganas de saber qué se esconde en la tierra, pero en el mármol no hay nada escrito. No hay ningún nombre que señale ese lugar de reposo. Sólo dispongo de una pista: la tumba es pequeña. A mis pies yace un niño.

Últimamente el sueño se repite, casi todas las noches, en ocasiones más de una vez. Entonces duermo poco; prefiero levantarme y quedarme sentado en la oscuridad de mi casa vacía. Aun así, sigo atrapado, prisionero del sueño.

Lo que sucede es lo siguiente: el cielo se oscurece mientras la bruma se apodera del cementerio. Las ramas retorcidas de un roble centenario, cargadas de musgo, se balancean al ritmo de la brisa nocturna. No sé dónde está ese lugar ni cómo he llegado hasta allí.

Me encuentro solo y tengo miedo. Las sombras titilan al final de la zona iluminada; unas voces susurran, pero no las entiendo. Una sombra tal vez sea mi madre; la otra, el padre al que jamás conocí. Quiero preguntarles quién yace en esa tumba, pero cuando me dirijo a ellos en busca de ayuda sólo encuentro oscuridad. No queda nadie a quien preguntar, nadie en situación de ayudarme. Estoy solo.

La lápida sin nombre me aguarda.

¿Quién yace aquí?

¿Quién ha dejado sola a esta criatura?

Siento un deseo desesperado de huir de ese lugar. Quiero escapar, abrirme, salir por piernas, largarme, abandonar, pirármelas, evaporarme, zafarme, escabullirme, marcharme, salir pitando, volar, CORRER, pero, de esa forma extraña en que suceden las cosas en los sueños, aparece una pala en mis manos. No puedo mover los pies, no me obedece el cuerpo. Una voz que oigo en la cabeza me ordena que tire la pala, pero una fuerza a la que soy incapaz de resistirme dirige mi mano: si cavo, encontraré; si encuentro, comprenderé. La voz me ruega que me detenga, pero estoy poseído. Me advierte que los secretos que allí se esconden no van a gustarme, pero cavo con total determinación.

Se abre la tierra negra.

El ataúd queda al descubierto.

La voz me chilla que me detenga, que no mire, que me salve, así que aprieto los ojos. La he reconocido. Es la mía.

Tengo miedo de lo que haya mis pies, pero no me queda alternativa. He de ver la verdad.

Mis ojos se abren.

Y miro.

El silencio llenaba aquel otoño el cañón que se extendía a los pies de mi casa; no había halcones planeando por el cielo, los coyotes no aullaban y el búho que vivía en el alto pino que había delante de mi puerta ya no repetía mi apellido. Una persona más inteligente habría visto en todo aquello una advertencia, pero el aire era frío y exageradamente límpido, como suele ocurrir algunos días de invierno. Eso me permitía ver más allá de las casas que salpicaban las laderas de las colinas que formaban la cuenca en la que estaba enclavada la gran ciudad de Los Ángeles. A veces, cuando la visibilidad es tan buena, uno se olvida de mirar lo que tiene justo delante de las narices, lo que está a su lado, tan cerca que forma parte de uno mismo. Debería haber considerado aquel silencio como un aviso, pero no fue así.

—¿A cuánta gente ha matado?

Del cuarto contiguo surgían resoplidos, insultos y puñetazos.

—¿Qué? —gritó Ben Chenier.

—¿Que a cuánta gente ha matado?

Estábamos a seis metros el uno del otro, yo en la cocina y él en el salón. Hablábamos a voz en grito: Ben Chenier, también conocido como el hijo de diez años de mi novia, y yo, también conocido como Elvis Cole, el mejor detective privado del mundo, y como el responsable del chaval mientras su madre, Lucy Chenier, estaba de viaje por motivos de trabajo. Era el quinto y último día que pasábamos juntos.

Me acerqué a la puerta.

—¿Esa cosa tiene control de volumen?

Ben estaba tan metido en algo llamado Game Freak que ni siquiera levantó la vista. Había que agarrarlo como si fuera una pistola con una mano y manejar los mandos con la otra mientras en la pantalla incorporada se desarrollaba la acción. El dependiente me había dicho que se vendía como rosquillas y que era para chicos de entre diez y catorce años. Lo que no me había contado era que hacía más ruido que un tiroteo en plena hora punta.

Ben no había dejado de jugar desde que se lo había regalado el día anterior, pero yo me daba cuenta de que no se lo pasaba bien, y eso me preocupaba. Había ido de excursión a las colinas conmigo y me había dejado que le enseñara algunas de las cosas que sabía sobre artes marciales, y también me había acompañado a la oficina, porque creía que los detectives privados no nos limitábamos a telefonar a morosos y a limpiar mierda de pájaro de las barandillas de los balcones. Por las mañanas lo había llevado al colegio y por las tardes había pasado a recogerlo, y entre lo segundo y lo primero habíamos preparado comida tailandesa, habíamos visto películas de Bruce Willis y nos habíamos reído mucho juntos. Sin embargo, de repente había empezado a Utilizar el juego para esconderse de mí con una falta de placer absoluta.



Yo sabía por qué lo hacía, y verlo así me afectaba mucho, no sólo por el modo en que se sentía, sino por la parte que me tocaba. Luchar contra asesinos de la yakuza era más fácil que hablar con niños.

Me acerqué y me dejé caer en el sofá, junto a él.

—Podríamos ir de excursión por Mulholland.

Ni caso.

—¿Quieres hacer ejercicio? Puedo enseñarte otra *kata* de tae kwon do antes de que vuelva tu madre.

—No.

—¿Quieres hablar de tu madre y de mí?

Soy detective privado. Debido a mi trabajo he de tratar con individuos peligrosos, y a principios del verano anterior ese peligro me había tocado de lleno cuando un asesino, Laurence Sobek, había amenazado a Lucy y a Ben. Lucy no lo llevaba nada bien y Ben nos había oído discutir. Sus padres se habían divorciado cuando él tenía seis años, y con todo lo que estaba pasando se preocupaba, porque creía que la historia se repetía. Tanto Lucy como yo habíamos intentado hablar con él, pero a los chavales, al igual que a los hombres, les cuesta hablar de sus sentimientos.

En lugar de responderme, Ben apretó con más fuerza el mando del juego y empezó a asentir sin despegar los ojos de lo que sucedía en la pantalla.

—Mira qué guaro Es la Reina de la Culpa.

Perfecto.

Una joven de rasgos asiáticos con el pelo de punta y pechos como melones que gruñía como si estuviera muy enfadada salto por encima de un contenedor de basuras para enfrentarse a tres musculosos adictos a los esteroides en lo que parecía un paisaje urbano devastado. Una camiseta minúscula le cubría los pechos y poco más, nos pantalones cortos que parecían pantalones cortos que parecían pintados con aerosol dejaban sus nalgas al descubierto y su voz era un bufido electrónico que surgía del pequeño altavoz del Game Freak.

«¡Eres una mierda!».

Se defendió con una patada de artes marciales, dada de lado, que hizo saltar por los aires al primer atacante.

—Qué tía —exclamé.

—Sí. Uno de los malos, que se llama Modus, ha vendido a su hermana como esclava, así que ahora la Reina va a darle una lección que se va a enterar.

La Reina de la Culpa empezó a propinar puñetazos a un hombre tres veces más corpulento que ella. Le atizaba con la izquierda y con la derecha tan deprisa que las manos quedaban borrosas. Sangre y dientes salieron volando por todas partes.

«¡Toma tu merecido, cerdo!».

Me percaté de que había un botón de pausa en los controles y detuve el juego. Cuando los adultos nos ponemos a hablar con un niño siempre estamos pensando qué vamos a decir y cómo. Queremos ser sabios, pero en realidad también somos niños,

aunque dentro de un cuerpo de persona mayor. Nada es nunca lo que parece. Las cosas que creemos saber jamás son ciertas. Ahora lo tengo muy claro. Preferiría no saberlo, pero no puedo evitarlo.

—Ya sé que lo que está pasando entre tu madre y yo te preocupa —empecé—. Lo que quiero que sepas es que vamos a superarlo. Tu madre y yo nos queremos. Todo va a acabar bien.

—Ya lo sé.

—Ella te quiere. Y yo también.

Ben se quedó mirando la pantalla, con la imagen detenida, por unos instantes, y luego levantó la vista hacia mí. Su carita infantil reflejaba sus cavilaciones. No era tonto: sus padres también lo querían y no por eso habían dejado de divorciarse.

—¿Elvis?

—¿Qué?

—Me lo he pasado muy bien aquí contigo en tu casa. Ojalá no tuviera que irme.

—Yo también. Me alegro de que hayas venido.

Sonrió y también yo sonreí. Tiene gracia: un momento así basta para llenarte de esperanza. Le di una palmadita en la pierna.

—A ver qué te parece esto. Tu madre va a volver enseguida. ¿Por qué no limpiamos un poco para que no se crea que somos unos guarros y después preparamos la barbacoa para estar preparados y cenar en cuanto llegue? ¿Te apetecen hamburguesas?

—¿Puedo acabar la partida antes? La Reina de la Culpa está a punto de encontrar a Modus.

—Sí, hombre. ¿Por qué no la sacas al porche? Esa Reina hace mucho ruido.

—Vale.

Volví a la cocina y Ben se llevó a la Reina, pechos incluidos, afuera. Incluso desde tan lejos se la escuchaba con claridad: «¡Te voy a dejar la cara hecha una pizza!». Y entonces su víctima gemía de dolor.

Debería haber escuchado algo más. Debería haber prestado más atención.

Menos de tres minutos después llamó Lucy desde el coche. Eran las cuatro y veintidós y acababa de sacar la carne de las hamburguesas de la nevera.

—¡Eh! ¿Dónde estás? —pregunté.

—En Long Beach. El tráfico va bien, así que no estoy tardando mucho. ¿Qué tal vosotros?

Lucy Chenier era comentarista de temas legales en una cadena de televisión de Los Ángeles. Antes de eso se había dedicado al derecho civil en Batan Rouge, precisamente en la época en que nos habíamos conocido. En su voz se notaba todavía un rastro del acento afrancesado de Luisiana, pero había que prestar atención para detectarlo. Había ido a San Diego a cubrir un juicio.

—Pues bien. Estoy preparando hamburguesas para cuando llegues.

—¿Y Ben cómo está?

—Hoy no le he visto muy animado, pero hemos charlado un rato. Se le ha pasado un poco. Te echa de menos.

Se produjo un silencio que duró demasiado. Lucy había llamado todos los días al final de la jornada y nos habíamos reído siempre, pero nuestras conversaciones parecían incompletas, aunque intentáramos fingir lo contrario. No era nada fácil salir con el mejor detective privado del mundo.

—Yo también te he echado de menos —dije por fin.

—Y yo a ti. Ha sido una semana muy larga. Lo de las hamburguesas me parece muy buena idea. Con queso. Y muchos pepinillos.

La noté cansada, pero también me dio la impresión de que sonreía.

—Me parece que podrá arreglarse. Aquí tiene la señora su pepinillo esperándola. Se echó a reír. También soy el detective privado más gracioso del mundo.

—¿Cómo iba a rechazar una oferta tan tentadora? —dijo.

—¿Quieres hablar con Ben? Acaba de salir.

—Tranquilo. Dile que voy para allá y que le quiero, y luego puedes decirte a ti mismo que también te quiero.

Colgamos y salí al porche para transmitir la buena noticia, pero estaba desierto. Me acerqué a la barandilla. A Ben le gustaba jugar en la pendiente que hay detrás de mi casa y subirse a los nogales negros que crecen bajando por la colina. Tras los árboles había más casas enclavadas en las calles que recorrían la ladera igual que telarañas.

Las zonas más profundas del cañón ya empezaban a adquirir tonos morados, pero aún había bastante luz. No lo vi por ningún lado.

—¿Ben?

No contestó.

—¡Eh, tío! ¡Ha llamado tu madre!

Seguía sin responder.

Fui a mirar el lateral de la casa, luego volví a entrar y lo llamé otra vez, pensando que a lo mejor había ido a la habitación de invitados, que se había convertido en la suya, o al lavabo.

—¡Eh, Ben! ¿Dónde estás?

Nada.

Miré en la habitación de invitados y en el baño de la planta baja, y después salí a la calle por la puerta delantera. Mi casa estaba en una callecita privada que recorría, trazando bastantes curvas, la parte superior del cañón. No solían pasar muchos coches, solamente cuando los vecinos iban al trabajo y volvían, así que no había ningún peligro y era una calle ideal para ir en monopatín.

—¿Ben?

No lo veía. Volví a entrar en casa.

—¡Ben! ¡Oye, que la que ha llamado ha sido tu madre!

Me pareció que aquello de la amenaza de la madre podía funcionar.

—Si te has escondido, sal de inmediato. No tiene gracia. Subí al altillo donde estaba mi dormitorio, pero no lo encontré.

Bajé y volví a salir al porche.

—¡Ben!

En la casa más cercana vivía una mujer con dos hijos, pero Ben nunca se marchaba sin decírmelo antes. Ni siquiera bajaba por la ladera, ni salía a la calle, ni se iba a la cochera sin avisar. Lo que estaba ocurriendo no era propio de él. Tampoco era normal que hiciese aquel numerito a lo David Copperfield y desapareciera sin más. Entré otra vez en la casa y llamé a la vecina. Por la ventana de la cocina veía la casa de Grace.

—¿Grace? Soy Elvis, el vecino de al lado.

Como si pudiera haber otro Elvis por el barrio.

—Hola, guapo. ¿Qué hay?

Grace me llamaba «guapo». Había sido especialista cinematográfica hasta el día que conoció a un colega de profesión mientras caían de un edificio de doce pisos. Se retiró y tuvo dos hijos.

—¿Ben está por ahí?

—No. ¿Tenía que haber venido?

—Hace un momento estaba aquí, pero de repente se ha desvanecido. Se me ha ocurrido que tal vez hubiese ido a ver a tus hijos.

Grace titubeó y su habitual tono desenfadado fue sustituido por cierta preocupación.

—Voy a preguntarle a Andrew. A lo mejor han bajado al sótano sin que yo los viera.

Andrew era el mayor, de ocho años. Su hermano pequeño, Clark, tenía seis. Ben me había contado que a Clark le gustaba comerse los mocos.

Volví a mirar la hora. Lucy había llamado a las cuatro y veintidós, eran ya y treinta y ocho. Salí al porche, teléfono en mano, con la esperanza de toparme con Ben, que subiría con la lengua fuera. Pero la ladera estaba desierta.

Grace volvió a ponerse al aparato.

—¿Elvis?

—Dime.

—Los niños no lo han visto. Espera, que voy a salir a mirar. A lo mejor está en la calle.

—Gracias, Grace.

Cuando lo llamó, su voz se distinguió con claridad, procedente del otro lado de la curva del cañón que separaba nuestras casas. Luego volvió al teléfono.

—Se ve bastante lejos por los dos lados, y no hay ni rastro de él. ¿Quieres que me acerque y te ayude a buscarlo?

—Ya tienes bastante con Andrew y con Clark. Si aparece, ¿me haces el favor de retenerlo y me llamas?

—Inmediatamente.

Colgué y me quedé mirando el cañón que se abría a mis pies. La pendiente no era muy pronunciada, pero podía haber tropezado o haberse caído de un árbol. Dejé el aparato en el porche y empecé a bajar por la colina. Se me hundían los pies en la tierra, que estaba reblandecida, y me costaba mantener el equilibrio.

—¡Ben! ¿Dónde diablos te has metido?

Los grises y rugosos nogales poblaban la ladera, retorcidos como dedos nudosos. Una solitaria yuca crecía en espiral entre ellos; sus hojas puntiagudas semejaban rayos de sol de un verde negruzco. Los restos oxidados de una alambrada estaban medio enterrados tras años de movimientos de tierras. El nogal más voluminoso surgía del suelo más allá de la alambrada con cinco troncos pesados que se desplegaban como una mano a medio abrir. Ben y yo habíamos subido a ese árbol juntos dos veces, e incluso habíamos hablado de la posibilidad de construir una casita de madera entre los troncos.

—¡Ben!

Agucé el oído. Tomé aire con fuerza, lo solté y después contuve la respiración. Oí una voz muy lejana.

—¡Ben!

Me imaginé que estaría más abajo, con una pierna rota. O algo peor.

—¡Ya voy!

Me di prisa.

Seguí la voz por entre los árboles y detrás de una elevación del terreno. Estaba convencido de que iba a encontrarle, pero al saltar el montículo distinguí más claramente la voz y me di cuenta de que no era la suya. El Game Freak me esperaba en un nido de hierba otoñal. No había ni rastro de Ben.

Le llamé con todas mis fuerzas:

—¡Ben!

No llegó respuesta, sólo se oían el martilleo atronador de mi corazón y la voz metálica de la Reina. Por fin había encontrado a Modus, que era un hombre gigantesco, gordísimo, de cabeza puntiaguda y ojos saltones. Ella le pegaba una patada tras otra, un puñetazo tras otro, sin dejar de vociferar que había prometido vengarse, y la pelea proseguía, en un bucle sin fin, por una habitación cubierta de sangre.

«¡Muérete ya! ¡Muérete ya! ¡Muérete ya!».

Apreté a la Reina de la Culpa con fuerza contra el pecho y subí la colina a toda prisa.

*Tiempo desde la desaparición: 00 horas y 21 minutos*

El sol se ponía. Las sombras que surgían de las profundas hendiduras que había entre las cadenas montañosas parecían tinta que iba llenando el cañón. En mitad del suelo de la cocina dejé una nota que rezaba: «Quédate quieto. He salido a buscarte», y acto seguido me subí al coche para recorrer el cañón, en un intento de dar con él.

Si el chaval se había torcido un tobillo o se había hecho un esguince en la rodilla, quizás hubiera bajado la colina renqueando, en lugar de subir por la pendiente para volver a mi casa; quizás hubiese llamado a la puerta de alguien para que le ayudara; quizás estuviera regresando a casa él solo, cojeando. Me dije que sí, claro, que tenía que ser eso. Los niños de diez años no se desvanecen como si se los hubiera tragado la tierra.

Cuando alcancé la calle que seguía el sistema de desagüe, por debajo de mi casa, aparqué y me apeé. La luz estaba desapareciendo más deprisa y en la oscuridad costaba distinguir las formas. Lo llamé:

—¿Ben?

Si había bajado por la colina, tenía que haber pasado junto a una de las tres casas que había en aquella zona. En las dos primeras no encontré a nadie, pero en la tercera me atendió la asistenta, quien me dejó pasar al jardín trasero, aunque se quedó mirándome por las ventanas como si temiera que fuese a robar los juguetes de la piscina. Nada. Me subí a un muro de hormigón para ver los jardines de los vecinos, pero tampoco estaba allí. Volví a llamarlo:

—¡Ben!

Regresé al coche. Era muy fácil (y sumamente probable) que nos cruzáramos; mientras yo iba conduciendo por una calle, Ben podría salir por otra, y, cuando llegara yo a ésta, podría reaparecer detrás de mí. Pero no se me ocurría nada más.

En dos ocasiones hice que las patrullas de seguridad que vi pasar se detuvieran y les pregunté si habían visto a un niño que encajara con la descripción de Ben. En los dos casos me contestaron negativamente, pero anotaron mi nombre y mi teléfono y se ofrecieron a llamarme en caso de que dieran con él.

Aceleré para recorrer el máximo de terreno posible antes de que se pusiera el sol. Crucé las mismas calles una y otra vez, serpenteando por los cañones como si el que se hubiera perdido fuese yo y no Ben. Cuanto más subía, más iluminadas estaban las calles, pero por las sombras corría un aire helado. Ben llevaba una sudadera y unos vaqueros. Me imaginé que debía de estar pasando frío.

Al llegar a casa empecé a llamarlo otra vez mientras entraba, pero nuevamente sin éxito. La nota seguía en el mismo sitio y no había mensajes en el contestador

automático.

Llamé a las oficinas de las empresas de seguridad privadas que vigilaban el cañón, incluida la compañía propietaria de las dos patrullas a las que ya había avisado. Los coches de esas empresas recorrían los cañones las veinticuatro horas del día, y delante de casi todas las casas se veían carteles suyos, como advertencia para los ladrones. Así era la vida en la gran ciudad. Les expliqué que había desaparecido un niño en la zona y les di la descripción de Ben. Aunque no tenía contratados sus servicios, se ofrecieron a ayudarme.

Al colgar el auricular oí que se cerraba la puerta de la calle y sentí una punzada de alivio tan intensa que me dolió.

—¡Ben!

—Soy yo.

Lucy entró en el salón. Llevaba un traje sastre negro y una blusa de color crema, pero se había quitado la chaqueta y la sostenía con la mano; se le habían arrugado los pantalones de ir sentada en el coche tanto rato. Era evidente que estaba cansada, pero aun así hizo un esfuerzo por sonreír.

—Oye, que aquí no huele a hamburguesas.

Eran las seis y dos. Hacía exactamente cien minutos que Ben había desaparecido. Lucy había tardado exactamente cien minutos en llegar a casa desde la última llamada. Y yo sólo había necesitado esos cien minutos para perder a su hijo.

Enseguida detectó el miedo en mi expresión. La sonrisa se desvaneció de su rostro.

—¿Qué pasa?

—Ben ha desaparecido —respondí.

Eché un vistazo alrededor, como si el niño pudiera estar escondido detrás del sofá, riéndose de la broma. Pero no, Lucy sabía que no era ninguna broma. Se daba cuenta de que hablaba en serio.

—¿Cómo que ha desaparecido?

La explicación me resultó pobre, como si estuviera buscando excusas.

—Ha salido más o menos cuando hablaba contigo, y ahora no lo encuentro. Lo he llamado, pero no contesta. He recorrido todo el cañón, buscándolo, pero no lo he visto. No está en casa de los vecinos. No sé dónde está.

Lucy meneó la cabeza, como si yo hubiera cometido un error frustrante y no estuviese contándole bien la historia.

—¿Se ha ido sin más?

Le mostré el Game Freak como si se tratara de una prueba.

—No lo sé. Estaba jugando con esto cuando ha salido. Me lo he encontrado en la pendiente.

Pasó por mi lado y salió al porche.

—¡Ben! ¡Benjamin, haz el favor de contestar! ¡Ben!

—Luce, ya lo he llamado.

Volvió a entrar en la casa, dando grandes zancadas, y desapareció por el pasillo.

—¡Ben!

—No está. He llamado a las empresas de seguridad. Estaba a punto de llamar a la policía.

Regresó y salió otra vez al porche.

—¡Joder, Ben, más te vale contestarme!

Salí tras ella y la agarré por los brazos. Estaba temblando. Se volvió y nos abrazamos. Hablaba con una vocecilla cargada de culpabilidad, la cara pegada contra mi pecho.

—¿Crees que se ha escapado?

—No. Si no le pasaba nada, Luce. Hemos hablado un poco y estaba bien. Se reía con este juego tan tonto.

Le expuse mi teoría de que probablemente se había hecho daño jugando en la ladera, y después debía de haberse perdido al intentar encontrar el camino de vuelta.

—Esas calles de ahí abajo son un lío. Dan mil vueltas. Seguro que se ha desorientado y ahora tiene mucho miedo y no se atreve a pedir ayuda, de tanto que se le ha repetido que no hable con desconocidos. Si se ha equivocado de calle y ha seguido andando seguramente se ha alejado todavía más. Ahora debe de estar tan asustado que se esconderá cuando pase un coche, pero lo encontraremos. Deberíamos llamar a la policía.

Lucy asintió sin despegarse de mí. Quería creerme. Luego miró hacia el cañón. Las luces de las casas empezaban a centellear.

—Es casi de noche —observó.

Aquella palabra, «noche», resumía los peores miedos de cualquier padre.

—Vamos a llamar —propuse—. La policía hará que enciendan las luces de todas las casas del cañón hasta que lo encontremos.

En el momento en que entrábamos en casa sonó el teléfono.

Lucy dio un respingo aún más marcado que el mío.

—Es Ben.

Contesté, pero la voz que escuché no fue la de Ben ni la de Grace González, ni la de las patrullas de seguridad.

—¿Hablo con Elvis Cole? —preguntó un hombre.

—Sí. ¿Quién es?

Era una voz fría y grave.

—La 5-2 —dijo.

—¿Con quién hablo?

—La 5-2, gilipollas. ¿Te acuerdas de la 5-2?

Lucy me tiró del brazo. Albergaba la esperanza de que tuviera que ver con Ben.

Con un gesto le dije que no, que no entendía de qué iba aquello, pero ya sentía bien dentro de mí una punzada intensa que presagiaba la reaparición de un recuerdo doloroso.



Cogí el auricular con las dos manos. De otro modo no habría podido sostenerlo.

—¿Quién es? ¿De qué está hablando?

—Vas a saber lo que es bueno, cabrón. Esto lo hago por lo que me hiciste tú.

Agarré el teléfono con más fuerza todavía y me di cuenta de que estaba gritando.

—¿Qué te he hecho? ¿De qué me estás hablando?

—Ya sabes lo que me hiciste. Tengo al crío.

Se cortó la comunicación.

Lucy tiró de mí con más fuerza.

—¿Quién era? ¿Qué ha dicho?

No la sentía. Apenas la oía. Estaba atrapado entre las páginas amarillentas de un álbum de fotos de mi propio pasado, navegando por imágenes de un verde intenso en las que aparecía otro yo, un yo muy distinto, con unos jóvenes con las caras pintadas, la mirada vacía y el olor húmedo y agrio del miedo.

Lucy tiró con más fuerza aún.

—¡Di algo! ¡Me estás asustando!

—Era un hombre, no sé quién. Dice que se ha llevado a Ben.

Lucy me aferró el brazo con ambas manos.

—¿Lo han secuestrado? ¿Qué ha dicho ese hombre? ¿Qué quiere?

Yo sentía la boca seca y el cuello tenso, como si estuviese lleno de nudos que me provocaban dolor.

—Quiere castigarme. Por algo que pasó hace ya mucho tiempo.

### *Cosas de chicos*

*Habían transcurrido dos días de los cinco de la visita. Ben había esperado a que Elvis Cole se pusiera a lavar el coche para subir al piso de arriba a hurtadillas. Hacía muchas semanas que planeaba el asalto a las pertenencias de Elvis. Era detective privado, lo que de por sí sonaba apasionante, y también tenía cosas muy guapas: una colección enorme de vídeos y DVD de películas viejas de ciencia ficción y de terror que Ben podía ver siempre que quisiera, unos cien imanes de superhéroes pegados por toda la nevera y un chaleco antibalas colgado en el armario de la entrada. Eso no se veía todos los días. También tenía tarjetas de visita que decían que era «el mejor detective privado del mercado».*

*El chico estaba total y absolutamente seguro de que Elvis guardaba en el armario de su dormitorio un tesoro formado por otras cosas superguapas. Sabía, por ejemplo, que tenía armas, pero también se había enterado de que tanto las pistolas como la munición estaban dentro de una caja fuerte que él no podía abrir. No sabía qué podía encontrar allí arriba, pero esperaba que aparecieran un par de números de Playboy o alguna cosa guapa de la policía, quizás unas esposas o una porra (lo que su tío René, cuando vivían en St. Charles Parish, llamaba un «atontanegros», lo que*

horrorizaba a su madre).

Cuando Elvis salió a lavar el coche aquella mañana, Ben miró por la ventana. Lo vio llenar un cubo de agua con jabón y echó a correr por la casa hasta llegar a las escaleras.

Elvis Cole y su gato dormían en el piso de arriba, en un altillo sin puerta desde el que se veía el salón. Al gato no le caían bien ni Ben ni su madre, pero el chico intentaba no tomárselo como algo personal. En realidad, a aquel gato sólo le caían bien Elvis y su socio, Joe Pike. Cada vez que entraba en una habitación en la que estaba el gato, éste echaba las orejas hacia atrás y bufaba. Además, aquel gato no salía corriendo si intentabas espantarlo, sino que se te acercaba de lado, con el pelo de punta. A Ben le daba mal rollo.

Fue subiendo por las escaleras y al llegar arriba asomó la cabeza por encima del último escalón para asegurarse de que el gato no estuviera durmiendo encima de la cama.

No había moros en la costa.

No se veía al gato por ninguna parte.

De fuera seguía llegando el ruido del agua.

Fue a toda prisa hasta el armario, que era más bien un vestidor. Ya había estado allí un par de veces, cuando Elvis le había enseñado a su madre la caja fuerte en que guardaba las pistolas, así que ya sabía que en aquella habitacioncita había cajas colocadas en estantes altos, fiambreras de plástico llenas de sombras misteriosas que debían de ser fotografías, montones de revistas viejas y otras cosas que desde luego podían resultar una pasada. Ben hojeó primero las revistas en busca de las de porno duro, como las que llevaba a clase su amigo Billy Toman, pero lo que encontró lo decepcionó: había sobre todo números de Newsweek y de Los Angeles Times Magazine. Aburridísimos. Se puso de puntillas para ver qué había encima de la caja fuerte de las pistolas una mole de acero alta como él que llenaba el fondo del vestidor, pero solo encontró unas cuantas gorras de béisbol viejas, un reloj parado, una foto en color enmarcada de una señora sentada en un porche y otro portafotos con una imagen de Elvis y la madre de Ben en un restaurante. No vio ni esposas ni atontanegros.

De lado a lado del armario había un estante alto. No lo alcanzaba, pero sí veía botas, algunas cajas, un saco de dormir, lo que parecía un kit para limpiar zapatos y una bolsa de gimnasia de nailon negro. Se le ocurrió que valía la pena echar un vistazo a la bolsa, pero para poder cogerla necesitaba crecer como mínimo medio metro. Entonces se acordó de la caja fuerte. Si se estiraba y se subía encima, seguramente llegaría hasta la bolsa de gimnasia. Puso las manos con cuidado encima de la caja, se agarró con todas sus fuerzas y subió de un golpe. Consiguió colocar una rodilla encima, y a ella siguió el resto del cuerpo. Estaba aplastando algunas gorras y había tirado la foto de la señora, pero por el momento la cosa iba bien.

Tendió el brazo para coger la bolsa, pero no llegaba del todo. Se inclinó un poco más, se agarró al estante con una mano y con la otra siguió intentando alcanzar la bolsa. Entonces fue cuando perdió el equilibrio. Intentó agarrarse a algo, pero ya era demasiado tarde: se tambaleó y tiró de la bolsa. Fue a dar contra el suelo bajo una lluvia de camisas y pantalones.

—¡Mierda!

Cuando estaba recogiendo la ropa se encontró la caja de puros.

Debía de haber estado encima de la bolsa y se habría caído con todo lo demás. De su interior salieron algunas fotos descoloridas, algunos parches de tela de colores y cinco estuches de plástico azul. Ben se quedó extasiado. Sabía que los estuches azules eran algo especial. Se notaba. Cada uno tenía unos veinte centímetros de largo, con una raya de oro vertical en la parte izquierda y unas letras doradas en relieve en la esquina inferior derecha que decían: «ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA».

Ben echó la ropa a un lado y se sentó de piernas cruzadas para examinar su descubrimiento.

En las fotografías aparecían soldados de uniforme y helicópteros. Había un tío sentado en una litera, riendo, con un cigarrillo colgado de la comisura de los labios. Llevaba una palabra tatuada en lo alto del brazo izquierdo. Ben tuvo que acercarse bien para distinguirla, porque la imagen estaba borrosa: «RANGER». Se imaginó que sería su nombre. En otra foto había cinco soldados de pie ante un helicóptero. Parecían unos cabronazos: llevaban la cara pintada de verde y de negro y cargaban mochilas, munición, granadas de mano y fusiles negros. El segundo por la izquierda llevaba un cartelita con unos números. A causa de la pintura costaba distinguir las caras, pero el soldado del extremo derecho parecía Elvis Cole. Qué fuerte.

Ben dejó las fotos a un lado y abrió uno de los estuches azules. Encontró un lazo rojo, blanco y azul de unos tres centímetros de largo prendido de un pedazo de fieltro gris. Debajo había una insignia de los mismos colores, como si se tratara de un versión reducida del lazo, y en el fondo una medalla. Era una estrella de cinco puntas que colgaba de otro lazo y estaba cubierta por una tapa de plástico transparente. En el centro de la estrella dorada había otra plateada mucho menor. Ben cerró el estuche y empezó a abrir los demás. En cada uno había una medalla.

Las dejó a un lado y se puso a ojear las demás fotografías. En una salían unos cuantos hombres con camisetas negras en el exterior de una tienda de campaña, bebiendo cerveza; en otra aparecía Elvis Cole sentado encima de unos sacos de arena con un fusil encima de las rodillas (¡iba sin camisa y se le veía muy delgaducho!); en la siguiente salía un tío con la cara pintada, una gorra y una pistola, rodeado de una vegetación tan espesa que parecía estar saliendo de un muro verde. ¡Menudo filón había encontrado Ben! ¡Cosas así de guapas eran justo lo que andaba buscando! Estaba tan concentrado en las fotos que no oyó que Elvis se acercaba.

—¡Te pillé!

Ben dio un respingo y notó que se ponía rojo.

Elvis estaba en el hueco de la puerta, con los pulgares metidos en los bolsillos del pantalón y las cejas enarcadas, como diciendo: «Pero ¿qué tenemos aquí amiguito?».

Ben se sentía terriblemente avergonzado. Creía que Elvis iba a ponerse hecho una furia, pero en cambio se sentó en el suelo a su lado y se quedó mirando las fotografías y los estuches azules con aire pensativo. Ben sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y se imaginó que Elvis lo odiaría por siempre jamás.

—Lamento haberme puesto a hurgar en tus cosas —dijo Ben, haciendo un tremendo esfuerzo para no echarse a llorar.

Elvis esbozó una sonrisa y, con mirada ausente, le frotó la cabeza con la mano.

—Tranquilo, hombre. Ya te había dicho que cuando estés aquí puedes mirar las cosas que tengo. Lo, que no me imaginaba era que ibas a trepar por los estantes de mi armario. No hace falta que lo hagas a escondidas. Si quieres ver algo, me lo dices y ya esta. ¿Vale?

A Ben aún le costaba mirar a Elvis a los ojos, pero también le carcomía la curiosidad. Le enseñó la fotografía de los cinco soldados junto al helicóptero.

—¿Ése eres tú?

Elvis se quedó mirando la foto, pero no la tocó. Ben le enseñó la del hombre de la litera.

—¿Quién es ese tío, Ranger?

—Se llamaba Ted Fields, no Ranger. Los rangers son soldados. Algunos estaban tan orgullosos de serlo que se hacían el tatuaje. Ted estaba orgulloso.

—¿Y qué hacen los rangers?

—Flexiones.

Elvis cogió la foto que Ben tenía en la mano y la metió en la caja de puros. El chico empezó a preocuparse, creyendo que Elvis iba a dejar de responder a sus preguntas, así que agarró de golpe uno de los estuches azules y lo abrió.

—¿Y esto qué es?

Elvis lo tomó en sus manos, lo cerró y también lo metió en la caja de puros.

—Lo llaman estrella de plata. Por eso hay una estrellita plateada en el centro de la dorada.

—Tienes dos.

—En el ejército había una oferta de dos por el precio de una.

Guardó la otra caja. Ben se dio cuenta de que Elvis estaba incómodo hablando de las medallas y las fotos, pero en su vida había visto nada tan guapo y quería saber más cosas. Cogió otro estuche.

—¿Y ésta por qué es morada y por qué tiene forma de corazón?

—Vamos a guardar todo esto ya terminar de lavar el coche.

—¿Es lo que te dan cuando te pegan un tiro?

—Hay muchas formas de sufrir heridas.

Elvis guardó el último estuche de medallas y se puso a recoger las fotografías. Ben advirtió que en el fondo no sabía demasiado del novio de su madre. Se imaginaba que debía de haber sido supervaliente para que le dieran tantas medallas, pero Elvis nunca hablaba de aquella época. ¿Cómo era posible que alguien tuviese todas esas cosas tan alucinantes y las hubiera escondido? ¡Si Ben las tuviera se las pondría todos los días!

—¿Por qué te dieron esa medalla de la estrella de plata? ¿Fuiste héroe de guerra?

Elvis siguió recogiendo las fotos y metiéndolas en la caja, sin levantar la vista. Después cerró la tapa.

—Qué va. No había nadie más para recogerlas, así que me las dieron a mí.

—Ojalá me den una estrella de plata algún día.

De repente Elvis puso una cara muy rara, como si se hubiera quedado petrificado, y Ben se asustó. Le parecía que el Elvis Cole que él conocía ya no estaba allí, pero aquella mirada endurecida se suavizó y Elvis recuperó su estado normal. Ben se sintió aliviado.

Elvis sacó una de las estrellas de plata de la caja de puros y se la ofreció.

—¿Sabes qué te digo? Que prefiero que te quedes una de las mías.

Y así, sin más, Elvis Cole le dio una de sus estrellas de plata.

Ben cogió la medalla como si se tratara de un tesoro. El lazo resplandecía y era sedoso; el medallón pesaba mucho más de lo que parecía. La estrella dorada, con un estrellita plateada en el centro, pesaba muchísimo, y las puntas estaban muy afiladas.

—¿Me la puedo quedar?

—Toda tuya. Me la dieron a mí y ahora yo te la doy a ti.

—¡Qué guay! ¡Muchas gracias! ¿Yo también podré ser ranger?

Elvis ya estaba más tranquilo. Con mucha ceremonia, colocó la mano encima de la cabeza de Ben, como si estuviera nombrándole caballero.

—Te declaró oficialmente ranger del ejército de Estados Unidos. Ésta es la mejor forma de llegar a ranger, porque te ahorras las flexiones.

Ben se echó a reír.

Elvis cerró otra vez la caja de puros y la colocó en su sitio, en el estante más alto, junto a la bolsa de deporte.

—¿Quieres ver alguna otra cosa? Tengo unas botas muy malolientes ahí arriba, y unos ambientadores viejos.

—¡Puaj! ¡Qué asco!

Los dos sonreían y Ben se sintió aliviado. Todo era fantástico. Elvis le apretó ligeramente la nuca y lo condujo hacia las escaleras. Aquella era una de las cosas que más le gustaban de Elvis, que no lo trataba como a un crío.

—Venga, colega, vamos a acabar de lavar el coche y después podemos ir a alquilar una peli.

—¿Puedo darle a la manguera?

—Vale, pero espera a que me ponga el impermeable.

*Elvis puso cara de tonto y los dos se rieron. Después Ben bajó las escaleras tras él. Se metió la estrella de plata en el bolsillo, pero cada pocos minutos tocaba sus afiladas puntas a través de la tela del pantalón y se decía que aquello era una pasada.*

*Esa noche Ben sintió ganas de ver otra vez las demás medallas y las fotos, pero Elvis se había molestado tanto que no se atrevió a pedírselo. Cuando Elvis se metió en la ducha, Ben volvió a subirse encima de la caja fuerte. Sin embargo, la caja de puros había desaparecido. No consiguió encontrar el escondite y le dio demasiada vergüenza preguntar dónde estaba.*

*Tiempo desde la desaparición: 3 hora sy 56 minutos*

La policía se presentó a las ocho y veinte. Ya era noche cerrada y soplaba un aire frío y cortante cargado de un olor a polvo. Lucy se puso en pie de un respingo cuando sonó el timbre de la puerta.

—Ya voy yo. Es Lou —anuncié.

De los adultos desaparecidos se encarga la Unidad de Desapariciones del Centro Parker, pero los inspectores de la Sección de Menores eran quienes se ocupaban de las desapariciones y los secuestros de menores. Si hubiera llamado a la policía como un ciudadano más, habría tenido que identificarme y explicar lo de Ben al agente que hubiera contestado al teléfono, y después de nuevo a la persona del departamento de inspectores que hubiera cogido la llamada, y luego una tercera vez cuando el inspector de guardia me hubiera puesto con Menores. Llamar a mi amigo Lou Poitras había supuesto un ahorro de tiempo. Poitras era teniente de Homicidios en la comisaría de Hollywood. Organizó un equipo con inspectores de Menores en cuanto colgamos el auricular y se presentó en casa con él.

Poitras era un hombre corpulento, con un cuerpo que semejaba un bidón de aceite y una cara que parecía un jamón hervido. Su abrigo de cuero negro le quedaba muy apretado por el pecho y los brazos, hinchados tras toda una vida dedicada a levantar pesas. Con gesto adusto, le dio un beso a Lucy en la mejilla.

—Hola, chicos. ¿Qué tal?

—Pues no muy bien.

Los inspectores de Menores bajaron de un coche que estaba a su espalda. El jefe era un hombre ya mayor con la piel flácida y cubierta de pecas. Conducía el vehículo una mujer más joven con la cara larga y unos ojos que denotaban inteligencia. Entraron en la casa y Poitras hizo las presentaciones.

—Éste es Dave Gittamon. No conozco a ningún otro inspector que lleve tanto tiempo de sargento en Menores. Y ésta es la inspectora... Eh, lo siento, no recuerdo cómo se llama.

—Carol Starkey.

El nombre de Starkey me sonaba, pero no lo relacioné con nada concreto. Olía a tabaco.

—¿Habéis recibido alguna otra llamada desde nuestra conversación? —quiso saber Poitras.

—No. Nos ha llamado una vez. Nada más. He intentado devolver la llamada con la función asterisco sesenta y nueve, pero deben de haber llamado desde un móvil ocultando el número. Me la salido una grabación de la compañía telefónica.

—Me pongo a ello. Vamos a averiguar el número a través de la compañía.

Postras entró en la cocina con su móvil en la mano y nos llevamos a Gittamon y a Starkey al salón. Les relaté la llamada que habíamos recibido y les conté cómo había buscado a Ben. Les enseñé el Game Freak y les dije que suponía que Ben debía de haberlo soltado cuando lo habían atrapado. Si el secuestro se había producido en la pendiente de detrás de mi casa, el lugar en el que yo había encontrado el juego era el escenario exacto de la desaparición. Gittamon contemplaba el cañón por las puertas de cristal mientras me escuchaba. Las luces de las colinas y de todo el valle parpadeaban, pero estaba muy oscuro y no se veía nada.

—Si por la mañana sigue sin aparecer —intervino Starkey—, echaré un vistazo por la zona donde ha encontrado eso.

Yo estaba muy nervioso y tenía miedo. No quería esperar.

—¿Por qué no vamos ahora mismo? Podemos llevar linternas.

—Si se tratara, por ejemplo, de un aparcamiento —repuso ella—, diría que sí, que adelante con las linternas, pero siendo noche cerrada no hay forma de iluminar este tipo de zona lo bastante bien, porque hay muchos matorrales y el terreno es desigual. Tenemos las mismas posibilidades de destruir pruebas que de encontrarlas. Es mejor que mire por la mañana.

Gittamon asintió para demostrar que estaba de acuerdo.

—Carol posee mucha experiencia con esas cosas, señor Cole —dijo—. Además, no debemos perder la esperanza de que Ben esté de vuelta antes de las diez.

Lucy fue hasta donde estábamos nosotros, junto a las cristaleras.

—Quizá deberíamos llamar al FBI. ¿No se encargan ellos de los secuestros?

Gittamon contestó con el tono pausado de un hombre que llevaba años tratando con padres y niños asustados.

—Si hace falta sí que llamaremos al FBI, pero primero tenemos que saber exactamente qué ha sucedido.

—Ya sabemos qué ha sucedido. Alguien ha raptado a mi hijo.

Gittamon, que había seguido mirando la noche, se volvió y se acercó al sofá. Starkey se sentó junto a él y sacó una libretita de espiral.

—Ya sé que tiene miedo, señora Chenier. Yo también lo tendría, pero para nosotros es importante comprender a Ben y lo que ha desencadenado todo esto.

—Nada ha desencadenado todo esto, sargento —repliqué—. Un capullo lo ha secuestrado y ya está.

Lucy tenía mucha experiencia en los juzgados y se le daba bien pensar en cosas difíciles en momentos de tensión. Aquello era infinitamente peor, pero supo mantenerse centrada, seguramente mucho mejor que yo.

—Lo comprendo, sargento —aseguró—, pero se trata de mi hijo.

—Lo sé muy bien, así que cuanto antes terminemos, antes lo recuperará.

Gittamon le hizo una serie de preguntas generales que no guardaban ninguna relación con un secuestro en la ladera de una colina.



Mientras conversaban, anoté todo lo que me había dicho el tipo del teléfono, y después subí a buscar una foto de Ben y otra de las que había encontrado éste en mi armario, las de mi época militar. Hacía años que no veía ni aquella imagen ni ninguna otra. No me apetecía.

Postras estaba sentado en la butaca del rincón cuando bajé.

—Los de PacBell se han puesto con lo del rastreo de la llamada —anunció—. En un par de horas tendremos el número de origen.

Le di las fotografías a Gittamon.

—Éste es Ben. El de la otra foto soy yo. He anotado lo que me ha dicho el que ha llamado, y estoy bastante seguro de no haberme dejado nada.

Gittamon echó un vistazo a las imágenes y se las pasó a Starkey.

—¿Por qué nos da también la suya?

—El que ha llamado ha dicho: «La 5-2». ¿Ve que hay un tío a mi lado con un cartel con ese número? La 5-2 era nuestra patrulla. No se me ocurre nada más a lo que pudiera haber querido referirse.

Starkey levantó la vista.

—Perdone, Cole, pero mirándole no parece que tuviera edad para haber estado en Vietnam.

—No la tenía.

—Vale, ¿qué más le ha dicho? —preguntó Gittamon.

—Se lo he escrito todo, palabra por palabra. No ha dicho gran cosa, sólo el número y que tenía a Ben. Y que estaba vengándose por algo.

Gittamon miró el papel y se lo entregó a Starkey.

—¿Has reconocido la voz? —preguntó Postras.

—No tengo ni idea de quién es. Me he estrujado el cerebro, pero no lo he reconocido.

Gittamon recuperó la foto de manos de Starkey y la miró con ceño.

—¿Cree que se trata de uno de estos hombres?

—No, no puede ser. Unos minutos después de que se tomara la foto nos fuimos a una misión y murieron todos menos yo. De ahí la importancia de la patrulla 5-2. Por eso me acordaba.

Lucy dejó escapar un leve suspiro. Starkey apretó los labios como si quisiera un cigarrillo. Gittamon bajó la cabeza, incómodo, como si no quisiera hablar de algo tan violento. Yo tampoco quería hablar de ello, la verdad.

—¿Hubo algún incidente?

—No, si lo que me pregunta es si fue culpa mía. Salió mal y punto. No hice nada más que sobrevivir.

Me sentía culpable de la desaparición de Ben y avergonzado porque parecía que lo habían secuestrado por mi culpa. La historia se repetía: una vez más servidor metía a Lucy de lleno en una pesadilla.

—No sé qué más ha podido querer decir el del teléfono —aseguré—. Sólo se me

ocurre eso.

Starkey se acercó a su compañero y le dijo:

—Tal vez deberíamos pasar la descripción de Ben a los coches patrulla.

Poitras asintió para indicarle que lo hiciera.

—Y habla también con la compañía telefónica —le ordenó—. Que pinchen el número de Elvis.

Starkey salió al vestíbulo con el móvil en la mano. Mientras llamaba, Gittamon me preguntó por los días que acababa de pasar con Ben. Cuando le conté que me lo había encontrado rebuscando en mi vestidor enarcó las cejas.

—Entonces, ¿Ben sabía la historia esa de la patrulla 5-2?

—No sabía que los demás habían muerto, pero sí había visto las fotos.

—¿Y eso cuándo fue?

—Esta semana, hará unos tres días. ¿Y eso qué importancia tiene?

Gittamon se concentró en la foto, como si estuviera a punto de ocurrírsele una idea muy profunda. Miró a Lucy y después se volvió otra vez hacia mí.

—Estoy intentando descubrir cómo encaja esto. Lo que parece es que han secuestrado al hijo de la señora Chenier como venganza por alguna cosa que ha hecho usted. No la señora Chenier, sino usted. Pero Ben no es su hijo, ni siquiera su hijastro, y sólo ha vivido con usted estos últimos días. Eso es así, ¿verdad? ¿La señora Chenier y usted mantienen residencias separadas?

Lucy se reclinó contra la chimenea. Estaba claro que Gittamon se había puesto a sopesar otras posibilidades, y eso había despertado su interés.

—Sí, eso es.

El sargento asintió y volvió a mirarme.

—¿Por qué iba a raptar al hijo de la señora Chenier si a quien odia tanto es a usted? ¿Por qué no incendiar su casa o pegarle un tiro o incluso ponerle una demanda? ¿Ve por dónde voy?

Lo veía, y no me hacía ninguna gracia.

—Mire, eso es imposible. Ben no puede hacer una cosa así. Sólo tiene diez años.

Lucy miró a Gittamon, luego a mí y después otra vez a Gittamon. No lo entendía.

—¿Qué es lo que no puede hacer Ben?

—Lou, por el amor de Dios —exclamé.

Poitras asintió para demostrar que me apoyaba.

—Dave, Ben no haría una cosa así. Conozco al chico.

—¿Está diciendo que Ben ha simulado un secuestro? —preguntó Lucy.

Gittamon dejó la foto en la mesita del sofá como si ya hubiera visto suficiente.

—No, señora, es demasiado pronto para aventurar algo así, pero he visto niños que han simulado secuestros por motivos muy variados, sobre todo si se sentían inseguros. El hermano mayor de algún amigo podría haber llamado al señor Cole.

Me sentía furioso e impaciente. Me acerqué a las puertas de cristal. Una parte de mí que estaba asustada tenía la esperanza de que Ben estuviera en el porche,

observándonos, pero no era así.

—Si no quiere que nos hagamos ilusiones sin sentido —propuse—, no siga. He pasado los últimos cinco días con él. Ben no se sentía inseguro y es incapaz de hacer una cosa así.

La voz de Lucy sonó con fuerza a mi espalda:

—¿Es que prefieres que alguien lo haya secuestrado?

Tenía tantos deseos de creerlo que la esperanza brillaba en sus ojos como una chispa.

Poitras se puso de pie.

—Oye, Dave, si ya tienes bastante material para empezar será mejor que nos vayamos. Quiero llamar a un par de puertas. A lo mejor alguien vio algo colina abajo.

Gittamon hizo un gesto a Starkey para indicarle que podía cerrar la libreta y acto seguido se puso en pie y se colocó al lado de Poitras.

—Señora Chenier, por favor, no digo que Ben haya montado un secuestro falso. De verdad que no, señor Cole. Pero es algo que debemos tener en consideración. Me gustaría disponer de una lista de los amigos de Ben, con sus teléfonos. Aún es pronto y podemos hacer algunas llamadas.

Lucy también se levantó, resuelta y centrada como nunca.

—Tengo que ir a casa a buscarlos —dijo—. Puedo ir ahora mismo.

—Gittamon —intervine—, ¿piensa hacer caso omiso de la llamada?

—No, señor Cole, vamos a abordar la situación como un rapto hasta que estemos seguros de lo contrario. ¿Puede preparar una lista de la gente que participó de alguna forma en esa historia de cuando estaba en el ejército? E incluya cualquier otra información de que disponga.

—Están muertos.

—Bueno, pues sus familiares. A lo mejor nos interesa hablar con ellos. Carol, ¿quieres ayudar al señor Cole?

Starkey me entregó su tarjeta mientras los cuatro nos dirigíamos hacia la puerta.

—Mañana vendré para ver dónde ha encontrado el Game Freak —dijo Starkey—. Ya me dará los nombres entonces. ¿A qué hora le parece bien?

—Al amanecer.

Si se percató de la rabia que había en mi respuesta, no dejó que se notara. Se encogió de hombros.

—Hay mejor luz hacia las siete —dijo.

—Muy bien.

—Si vuelve a llamar —intervino Gittamon—, avísenos. Puede telefonarnos a cualquier hora.

—Lo haré.

Eso fue todo. Gittamon le dijo a Lucy que esperaba su llamada y se marcharon. Nos quedamos los dos en silencio mirando el coche alejarse, pero en cuanto hubieron desaparecido la ausencia de Ben se convirtió en una fuerza física en el interior de la

casa, tan real como un cadáver colgado del altillo. Los presentes éramos tres, no dos.

Lucy recogió su maletín. Seguía donde lo había dejado por la tarde.

—Quiero ir a buscar esos nombres para el sargento Gittamon.

—Claro. Yo también prepararé mi lista. Llámame cuando llegues a casa, ¿vale?

Lucy miró la hora y cerró los ojos.

—Dios mío, tengo que llamar a Richard. Contarle esto va a ser difícilísimo.

Richard Chenier era el exmarido de Lucy y el padre de Ben, vivía en Nueva Orleans y lo correcto era que lo llamase para contarle que su hijo había desaparecido. Richard y Lucy habían discutido muchas veces por mi culpa. Imaginé que estaban a punto de volver a hacerlo.

Lucy sacó las llaves torpemente, sin soltar el maletín, y de repente se puso a llorar. Yo también. Nos abrazamos, los dos hechos un mar de lágrimas.

—Lo lamento —me disculpé, con el rostro hundido en su cabello—. No sé qué ha pasado ni quién ha sido capaz de hacer una cosa así, pero lo lamento.

—No te culpes.

No se me ocurrió nada más que decir.

La acompañé al coche y me quedé allí plantado, en medio de la calle, mientras se alejaba. Las luces de casa de Grace estaban encendidas. Allí estaría ella con sus dos hijos. El frío aire nocturno y la oscuridad me animaron. Lucy se había portado bien. No me había echado la culpa, pero lo cierto era que Ben estaba conmigo y ha desaparecido. El peso de aquello recaía sobre mis hombros.

Al cabo de un rato entré en la casa. Me llevé el Game Freak al sofá y me senté. Me quedé mirando la foto en la que salíamos Roy Abbott y yo con los demás. Él parecía tener doce años. Yo no aparentaba muchos más. En realidad tenía dieciocho. Ocho más que Ben. No sabía qué le había sucedido a éste ni dónde se encontraba, pero estaba decidido a hallarlo y devolvérselo a su madre. Me quedé mirando a los hombres de la foto.

—Voy a dar con él. Voy a devolvértelo. Lo juro por Dios. Los hombres de la foto sabían que iba a hacerlo.

Los rangers no dejan atrás a sus compañeros.

*El secuestro: primera parte*

Lo último que vio Ben fue cómo la Reina de la Culpa le arrancaba los ojos a un secuaz de Cabeza Plana. Un segundo antes estaba con la Reina en la pendiente que había detrás de la casa de Elvis Cole, y de repente unas manos que no llegó a ver le cubrieron la cara y se lo llevaron, a tal velocidad que ni se dio cuenta de lo que sucedía. Las manos le taparon los ojos y la boca. Tras la sorpresa inicial de que alguien le levantara por los aires, Ben se imaginó que era Elvis, que estaba gastándole una broma. Pero aquella broma no terminaba nunca.

Se resistió e intentó dar patadas, pero alguien lo aferraba con tanta fuerza que le impedía moverse o gritar para pedir auxilio. Fue flotando por la ladera, enmudecido, hasta llegar a un vehículo que los esperaba. Oyó un fuerte portazo. Le pusieron cinta adhesiva en la boca y después una capucha le cubrió la cabeza, sumiéndolo en la oscuridad. Más cinta sirvió para inmovilizarle los brazos y las piernas. Se resistió, pero ya no era una sola persona la que lo agarraba. Estaban en una furgoneta. Ben percibió olor a gasolina y al producto de limpieza con aroma de pino que utilizaba su madre en la cocina.

El vehículo arrancó. Estaban en la carretera.

—¿Te ha visto alguien? —preguntó de pronto el que lo agarraba.

—No podía haber ido mejor —respondió una voz áspera desde la parte delantera de la camioneta—. A ver, mira que esté bien.

Ben supuso que la segunda voz era la del hombre que lo había secuestrado, y que iba al volante. El que estaba a su lado le apretó el brazo.

—¿Puedes respirar? Gruñe, mueve la cabeza o haz algo para que me entere.

Ben estaba demasiado asustado como para atreverse a moverse, pero el primer hombre contestó como si le hubiera hecho caso.

—Se encuentra bien. Joder, cómo le late el corazón. Oye, deberías haber dejado una zapatilla. Lleva puestas las dos.

—Estaba jugando con una Game Boy de esas. He pensado que era mejor dejar el juego que una zapatilla.

Bajaron la colina y después subieron. Ben movía las mandíbulas para liberarse de la cinta adhesiva, pero no lograba abrir la boca.

El hombre le dio una palmadita en la pierna y le dijo:

—Tranquilo, chaval.

Condujeron apenas unos minutos y después se detuvieron.

Ben imaginó que iban a bajar, pero no fue así. A lo lejos se oía lo que le pareció una sierra mecánica. De repente alguien más subió a la furgoneta.

El tercer hombre, al que Ben aún no había oído, informó:

—Ha salido al porche.

Ben reparó en el modo en que hablaba. Estaba acostumbrado a los acentos cajún y francés de toda la vida y aquél le resultaba familiar, aunque algo distinto. Era como si un francés hablara en inglés, pero con algún otro acento menos marcado. Ya eran tres; tres hombres a los que no conocía de nada lo habían raptado.

El que lo había apresado contestó:

—Sí, ya le veo.

—Desde aquí atrás no veo una puta mierda —replicó el que lo aferraba—. ¿Qué hace?

—Está bajando por la colina.

Ben se dio cuenta de que hablaban de Elvis. Los tres hombres lo vigilaban mientras él lo buscaba.

—Estar sentado aquí atrás es una putada —dijo el que estaba con Ben.

—Ha encontrado el juego del chaval —señaló el de la voz ronca—. Vuelve hacia la casa a toda prisa.

—Ojalá pudiera verlo.

—No hay nada que ver, Eric. Deja de dar la brasa y tranquilízate. Ahora tenemos que esperar a que aparezca la madre.

### *El secuestro: segunda parte*

Cuando mencionaron a su madre, Ben sintió una fuerte punzada de miedo y de repente fue presa del pánico al pensar que iban a hacerle daño. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le tapó la nariz. Intentó soltarse los brazos, pero Eric se lo impidió, inmovilizándolo como si fuera una pesada ancla de acero.

—Tranquilo, chaval. Estate quieto de una vez.

Ben quería avisar a su madre, llamar a la policía y darles de patadas a aquellos hombres hasta que se pusieran a llorar como críos, pero no podía hacer nada de eso. Eric lo agarraba con firmeza.

—Joder, deja de dar golpes. Vas a hacerte daño.

Siguieron esperando. Cuando parecía que habían pasado horas, la voz ronca anunció:

—Ya está bien.

La camioneta arrancó. Bajaron otra vez y después volvieron a subir por calles tortuosas. Al cabo de un rato, el vehículo se detuvo. Ben oyó el traqueteo mecánico de la puerta de un garaje al abrirse. Avanzaron y después el motor se paró y la puerta bajó y se cerró a sus espaldas.

—Venga, chaval —dijo Eric.

Le cortó la cinta que le inmovilizaba las piernas y le tiró de los pies.

—¡Ay!

—Vamos, ya puedes andar. Yo te diré por dónde hay que ir. —Le apretaba el brazo con fuerza.

Estaba en un garaje. La capucha se le había subido un poco, lo que le bastó para ver de refilón la furgoneta, que era blanca, estaba sucia y tenía unas letras azul marino pintadas en el lateral. Eric lo obligó a volverse antes de que tuviera tiempo de leerlas.

—Ahí delante hay un escalón. Sube. ¡Venga, levanta los pies, joder!

Ben buscó el escalón con el dedo gordo del pie.

—Así vamos a tardar una eternidad.

Eric lo metió en la casa como si fuera un bebe. A Ben no le hacía ninguna gracia que le llevaran en brazos. ¡Podía haber ido andando! ¡No hacía falta que lo entraran en volandas!

Por el camino, Ben vislumbró habitaciones sin muebles, en penumbra. Luego Eric le soltó las piernas.

—Te dejo en el suelo. Ponte erguido.

Ben se quedó de pie.

—Vale, te coloco una silla detrás —añadió Eric—. Siéntate. Yo te aguanto. Tranquilo, que no te golpearás.

Ben fue dejándose caer hasta que la silla sostuvo su peso. Estar sentado con los brazos pegados a los costados era incómodo; la cinta adhesiva le pellizcaba la piel.

—Vale, ya podemos irnos. ¿Mike está fuera?

Mike. Mike era el que lo había raptado. Eric, el que había esperado en la furgoneta. Ben ya sabía cómo se llamaban dos de ellos.

—Quiero verle la cara —pidió el tercero, con aquel acento francés tan raro. Tenía una voz tenue y estremecedora.

—A Mike no le hará gracia.

—Si te da miedo ponte detrás de él.

La voz estaba a apenas unos centímetros.

—Bueno, va.

Ben no sabía ni dónde estaba ni lo que pretendían aquellos hombres, pero de repente le entró otra vez el miedo, como cuando habían hablado de su madre. Aún no había visto a ninguno de los tres, pero sabía que estaba a punto de hacerlo, y al pensar en ello se asustó. No quería. No quería ver nada de nada.

Uno de ellos, que estaba a sus espaldas le quitó la capucha. Ante Ben había un hombre altísimo que lo miraba sin expresión alguna. Era tan enorme que parecía que rozaba el techo con la cabeza, y tan negro que su piel absorbía la escasa luz de la habitación y resplandecía como el oro. En la frente, por encima de las cejas, tenía toda una hilera de cicatrices redondas, de color lila y del tamaño de las gomas de borrar que van incrustadas en un extremo de los lápices. Tres cicatrices más reseguían el contorno de sus mejillas debajo de cada ojo. Eran bultos duros, como si le hubieran

metido algo por debajo de la piel. Aquellas cicatrices le aterrorizaban; eran escalofrantes, espantosas. Ben intentó apartar la cabeza, pero Eric se la agarraba con fuerza.

—Es africano, chaval —le dijo—. No te va a comer hasta después de haberte cocinado...

El africano retiró con cuidado la cinta adhesiva de la boca de Ben, que temblaba de pánico. Fuera estaba muy oscuro. Era noche cerrada.

—Quiero irme a casa.

Eric soltó una risita, como si aquello tuviera gracia. Era pelirrojo y de piel blanquizca y llevaba el pelo corto. Entre los incisivos tenía una brecha como una puerta abierta.

Estaban en el salón de una casa, vacío. Había una chimenea de piedra blanca en un extremo y las ventanas habían sido tapadas con sábanas. A su espalda se abrió una puerta y el africano dio un paso atrás. Un tercer hombre entró en la habitación y Eric habló a toda prisa:

—Mazi ha empezado con el rollo africano. Yo ya le he dicho que no lo hiciera.

Mike le pegó a Mazi con la palma de la mano en el pecho con tal rapidez que el africano empezó a caer antes siquiera de que Ben se diera cuenta de que le había dado. Mazi era alto y corpulento, pero Mike parecía más fuerte. Tenía las muñecas gruesas y los dedos nudosos, y llevaba una camiseta negra que le quedaba apretada en los pectorales y los bíceps. Parecía un muñeco GI Joe.

Mazi reaccionó a tiempo y se mantuvo en pie, pero no devolvió el golpe.

—El jefe eres tú —reconoció.

—Pues a ver si te enteras, joder.

Mike apartó aún más al africano y después miró a Ben.

—¿Qué tal vas?

—¿Qué le habéis hecho a mi madre?

—Nada. Lo único que hemos hecho ha sido esperar a que volviera para poder llamar. Queríamos que se enterara de que has desaparecido.

—No quiero desaparecer. Quiero irme a casa.

—Ya lo sé. En cuanto podamos dejaremos que vuelvas. ¿Quieres comer algo?

—Quiero irme a casa.

—¿Tienes que hacer pis?

—Llévame a mi casa. Quiero ver a mi mamá.

Mike le dio un cachete en la cabeza. Llevaba un triángulo tatuado en el dorso de la mano derecha. Era viejo y la tinta ya estaba algo borrosa.

—Me llamo Mike. Éste es Mazi y ése, Eric. Vas a pasar un tiempo con nosotros, así que será mejor que te acostumbres. —Y después miró a sus compañeros—. Metedlo en la caja.

Todo fue igual de rápido que cuando lo habían cogido en la colina, debajo de los nogales. Lo levantaron del suelo otra vez, volvieron a envolverle las piernas con cinta



adhesiva y se lo llevaron hasta el extremo opuesto de la vivienda. Lo agarraban con tanta fuerza que no podía hacer el mínimo ruido. Lo sacaron de la casa. El aire de la noche era frío. Le habían tapado los ojos y no veía nada. Lo metieron en una caja de plástico grande, semejante a un ataúd. Dio patadas y se resistió. Intentó sentarse, pero lo obligaron a quedarse tumbado. Sintió que una tapa pesada se cerraba encima de él. De repente la caja empezó a moverse, a tambalearse, y después se cayó, como si le hubieran tirado a un pozo. El choque contra el suelo fue muy seco.

Ben dejó de intentar soltarse y aguzó el oído.

Algo había caído encima de la caja, a pocos centímetros de su cara, con bastante estruendo. Al momento volvió a suceder.

Con un arrebato de horror, Ben se dio cuenta de lo que estaban haciendo. Golpeó las paredes de su prisión de plástico, pero escapar era imposible. El ruido de lo que caía sobre él fue alejándose cada vez más. Las piedras y la tierra iban amontonándose sobre la caja mientras Ben Chenier era enterrado.

*Tiempo desde la desaparición: 6 horas, 16 minutos*

Ted Fields, Luis Rodríguez, Cromwell Johnson y Roy Abbott murieron tres horas después de hacernos la foto de equipo. Se tomaban antes de todas las misiones; en aquella aparecíamos los cinco, de uniforme, junto al helicóptero, como un equipo de baloncesto de instituto antes de un partido importante. Crom Johnson siempre se reía y decía que las fotos se hacían para que el ejército pudiera identificar nuestros cadáveres. Ted las llamaba «imágenes funerarias». Le di la vuelta a la que había encontrado Ben para no tener que verlos.

Había hecho unas doscientas fotos de la tierra roja, las selvas tropicales de triple cubierta vegetal, las playas, los arrozales, los búfalos de agua y las calles y los bazares atestados de bicicletas de Saigón, pero al regresar a Estados Unidos me había parecido que aquellas imágenes carecían de sentido, así que me había deshecho de ellas. Aquel lugar había perdido la importancia que tenía para mí, pero la gente la conservaba. Sólo guardé doce fotos, en tres de las cuales salía yo.

Confeccioné una lista con los nombres de las personas de las demás imágenes y después intenté recordar cómo se llamaban los otros hombres que habían formado parte de mi compañía. No lo conseguí. Al cabo de un rato la idea de hacer una lista me pareció una estupidez; Fields, Abbott, Johnson y Rodríguez habían muerto, y nadie más de mi compañía tenía motivos para odiarme o para raptar a un chico de diez años. Ninguno de los hombres que había conocido en Vietnam sería capaz de algo así.

Lucy llamó poco antes de las once. El silencio era tal en la casa que el timbre del teléfono fue como un disparo. El bolígrafo rasgó el papel.

—No podía soportar esta incertidumbre. ¿Ha vuelto a llamar?

—No, aún no. Te habría avisado. Te diré algo de inmediato.

—Dios mío, qué horrible es todo esto. Es una pesadilla.

—Sí, estoy intentado hacer la lista y me entran náuseas. ¿Tú qué tal?

—He hablado con Richard. Acabo de colgar. Va a venir esta misma noche.

—¿Cómo está?

—Furioso, intransigente, asustado, agresivo. Lo que era de esperar. Él es así.

Como si perder a su hijo no bastara, Lucy también tenía que lidiar con aquello. Richard se había negado a que su exmujer se fuera a vivir a Los Angeles, y yo nunca le había caído bien; discutían a menudo por ese tema. Era de esperar que las peleas arreciaran en un momento así. Me imaginé que me telefoneaba en busca de apoyo moral.

—Ha dicho que llamará desde el avión para darme los datos del vuelo, pero no sé.

Joder, se ha portado como un cabrón.

—¿Quieres que me pase mañana cuando se haya ido Starkey? No me cuesta nada. Me dije que Richard debería chillarme a mí, y no a ella.

—No lo sé. Quizá. Mejor cuelgo para dejar libre el teléfono.

—Podemos hablar todo lo que quieras.

—No, ahora me preocupa que ese hombre intente llamarte otra vez. Ya hablaremos mañana.

El teléfono volvió a sonar en el instante en el que colgué. En esta ocasión no me sobresalté, sino que dejé que sonara por dos veces y me di tiempo para prepararme.

—Soy la inspectora Starkey. Espero no haberlo despertado.

—Ni me planteo dormir, Starkey —contesté—. Creía que sería él.

—Lo siento. No ha vuelto a llamar, ¿verdad?

—Aún no. Ya es tarde, no sé si debería seguir usted de servicio.

—Es que he esperado a ver qué decían los de la compañía telefónica. Tienen registrado que ha recibido una llamada a las seis y cincuenta y dos. ¿Esa hora le parece que encaja?

—Sí, fue a esa hora.

—Bueno, pues llamó desde un móvil registrado a nombre de una tal Louise Escalante, de Diamond Bar.

—No la conozco.

—Ya me lo imaginaba. Dice que le han robado el bolso esta tarde, con el teléfono dentro. Asegura que no lo conoce ni sabe nada de todo esto, y su historial indica que nunca lo había llamado. Lo lamento, pero me parece que es una pista que no lleva a ninguna parte.

—¿Se le ha ocurrido llamar al número?

Su voz perdió entusiasmo.

—Sí, señor Cole, se me ha ocurrido. He llamado cinco veces. Han apagado el teléfono.

El hecho de que el hombre que había secuestrado a Ben hubiera robado el teléfono indicaba que tenía una trayectoria delictiva. Había previsto que intentaríamos rastrear la llamada, lo cual significaba que todo era premeditado. Cuesta más apresar a un delincuente listo que a uno tonto. Y también resulta más peligroso.

—¿Señor Cole?

—Sigo aquí. Estaba pensando.

—¿Me ha preparado la lista de nombres?

—Estoy en ello, pero también se me ha ocurrido otra posibilidad. Con el trabajo que hago, Starkey, he tenido mis más y mis menos con cierta gente. He contribuido a meter a algunas personas entre rejas o a quitarlas de la circulación, y son de las que te guardan rencor. Si le hago una lista, ¿estaría dispuesta a comprobar también esos nombres?

—Sí, claro.

—Gracias. Me hace un favor.

—Nos vemos por la mañana. E intente descansar un poco.

—No me parece muy probable.

La parte más oscura de la noche se alargó horas y horas, pero poco a poco fue apareciendo luz por el este. Apenas me di cuenta de ello. Cuando llegó Starkey, ya había llenado doce folios de nombres y anotaciones. Eran las seis y cuarenta y dos cuando me levanté para abrir la puerta. Llegaba pronto.

Llevaba una bandeja de cartón con dos vasos de Starbucks.

—Espero que le guste el café moca. Así me tomo yo mi dosis diaria de chocolate.

—Es un detalle, Starkey. Gracias.

Me dio uno. La luz del amanecer llenaba el cañón con un tenue resplandor. Me pareció que lo contemplaba por un instante. Después se fijó en el Game Freak. Estaba en la mesa del comedor, junto a los papeles.

—¿A qué distancia encontró el juguete?

—A cincuenta o sesenta metros. ¿Quiere que vayamos?

—Ahora mismo el sol está muy bajo y la luz será indirecta, lo cual no nos va nada bien. Cuando el sol esté más alto tendremos luz directa y será más fácil ver objetos pequeños y reconstruir los hechos.

—Habla como si dominara el tema.

—He investigado muchos escenarios en busca de pistas. —Fue hasta la mesa con el café—. Vamos a ver qué tiene apuntado. Enséñeme primero los candidatos más probables.

Para empezar le mostré la lista de las personas relacionadas con mis casos como detective privado. Le había dado muchas vueltas y cada vez me parecía más probable que una de ellas estuviera detrás de lo que le había sucedido a Ben. Fuimos tomándonos el café mientras repasábamos los nombres. Junto a cada uno había apuntado los delitos que habían cometido, si habían recibidos penas de cárcel y si yo había matado a alguien que estuviera vinculado a ellos.

—Vaya, Cole —exclamó Starkey—, son todos pandilleros, mafiosos y asesinos. Yo creía que los detectives privados sólo se dedicaban a los divorcios.

—Es que siempre elijo mal los casos.

—Ya veo. ¿Tiene algún motivo para creer que alguno de estos tíos esté al corriente de su historial militar?

—Yo diría que ninguno sabe nada de mí, pero supongo que podrían haberse enterado.

—Muy bien. Introduciré los nombres en el sistema para ver si acaban de soltar a alguien. Ahora vamos a hablar de estos otros cuatro hombres, los que murieron en Vietnam. ¿Es posible que sus familiares le culpen de lo sucedido?

—No hice nada de lo que nadie pueda responsabilizarme.

—Ya me entiende. Lo digo porque sus hijos murieron y usted no.

—Claro que la entiendo, y le digo que no. Después de lo sucedido escribí a los padres de todos ellos. Me carteeé con la madre de Luis Rodríguez hasta su muerte. De eso hace seis años. La familia de Teddy Fields me envía felicitaciones por Navidad. Cuando me licencié fui a ver a los Johnson y a los Fields. Estaban pasándolo mal, claro, pero nadie me echó la culpa. Básicamente fueron momentos de mucha tristeza.

Starkey me miraba como si estuviera convencida de que tenía que haber algo más, aunque no se imaginaba el qué. Yo también me quedé mirándola, y otra vez tuve la impresión de que la recordaba de algo.

—¿Nos conocemos de antes? —le pregunté—. Anoche me pareció que su rostro me sonaba y ahora tengo la misma sensación, pero no acabo de saber de dónde.

Apartó la vista. Sacó una lámina de plástico y aluminio de la chaqueta y se tragó una pastilla blanca con un sorbo de café.

—¿Aquí se puede fumar?

—Se puede fumar en el porche. ¿Seguro que no nos conocemos?

—Segurísimo.

—Pues me recuerda a alguien.

Starkey miraba hacia el porche con ansia. Suspiró.

—Vale, Cole, voy a decirle de qué me conoce. El tema es noticias de actualidad. Conteste a la pregunta por mil dólares... Y la respuesta es: ¡bum!

Yo no entendía nada. Se encogió de hombros como si estuviera tratando con un idiota.

—¿Es que nunca ha visto un concurso por la tele? Bombas. Artificieros. La Brigada de Artificieros perdió a un técnico en Silver Lake hace un par de meses.

—¿Era usted?

—Tengo que salir a fumarme un pitillo. No aguanto más.

Sacó un paquete de la chaqueta y se dirigió al porche. La seguí. Carol Starkey había acabado con un asesino en serie de artificieros de la policía. Mister Red había sido noticia de primera plana en Los Ángeles, pero casi todos los reportajes hablaban de Starkey. Tres años antes de Mister Red, la propia Starkey había sido artificiera. Mientras intentaba desactivar una bomba en un campamento de caravanas, un terremoto la había detonado. Tanto Starkey como su compañero habían muerto, pero a ella la habían resucitado allí mismo. Había regresado de entre los muertos, literalmente, por lo que le habían puesto apodos morbosos como el Ángel de la Muerte o el Ángel Demoledor.

Debió de leerme el pensamiento. Hizo un gesto de impotencia mientras encendía el cigarrillo y frunció el entrecejo.

—Ni se le ocurra preguntarme nada, Cole. No me pregunte si vi luces blancas o puertas resplandecientes. Estoy harta de escuchar siempre lo mismo.

—Todo eso me da igual, y no iba a preguntarle nada. Lo único que me importa es encontrar a Ben.

—Perfecto. Lo mismo digo. Lo de los artificieros ya es agua pasada. Ahora me

dedico a esto.

—Me alegro, Starkey, pero todo eso ocurrió hace sólo un par de meses. ¿Tiene alguna idea de lo que hay que hacer para encontrar a un niño que ha desaparecido?

Soltó un géiser de humo, indignada.

—¿Qué es lo que pregunta? ¿Si estoy capacitada para hacer mi trabajo?

Yo también estaba exasperado. La noche anterior me había puesto furioso, y a cada segundo que pasaba me enfurecía más.

—Pues sí, es exactamente lo que pregunto.

—He reconstruido bombas y escenarios de estallidos de bombas, y he rastreado restos de explosivos por los paisajes más desolados que pueda imaginarse. He levantado acusaciones contra los gilipollas que preparaban las bombas y contra los cabrones que venden el material que utilizan esos gilipollas. Y además he acabado con Mister Red. Así que no hace falta que se preocupe usted, señor Cole, sé investigar, y puede apostarse la licencia de detective privado a que vaya encontrar al crío.

El sol ya había llegado a lo alto del cielo. La ladera estaba bien iluminada. Starkey arrojó el cigarrillo por encima de la barandilla de un papirotazo. Miré para ver adónde había ido a parar.

—Oiga, que aquí hay peligro de incendio.

Starkey me miró como si la montaña ya estuviera en llamas y el incendio no pudiera ser peor.

—Tenemos suficiente luz. Indíqueme dónde encontró el juguete.

*Tiempo desde la desaparición: 16 horas, 32 minutos*

Starkey fue al coche a cambiarse de zapatos y después se reunió conmigo en un costado de la casa. Llevaba unas zapatillas Asics de *cross* y los pantalones subidos hasta las rodillas. Tenía las pantorrillas blancas. Contempló la colina con recelo.

—Es empinada.

—¿Tiene vértigo?

—Por Dios, Cole, sólo era un comentario. Por aquí el terreno se desprende con facilidad y veo que la zona es bastante irregular. Todo eso complica las cosas. Me gustaría que fuera con cuidado para no contaminar todo esto aún más, así que lo que le pido es que se limite a enseñarme dónde encontró el Game Freak y después se quite de en medio de una vez. ¿Queda claro?

—De acuerdo, quizás antes me haya pasado, pero a mí también se me da bien esto, Starkey. Puedo ayudar.

—Eso está por verse. Venga, enséñeme el sitio.

Cuando empecé a descender por la ladera me siguió, pero la noté incómoda, algo violenta.

Ben jugaba tan a menudo por allí que a fuerza de pasar había abierto senderos estrechos que discurrían por los altibajos de la cuesta como chorros de agua. Guíé a Starkey pisando junto a los senderos, para que ninguno de los dos borrara las huellas de Ben. El terreno era accidentado y virgen, y advertí que ella iba por el sendero.

—Está pisando sus huellas. Vaya detrás de mí.

Se miró los pies y dijo:

—Yo sólo veo tierra.

—Vaya por donde voy yo. Acérquese.

El rastro de Ben era fácil de seguir hasta que llegamos a la base de los árboles, donde había más piedras. Daba igual, porque recordaba el camino del día anterior. Atajamos por la ladera. Starkey resbaló por dos veces y en ambas soltó una palabrota.

—Ponga los pies donde me vea ponerlos a mí —indiqué—. Ya casi hemos llegado.

—No me gusta nada la montaña —dijo.

—Se nota.

Señalé los arbustos de romero donde había encontrado el Game Freak y algunas huellas de Ben. Starkey se puso en cuclillas y lo miró todo como si intentase memorizar cada piedra y cada hoja de romero. Después de tanto resbalón y tanta palabrota, una vez en el escenario anduvo con mucho cuidado.

Me miró los pies.

—¿Ayer llevaba esas zapatillas?

—Sí. Son New Balance. Se ven las huellas que dejé.

Se las señalé y después levanté un pie para que viera la suela. El dibujo estaba formado por una serie de triángulos en relieve y una gran ene en cada tacón. En algunas de mis huellas los triángulos y la ene se observaban muy claramente. Starkey estudió el dibujo en la suela, luego observó detenidamente un par de mis pisadas y a continuación me miró con cara de pocos amigos.

—Vamos a ver, Cole, ya sé lo que he dicho arriba en la casa, pero la verdad es que soy bastante de ciudad, ¿sabe? Para mí un escenario al aire libre es un aparcamiento. Me da la impresión de que usted sabe lo que hace, así que voy a dejar que me ayude. Eso sí, no me joda nada, ¿vale?

—Lo intentaré.

—Lo que queremos saber es qué sucedió. Luego ya vendrán los de la DIC.

Los forenses de la División de Investigaciones Científicas del Departamento de Policía de Los Ángeles serían los responsables de encontrar y recoger cualquier prueba del delito.

Starkey marcó la zona con una cuadrícula hecha bastante a ojo, para que pudiéramos analizar el terreno casilla por casilla. Se movía con lentitud debido a lo difícil que era mantener el equilibrio, pero fue metódica y profesional. Dos de las huellas de Ben podían indicar que había dado media vuelta para volver a casa, pero no se veían con claridad y de hecho podían haber revelado cualquier cosa. A partir de

ahí las pisadas descendían por la ladera.

—¿Adónde va? —me preguntó Starkey.

—Sigo el rastro de Ben.

—Joder, yo casi ni veo las marcas. ¿Es usted cazador o qué?

—Tengo experiencia.

—¿De cuando era pequeño?

—De cuando estaba en el ejército.

Me miró como si no supiera muy bien qué significaba lo que acababa de decirle.

Las huellas de Ben avanzaban por la hierba aproximadamente dos metros y medio más, pero a partir de ahí el rastro se perdía. Regresé hasta su última pisada y desde ese punto fui alejándome trazando una espiral, pero no encontré más huellas ni ningún otro indicio de que hubiera pasado por allí. Era como si le hubieran salido alas y hubiese echado a volar.

—¿Qué ve? —quiso saber Starkey.

—Si alguien se hubiera llevado a Ben por la fuerza, debería haber indicios de lucha, o al menos las huellas de otra persona, pero no veo nada.

—Habría que mirar mejor, Cole.

—No hay nada que ver. Las pisadas de Ben terminan repentinamente y por aquí el terreno no muestra las marcas ni las huellas superpuestas que cabría esperar si se hubiera producido un forcejeo.

Starkey descendió un poco con mucho cuidado, con la vista fija en el suelo. Permaneció callada unos minutos, y cuando habló su voz apenas era audible.

—A lo mejor Gittamon tenía razón y lo ha organizado el chico. A lo mejor no hay señales de lucha porque se ha escapado de casa.

—No se ha escapado de casa.

—Si no lo han raptado es que...

—Mire sus huellas. Llegan hasta aquí y luego se detienen. No volvió a subir, ni bajó, ni siguió por la ladera a la misma altura: las pisadas desaparecen sin más. No puede haberse desvanecido. Si se hubiera escapado de casa, habría dejado huellas, pero no hay nada; desde aquí no se marchó a pie. Alguien se lo llevó.

—Y entonces ¿dónde están las pisadas de la otra persona? Me quedé mirando la tierra y meneé la cabeza.

—Ni idea.

—Eso es una tontería, Cole. Ya encontraremos algo. Siga buscando.

Starkey repetía mis movimientos algo más abajo. Estaba a tres o cuatro metros de mí cuando se detuvo para observar el terreno.

—Eh, ¿esto es de la zapatilla del niño o de la suya?

Me acerqué. Una línea apenas visible marcaba el tacón de una zapatilla demasiado grande para pertenecer a Ben. Era una huella nítida que no estaba erosionada, y no había restos de nada por encima. Comparé la nitidez de su borde con la de las pisadas de Ben.



Se habían producido aproximadamente al mismo tiempo. Me coloqué detrás de ella y miré hacia adelante desde el centro del tacón para ver hacia dónde se dirigía. Apuntaba directamente al lugar donde terminaba el rastro de Ben.

—Es él, Starkey. Lo ha encontrado.

—No podemos saberlo con seguridad. Alguno de sus vecinos podría haber estado merodeando por aquí.

—No ha venido nadie a merodear. Siga buscando.

Starkey puso un tallo de romero junto a la marca de aquella suela para indicar su situación, y entonces ampliamos el círculo. Yo me dediqué a inspeccionar el terreno comprendido entre la nueva huella y las de Ben, pero no encontré nada más. Volví sobre mis pasos, repasando la misma zona una segunda vez. Seguía sin aparecer nada.

Debería haber habido fragmentos de otras pisadas entremezclados con las de Ben, como las piezas superpuestas de un rompecabezas. Debería haber encontrado marcas, hierba pisoteada y todos los rastros evidentes que deja una persona al caminar por la montaña, pero lo único que conseguimos fue aquella huella incompleta de un único pie. No podía ser, pero era, y cuanto más pensaba en la falta de indicios, más asustado me sentía. Las pruebas eran la historia física de un hecho, pero la falta de esa historia física constituía una demostración más que suficiente de que había sucedido algo.

Examiné la maleza circundante, la pendiente y los árboles que nos rodeaban, cuyas hojas secas estaban por todas partes. Un hombre había conseguido subir por aquella pendiente cubierta de broza y de hojarasca quebradiza y había hecho tan poco ruido que Ben no lo había oído acercarse. Ese hombre no habría podido ver a Ben entre tanta maleza, lo que significaba que lo había localizado por el ruido del Game Freak. Después, una vez que lo hubo encontrado, se había llevado a aquel niño de diez años sano como un roble con tanta rapidez que no le había dado oportunidad de gritar.

—Starkey —llamé.

—Por aquí hay bichos, Cole. Joder, qué asco me dan.

Estaba examinando el terreno a escasa distancia de mí.

—Starkey, olvídense de los nombres que le he dado de la gente de casos viejos. Ninguno de ellos es lo bastante bueno para hacer algo así.

Me entendió mal.

—No se preocupe, Cole. Voy a pedir que vengan los de la DIC.

Ellos descubrirán qué ha sucedido aquí.

—Yo ya sé lo que ha sucedido. Olvídense de los nombres de mis casos. Investigue sólo a los soldados que sirvieron conmigo y olvídense de todo lo demás.

—¿No me había dicho que ninguno de ellos sería capaz de algo semejante?

Me quedé con los ojos clavados en el suelo y después miré la espesa maleza y el terreno pisoteado, esforzándome por pensar en los hombres que había conocido y en lo que podían hacer los mejores de entre ellos. Me picaba la piel de la espalda. Las

hojas y las ramas que nos rodeaban se convirtieron en piezas rotas de un *puzzle* borroso. Un hombre que tuviera la preparación necesaria podría estar a tres metros de distancia, podría esconderse dentro del rompecabezas y observarnos por entre las piezas, y seríamos incapaces de verlo aunque nos apuntara con una pistola y empezara a apretar el gatillo.

—El que ha hecho esto tiene experiencia de combate, Starkey. Usted no lo ve, pero yo sí. No es la primera vez que hace una cosa así. Ha sido entrenado para cazar personas y se le da bien.

—Está poniéndome la piel de gallina. No se agobie, ¿vale? Voy a pedir que vengan los de la DIC.

Eché un vistazo al reloj. Hacía dieciséis horas y doce minutos que Ben había desaparecido.

—¿Gittamon está con Lucy?

—Sí, está registrando el cuarto de Ben.

—Me voy a verlos. Quiero decirles a qué nos enfrentamos.

—Venga, Cole, no me toque la moral. No sabemos a qué nos enfrentamos, así que ¿por qué no espera a que lleguen los de la DIC?

—¿Será capaz de encontrar el camino de vuelta?

—Si espera dos minutos me voy con usted.

Me puse a subir la colina sin esperar. Starkey salió disparada detrás de mí. De vez en cuando me gritaba que fuese más despacio, pero no dejé que me alcanzase. Sombras del pasado que deberían haber estado enterradas marcaban el camino de regreso a mi casa.

Me superaban en número y era consciente de que iba a necesitar ayuda para vencerlas. Al llegar a casa entré en la cocina y llamé a una armería de Culver City que conocía.

—Que se ponga Joe.

—No está.

—Tenéis que encontrarlo. Es importante. Decidle que se reúna conmigo en casa de Lucy de inmediato. Decidle que Ben Chenier ha desaparecido.

—Vale. ¿Algo más?

—Sí. Que tengo miedo.

Colgué, salí y subí al coche. Arranqué el motor, pero me quedé sentado con las manos en el volante, intentando que dejaran de temblarme.

El hombre que se había llevado a Ben había actuado con destreza y en silencio. Había estudiado cuándo entrábamos y cuándo salíamos. Conocía mi casa y el cañón y estaba al corriente de que Ben se iba a la ladera a jugar. Y además lo había hecho todo tan bien que yo ni me había enterado. Seguramente nos había acechado durante varios días. Para cazar personas hacían falta un entrenamiento y una habilidad especiales. Había conocido a varios hombres con esa habilidad y me daban miedo. Yo mismo había sido uno de ellos.

*Tiempo desde la desaparición: 17 horas, 41 minutos*

Al oír hablar de Beverly Hills la gente piensa en mansiones, pero las llanuras que se extienden al sur de Wilshire están repletas de hileras de modestas casas unifamiliares y robustos edificios de apartamentos de una planta que no habrían desentonado en ninguna otra ciudad estadounidense. Lucy y Ben vivían en un complejo de dos pisos en forma de U cuya boca daba a la calle y cuyos brazos rodeaban un patio al que daban las escaleras y donde crecían multitud de aves del paraíso y dos palmeras enormes. No era una calle por la que pasaran habitualmente muchas limusinas, pero ante su edificio, junto a la boca de incendios, esperaba una Presidential negra.

No sin esfuerzo metí el coche en una plaza ajustada situada a media manzana de distancia y recorrí aquel trecho por la acera. El chófer de la limusina estaba leyendo una revista, sentado al volante, con las ventanillas subidas y el motor en marcha. También había dos tipos fumando en un Mercury Marquis aparcado al otro lado de la calle, delante del coche de Gittamon. Eran hombres corpulentos de cuarenta y muchos años, de tez rojiza, con el pelo corto y la expresión impasible de quien está acostumbrado a estar en mal sitio en mal momento sin que le importe demasiado. Me observaron como si fueran policías.

Subí las escaleras y llamé al timbre de Lucy. Me abrió un hombre al que nunca había visto.

—¿Qué desea?

Era Richard. Le tendí la mano.

—Elvis Cole. Lamento mucho que tengamos que conocernos así.

Su rostro se ensombreció, e hizo como si no viera mi mano.

—Y yo lamento mucho que tengamos que conocemos —dijo.

Lucy se colocó ante él, incómoda y enfadada. A Richard se le daba muy bien ponerla de mal humor.

—No empieces —le pidió.

—Ya te había dicho yo que iba a suceder algo así. ¿O no? ¿Cuántas veces te lo había dicho? Pero no, tú no querías escuchar.

—Richard, déjalo, por favor.

—Sí, ahora sería buen momento para dejarlo —intervine.

Una expresión de amargura cruzó fugazmente los ojos de Richard, que se volvió de repente y se alejó. Era de la edad de Lucy, pero tenía las sienes canosas y el cabello empezaba a ralearle. Llevaba un polo negro, pantalones de pinzas de color caqui que estaban arrugados tras el viaje en avión y unos mocasines de Bruno Magli que costaban más de lo que ganaba yo en una semana. Incluso desarreglado y sin

haber dormido, tenía pinta de rico. Era propietario de una empresa de gas natural con intereses internacionales.

Lucy bajó la voz cuando entré tras ella.

—Acaban de llegar. Te he llamado para decirte que Richard había llegado, pero supongo que ya habías salido.

Richard se había reunido en el salón de Lucy con un hombre corpulento de traje oscuro. Llevaba el pelo entre cano tan corto que casi parecía calvo y tenía unos ojos que semejaban miras de rifle puestas del revés. Me tendió la mano.

—Leland Myers. Llevo la seguridad de la empresa de Richard.

—Me he traído a Lee para que nos ayude a buscar a Ben —anunció Richard—, porque vosotros por el momento sólo habéis conseguido perderlo.

Mientras Myers y yo nos dábamos la mano, Gittamon entró en la habitación con el ordenador de Ben. Resoplaba debido al peso y lo soltó en una mesita situada junto a la puerta.

—Hoy mismo tendremos su correo electrónico. Resulta sorprendente lo que los niños les cuentan a sus amigos.

Me sentó mal que siguiera empeñado en la teoría del falso secuestro, pero de todos modos había decidido andarme con cuidado al contarle a Lucy lo que habíamos encontrado en la ladera.

—No va a descubrir nada en su correo electrónico, sargento. Starkey y yo hemos peinado la ladera hace un rato. Hemos encontrado una huella en el punto en el que estaba el Game Freak de Ben. Seguramente la dejó el que se lo llevó, y es probable que sea alguien que estuvo conmigo en Vietnam.

—Pero ¿no estaban todos muertos? —dijo Lucy con expresión de incredulidad.

—Sí, pero he llegado a la conclusión de que la persona que ha hecho esto tiene cierto tipo de experiencia de combate. Le he dado una lista de nombres a Starkey y voy a intentar recordar más. Ha llamado a los de la DIC para que saquen un molde de la pisada. Con un poco de suerte, podremos calcular con bastante precisión su estatura y su peso.

Richard y Myers se miraron y después el primero se cruzó de brazos y frunció el entrecejo antes de decir:

—Lucy me ha contado que el que llamó ayer mencionó algo sobre Vietnam, y que todo esto tiene que ver contigo. ¿Es que antes lo ponías en duda?

—La gente puede decir lo que quiera, Richard. Ahora ya sé que no se tiraba un farol.

—¿Qué quieres decir con lo de cierto tipo de experiencia de combate? —inquirió Myers.

—Para moverse como se movió este tío ayer no basta haber cazado ciervos los fines de semana o haber hecho el curso de capacitación de oficiales de la reserva. Este individuo ha pasado tiempo en lugares en los que le rodeaba gente que le habría matado si hubiera dado con él, así que sabe moverse sin dejar rastro. Además, no

hemos hallado indicios de lucha, lo que significa que Ben no lo vio acercarse.

Les conté que las huellas del chico terminaban de forma abrupta y que sólo habíamos encontrado esa otra pisada aislada. Myers tomó notas mientras yo narraba el episodio. Richard no paraba de cruzar y descruzar los brazos, cada vez más inquieto. Cuando terminé ya había empezado a recorrer el perímetro del pequeño salón de Lucy de forma obsesiva.

—Pues de puta madre, Cole. ¿Quieres decir que una especie de comando asesino de boinas verdes tipo Rambo ha raptado a mi hijo?

Gittamon miró el busca y luego a mí, con cierto aire de reproche.

—Eso no lo sabemos, señor Chenier. Una vez que lleguen los de la DIC estaremos en condiciones de investigar más a fondo. El señor Cole podría estar sacando conclusiones precipitadas cuando aún no tenemos pruebas suficientes.

—Yo no me precipito en absoluto, Gittamon —respondí—. He venido porque quiero que lo vea todo usted mismo. Los de la DIC ya se encuentran de camino.

Richard miró a Gittamon primero y a Lucy después.

—No, seguramente el señor Cole tiene razón. Estoy convencido de que ese hombre es peligrosísimo, tal como dice Cole, quien, recordemos, tiene tendencia a atraer a esa clase de gente. Un tal Rossier casi mató a mi exmujer en Luisiana gracias a él.

—Ese tema ya está muy manido, Richard —replicó Lucy, tensa. Él siguió atacando:

—Luego se vino a vivir aquí, a Los Ángeles, para que otro lunático, que se llamaba Sobek, pudiera perseguir a nuestro hijo. ¿A cuántas personas mató, Lucille? ¿A siete? ¿A ocho? Era un asesino en serie o algo así.

Lucy se colocó ante él y le dijo en voz baja:

—Déjalo ya, Richard. No es necesario que te comportes siempre como un gilipollas.

—Intenté explicarle que relacionarse con Cole —prosiguió Richard, a voz en cuello— es peligroso para ellos, pero ¿me hizo caso? No. No me escuchó porque la seguridad de nuestro hijo no era tan importante como el que ella se saliese con la suya.

Lucy le dio un sonoro bofetón en la mejilla.

—Te he dicho que te calles.

Gittamon se estremeció, como si quisiera estar muy lejos de allí. Myers tocó el brazo de su jefe.

—Richard.

Éste no se movió.

—Richard, tenemos que empezar.

Richard tensó la mandíbula, como si quisiera decir algo más pero estuviera masticando las palabras para no dejarlas salir. Miró a Lucy y después apartó los ojos como si de repente se sintiera incómodo y avergonzado de aquel arrebató.

—Me había prometido que no iba a hacerlo, Lucille —se disculpó en voz baja—. Lo siento.

Ella no contestó. Le palpitaba el orificio nasal izquierdo al respirar intensamente. Yo estaba en el otro extremo de la habitación y la oía.

Richard se humedeció los labios. Estaba avergonzado, con un aire de niño travieso al que acaban de pillar en falta. Se apartó de ella, miró a Gittamon y se encogió de hombros.

—Tiene razón, sargento. Soy un gilipollas, pero quiero a mi hijo y estoy muy preocupado. Haré lo que sea necesario para encontrarlo. Por eso he venido y por eso he traído a Lee.

Myers carraspeó e intervino:

—Deberíamos ver esa ladera de la que ha hablado Cole. A Debbie se le da bien la búsqueda de indicios. Podría echamos una mano.

—¿Quién es Debbie? —preguntó Gittamon.

Richard miró otra vez hacia donde estaba Lucy, después se sentó en una silla dura que había en el rincón y se frotó la cara con las manos.

—Debbie DeNice, aunque en realidad se llama Debulon o algo así. Es un inspector de policía jubilado de Nueva Orleans. De Homicidios, creo. Es eso, ¿no Lee?

—Homicidios. Tiene una tasa de resolución de casos espectacular.

Richard se puso en pie de un salto.

—El mejor de Nueva Orleans. Sólo he traído a los mejores. Voy a encontrar a Ben aunque tenga que contratar a Scotland Yard, joder.

Myers miró a Gittamon y luego a mí.

—Me gustaría mandar a mi gente a tu casa, Cole —me dijo—. También me gustaría disponer de esa lista de nombres.

—La tiene Starkey. Podemos fotocopiarla.

—Si los de la DIC están de camino —prosiguió Myers, dirigiéndose a Gittamon—, será mejor que vayamos para allá, aunque antes me gustaría que me contara brevemente qué sabemos y qué está haciéndose, sargento. ¿Puedo contar con usted?

—Sí, claro, desde luego.

Le indiqué cómo ir a mi casa. Anotó mis instrucciones en una agenda electrónica y después se ofreció a llevar el ordenador de Ben al coche de Gittamon. Se marcharon juntos. Richard les siguió, pero al pasar junto a Lucy titubeó. Se volvió hacia mí y apretó los labios como si oliera a podrido.

—¿Vienes?

—Dentro de un minuto.

Miró a su exmujer y su expresión se suavizó. Le puso una mano en el brazo.

—Tengo habitación en el Beverly Hills, en Sunset Boulevard. No debería haber dicho todo eso, Lucille. Me arrepiento y me disculpo, aunque todo era cierto.

Volvió a mirarme y acto seguido se marchó.

Lucy se llevó una mano a la frente.

—Esto es una pesadilla.

*Tiempo desde la desaparición: 18 horas, 05 minutos*

El sol había llegado a su plenitud como una bengala, y brillaba con tanta intensidad que borraba el color del cielo y hacía que las palmeras resplandecieran con una luz trémula. Cuando salí a la calle, Gittamon ya no estaba por allí, pero Richard esperaba junto a la limusina negra con Myers y los dos tipos del Marquis. Me imaginé que se trataba de sus hombres, y que también eran de Nueva Orleans.

Dejaron de hablar cuando aparecí tras las aves del paraíso. Richard se ubicó delante de los demás para recibirme. Ya no se molestaba en intentar ocultar sus sentimientos; en su rostro se dibujaban la furia y la determinación.

—Tengo algo que decirte.

—A ver si lo adivino: no vas a preguntarme dónde me he comprado la camisa.

—Tú eres el culpable de todo esto. Llegará un momento en que alguien matará a uno de los dos por tu culpa, es sólo cuestión de tiempo. Pero no, no voy a permitirlo.

Myers se acercó y cogió a Richard del brazo.

—No tenemos tiempo para esas cosas.

Richard lo apartó con un gesto brusco.

—Quiero decírselo.

—Acepta su consejo, Richard —le recomendé—. Por favor. Debbie DeNice y Ray Fontenot se colocaron al otro lado de su jefe. El primero era un hombre de estructura ósea consistente y ojos grises de un tono cercano al agua sucia. Fontenot también resultó ser, como DeNice, exinspector de la policía de Nueva Orleans. Era alto y de facciones angulosas, y tenía una cicatriz muy fea en el cuello.

—¿Y si no qué? —intervino DeNice.

Había sido una noche muy larga. Me dolían los ojos de tanta tensión acumulada.

—Aún es por la mañana —respondí con calma—. Vamos a tener que aguantarnos durante un buen rato.

—Si de mí depende, no —contestó Richard—. No me caes bien, Cole. Me das mala espina. Todo en ti llama al mal tiempo, y quiero que te mantengas bien alejado de mi familia.

Respiré hondo. Un poco más allá, en la misma calle, una mujer de mediana edad había sacado a pasear a un doguillo que andaba como un pato en busca de un lugar en el que mear. Aquel hombre era el padre de Ben y el exmarido de Lucy. Pensé que si le decía o le hacía algo ellos sufrirían. No teníamos tiempo que perder en tonterías. Había que encontrar a Ben.

—Nos vemos en mi casa.

Intenté sortear el grupo, pero DeNice dio un paso hacia un lado para impedirme el

paso.

—No sabes con quién te metes, amigo.

Fontenot esbozó una sonrisa y dijo:

—No, parece que no se ha enterado.

—Debbie. Ray —intervino Myers.

Ninguno de los dos se movió. Richard, que se había quedado mirando la casa de Lucy, se humedeció los labios, cosa que ya había hecho antes de salir. Me parecía más confuso que enfadado.

—Lucille ha sido una idiota y una egoísta al venir a Los Ángeles. Ha sido una idiota al liarse con alguien como tú y una egoísta al llevarse a Ben con ella. Espero que entre en razón antes de que uno de los dos muera.

DeNice era un hombre de espaldas anchas y expresión morbosa que me hizo pensar en un payaso homicida. Tenía el puente de la nariz cubierto de pequeñas cicatrices. Nueva Orleans debía de ser un sitio muy duro, pero me dio la impresión de que se trataba de uno de esos tipos a los que les gustan las cosas difíciles. Podía haber intentado esquivarlo, pero no me molesté en hacerlo.

—Apártate de mi camino.

En lugar de eso, abrió el abrigo de *sport* que llevaba para enseñarme por un instante la pistola, y me quedé pensando que quizás en los barrios marginales de su ciudad aquello impresionaba a la gente.

—Parece que no te enteras —dijo.

Algo se movió con rapidez por los extremos de mi campo visual. Un brazo en el que se marcaban unas gruesas venas agarró por detrás el cuello de DeNice y un pesado Colt Python 357 de color azul apareció bajo su brazo derecho. El ruido que hizo al ser amartillado fue como el de unos nudillos al romperse. DeNice perdió el equilibrio. Joe Pike lo levantó por detrás y le susurró al oído:

—A ver si te enteras tú de esto.

Fontenot metió la mano por dentro de la chaqueta. Pike le arreó con el 357 en la cara y Fontenot se tambaleó. La mujer del perro miró hacia donde estábamos, pero sólo vio a seis hombres en medio de la acera, uno de los cuales se llevaba las manos a la cara.

—Richard, no hay tiempo para todo esto —dije—. Tenemos que encontrar a Ben.

Pike llevaba una sudadera gris sin mangas, vaqueros y gafas oscuras que resplandecían al sol. Los músculos del brazo se le marcaban como si fueran adoquines en torno al cuello de DeNice. La flechita que llevaba tatuada en el deltoides estaba muy tensada debido a la tirantez interior.

Myers observaba a Pike del modo en que lo hacen los lagartos, sin ver nada en realidad, más bien buscando algo que detonara su reacción preprogramada: ataque, retirada, lucha.

—Lo que has hecho ha sido una estupidez, Debbie —dijo con tranquilidad—, una estupidez muy poco profesional. ¿Lo ves, Richard? No se puede jugar con esta clase



de gente.

Fue como si Richard despertara, como si surgiera de la niebla.

Meneó la cabeza y contestó:

—Joder, Lee, ¿que se cree que hace Debbie? Yo sólo quería hablar con Cole. No puedo permitirme una cosa así.

Myers no apartó en ningún momento los ojos de Joe. Agarró a DeNice del brazo, aunque Pike no lo había soltado.

—Lo siento, Richard. Voy a hablar con él.

Myers tiró del brazo.

—Ya está todo arreglado. Suéltalo.

El brazo de Pike se cerró con más fuerza alrededor del cuello de DeNice.

—A ver, Richard —intervine—. Ya sé que estás de mal humor, pero yo también lo estoy. Tenemos que centrarnos en encontrar a Ben. Dar con él es lo primero. Debes tenerlo presente. Y ahora métete en el coche. No quiero repetir esta conversación.

Richard me miró boquiabierto, pero se recuperó y se dirigió hacia su coche.

Myers seguía observando a Pike.

—¿Vas a soltarlo?

—¡Será mejor que me dejes en paz, hijo de puta! —gritó DeNice.

—Ya ha pasado, Pike —dije—. Puedes soltarlo.

—Si tú lo dices —contestó.

DeNice podía haberse comportado con sensatez, pero prefirió no hacerla. Cuando Pike lo liberó, giró sobre los talones y le lanzó un directo de derecha. Se movió con mayor rapidez de la que debería tener un hombre tan corpulento y utilizó las piernas con el codo pegado al cuerpo. Seguramente había sorprendido a muchos hombres antes con esa velocidad, y por eso creyó que tenía posibilidades. Pike esquivó el puñetazo, atrapó el brazo de su contrincante con una llave y le agarró las piernas al mismo tiempo. DeNice cayó de espaldas sobre la acera y su cabeza rebotó contra el suelo.

—¡Joder, Lee! —gritó Richard desde la limusina.

Myers echó un vistazo a los ojos de DeNice, que estaban vidriosos. De un tirón le puso en pie y lo empujó hacia el Marquis. Fontenot ya estaba al volante del coche, con un pañuelo ensangrentado pegado a la cara.

Myers observó a Pike por un instante, y luego a mí.

—Son policías, eso es todo.

Se reunió con Richard en la limusina y los dos vehículos se alejaron.

Cuando me volví y quedé frente a Joe vi un brillo oscuro en la comisura del labio.

—Eh, ¿eso qué es?

Me acerqué. Una perla roja manchaba el borde de la boca de Joe.

—Estás sangrando. ¿Ese tío te ha dado?

A Pike nunca le daban. Pike era tan rápido que resultaba imposible que alguien lo alcanzara. Se limpió la sangre con un dedo y después se subió a mi coche.

—Cuéntame lo de Ben.

### *El niño y la reina*

—¡Socorro!

Ben aplicó la oreja a un agujero de la tapa de la caja, pero sólo se percibía un silbido lejano, como el ruido que hacía una caracola al ponérsela al oído.

Acercó los labios a la abertura y gritó:

—¿Me oye alguien?

No hubo contestación.

Por la mañana había aparecido una luz por encima de su cabeza. Brillaba como una estrella distante. Habían hecho un agujero en la caja para que entrara el aire. Ben puso un ojo delante y vio un pequeño disco de color azul al final de un tubo.

—¡Estoy aquí abajo! ¡Auxilio! ¡Socorro! No hubo contestación.

—¡SOCORRO!

Ben había logrado arrancarse la cinta de las muñecas y las piernas. Desesperado, se había puesto a dar patadas contra las paredes como un bebé en plena rabieta y había intentado abrir la tapa haciendo fuerza con todo el cuerpo. Se retorció como un gusano en una acera recalentada porque creía que los bichos se lo comían vivo.

Estaba absolutamente convencido de que Mike, Eric y el africano habían salido a comprar la cena a un McDonald's y un autobús sin frenos los había hecho papilla. Habían quedado aplastados, convertidos en una pasta roja con trocitos de huesos, y ahora nadie sabía que él estaba atrapado en aquella caja asquerosa. Iba a morir de hambre y de sed y acabaría convertido en un personaje de *Buffy, cazavampiros*.

Perdió la noción del tiempo y se quedó medio adormilado. No sabía si seguía despierto o si soñaba.

—¡SOCORRO! ¡ESTOY AQUÍ ABAJO! ¡SOCORRO, SACADME DE AQUÍ!

Nadie contestó.

—¡MAMÁAAAAAAA!

Ben sintió que algo le daba en el pie y pegó un brinco como si diez mil voltios de corriente hubieran recorrido su cuerpo.

—¡Venga, chaval! ¡Deja de lloriquear!

La Reina de la Culpa estaba tumbada en un extremo de la caja, apoyada sobre un codo: era una joven muy guapa de cabello negro y sedoso, piernas largas y doradas y pechos voluptuosos que se salían de una camiseta cortísima. No parecía muy contenta.

Ben pegó un chillido y la Reina se tapó los oídos.

—¡Joder, cómo berreas!

—¡No eres de verdad! ¡Eres un juego!

—Entonces esto no va a dolerte.

La Reina le retorció un pie. Con fuerza.

—¡Ay! —exclamó Ben, y retrocedió de golpe, arrastrándose, sin posibilidad de ir a ninguna parte. ¡No podía ser verdad! ¡Estaba atrapado en una pesadilla!

La Reina se sonrió con una mueca cruel y después lo tocó con la punta de una resplandeciente bota de vinilo.

—¿Te parece que no soy de verdad, guapo? Vale, muy bien. ¿Notas esto?

—¡No!

Ella enarcó las cejas con aire de superioridad y le acarició la pierna con la bota.

—¿Sabes cuántos niños quieren tocar esta bota? ¿La notas? ¿Ves que soy de verdad?

Ben estiró el brazo y la tocó con un dedo. La bota era tan resbaladiza como un coche recién pulido, y tan sólida como la caja en la que lo habían encerrado. La Reina flexionó los dedos y Ben retiró la mano de golpe.

Ella se echó a reír.

—¡Si te enfrentaras a Modus no durarías ni dos segundos!

—¡Sólo tengo diez años! ¡Todo esto me da miedo y quiero irme a mi casa!

La Reina se estudió las uñas, como si se aburriera. Cada una era una esmeralda afiladísima y refulgente.

—Pues vete. Puedes marcharte cuando quieras.

—Ya lo he intentado. ¡Estamos atrapados!

La Reina volvió a enarcar las cejas.

—¿De verdad?

Lo miraba inexpresiva, mientras se pasaba suavemente las uñas por un vientre plano como un suelo embaldosado. Las tenía tan afiladas que se arañaba la piel.

—Puedes marcharte cuando quieras —repitió.

Ben creía que estaba tomándole el pelo, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No tiene gracia! ¡Llevo toda la noche pidiendo socorro y nadie me oye!

El bello rostro de la Reina se encendió. Sus ojos ardían como desquiciadas esferas amarillas y su mano rasgaba el aire igual que una garra.

—¡Ábrete camino a zarpazos, idiota! ¿No ves lo afiladas que están?

Ben se encogió de miedo.

—¡No te acerques!

La Reina se inclinó sobre él. Sus dedos zigzagueaban como si fueran serpientes. Sus uñas eran cuchillas relumbrantes.

—¿NOTAS LAS PUNTAS AFILADAS? ¿NOTAS CÓMO CORTAN?

—¡Vete de aquí!

Ella se abalanzó sobre Ben, que se cubrió la cabeza con los brazos y empezó a gritar mientras las uñas puntiagudas se le clavaban en la pierna.

Y entonces despertó.

Se dio cuenta de que estaba hecho un ovillo en un rincón, encogido. Parpadeó en la oscuridad y aguzó el oído. La caja permanecía en silencio. Estaba solo. Había sido

una pesadilla, y sin embargo aún notaba el dolor agudo de las uñas de la Reina al clavársele en el muslo.

Se puso de lado y el pinchazo fue aún más intenso.

—¡Ay!

Bajó la mano para descubrir qué era lo que llevaba clavado. Tenía la estrella de plata de Elvis Cole en el bolsillo. La sacó y pasó las yemas de los dedos por sus cinco puntas. Eran duras y estaban afiladas como cuchillas. Clavó una en el plástico de la tapa y empezó a mover la medalla de un lado a otro. Palpó el plástico. Una delgada línea se había grabado en su cielo.

Ben siguió utilizando la medalla como una sierra y la línea fue ganando profundidad. Aumentó la presión, trabajó más deprisa, como si sus brazos fueran pistones. En la oscuridad notó que caían pedacitos de plástico semejantes a gotas de lluvia.

*Todo un D-boy*

Michael Fallon estaba desnudo a excepción de unos calzoncillos azules desteñidos. Tenía las cortinas corridas y el aire acondicionado apagado para que los vecinos no lo oyeran, por lo que la casa parecía un horno. Le daba igual. Había estado en muchos cuchitriles del Tercer Mundo en los que un bochorno como aquél equivalía a un soplo de aire fresco.

Ibo y Schilling habían salido a robar un coche y Fallon había aprovechado para quitarse la ropa y hacer ejercicio. Intentaba encontrar un momento para ello cada día, porque cuando alguien no estaba perfectamente en forma otra persona podía cazarlo, y a Mike Fallon no lo cazaba nadie.

Hizo doscientas flexiones de brazos, doscientos abdominales, doscientas elevaciones de pierna y doscientas flexiones de espalda sin detenerse entre serie y serie. Repitió el ciclo dos veces y después saltó a buen ritmo durante veinte minutos sin moverse del sitio, levantando las rodillas hasta el pecho. El sudor cubría su piel como el glaseado de un pastel y caía al suelo igual que lluvia, pero tampoco estaba haciendo unos ejercicios excepcionales; normalmente corría quince kilómetros con una mochila cargada con veinticinco kilos a la espalda.

Estaba secándose el sudor con una toalla cuando se abrió la puerta del garaje con gran estruendo. Debían de ser Ibo y Schilling, pero echó mano de la 45 por si acaso.

Entraron por la cocina con dos bolsas de Ralphs. Schilling lo llamaba con una voz que le pareció la de un paleta de barrio al volver a casa:

—¿Mike? ¡Eh, Mike!

Fallon se colocó tras ellos y le dio un golpecito con la pistola a Schilling, que dio un respingo.

—¡Joder! ¡Me los has puesto por corbata!

—Pues la próxima vez vete con más cuidado. Si hubiera sido otra persona, no tendrías próxima vez.

—Ya. Vale.

Ibo y Schilling dejaron las bolsas, el segundo enfurruñado porque Fallon le había metido un gol. Ibo lanzó una manzana verde a Fallon y después sacó una botella de Orangina para él. Tenía que ser algo que contuviese naranja: zumo, Fanta, Orangina; no bebía otra cosa. Fallon empezó a pinchar a Schilling por el despiste, pero los dos sabían que Eric era bueno. En realidad, era buenísimo. Sólo que Fallon lo superaba.

—¿Habéis conseguido el coche?

—Mazi —contestó Schilling—. Hemos ido hasta Inglewood. Total, por allí la mitad de los coches son robados. La pasma no hará caso ni aunque el dueño lo

denuncie.

—Un buen coche —apuntó Ibo con su peculiar acento—. Los asientos son guapos.

Schilling sacó dos teléfonos móviles de una bolsa y se los arrojó a Fallon. Eran un Nokia y un Motorola. Para lo que habían planeado necesitaban el coche y los teléfonos.

Fallon los observó durante unos instantes mientras sacaban la comida de las bolsas y por fin dijo:

—Escuchad.

Ibo y Schilling lo miraron. Hacía mucho que preparaban aquel trabajo y estaban acercándose al momento decisivo. Quedaban pocas horas.

—Una vez que hayamos traicionado al tío este ya no habrá vuelta atrás. ¿Lo tenemos claro?

—Sí, joder —repuso Schilling—. Yo quiero la pasta. Y Mazi lo mismo. Tío, esta oportunidad no tiene nada que ver con la otra mierda; me importa una mierda lo que piense un gilipollas como ése.

Ibo hizo chocar los puños contra los de Schilling. Los dos sonreían como niños. Fallon ya sabía la respuesta de antemano, pero se alegraba de haber formulado la pregunta. Si estaban metidos en aquello era por el dinero, como profesionales.

—Uh.

—Uh —contestaron Ibo y Schilling.

Fallon se sentó en el suelo para ponerse los calcetines y los zapatos. Le apetecía darse una ducha, pero eso podía esperar.

—Me voy a buscar un sitio para el encuentro. Preparad algo de comer y luego echadle un vistazo al crío. Comprobad que esté bien atado.

Fallon era el encargado de encontrar un lugar seguro en el que consumir la traición.

—Está a buen recaudo. Tiene un metro de tierra por encima.

—Id a ver de todos modos, Eric. Volveré cuando se haya hecho de noche. Entonces lo sacaremos y llamaremos. Seguramente tendremos que ponerle al teléfono para convencer a esos tíos.

Fallon se metió la pistola por la cintura y echó a andar hacia el garaje.

—¡Eh! —lo llamó Schilling—. ¿Qué vamos a hacer con el chico si no conseguimos la pasta?

Fallon no se volvió ni se detuvo.

—Pues volver a meterlo en la caja y tapar el agujero.

*Tiempo desde la desaparición: 18 horas, 38 minutos*

Laurence Sobek había asesinado a siete personas. Joe Pike tenía que haber sido la octava. Eran siete seres humanos inocentes, pero Sobek los culpaba por haber provocado el encarcelamiento de un pederasta llamado Leonard De Ville por la violación vaginal y anal de una niña de cinco años, Ramona Ann Escobar. El destino de De Ville había sido el habitual de muchos condenados por esa clase de delitos: lo habían asesinado los propios reclusos. Todo aquello había sucedido hacía quince años. Joe Pike, que por entonces era agente de la policía de Los Angeles, lo había arrestado, y las siete víctimas mortales habían sido testigos de la acusación. Sobek le había metido dos balas en el cuerpo a Pike antes de que éste acabara con él. Había estado a punto de perder la vida. Su recuperación había sido lenta, y en más de una ocasión yo había perdido la esperanza. Supongo que él también, pero con Pike nunca se sabía. La Esfinge era una cotorra comparada con él.

De camino a mi casa le conté lo de Ben y lo de la llamada.

—¿Y el tío del teléfono no pidió nada? —preguntó Pike.

—Me dijo que se trataba de una venganza. Eso fue todo lo que dijo, que era un ajuste de cuentas por lo que había pasado en Vietnam.

—¿Crees que es un impostor o no?

—No lo sé.

Pike soltó un resoplido. Sabía lo que me había sucedido aquel día en Vietnam. Se trataba de la única persona a la que se lo había contado que no pertenecía al ejército ni era familiar de los otros cuatro hombres. Quizás a todos nos hacía falta convertirnos en la Esfinge de vez en cuando.

Cuando llegamos a mi casa vimos una furgoneta azul cielo de la DIC aparcada en la entrada, donde Starkey estaba ayudando a un forense alto y desgarbado llamado John Chen a descargar su equipo. Gittamon se cambiaba de calzado en el asiento trasero de su coche. Richard y sus hombres se habían colocado en un costado de la casa. Iban sin americana y con la camisa arremangada. A Fontenot le había salido un morado de color muy intenso debajo del ojo. DeNice nos miraba fijamente.

Pike y yo aparcamos en la calle, un poco más allá de la casa, y desde allí fuimos a pie hasta la furgoneta. Starkey seguía fumando. Miró con cara de pocos amigos a Gittamon y se dirigió a mí en voz baja:

—¿Ve a toda esa gente? Gittamon los deja bajar a la ladera con nosotros.

—Éste es mi socio, Joe Pike. Nos acompaña.

—Joder, Cole, que esto no es un safari sino el escenario de un delito.

John Chen bajó de la furgoneta con una mochila y un maletín de recogida de

pruebas que era como una gran caja metálica de aparejos de pesca. Al vernos hizo una inclinación de la cabeza.

—Eh, si yo los conozco. Hola, Elvis. ¿Qué hay, Joe? Trabajamos juntos en lo de Sobek.

Starkey dio una buena calada y después miró a Pike con los ojos entornados.

—O sea que eres tú. He oído que Sobek te metió dos balazos y te dejó para el arrastre.

La sensibilidad no era el fuerte de Starkey. Soltó una enorme bocanada de humo y Pike se movió para colocarse junto a Chen. Contra el viento.

Myers se acercó a nosotros y le pidió la lista de nombres a Starkey, que contestó:

—Los he dictado por teléfono mientras esperaba. Si suena la campana, nos enteraremos hoy mismo.

—Cole me ha dicho que podía verla. Queremos hacer una comprobación por nuestra cuenta.

Starkey, parapetada tras el cigarrillo, me puso mala cara, y a continuación sacó la lista. Me la dio y se la entregué a Myers.

—¿A qué esperamos? —pregunté.

Starkey miró a Gittamon, dejando claro lo mucho que le molestaba el que tardara tanto.

—Cuando tú digas, sargento —le gritó para meterle prisa.

—Ya casi estoy.

Tenía la cara roja por haber estado agachado. Myers fue a reunirse con los suyos. Starkey, que seguía apurando el cigarrillo, dijo entre dientes:

—Mamón.

El gato negro que compartía la casa conmigo apareció por una esquina. Estaba viejo y maltrecho, y andaba con la cabeza inclinada hacia un lado debido a las secuelas de un disparo de una pistola del 22. Seguramente se acercó porque olió a Pike, pero al ver a más gente ante la casa arqueó la espalda y bufó. Hasta DeNice se volvió.

—¿Qué le pasa a ese bicho? —preguntó Starkey.

—No le gusta la gente. No es nada personal. Sólo le caemos bien Joe y yo.

—A lo mejor le gusta esto —contestó, y le lanzó el cigarrillo de un papirotazo. Aterrizó con una lluvia de chispas.

—Joder, Starkey, ¿estás chalada o qué?

El gato no salió disparado como haría cualquier otro, sino que puso los pelos de punta y maulló más alto aún. Echó a andar de lado hacia ella.

—Coño, hay que ver cómo es el cabrón —exclamó Starkey.

Pike se acercó al gato y lo acarició. El animal se dejó caer de lado y se puso boca arriba. Adoraba a Joe Pike. Starkey les miraba con el entrecejo fruncido como si todo aquello fuera de mal gusto.

—No soporto a los gatos.



Gittamon terminó de abrocharse los zapatos y bajó del coche.

—Vale, Carol. A ver qué habéis encontrado. John, ¿estás listo?

—Sí, jefe.

—¿Señor Chenier?

—Ve tú primero, Cole —pidió Starkey—. Guíanos.

Pike y yo bajamos primero y seguimos en paralelo el rastro de Ben como había hecho yo unas horas antes. Starkey aguantó el ritmo mejor que la primera vez, aunque estuviera ayudando a Chen a llevar parte de su equipo, pero a Gittamon y a DeNice les costaba mantener el equilibrio. Myers se movía como si le molestara tener que esperar a los demás.

Pasamos por la zona de nogales y después rodeamos el montículo para salir justo encima de la zona en la que había encontrado el Game Freak el día anterior. El tallo de romero que había utilizado Starkey para marcar las huellas sobresalía del suelo como una lápida en miniatura. Les señalé dónde terminaba el rastro de Ben y después les mostré la huella parcial. Volví a ponerme en cuclillas junto a la marca del talón y les indiqué cómo se dirigía hacia Ben. Chen abrió su maletín de pruebas y señaló el punto con una banderita naranja. Pike se agachó a mi lado para estudiar la pisada parcial y después empezó a descender por la colina sin pronunciar palabra.

—Eh, ten cuidado —le advirtió Starkey—. Es importante no borrar nada.

Gittamon y Richard se abrieron paso entre Chen y Starkey para ver la marca, seguidos por DeNice y Fontenot. Myers la observó con rostro inexpresivo.

—¿No habéis encontrado nada más?

—Aún no —respondió Starkey.

Richard clavó los ojos en la huella parcial. Estaba tan callado que parecía mudo. Tocó la tierra seca que había junto a ella y después echó un vistazo alrededor, como si quisiera grabarse el lugar en la cabeza.

—¿Fue aquí dónde raptaron a mi hijo, Cole? ¿Fue aquí donde lo perdiste?

No me molesté en responder. Miré la huella y una vez más comprobé que se dirigía hacia Ben. Había repasado el terreno comprendido entre la pisada parcial y la última marca de Ben como mínimo tres veces. La distancia que las separaba era al menos de tres metros. La tierra era blanda y fina, por lo que debería haber estado cubierta de huellas.

Dije en voz alta lo que pensaba, más para mí mismo que para los demás:

—Cuando lo raptaron, Ben estaba allí, de espaldas a nosotros, jugando al Game Freak.

El fantasma de Ben Chenier pasó de largo siguiendo el rastro, y sus pies dejaron las huellas de Ben. Se encorvó sobre el Game Freak, del que salía el estruendo de los chillidos y los puñetazos. Un fantasma más oscuro me atravesó y se le acercó. Su pie derecho rozó la huella medio marcada en la tierra, ante mí.

—Ben no se percató de que el otro estaba aquí antes de que llegara a este punto. En ese momento es posible que el crío oyera algo o que se volviese porque si, no se,

pero el secuestrador se asustara al creer que Ben gritaría al verlo.

De repente el fantasma oscuro salió disparado hacia Ben, impulsándose contra la tierra blanda, y dejó la huella parcial. Vi cómo sucedía.

—Ben aún no se había dado cuenta de lo que ocurría, o no del todo, porque en caso contrario lo habríamos notado en las huellas de sus zapatillas. Estaba de espaldas. Quien lo agarró lo hizo por detrás y lo levantó por los aires. Le tapó la boca para que no chillase.

El fantasma oscuro se llevó por la maleza al niño, que luchaba por soltarse. Cuando ambos espectros se desvanecieron me di cuenta de que estaba tiritando.

—Eso fue lo que sucedió.

Myers me miraba fijamente, lo mismo que Starkey y Chen. El primero meneó la cabeza, pero su expresión me resultó indescifrable.

—Vale, ¿y dónde están las demás huellas?

—Por eso digo que es tan bueno, Myers —contesté—. No dejó ninguna más. Ésta fue un error.

Richard hizo un gesto de incredulidad, indignado, y se puso en pie. Myers se incorporó a continuación.

—Me parece asombroso que no tengas más que una mierda de agujero en la tierra que ni siquiera se ve bien. Y la explicación que me das es que Rambo ha raptado a mi hijo. Joder.

DeNice echó un vistazo a la colina y anunció:

—A lo mejor es que no han buscado lo suficiente.

Fontenot asintió y lo apoyó.

—Estoy contigo.

Myers hizo un gesto de asentimiento y los dos se fueron a peinar la ladera.

Gittamon se inclinó más para observar la huella con detalle.

—¿Puedes hacer un molde de esto, John? —preguntó.

Chen tomó una pizca de tierra y dejó que resbalara por entre los dedos. No le gustó lo que veía y, con ceño, contestó:

—¿Ves lo fina y seca que es esta tierra? Es como si fuera sal. Esta clase de terreno no conserva la estructura. En estos casos podemos perder mucho detalle al verter el material. El peso del plástico deforma la impresión.

—Para ti todo es un drama —terció Starkey—. He trabajado con este tío en cincuenta escenarios de explosiones y siempre parece que el mundo esté a punto de acabarse.

Chen se puso a la defensiva.

—Yo sólo digo lo que hay. Puedo encuadrar la huella para que la estructura se mantenga mejor y sellar el terreno antes de verter, pero no sé qué voy a conseguir.

Starkey se puso en pie y espetó:

—Pues un molde. Deja de quejarte de todo y ponte a trabajar, John, joder.

Richard observó a DeNice y Fontenot, que rebuscaban por la maleza. Miró el

reloj.

—Lee, a este ritmo no acabaremos nunca. Ya sabes lo que tienes que hacer. Busca a más gente si es necesario y que venga todo el que nos haga falta. Me da igual lo que cueste.

Starkey se volvió hacia Gittamon como si esperase que fuera a decir algo, y cuando vio que permanecía en silencio decidió intervenir:

—Si aparece más gente por aquí esto se convertirá en un circo. La cosa ya está bastante mal para empeorarla.

Richard se metió las manos en los bolsillos.

—Eso no es problema mío, inspectora. Yo lo que quiero es encontrar a mi hijo. Si quiere detenerme por obstrucción a la justicia o alguna otra estupidez por el estilo, estoy convencido de que quedará estupendamente en las noticias.

—Nadie ha hablado de hacer nada por el estilo —intervino Gittamon—. Lo que pasa es que tenemos que asegurarnos de que el escenario se conserva lo más inalterado posible.

Myers apoyó la mano en el brazo de Richard. Intercambiaron unas palabras en voz baja y después el primero se dirigió a Gittamon.

—Tiene usted razón, sargento. Debemos encargarnos de que los indicios se conserven lo mejor que podamos y también de la acusación contra los raptos de Ben. Cole no debería estar aquí.

Lo miré fijamente, pero su rostro seguía tan inexpresivo como antes. Gittamon parecía confuso.

—No lo entiendo, Myers —afirmé—. Ya había venido antes y recorrí toda la ladera en busca de Ben.

Richard se encogió de hombros, incómodo, y contestó:

—¿Qué es lo que no entiendes, Cole? Nunca me he dedicado al derecho penal, pero sé lo bastante de abogacía para tener claro que si esto llega a los tribunales serás un testigo de peso. Puede que incluso te sientes en el banquillo. Sea como sea, tu presencia aquí supone un problema.

—¿Por qué iba a sentarse en el banquillo? —preguntó Starkey.

—Fue la última persona en ver con vida a mi hijo.

Hacía cada vez más calor. El sudor brotaba de mis poros y la sangre me latía con fuerza por los brazos y las piernas. Chen era el único que se movía. Colocó una hoja de plástico blanco rígido en el suelo a pocos centímetros de la huella parcial y le dio unos golpecitos. Estaba empezando a encuadrarla para mantener la tierra en su sitio. Después empezaría a pulverizar la zona con un sellador transparente, muy parecido a la laca para el pelo, a fin de reafirmar la superficie. Aquello le daría consistencia al terreno y serviría para formar una estructura. La estabilidad era fundamental.

—¿Qué quieres decir con eso, Richard? —pregunté.

Myers repitió el gesto que había hecho delante de la casa de Lucy y le tocó el brazo.

—No te acusa, Cole, en absoluto, pero está claro que quien te llamó tiene algo contra ti. Cuando todo se aclare puede que se descubra que os conocisteis hace tiempo y que él tampoco era santo de tu devoción.

—No sé de qué estás hablando, Myers.

—Myers tiene razón —dijo Richard—. Si su abogado consigue demostrar que se trata de una rencilla entre los dos, afirmará que has alterado las pruebas que había contra él a sabiendas. Incluso podría decir que las has fabricado tú mismo. Piensa en el caso de O. J. Simpson.

—Qué gilipollez —exclamó Starkey.

—He sido abogado, inspectora. Permítame que le diga que ante un tribunal las gilipolleces suelen convencer a la gente.

Gittamon se retorció, incómodo, y dijo:

—Aquí nadie está haciendo nada que sea inapropiado.

—Sargento, yo estoy de su lado. Estoy incluso del de Cole, aunque me dé una rabia tremenda reconocerlo, pero este tema representa un problema. Le ruego que se lo pregunte a sus superiores o a alguien de la Oficina del Fiscal. A ver qué opinan ellos.

Gittamon miró hacia donde Pike y los hombres de Richard buscaban entre la maleza. Luego se volvió hacia Starkey, que se limitó a encogerse de hombros, y por fin me dijo:

—Señor Cole, quizá debería esperar en su casa.

—¿Y eso de qué serviría, Gittamon? Ya me he pateado la colina, así que si sigo mirando no hago daño a nadie.

Gittamon arrastró los pies y me hizo pensar en un perro que buscara nervioso un lugar en el que hacer pis.

—Voy a hablar con el capitán de Hollywood, a ver qué le parece.

Richard y Myers dieron media vuelta sin esperar más y fueron a reunirse con Fontenot y DeNice entre la broza. Gittamon se agachó junto a Chen para no tener que mirarme.

Starkey los contempló a todos por un instante y después me hizo un gesto de impotencia.

—En un par de horas seguramente me habrán dicho algo sobre la lista de nombres. Un tipo normal y corriente de Des Moines no se levanta un buen día y se dice que va a hacer una cosa como ésta; los que se dedican a esto son gilipollas, y los gilipollas tienen historiales. Si conseguimos algo sobre alguno de los nombres que nos has dado podremos ponernos a trabajar. Será mejor que nos esperes arriba. Ya te avisaré.

Meneé la cabeza.

—Si crees que voy a quedarme de brazos cruzados estás chalada.

—No tenemos nada más para empezar a trabajar. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Pensar como él.

Le hice un gesto a Pike y subimos juntos hasta mi casa.

*Tiempo desde la desaparición: 19 horas, 08 minutos*

Cuando la gente mira a Joe Pike ve a un expolicía, a un exmarine, los músculos y el tatuaje, las gafas de sol que ocultan una cara secreta. De pequeño Pike vivía en las afueras de un pueblo y se pasó la infancia escondido en el bosque. Huía de su padre, que tenía por costumbre pegarle puñetazos hasta hacerle sangrar y después seguir con su madre. Los marines no tenían miedo de los alcohólicos violentos, de manera que se hizo marine. En el ejército observaron que sabía moverse por el bosque y entre los árboles, y le enseñaron otras cosas. Yo nunca había visto a nadie a quien se le dieran tan bien como a Pike esas cosas, y todo gracias a que de pequeño había tenido que huir aterrado al bosque. Cuando ves a alguien sólo te das cuenta de lo que esa persona te deja ver.

Pike escrutó el cañón desde mi porche. Oíamos a Starkey y a los demás, aunque desde allí arriba no podíamos verlos. La forma del cañón amplificaba sus voces, como habría hecho con la de Ben si hubiera pedido auxilio.

—No tenía modo de saber cuándo iba a salir el chico de casa —reflexioné— ni cuándo iba a estar solo, así que necesitaba un lugar seguro desde el que observar y esperar. Estaba en otro sitio hasta que vio a Ben bajar por la ladera, y entonces se acercó hasta aquí.

Pike señaló con una inclinación de la cabeza la sierra que se alzaba al otro lado del cañón.

—La casa no se ve desde la calle de abajo debido a los árboles, y le interesaba tener el campo de visión despejado. Seguro que estaba allí delante con unos prismáticos.

—Estoy de acuerdo.

La sierra del otro lado del cañón era una hilera sinuosa de picos nudosos y altibajos que desaparecían en su descenso hacia la cuenca. Recorrían sus laderas calles residenciales interrumpidas por zonas silvestres allí donde el terreno era muy inestable o las pendientes demasiado pronunciadas para construir.

—Vale —dijo Pike—, si desde donde estaba veía este porche, lo lógico es que desde aquí podamos ver su escondrijo.

Entramos a buscar mis prismáticos y el callejero. Encontré la página en la que aparecía la zona del otro lado del cañón y después orienté el plano para que concordara con la dirección de la sierra. Había muchos sitios en los que podía ocultarse alguien.

—Bueno, si estuvieras en su lugar, ¿dónde te meterías? —pregunté.

Pike escudriñó el plano y después observó la sierra.

—Vamos a dejar las calles llenas de casas. Yo elegiría un lugar en el que los vecinos no me vieran. Eso quiere decir que sería un sitio en el que mi coche no llamara la atención.

—Vale. O sea, que no aparcarías delante de una casa, sino en una pista o directamente entre la maleza, alejado de la calle.

—Sí, pero también querría tenerlo a mano. Una vez viera a Ben, no dispondría de demasiado tiempo para llegar hasta el coche, conducir hasta aquí, aparcar y después subir la ladera en su busca.

La distancia era considerable. Existía la posibilidad de que Ben hubiera vuelto a casa antes de que el secuestrador consiguiese llegar hasta él.

—¿Y si eran dos? —aventuré—. Uno vigilando y el otro esperando a este lado con un móvil.

Pike se encogió de hombros y respondió:

—De todos modos tenía que haber alguien allí delante observando. La única forma que tenemos de encontrar algo es gracias a esa pista.

Elegimos puntos de referencia claros, como una casa naranja que parecía un templo marciano y una hilera de seis palmeras de California que estaban en el jardín delantero de una casa, y marcamos su ubicación en el plano. Una vez que tuvimos esos puntos de referencia, fuimos turnándonos para observar con los prismáticos la lejana ladera en busca de casas en construcción, grupos de árboles en solares sin edificar y otros lugares en los que un hombre pudiera esperar durante bastantes horas sin ser visto. Los situamos en el plano en función de los puntos de referencia.

Gittamon subió hasta la casa mientras mirábamos con los prismáticos e hizo un gesto de asentimiento hacia nosotros antes de irse. Debió de imaginarse que estábamos matando el tiempo. Myers y DeNice subieron por la pendiente al poco rato y se metieron en la limusina. Myers le dijo algo a su acompañante, que nos hizo un ademán poco amistoso. Qué madurez la suya. Fontenot ascendió la colina penosamente unos minutos después y se marchó con DeNice en el Marquis. Myers volvió a bajar para reunirse con Richard.

Dedicamos casi dos horas a peinar la sierra desde el porche. Pasado ese tiempo, Pike dijo:

—Vámonos de caza.

Hacía veintiuna horas que Ben había desaparecido.

Se me pasó por la cabeza contarle a Starkey lo que estábamos haciendo, pero decidí que sería mejor que no lo supiera. Richard se pondría hecho una furia y ella quizá se sintiera obligada a recordarnos que Gittamon nos había pedido que no pusiéramos en peligro su caso. A ellos podía preocuparles si querían la preparación de una acusación, pero a mí sólo me importaba encontrar a un chico.

Cruzamos el cañón por las serpenteantes carreteras hasta llegar a la sierra del otro lado; los niños aún no habían salido del colegio, los adultos todavía estaban trabajando y los que no entraban ni en una categoría ni en otra se habían escondido

tras puertas cerradas con llave. En el mundo no había indicio alguno de que un chaval hubiera sido secuestrado.

Todo parece distinto desde una distancia de mil metros. De cerca, los árboles y las casas eran irreconocibles. Repasamos una y otra vez el plano en busca de los puntos de referencia que habíamos marcado e intentamos orientarnos.

El primer lugar que registramos fue una zona sin edificar situado al final de un pista sin asfaltar como las muchas que recorrían la piel de las montañas de Santa Mónica. Su función principal era que las cuadrillas del condado pudieran eliminar la maleza antes de la época de incendios. Aparcamos entre dos casas, al final de la zona pavimentada, y nos colamos como pudimos entre la puerta y la verja.

En el momento en que estacionábamos, Pike comentó:

—No se escondió aquí. Si hubiese dejado el coche entre estas casas se habría arriesgado a que lo vieran.

De todos modos, avanzamos por la pista, trotando para ganar tiempo. Mientras tanto intentábamos ver mi casa, pero la maleza y los robles eran tan densos que sólo alcanzamos a divisar el cielo. Era como correr por un túnel. De regreso al coche fuimos aún más deprisa.

Siete puntos que desde mi porche nos habían parecido buenos escondites resultaron estar expuestos a las miradas de los vecinos. Los tachamos. En otras cuatro ubicaciones el único acceso pasaba por aparcar delante de alguna casa. También las tachamos. Cada vez que veíamos una casa en venta parábamos para comprobar si vivía alguien en ella. Si resultaba que estaba desocupada, nos acercábamos a la puerta o saltábamos las verjas en busca de una vista de mi casa. Dos de ellas podían haber sido utilizadas como escondrijo, pero en ninguna de las dos descubrimos indicios de ello.

Hacía muchos años que Joe Pike era mi amigo y mi socio; estábamos hechos el uno para el otro y trabajábamos bien codo con codo, pero daba la impresión de que el sol quería recorrer el cielo a la carrera. Encontrar posibles escondites representaba una labor interminable, y buscar indicios una vez que habíamos dado con cada lugar era aún más lento. El tráfico se intensificó cuando las madres volvían en sus coches de recoger a sus hijos del colegio, solos o en compañía de los de varios vecinos. Unos chavales con monopatines y el pelo de punta nos observaban desde los jardines delanteros de sus casas. Los adultos que regresaban del trabajo nos miraban con recelo desde sus vehículos todo terreno.

—Mira cuánta gente hay —comenté—. Alguien tuvo que ver algo. Seguro.

Pike se encogió de hombros.

—¿A ti te habrían visto?

Miré hacia el sol, pensando en el temido momento en que se haría de noche.

—Relájate —pidió Pike—. Ya sé que tienes miedo, pero relájate. Tenemos que ir rápido, pero sin prisas. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Sí, lo sé.



—Si vamos con prisas pasaremos algo por alto. Hoy haremos lo que podamos y ya volveremos mañana.

—Ya te he dicho que sí.

Casi todas las calles estaban flanqueadas por casas modernas construidas en los años sesenta para ingenieros aeroespaciales y escenógrafos, pero en algunas había zonas donde la pendiente era excesiva o donde el terreno resultaba demasiado inestable para construir cimientos. Encontramos tres de esos trechos con vistas despejadas de mi casa.

Los dos primeros eran hoyos de paredes casi verticales situados en la parte interna de curvas muy pronunciadas. Podían servir de escondrijos, pero para quedarse colgado de aquellas pendientes habrían sido necesarios martillos y pitones de escalada. Un arcén en el extremo de una curva externa empezaba a descender cerca del pie de la sierra. Una casa situada al inicio de la curva estaba siendo remodelada. En el extremo más lejano se veían otras viviendas, pero en aquel mismo punto no había ninguna. Salimos de la carretera y nos apeamos. Starkey y Chen se habían convertido en puntitos de color que subían hacia mi porche. Fui incapaz de distinguir quién era quién, pero con unos prismáticos habría resultado fácil.

—Un buen panorama —comentó Pike.

Junto a la carretera, cerca de donde nos hallábamos, había dos coches pequeños y una furgoneta de reparto polvorienta. Dedujimos que serían de los albañiles de la casa. Un vehículo más no llamaría la atención.

—Iremos más deprisa si nos separamos —propuse—. Tú ve por este lado del arcén. Yo inspeccionaré la parte de arriba y me ocuparé del extremo más alejado.

Pike se marchó sin pronunciar palabra. Recorrí la parte superior del arcén, paralela a la calle, en busca de una huella de calzado o de alguna marca. No encontré nada.

La maleza brotaba en la ladera igual que mohos, menos densa en torno a robles raquíuticos y pinos en bastante mal estado. Fui bajando haciendo zigzag, siguiendo las hendiduras de la erosión y los senderos naturales entre bolas de artemisa grandes y rígidas. En dos ocasiones vi marcas que podía haber hecho alguien al pasar, pero eran tan superficiales que no conseguí estar seguro.

El terreno caía abruptamente. Ya no veía ni mi coche ni ninguna de las casas de los dos lados de la curva, lo que significaba que la gente de las casas tampoco me veía. Miré hacia el otro lado del cañón. Las ventanas de Grace González resplandecían. Se distinguía el perfil de mi casa, que colgaba de la ladera con aquel porche que sobresalía como un trampolín. Si hubiera querido vigilada, aquél habría sido el lugar ideal.

Pike surgió en silencio de entre la maleza.

—He bajado todo lo que he podido —dijo—. A partir de allí la pendiente es muy pronunciada, tanto que nadie podría ver nada.

—Pues entonces ayúdame por este lado.

Buscamos por la tierra que había al pie de dos pinos y después fuimos bajando por la ladera hasta llegar a un roble solitario. Avanzábamos separados unos diez metros, en líneas paralelas, de modo que cubriamos la mayor parte del terreno. El tiempo era fundamental. Unas sombras moradas iban extendiéndose a nuestros pies. El sol ya rozaba la sierra. A partir de allí se hundiría cada vez más deprisa, como en una carrera cuya meta era la noche.

—Aquí —dijo Pike.

Me detuve en el instante en que estaba a punto de dar un paso.

Pike se arrodilló. Tocó el suelo y después se levantó las gafas para ver mejor. Cada vez había menos luz.

—¿Qué es?

—Tengo una huella parcial y después otra. Van hacia ti.

Se me humedecieron las manos. Hacía veintiséis horas que Ben había desaparecido. Más de un día. El sol aceleró su declive, que era como la agonía de un corazón.

—¿Coinciden con la que hemos encontrado en mi casa?

—Aquella no la he visto con claridad, así que no puedo saberlo. Pike se colocó sobre las pisadas. Yo me acerqué al árbol. Me dije que aquellas huellas podían ser de cualquiera, de chicos de la zona, de excursionistas, de un albañil que hubiera bajado para hacer pis, pero en el fondo sabía que eran del secuestrador de Ben Chenier. Lo noté en la piel como cuando hay un exceso de contaminación.

Pasé por encima de una hendidura, entre dos bolas de artemisa, y vi una pisada reciente en la tierra, entre un par de láminas de pizarra. Estaba orientada hacia arriba y procedía del árbol.

—Joe.

—Ya la veo.

Pike por la izquierda y yo por la derecha nos acercamos más al árbol. Estaba mustio y sus ramas puntiagudas habían perdido casi todas las hojas. Una hierba rala había brotado bajo las ramas; en la parte superior, hacia el tronco, estaba aplastada, como si alguien se hubiera sentado encima.

No me acerqué más.

—Joe.

—Lo veo. Y hay huellas en la tierra, a la izquierda. ¿Las ves?

—Sí.

—Si quieres, me acerco.

A nuestra espalda, la sierra estaba tragándose el sol. Las sombras que se extendían a nuestros pies iban ganando terreno y en las casas de la sierra más alejada se encendían las luces.

—Ahora no. Vamos a decírselo a Starkey. Chen puede comparar las pisadas. Luego hay que empezar a llamar a las puertas. Lo tenemos, Joe. Estuvo aquí. Desde este lugar esperó a Ben.

Retrocedimos y después ascendimos por la ladera siguiendo nuestras propias huellas. Llegamos al coche y volvimos a mi casa para llamar a Starkey. La habíamos visto marcharse hacía casi dos horas, pero cuando tomamos la curva nos la encontramos sentada al volante de su Crown Vic, ante la puerta de mi casa, sola, fumando.

Giré para entrar en el garaje y después nos acercamos corriendo hacia ella para contárselo todo. Se apeó.

—Creo que hemos encontrado el punto desde el que esperó, Starkey. Hemos visto huellas y hierba aplastada. Tenemos que llevarnos a Chen para comprobar si coinciden las huellas, y luego hay que ir puerta por puerta. La gente que vive por allí puede haber visto un coche o incluso la matrícula de éste.

Lo solté todo como un torrente, como si esperase que se pusiera a dar saltos de alegría, pero ni se inmutó. Tenía una expresión adusta en el rostro ensombrecido como una tormenta al acecho.

—Creo que hemos conseguido algo, Starkey. ¿Qué te pasa?

Ella apuró el cigarrillo y después lo aplastó con la punta del pie.

—Ha vuelto a llamar.

Me di cuenta de que aquello no era todo, y temí que me dijera que Ben había muerto.

Tal vez se dio cuenta de lo que pasaba por mi cabeza. Se encogió de hombros, como si el ademán fuese una respuesta a todo lo que yo no me atrevía a preguntar.

—No a ti. A tu novia.

—¿Y qué ha dicho?

Sus ojos expresaban precaución; quizá suponía que yo sería capaz de leerlo todo en ellos y de ese modo no tendría necesidad de ser más explícita.

—Puedes escucharlo tú mismo. Ha apretado el botón de grabación del contestador y lo tiene casi todo. Queremos que nos digas si es el mismo tío.

No me moví.

—¿Ha dicho algo de Ben?

—De Ben, no. Venga, está todo el mundo en comisaría. Id en tu coche. No quiero tener que traerlos hasta aquí luego.

—Starkey, ¿le ha hecho daño a Ben? Joder, cuéntame de una vez lo que ha dicho.

Starkey subió al coche y se quedó sentada en silencio por un instante.

—Ha dicho que mataste a veintiséis civiles y que después asesinaste a tus compañeros para deshacerte de los testigos. Eso es lo que ha dicho, Cole. Has querido saberlo. Seguidme. Queremos que lo escuches.

Starkey se alejó y fui tragado por la oscuridad.

*Tiempo desde la desaparición: 27 horas, 31 minutos*

La comisaría de Hollywood era un edificio achaparrado de ladrillos rojos que estaba una calle al sur de Hollywood Boulevard, a medio camino entre los estudios de la Paramount y el Hollywood Bowl. A aquella hora las calles estaban repletas de coches que no iban a ninguna parte a velocidad de tortuga. Los autocares de turistas recorrían el Paseo de la Fama y se alineaban junto a la acera frente al Teatro Chino, llenos de gente que había pagado treinta y cinco dólares para sentarse dentro de un vehículo en pleno atasco. Era noche cerrada cuando giré para meterme en el aparcamiento situado tras la comisaría. La limusina de Richard estaba junto a una verja. Starkey me esperaba de pie ante su coche con otro cigarrillo entre los labios.

—¿Llevas arma?

—La he dejado en casa.

—No puedes entrar con una ahí dentro.

—¿Qué pasa, Starkey? ¿Acaso piensas que pretendo liquidar a algún testigo?

Starkey lanzó el cigarrillo con fuerza contra el lateral de un coche patrulla. Una lluvia de chispas surgió del guardabarros.

—¿Dónde está Pike?

—Le he llevado a casa de Lucy. Si ese cabrón tiene su teléfono, seguramente sabe dónde vive. ¿Te preocupa que eso también pueda joderte el caso?

No replicó.

—Eso es lo que decía Gittamon, no yo.

Entramos por una puerta doble de cristal y después recorrimos un pasillo de baldosas hasta llegar a una sala donde un cartel rezaba: INSPECTORES. Unas mamparas que llegaban hasta el techo dividían la habitación en cubículos, pero casi todas las sillas estaban desocupadas; o había una ola de crímenes o todo el mundo se había ido a su casa. Gittamon y Myers hablaban en voz baja en el otro extremo de la estancia. El segundo llevaba un maletín delgado de cuero. Gittamon se disculpó y se nos acercó al vemos.

—¿Le ha contado Carol lo sucedido?

—Me ha dicho lo de la llamada. ¿Dónde está Lucy?

—En una sala de interrogatorio. He de advertirle que la grabación es desagradable. Dice cosas muy fuertes...

—Antes de pasar a eso —lo interrumpió Starkey—, Cole debería contarte lo que ha descubierto. Puede que tengan algo importante, Dave.

Le hablé de las huellas y de la hierba aplastada que Pike y yo habíamos visto, y le conté mi interpretación. Me escuchó como si no estuviera muy seguro del significado de todo aquello, pero Starkey se lo explicó:

—Cole tiene razón en lo de que debía de haber alguien observando al otro lado del cañón. Mañana, en cuanto haya suficiente luz, iré con Chen a verlo. A lo mejor las huellas coinciden.

Myers se acercó al ver que estábamos hablando y me observó con los ojos

entornados, como un aborigen contemplando el sol.

—Debes de atraer las pistas como un imán, Cole. Cuántas cosas encuentras. ¿Es sólo cuestión de buena suerte?

Le di la espalda. De lo contrario le habría pegado en el cuello.

—Gittamon, ¿vamos a escuchar esa cinta o no?

Me llevaron a la sala de interrogatorios en la que Lucy y Richard esperaban sentados a una reluciente mesa gris. La habitación estaba pintada de *beige*, porque un psicólogo del Departamento de Policía de Los Ángeles había concluido que era un color relajante, pero allí nadie parecía tranquilo.

—Por fin —dijo Richard—. El muy hijo de puta ha llamado a Lucy, Cole. La ha llamado a su casa, joder.

Le puso las manos en los hombros, pero ella se apartó y espetó:

—Richard, con tanto comentario insidioso me estás poniendo de muy mal humor.

Su exmarido se quedó boquiabierto y desvió la mirada.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Lucy tras colocar una silla junto a ella.

Se ablandó por un instante, pero enseguida la rabia regresó a su rostro.

—Quiero encontrar a ese hijo de puta. Quiero acabar con todo esto y asegurarme de que Ben está bien. Y luego quiero hacerle unas cuantas cosas a ese tipo.

—Ya lo sé. Yo también.

Me miró con aquellos ojos encendidos y después meneó la cabeza y fijó la vista en el magnetófono. Gittamon se sentó ante ella y Starkey y Myers se quedaron de pie junto a la puerta.

—Señora Chenier —empezó Gittamon—, no tiene por qué escucharlo otra vez. No es necesario.

—Quiero oírlo. Voy a pasarme la noche oyéndolo.

—Bueno, muy bien. Señor Cole, le informo de lo sucedido: la señora Chenier ha recibido una llamada a las cinco y cuarenta de la tarde, ha conseguido grabarla casi en su totalidad, pero falta el principio, así que lo que va a escuchar es una conversación incompleta.

—Starkey ya me había dicho algo, sí. ¿La han rastreado? ¿Procedía del mismo número?

—La compañía telefónica está en ello. La grabación que está a punto de escuchar es un duplicado, por lo que la calidad del sonido no es excesivamente buena. Hemos enviado el original a la DIC. Puede que consigan sacar algo de los ruidos de fondo, aunque no es probable.

—Muy bien. Comprendido.

Gittamon apretó el botón de reproducción. El altavoz, que era de los baratos, se llenó con un silbido al que siguió una voz masculina que empezó a media frase:

*Voz:... Que usted no tiene nada que ver con esto, pero ese cabrón va a pagar lo que hizo.*

*Lucy: ¡No le hagan daño, por favor! ¡Dejen que se vaya!*

*Voz: ¡Calle y escuche! ¡Escuche! ¡Cole los mató! ¡Yo sé lo que pasó y usted no, así que ESCUCHE!*

Gittamon apretó el botón de pausa.

—¿Es el hombre que lo llamó ayer?

—Sí, el mismo —respondí.

Todos los ocupantes de la habitación me observaban, en especial Richard y Lucy. Él estaba recostado en la silla, con los brazos cruzados y cara de pocos amigos, pero ella se había inclinado hacia adelante y se había apoyado en el borde de la mesa; parecía una nadadora a punto de lanzarse al agua. Nunca me había mirado de esa forma.

Gittamon anotó mi respuesta en su libretita.

—Muy bien. Ahora que oye la voz por segunda vez, ¿le suena de algo? ¿La reconoce?

—No, de nada. No sé quién es.

—¿Estás seguro? —preguntó Lucy. Los tendones y los nervios de sus manos estaban muy tensos, y respiraba con dificultad, como si soportara una carga muy pesada.

—No lo conozco, Luce.

Gittamon volvió a apretar el botón.

—Bueno, muy bien. Vamos a continuar.

La grabación prosiguió. Las voces se superponían. Los dos gritaban para hacerse oír.

*Lucy: Por favor, se lo ruego...*

*Voz: ¡Yo estaba allí, señora! Lo sé muy bien. Mataron salvajemente a veintiséis personas...*

*Lucy: ¡Ben no es más que un niño! ¡Nunca le ha hecho daño a nadie! ¡Por favor!*

*Voz: Estaban en la selva, totalmente solos, así que pensaron: «Qué coño, si no lo contamos no se enterará nadie» y juraron mantener el secreto, pero Cole no se fiaba de ellos...*

*Lucy:... ¡Dígame qué quiere! Por favor, suelte a mi hijo...*

*Voz:... Abbott, Rodríguez, los demás... ¡Los asesinó para deshacerse de los testigos! ¡Fusiló a su propio equipo!*

*Lucy: ¡no es mas que un crío...!*

*Voz:... Lamento que le haya tocado a su hijo, pero Cole va a pagar por lo que hizo. Es culpa suya.*

La grabación se detuvo.

El casete silbó ligeramente durante unos segundos, hasta que Gittamon rebobinó la cinta. Alguien se movió a mi espalda, Starkey o Myers. Luego Gittamon carraspeó.

—Si sabe todo eso —dije— será que se me escapó uno.

Un espasmo apareció debajo de un ojo de Lucy.

—¿Cómo puedes hacer bromas? —preguntó.

—Pues porque esto es ridículo. ¿Qué quieres que responda ante una cosa así? No sucedió nada de lo que dice. Se lo ha inventado.

Richard golpeó la mesa con un puño.

—¿Y nosotros cómo sabemos qué sucedió o qué hiciste?

Lucy lo miró con expresión de rabia. Empezó a decir algo, pero se detuvo.

—No hemos venido a acusar a nadie, señor Chenier —dijo Gittamon.

—El que acusa es el gilipollas de la cinta, no yo, y la verdad es que me importa una puta mierda lo que hiciera Cole en Vietnam —replicó Richard—. A mí sólo me preocupa Ben, y el hecho de que este hijo de puta —gritó mientras tocaba el magnetófono— odia tanto a Cole que ha decidido vengarse raptando a mi hijo.

—Tranquilízate —le pidió Lucy—. Sólo consigues empeorar la situación.

Richard enderezó la espalda como si estuviera agotado, harto de hablar del tema, e inquirió:

—¿Cómo puedes estar tan ciega cuando se trata de Cole, Lucille? No sabes nada de él.

—Sé que le creo.

—Perfecto. Estupendo. Claro que es lo que cabía esperar que dijeras. —Richard hizo un gesto a Myers—. Lee, pásame eso.

Myers le entregó el maletín. Richard saco del mismo una carpeta marrón que dejó caer sonoramente sobre la mesa.

—Bueno, para que te enteres, ya que sabes tanto: Cole se metió en el ejército porque un juez le dio a elegir entre la cárcel y Vietnam. ¿Eso lo sabías, Lucille? ¿Te lo había dicho? Joder, has expuesto a nuestro hijo a delincuentes peligrosos desde que estás con este hombre y te comportas como si no fuera de mi incumbencia. Pues bien, he hecho que sea de mi incumbencia porque mi hijo lo es.

Lucy se quedó mirando la carpeta sin tocarla. Richard me miraba a mí, pero seguía dirigiéndose a ella:

—Me da igual que estés loca, me da igual que todo esto te guste. Lo he investigado y ahí lo tienes: tu noviete ha estado metido en líos desde que era un chaval. Agresión, agresión con lesiones, robo de automóvil... Venga, léelo.

Una oleada de calor me inundó el rostro. Me sentí como un niño al que hubiesen pillado mintiendo, porque aquel otro yo era distinto, vivía en un pasado tan remoto que lo había apartado de mí. Intenté recordar si le había contado todo aquello a Lucy, y por la dura expresión de sus ojos me di cuenta de que no.

—¿Y si sacas mis notas del colegio, Richard? —dije—. ¿También las tienes?

Siguió hablando de mí sin detenerse y sin apartar la mirada:

—¿Te lo había contado, Lucille? ¿Se lo preguntaste antes de encomendarle nuestro hijo? ¿O estabas tan obcecada con tus necesidades y tu egoísmo que ni te molestaste en hacerlo? Despierta, Lucille, por el amor de Dios.

Richard rodeó la mesa a grandes zancadas sin esperar a que Lucy o cualquier otro dijera nada y se marchó. Myers permaneció en el hueco de la puerta unos instantes, mirándome con aquellos inexpresivos ojos de lagarto. Notaba cómo me palpitaba la sangre en los oídos y sentí ganas de que dijera algo. Me daba igual que estuviéramos en la comisaría. Quería que hablara, pero no lo hizo. Se limitó a dar media vuelta y a seguir los pasos de Richard.

Lucy miraba la carpeta; sin embargo, creo que no la veía. Yo quería tocarla, pero tenía tanto calor que no podía moverme. Gittamon respiraba con dificultad, entrecortadamente.

Por fin, Starkey rompió el silencio.

—Lo lamento, señora Chenier. Tiene que haber sido muy violento.

Lucy asintió.

—Sí. Mucho.

—Me metí en líos a los dieciséis años —intervine—. ¿Qué quieres que diga?

Nadie me miró. Gittamon tendió la mano por encima de la mesa y tocó el brazo de Lucy.

—La desaparición de un hijo es algo muy duro. Para todo el mundo. ¿Quiere que alguien la lleve a casa?

—Ya la llevo yo —me ofrecí.

—Sé que todo esto es muy difícil, señor Cole, pero nos gustaría hacerle algunas preguntas más.

Lucy se puso en pie sin apartar la mirada de la carpeta.

—He venido con mi coche. No se preocupe.

Le puse la mano en el brazo.

—Lo ha contado de forma que parezca más grave de lo que fue. Era un crío.

Lucy asintió. También me tocó, pero seguía sin mirarme.

—Me encuentro bien —contestó—. ¿Ya hemos terminado, sargento?

—Usted sí, señora Chenier. ¿Necesita algo? A lo mejor quiere dormir en un hotel o en casa de algún amigo.

—No, quiero estar en casa por si vuelve a llamar. Gracias a los dos. Les agradezco lo que están haciendo.

—Bueno, muy bien.

Lucy se pegó a la pared para rodear la mesa y después se detuvo en la puerta. Me miró y me di cuenta de que le costaba hacerlo.

—Lo siento. Ha sido un espectáculo lamentable.

—Luego iré a verte.

Se marchó sin contestar. Starkey la observó mientras se alejaba y después se sentó



en una de las sillas vacías.

—Joder, se casó con un gilipollas.

Gittamon volvió a carraspear.

—¿Por qué no nos tomamos un café y seguimos? —propuso—. Señor Cole, si desea ir al baño le indicaré dónde está.

—No, gracias.

Salió en busca del café. Starkey suspiró y me sonrió sin ganas, como hace la gente cuando siente pena por alguien.

—Menuda escena, ¿no?

Asentí.

Deslizó la carpeta por la mesa y leyó su contenido.

—Joder, Cole, menudo gamberro eras de jovencito.

Asentí.

Ninguno de los dos volvió a decir nada hasta que Gittamon hubo regresado.

Les hablé de Abbott, Rodríguez, Johnson y Fields y de cómo habían muerto. No había narrado aquellos hechos desde mis conversaciones con sus familias, no porque sintiera vergüenza o me resultara difícil, sino porque hay que olvidarse de los muertos o de lo contrario te arrastran con ellos. Hablar de aquello era como mirar la vida de otra persona con un telescopio puesto del revés.

—Muy bien —empezó a resumir Gittamon—, el tío este de la cinta está al tanto del número de su equipo, conoce los nombres de al menos dos de esos hombres y sabe que todos murieron menos usted. ¿Quién puede tener esa información?

—Sus familias. Los compañeros de mi compañía. El ejército.

—Esta mañana Cole me ha dado una lista de nombres —intervino Starkey—. Le he pedido a Hurwitz que los metiera en el NLETS, incluidos los muertos. No hemos sacado nada.

—Puede que uno de ellos tuviera un hermano pequeño. O un hijo. En la grabación nos dice que ha sufrido, que lo ha pasado mal.

—También nos dice que estaba allí —señalé—, pero sólo éramos cinco, y los otros cuatro murieron. Llaman al ejército y pregúnteselo. La citación y el informe final les dirán lo que sucedió.

—Ya he llamado —dijo Starkey—. Voy a leer toda la documentación esta noche.

Gittamon asintió y después miró el reloj. Se había hecho tarde.

—Muy bien. Ya hablaremos con las familias mañana. Puede que con eso descubramos algo más. ¿Carol? ¿Alguna otra cosa?

—¿Puedo llevarme una copia de la grabación? —pedí—. Quiero volver a escuchada.

—Vete a casa, Dave —pidió Starkey—. Ya le consigo yo la cinta.

Gittamon me agradeció que les hubiera dedicado mi tiempo y se puso de pie. Titubeó por un instante, como si estuviera pensando en llevarse la carpeta de Richard, y después me miró.

—Yo también quiero disculparme por ese arrebató. Si hubiera tenido la mínima idea de que iba a hacer eso lo habría detenido.

—Ya lo sé. Gracias.

Volvió a mirar la carpeta y por fin se marchó. Starkey salió con la cinta y no regresó. Al cabo de unos minutos, un inspector al que no conocía me llevó la copia y a continuación me acompañó hasta las puertas dobles y esperó a que abandonara el edificio.

Me quedé en la acera deseando haberme llevado la carpeta. Quería saber qué información tenía Richard, pero no me apetecía volver a entrar. El aire fresco de la noche era reconfortante. Volvieron a abrirse las puertas dobles y salió un inspector que vivía cerca de casa, un poco más arriba. Encendió un cigarrillo tapando la brisa con la mano.

—Hola —lo saludé.

Tardó unos segundos en reconocermé. Años atrás su casa había sufrido daños durante el gran terremoto. Por aquel entonces yo no lo conocía ni sabía que era policía, pero poco tiempo después pasé por allí haciendo *jogging* mientras él retiraba escombros y me percaté de que llevaba una ratita tatuada en el hombro, lo que indicaba que había sido una «rata de túnel» en Vietnam. Me detuve para estrecharle la mano, quizá porque teníamos algo en común.

—Ah, sí. ¿Qué tal estás?

—He oído por ahí que lo has dejado.

Miró el cigarrillo con mala cara y le dio una profunda calada antes de arrojarlo al suelo.

—No es fácil —contestó.

—No me refería al tabaco, sino al trabajo.

—Ah, sí. He tenido que venir a firmar los papeles.

Era el momento de irse, pero ninguno de los dos se movió.

Quería contarle lo de Abbott y Fields, y que tras su muerte me había hecho el enfermo porque me daba mucho miedo volver a salir en misión. Quería decirle que yo no había matado a nadie, y que la rabia que había visto reflejada en los ojos de Lucy me asustaba, y todo lo demás que no había sido capaz de contar jamás, porque él era mayor que yo, había estado allí y me pareció que podía entenderlo, pero en lugar de todo eso me quedé mirando el cielo.

—Bueno, pásate algún día por casa y nos tomamos una cerveza —dije a modo de despedida.

—Vale. Tú también.

Echamos a andar por el lateral del edificio y al poco nos separamos y desapareció. Me quedé pensando en el silencio que llevaba consigo y después recordé el mío.

Joe Pike y yo fuimos una vez en coche hasta el extremo de la península de Baja California con dos chicas que conocíamos. Allí pescamos y luego acampamos en la playa de Cortez. Estábamos muy al sur y el sol del verano recalentaba el mar hasta

convertirlo en una bañera de agua caliente. El agua era tan salada que si dejabas que el aire te secara sin ducharte antes una especie de copos blancos se adherían a tu piel. La misma agua pesaba tanto que nos empujaba hacia la superficie y se negaba a dejar que nos hundiéramos. Aquel mar podía sosegartte. Podía hacer que te sintieras a salvo aunque no fuera cierto.

Aquella primera tarde, el agua estaba tan tranquila que su superficie era como la de un estanque. Nos bañamos los cuatro, y cuando los demás volvieron a la orilla yo me quedé, flotando boca arriba sin esfuerzo. Contemplaba el cielo azul claro, sin nube alguna; estaba en la gloria.

Puede que me adormilara. Puede que encontrara la paz interior.

Estaba totalmente inmóvil en mi mundo propio cuando al cabo de un instante una presión brutal y repentina me elevó sin aviso alguno y el mar se apartó. Intenté mover las piernas, pero la ola era demasiado fuerte. Traté de recuperar el equilibrio, pero el embate aumentaba demasiado deprisa. Me di cuenta de inmediato que era posible que sobreviviera, muriera o fuera arrastrado por el oleaje, y no podía hacer nada al respecto. Estaba a merced de una fuerza desconocida a la que no podía resistirme.

Y entonces el mar volvió a calmarse de golpe.

Pike y las chicas habían sido testigos de todo. Cuando llegué a la orilla me lo explicaron: en el mar de Cortez había cetorrinos, unos tiburones inofensivos pero de un tamaño monstruoso que pueden alcanzar los veinte metros de longitud y pesan muchas toneladas. Nadan muy cerca de la superficie, donde el agua es cálida, y yo me había metido delante de uno. En lugar de esquivarme, había pasado por debajo de mí, y la ola provocada por su enorme masa me había levado por los aires.

Había olvidado la sensación de miedo sentida en aquel momento en que mi cuerpo y mi destino estaban en manos de una potencia desconocida; la sensación de estar totalmente desamparado y solo.

Hasta aquella noche.

*Una rata de túnel*

El sudor se acumulaba en las cuencas de los ojos de Ben, que volvió la cabeza a un lado y a otro para enjugárselo contra los hombros. En la profunda oscuridad de la caja intentaba rascar el plástico con los ojos cerrados, pero todos sus instintos lo obligaban a abrirlos, como si fuera a ver algo. Tenía la ropa empapada, le dolían los hombros y debido a los calambres sus manos parecían garras, pero él estaba eufórico: se había acabado el colegio, habían llegado las navidades, había marcado un tanto decisivo en el último minuto del partido. Ben Chenier se acercaba a la línea de meta y estaba muy contento.

—¡Voy a salir de aquí! ¡Voy a salir!

En su cielo de plástico se abrió una brecha, como una herida a la que se le hubieran soltado los puntos. Ben había trabajado con ritmo frenético toda la noche y todo el día. La estrella de plata había ido comiéndose el plástico poco a poco hasta que había empezado a llover tierra dentro de la caja.

—¡Sí, ya está! ¡POR FIN!

Había doblado tres de las cinco puntas de la estrella, pero al llegar la tarde del primer día la hendidura se había convertido en una sonrisa de dentadura afilada que iba de un lado a otro de la caja. Ben metió los dedos por la abertura y tiró con todas sus fuerzas.

Unas piedrecitas rebotaron a su alrededor mientras la tierra seguía colándose por la grieta, pero el plástico era resistente y no se doblaba con facilidad.

—¡MIERDA!

Ben oyó un murmullo y un golpe, pero no sabía si estaba soñando otra vez. No le hubiese importado que volviera la Reina de la Culpa; la verdad es que estaba muy buena. Dejó de forzar el plástico y aguzó el oído.

—Respóndeme, chaval. Te he oído moverte.

¡Era Eric! Su voz sonaba hueca y lejana por el tubo.

—Responde, joder.

La luz del tubo había desaparecido; Eric debía de estar tan cerca que tapaba el sol.

Ben contuvo la respiración. De repente tenía más miedo que cuando lo habían metido en la caja. Unas horas antes había deseado con todas sus fuerzas que regresaran, pero no en aquel momento, cuando ya casi había conseguido liberarse. Si lo descubrían intentando escapar le quitarían la medalla, le atarían las manos y volverían a enterrarlo. ¡Y entonces quedaría atrapado para siempre!

Volvió la luz y entonces la voz de Eric sonó más distante:

—El muy cabroncete no quiere contestar. ¿Tú crees que se encontrará bien?

Ben escuchó a Mazi con claridad.

—Va a dar igual.

Eric volvió a intentarlo:

—¡Niño! ¿Quieres agua?

Allí abajo, en la oscuridad de la caja, Ben se escondió de ellos. Para averiguar si estaba vivo o muerto tenían que desenterrarlo, y no iban a hacerla de día. Esperarían a la noche. En la oscuridad nadie te ve hacer maldades.

—¡Niño!

Ben se quedó totalmente quieto.

—¡Qué mamón!

La luz recuperó toda su intensidad cuando Eric se apartó. Ben contó hasta cincuenta y después, temiendo que no fuera suficiente, volvió a hacerla. A continuación siguió trabajando. Se dio cuenta de que debía ser más veloz que ellos y salir antes de que volvieran para desenterrarlo. Las palabras del africano —«Va a dar igual»— resonaban en la oscuridad.

Ben palpó el borde irregular de la hendidura hasta encontrar una mella, y allí empezó a serrar una pequeña muesca. Clavaba la estrella de plata con movimientos breves y decididos, como un hombre al firmar un contrato. No le hacía falta gran cosa, sólo un pequeño desgarró que le permitiera aferrar mejor el plástico.

La estrella fue abriéndose camino y la muesca creció. Ben limpió la parte superior de tierra, volvió a agarrar el plástico y tiró con fuerza. Una lluvia de tierra cayó sobre él, estornudó y después se restregó los ojos. La hendidura se había abierto hasta convertirse en un estrecho agujero triangular.

—¡BIEN!

Con los pies fue empujando hasta el extremo de la caja la tierra que había caído y luego se metió la estrella de plata en el bolsillo. Se colocó la camiseta sobre la cara a modo de mascarilla y sacó más puñados de tierra. Primero pasaba la mano por el agujero hasta la muñeca y después hasta el codo. Fue cavando hasta donde le llegaba el brazo y al final consiguió crear una gran cúpula hueca. Agarró el plástico por los dos lados de la te que se había formado y se colgó con todo su peso como si estuviera haciendo flexiones de brazos. El agujero no se abrió.

—¡Imbécil! ¡Idiota de mierda! —le gritó—. ¡Estúpido!

Ya tenía la puerta. Lo único que le faltaba era abrirla. ¡ABRE LA PUERTA!

Se hizo una bola acercando las rodillas al pecho. Apoyó una contra el lado izquierdo de la te y agarró el derecho con ambas manos. Fue tal el esfuerzo que hizo que su cuerpo se arqueó y se separó del suelo.

El plástico se rajó como un caramelo blando y Ben resbaló y cayó al suelo.

—¡BIEN! ¡BIEN, BIEN, BIEN!

Se limpió las manos lo mejor que pudo y volvió a agarrarse. Hacía tanta fuerza que le zumbaban los oídos. Por fin, de repente, el techo se rajó por completo, como si el plástico hubiera decidido rendirse. Se produjo un desprendimiento de tierras sobre

Ben, pero a éste no le importó, porque la caja estaba abierta.

Empujó la tierra y las piedras que habían caído hasta el borde de la caja y después quitó la tapa. Se acumuló más tierra a su alrededor. Sacó un brazo por el agujero y a continuación la cabeza. La tierra recién removida se deshizo con facilidad. Retorciéndose, Ben consiguió pasar los hombros por el hueco y después el resto del torso hasta la cintura. Se abrió camino como un nadador por el agua, pero cuanto más tierra sacaba más enterrado quedaba su cuerpo. A cada brazada se ponía más histérico. Se estiró todo lo que pudo, intentando llegar a la superficie, pero la tierra ejercía presión por los cuatro costados como un mar frío que lo arrastrara hasta sus profundidades.

¡No podía respirar! ¡Estaba siendo aplastado!

Cayó presa del pánico. Estaba totalmente convencido de que iba a morir... Y de repente alcanzó la superficie y sintió la brisa nocturna en el rostro. Un mar de estrellas llenaba el cielo sobre su cabeza. Era libre.

—Ya sabía que ibas a triunfar, campeón —le susurró la voz de la Reina.

Ben se orientó. Era de noche y estaba en el jardín trasero de una casa de las colinas. No sabía exactamente en qué zona, pero a lo lejos se distinguían las luces de Los Ángeles.

Fue sacudiendo el cuerpo hasta liberar los pies. Estaba en un parterre, en el extremo de la parte trasera de una casa muy bonita, aunque el jardín estaba seco y medio muerto. Tras unos muros ocultos por la hiedra se veían las viviendas de los vecinos.

Ben temió que Mike y los otros dos lo oyeran, pero la casa estaba a oscuras y las cortinas corridas. Fue a toda prisa hasta la pared del edificio y se adentró en las sombras como si fueran un abrigo viejo y cómodo.

Por el costado de la casa discurría un camino que llevaba hasta la parte delantera. Ben avanzó con tanto sigilo que ni siquiera él se oía. Al llegar a la puerta de la alambrada le entraron ganas de abrirla de golpe y salir corriendo, pero tuvo miedo de que los hombres lo atraparan. La abrió con cuidado. Las bisagras chirriaron un poco, pero la puerta no ofreció resistencia. Ben aguzó el oído, listo para huir si los oía acercarse, pero la casa seguía en silencio.

Salió con sigilo. Estaba muy cerca de la fachada. Al otro lado de la calle vio una casa con todas las luces encendidas y coches aparcados delante. Se dijo que dentro debía de haber una familia; ¡una madre, un padre, adultos que lo ayudarían! Sólo tenía que cruzar sin hacer ruido y correr hasta la puerta.

Llegó a la esquina de la casa y asomó la cabeza. El camino de acceso, que era corto y en descenso, estaba desierto. La puerta del garaje permanecía bajada. Las ventanas seguían a oscuras.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Ben. ¡Había escapado! Justo cuando pisaba el camino de acceso unas manos de acero le cubrieron la boca y tiraron de él hacia atrás.

Ben intentó gritar, pero no pudo. Dio patadas y se resistió, pero más acero envolvió sus brazos y sus piernas. Habían salido de la nada.

—Deja de patear, enano de mierda.

La voz de Eric era un áspero susurro, y Mazi, un gigante de ébano a sus pies. Las lágrimas le nublaban la visión. «No me metáis otra vez en la caja —quiso decir—. Por favor, ¡no me enterréis!». Pero las palabras no lograban traspasar la mano de hierro de Eric.

Mike surgió de entre las sombras y agarró a Eric del brazo. Ben sintió en la repentina debilidad de Eric la terrible presión que ejercía el otro.

—Un chico de diez años os ha tomado el pelo. Tendría que pegaros de patadas.

—Lo hemos pillado, ¿no? Así nos ahorramos tener que desenterrarlo.

Mike recorrió las piernas de Ben con las manos y después le registró los bolsillos y encontró la estrella de plata. La agarró del lazo.

—¿Esto te lo ha dado Cole?

Ben apenas consiguió asentir.

Mike hizo oscilar la medalla ante Mazi y Eric.

—Ha cortado la tapa con esto. ¿Veis que hay puntas dobladas? Habéis metido la pata. Tendríais que haberlo registrado.

—Es una medalla, no un cuchillo.

Mike aferró a Eric de la garganta tan deprisa que Ben ni siquiera vio cómo movía la mano, y acercando el rostro masculló:

—Si vuelves a hacer algo mal, acabo contigo.

—Sí, señor —dijo Eric con un hilo de voz.

—Pues espabila, que no eres ningún aficionado.

Eric intentó responder, pero fue incapaz de hacerla. Mike apretaba cada vez más. Al darse cuenta, Mazi le agarró el brazo y dijo:

—Lo estás matando.

Mike soltó la presa. Volvió a mirar la estrella de plata y después la devolvió al bolsillo de Ben.

—Te la has ganado.

Mike dio media vuelta y echó a andar hacia las sombras. Ben vio de reojo la casa de enfrente. Vislumbró a la familia vecina. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Qué cerca había estado.

Mike se detuvo, se volvió hacia ellos y ordenó:

—Metedle dentro. Ha llegado el momento de que se ponga al teléfono.

A veinticinco metros de distancia, los miembros de la familia Gladstone cenaban pastel de carne y se contaban cómo había ido el día. El padre se llamaba Emile y la madre, Susse. Los hijos, Judd y Harley. Su cómoda casa estaba muy iluminada, y se reían mucho. Ninguno de ellos oyó ni vio a los tres hombres y al niño. Sólo tenían

una idea remota de que en la casa de enfrente estaban haciendo obras menores durante el día mientras los nuevos dueños esperaban a que terminara todo el papeleo. Creían que no había nadie en ella.



# **SEGUNDA PARTE**

## **EL DIABLO ANDA SUELTO**

*Tiempo desde la desaparición: 28 horas, 02 minutos*

## JOE PIKE

Pike estaba sentado, inmóvil, entre las ramas rígidas y las hojas coriáceas de un árbol del caucho, frente a la casa de Lucy Chenier. Las pequeñas separaciones entre las hojas le permitían ver con claridad las escaleras que llevaban hasta su piso, y con más dificultad la calle y la acera. Pike llevaba un Colt Python 357 Magnum en una pistolera prendida a la cadera derecha, un cuchillo de combate de quince centímetros, una Beretta pequeña del calibre 25 sujeta al tobillo derecho y una porra de cuero. Raramente tenía que recurrir a ellos. Lucy se encontraba a salvo.

Cuando Cole le había dejado allí unas horas antes, Pike se había acercado al piso de Lucy a pie desde tres calles de distancia. Ante la posibilidad de que el secuestrador de Ben estuviese vigilando, Pike estudió los edificios, las azoteas y los coches de la zona. Cuando quedó satisfecho y estuvo seguro de que no había nadie, rodeó la manzana para salir por detrás de las casas de una planta del otro lado de la calle. Se metió entre los densos árboles y arbustos que las rodeaban y se convirtió en una sombra entre otras sombras. Se preguntaba qué estaría sucediendo en la comisaría de Hollywood, pero su trabajo era esperar y vigilar, así que eso fue lo que hizo.

El Lexus blanco apareció al cabo de una hora aproximadamente. Lucy aparcó en la calle y subió a toda prisa. Pike no la había visto desde que le habían dado el alta, hacía ya varios meses; era más baja de lo que recordaba y la rigidez con que andaba indicaba que estaba alterada.

La limusina negra de Richard apareció diez minutos después y aparcó en segunda fila junto al Lexus. Richard se apeó y subió las escaleras. Cuando Lucy abrió la puerta quedó envuelta en un halo de luz dorada. Intercambiaron unas palabras y Richard entró. La puerta se cerró tras él.

El Marquis llegó por el otro lado de la calle. Fontenot iba al volante y DeNice ocupaba el asiento del acompañante. Se detuvieron, pero no apagaron el motor. Myers bajó de la limusina para charlar con ellos. Pike intentó captar lo que decían, pero hablaban en voz muy baja. Myers estaba enfadado y dio una palmada en el capó del Marquis.

—¡Y una mierda! ¡Poneos las pilas y encontrad al chico!

Acto seguido se fue a buen paso hacia las escaleras. DeNice bajó del Marquis y subió a la limusina. Fontenot aceleró y se alejó, pero se metió en el camino de acceso a una casa, a sólo una manzana de distancia, dio la vuelta y aparcó en la oscuridad, entre dos árboles. Cuando aún no había terminado la maniobra, Richard y Myers

bajaron corriendo a la calle, se metieron en la limusina y salieron a toda prisa. Pike esperaba que Fontenot los siguiera, pero no se movió de allí. Se quedó quieto tras el volante. Ya eran dos los que vigilaban a Lucy. Bueno, uno y medio.

A Pike se le daba bien esperar, por eso había destacado en los marines y en otras cosas. Podía pasarse días aguardando sin moverse y sin aburrirse, porque no creía en el concepto del tiempo. Para él, el tiempo era lo que llenaba los momentos, por lo que, si esos momentos estaban vacíos, el tiempo no tenía sentido. El vacío no pasaba ni discurría, existía sin más. Quedarse vacío era como ponerse en punto muerto: Pike existía sin más.

El Corvette amarillo de Cole se detuvo junto al bordillo. Como siempre, le hacía falta un buen lavado. Pike mantenía su Jeep Cherokee impecable, lo mismo que su piso, sus armas, su ropa y su persona. Hallaba paz en el orden y no comprendía cómo Cole podía conducir un coche sucio. La limpieza era orden; y el orden, control. Pike había dedicado la mayor parte de su vida a intentar mantener el control.

## ELVIS COLE

Los jacarandás de la calle de Lucy estaban iluminados por farolas viejas y amarillentas. El aire resultaba más frío que en Hollywood y soplaba cargado de perfume a jazmín. Pike estaba vigilando, pero ni lo vi ni lo busqué. Fontenot llamaba la atención, apoltronado en un coche un poco más allá, como Boris Badenov creyéndose Sam Spade. Me imaginé que Richard también había querido que alguien vigilara a Lucy.

Subí las escaleras y llamé dos veces con los nudillos, sin hacer mucho ruido. Podía haber abierto con mi llave, pero para eso habría requerido una confianza en mí mismo que en aquel momento no sentía.

—Soy yo.

La cerradura de seguridad giró con un chasquido apagado. Lucy abrió la puerta. Iba cubierta con un albornoz blanco y llevaba el cabello mojado y peinado hacia atrás. Así siempre estaba guapa, aunque tuviera cara de desconfianza y no sonriera.

—Te han entretenido mucho —comentó.

—Teníamos que hablar de muchas cosas.

Dio un paso atrás para indicarme que entrara y después cerró la puerta con llave. Llevaba el teléfono inalámbrico en la mano. En la televisión decían algo sobre la debilidad ósea de los vegetarianos. La apagó y fue hasta la mesa del comedor, todo ello sin mirarme, como tampoco me había mirado al irse de la comisaría.

—Quiero hablar contigo de todo esto —dije.

—Ya lo sé —contestó—. ¿Te apetece un café? No está recién hecho, pero acabo de hervir agua y hay Nescafé.

—No, gracias.

Dejó el teléfono en la mesa pero no lo soltó.

—Llevo un buen rato sentada aquí con este teléfono —dijo, sin apartar la vista de él—. Desde que he llegado a casa me da miedo dejarlo. Han intervenido la línea, por si vuelve a llamar, pero no sé. Me han dicho que puedo utilizarlo con normalidad, que no me preocupe. ¡Ja! Con normalidad.

Me imaginé que clavar la vista en el teléfono era más fácil que mirarme a mí. Puse una mano sobre la suya.

—Luce, lo que ha dicho..., no es verdad. Nada de eso sucedió, nada.

—¿Hablas del tío de la grabación o de Richard? No tienes por qué disculparte. Ya sé que serías incapaz de hacer algo así.

—No asesinamos a nadie. No éramos criminales.

—Lo sé.

—Lo que ha dicho Richard...

—Chist —sus ojos se posaron en mí durante un instante. El siseo era una orden—. No quiero que te expliques. No te lo he pedido nunca y nunca me lo has contado, así que no me lo cuentes ahora.

—Lucy...

—No. No me importa.

—Luce...

—Os he oído hablar a Joe y a ti. He visto lo que guardas en la caja de puros. Son cosas tuyas, no mías. Lo entiendo, es como lo de los exnovios y las tonterías que hacemos de pequeños...

—No te ocultaba nada.

—Me decía: «Ya me lo contará si lo considera necesario», pero ahora ya no parece importante...

—No te guardaba secretos. Hay cosas que es mejor dejar atrás, y ya está. Hay que pasar página. Eso es lo que he intentado, y no sólo con lo de la guerra.

Retiró la mano de debajo de la mía y se echó hacia atrás en la silla.

—Lo que ha hecho Richard esta noche es imperdonable. ¿Cómo ha podido investigarte? Quiero disculparme. La forma en que ha soltado la carpeta sobre la mesa...

—Me metí en líos cuando era joven. Nada muy grave. No te lo he ocultado.

Meneó la cabeza para indicarme que callara y levantó el teléfono con ambas manos como si fuera objeto de estudio.

—Hace tanto rato que agarro este dichoso teléfono que se me ha dormido la mano. No sé si voy a volver a ver a mi niño y se me ha ocurrido que ojalá pudiera meterme por el aparato, por esos agujeritos, y salir por el otro extremo de la línea...

—Se puso tensa hasta parecer frágil. Me incliné hacia ella, quería tocarla, pero se apartó—. Para recuperar a mi niño. Me imaginaba que lo hacía como se ve una en un sueño, y cuando salía por el otro teléfono recuperaba mi forma normal. Ben estaba en una cama cómoda, tapadito, y dormía sin que le pasara nada. Yo contemplaba su

carita, la de un niño de diez años que dormía sin preocupaciones, y no me veía con fuerzas de despertarlo. Me quedaba mirando aquel rostro e intentaba imaginar cómo serías tú a su edad... —Levantó a vista y en sus ojos percibí tristeza y dolor—. Pero no podía. Nunca he visto una foto tuya de pequeño. Nunca mencionas a tu familia, ni de dónde eres, ni nada de eso, salvo cuando haces algún chiste. ¿Sabes cómo te pincho con lo de Joe, que si nunca habla, que si parece que lleve una máscara en vez de cara? Pues tú no dices más que él, no hablas de las cosas importantes, y me resulta muy extraño. Supongo que has pasado página.

—Mi familia no era exactamente normal, Luce...

—No quiero que me lo cuentes.

—Me crió mi abuelo. Bueno, sobre todo él. Mi abuelo y mi tía. Y a veces no tenía a nadie...

—Tus secretos son sólo tuyos.

—Pero es que no se trata de secretos. Cuando estaba con mi madre no parábamos de mudarnos. Necesitaba normas, pero no había ninguna. Quería amigos, pero no los tenía por esa vida tan rara que llevaba, así que me despisté y me junté con chavales que no me convenían...

—Chisto No sigas.

—Necesitaba a alguien y no había nadie más. Aparecían con un coche robado y yo me iba con ellos de paseo. Qué estupidez, ¿no?

Me colocó los dedos en los labios.

—Lo digo en serio —agregué—. Mantienes las cosas de tu vida encerradas como si fueran criaturas secretas. Todos lo hacemos, supongo, pero ahora es diferente, hemos cambiado, ya no significa lo mismo para mí.

Me puso la mano en el pecho, a la altura del corazón.

—¿Cuántas criaturas secretas guardas ahí dentro?

—Voy a encontrar a Ben, Luce. Te juro por Dios que voy a encontrarlo y a devolvértelo.

Meneó la cabeza con tal sutileza que apenas me di cuenta.

—No.

—Sí, de verdad. Lo encontraré. Voy a traértelo a casa.

Su tristeza y su dolor eran tan evidentes que me destrozaban por dentro.

—No te culpo por lo que ha sucedido, pero eso da igual. Lo único que importa es que Ben ha desaparecido y que yo debería haberme dado cuenta de que iba a suceder.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo ibas a saberlo?

—Richard tiene razón, Elvis. No debería salir contigo. No debería haber dejado que mi hijo se quedara en tu casa.

Se me hizo un nudo en el estómago acompañado de un calor amargo. Quería que se callara.

—Luce...

—No te culpo de nada, créeme, pero estas cosas... Lo que sucedió en Luisiana, y

lo del año pasado con Laurence Sobek... No puedo permitir que ocurran cosas así en mi vida.

—Lucy, por favor...

—Antes de conocerte mi hijo llevaba una infancia normal. Y yo también tenía una vida normal. He dejado que mi amor por ti me cegara, y ahora mi hijo ha desaparecido.

Las lágrimas se acumularon en sus pestañas y después empezaron a caer por sus mejillas. No me culpaba, no: se culpaba a sí misma.

—Luce, no hables así.

—Me da igual lo que haya dicho ese hombre en la grabación, lo que está claro es que te odia, y tiene a mi hijo. Te odia tanto que tu intervención no hará más que empeorar las cosas. Déjasele a la policía.

—No puedo desentenderme; tengo que encontrarlo.

Me agarró el brazo y sentí sus uñas hundirse en mi piel.

—No eres la única persona capaz de encontrarlo —dijo—. No tienes por qué ser tú.

—No puedo dejarlo. ¿Es que no lo ves?

—¡Vas a conseguir que lo maten! Hay otros detectives en Los Ángeles y pueden encargarse en lugar de ti. Deja que sean los demás quienes lo encuentren. Prométeme que lo harás.

Quería ayudarla a dejar de sufrir. Quería tomarla con fuerza entre los brazos y sentir que me abrazaba, pero también se me humedecieron los ojos y meneé la cabeza.

—Voy a traértelo a casa, Luce. No puedo hacer otra cosa.

Me soltó y después se enjugó las lágrimas. Tenía la cara ensombrecida y rígida como una máscara mortuoria.

—Vete.

—Ben y tú sois mi familia.

—No, no lo somos.

Sentía una pesadez insoportable, como si estuviera hecho de lomo y piedra.

—Sois mi familia.

—¡FUERA!

—Lo encontraré.

—¡CONSEGUIRÁS QUE LO MATEN!

Salí y me dirigí hacia el coche. Ya no notaba el frío. El dulce perfume del jazmín se había desvanecido.

**JOE PIKE**

Elvis subió al coche, pero se quedó allí sentado, inmóvil. Pike apartó suavemente una

hoja para ver mejor. Cuando la mejilla de Cole quedó iluminada se dio cuenta de que estaba llorando. Respiró hondo. Hacía un gran esfuerzo para mantener sus momentos vacíos, pero no siempre resultaba sencillo.

Después de ver a Cole alejarse, Pike salió de su refugio bajo el árbol del caucho y avanzó entre las sombras que rodeaban la casa hasta llegar al jardín contiguo. Avanzó por un callejón hasta situarse una calle por detrás de Fontenot, y después cruzó hasta el lado de Lucy. Pasó a cinco metros de Fontenot, pero éste no le vio. Pike se metió tras las aves del paraíso y después subió hasta la puerta de Lucy. Fontenot había desaparecido: el edificio bloqueaba su campo de visión.

Pike se apartó bastante de la mirilla. Lucy había estado incómoda en su presencia desde de la historia de Sobek, por lo que quería que lo viera antes de abrir. Llamó con los nudillos, procurando no hacer mucho ruido.

La puerta se abrió.

—Lamento lo de Ben —dijo Pike.

Era una mujer fuerte y atractiva, incluso destrozada por los nervios como en aquel momento. Antes de que Lucy y Ben dejaran Luisiana para irse a vivir a Los Ángeles, antes de lo de Sobek, Pike había jugado al tenis con ella y con Elvis. Ninguno de los dos socios sabía demasiado de aquel deporte, pero disputaron un partido contra Lucy para ver qué tal se les daba. Se colocaron en un lado de la pista y ella en el otro. Era rápida y diestra; sus pelotas se colaban bajas, justo por encima de la red, y no conseguían alcanzadas. Se había reído, relajada y segura de sí, mientras les pegaba una paliza. Ahora parecía perdida.

—¿Dónde está Elvis?

—Se ha ido.

Lucy miró la calle, detrás de él.

—¿Cuándo has vuelto de Alaska? —preguntó.

—Hace unas semanas. ¿Puedo pasar?

Lo dejó entrar. Tras cerrar la puerta, se quedó esperando con la mano todavía en el pomo. Pike advirtió que se sentía violenta. No iba a quedarse mucho tiempo.

—Estoy vigilando al otro lado de la calle. Me ha parecido que debías saberlo.

—Richard ya tiene a alguien fuera.

—Lo sé. Lo he visto. Él a mí no.

Lucy cerró los ojos y se apoyó contra la puerta como si quisiera dormir hasta que todo hubiera pasado. A Pike le dio la impresión de que la comprendía. Debía de estar sufriendo mucho con la desaparición de Ben. Recordó cómo su madre recibía los puñetazos que iban dirigidos a él. Cada noche.

No tenía muy claro por qué se había presentado allí ni qué quería decir. Tener las ideas claras era muy útil. Últimamente había demasiadas cosas poco claras.

—He visto salir a Elvis.

Ella negó con la cabeza, sin abrir los ojos, todavía apoyada contra la puerta.

—No quiero que ninguno de los dos se inmiscuya. Lo único que vais a conseguir

es que empeore la situación de Ben.

—Está pasándolo mal.

—Joder, yo también. Y, además, ¿a ti qué te importa? Ya sé que sufre, y lo lamento.

Él buscó las palabras con prudencia.

—Quiero decirte algo.

El peso del silencio de Pike hizo que Lucy abriera los ojos.

—¿Qué?

No sabía cómo empezar.

—Quiero decírtelo.

Lucy empezó a ponerse de mal humor y se apartó de la puerta.

—Joder, Joe, nunca dices nada y de repente te presentas aquí dispuesto a hablar. Si quieres soltar algo, hazlo de una vez.

—Te quiere.

—Qué bien. No tenemos ni idea de lo que le está pasando a Ben, pero a ti sólo te importa lo que sienta Elvis.

Pike la observó detenidamente.

—No te caigo bien.

—No me gusta comprobar que la violencia os sigue a todas partes, lo mismo a ti que a él. Conozco a muchos policías y ninguno vive así. Conozco a fiscales federales y estatales que han pasado años trabajando en acusaciones contra asesinos y jefes mafiosos y a ninguno de ellos le han secuestrado un hijo. Y eso es en Nueva Orleans. ¡Por favor! ¡Y ninguno atrae la violencia como vosotros! No sé cómo he podido ser tan tonta para meterme en un lío como éste.

Pike se encogió de hombros.

—No he escuchado la grabación. Sólo sé lo que nos ha contado Starkey. ¿Te lo crees?

—No. Claro que no —repuso ella—. Ya se lo he dicho a él. Joder, ¿tengo que repetir la misma conversación? —Parpadeó y cruzó los brazos en un gesto enérgico—. Mierda, no soporto llorar.

—Yo tampoco.

Lucy se frotó la cara con fuerza y replicó:

—No sé si lo dices en broma. Nunca sé si hablas en serio o no.

—Si no te crees esas acusaciones, confía en él.

—¡Me preocupo por Ben! —gritó ella—. No se trata ni de mí ni de él ni de ti. Tengo que protegerme y proteger a mi hijo. No puedo permitir que esta locura controle mi vida. ¡Soy una persona normal! ¡Quiero serlo! ¿Estás tan desquiciado que crees que esto es normal? ¡Pues no lo es! ¡Esto es una locura!

Levantó los puños como si quiera golpearle el pecho. Pike la habría dejado, pero ella se limitó a quedarse quieta, con las manos en alto, hecha un mar de lágrimas.

Pike ya no sabía qué más decir. Siguió observándola por unos momentos y



después apagó la luz.

—Enciéndela cuando me haya ido.

Abrió la puerta y salió. Bajó las escaleras sigilosamente y pasó por entre los arbustos, pensando en lo que le había dicho Lucy, hasta llegar al Marquis. Las ventanillas estaban bajadas. Fontenot se había encorvado tras el volante y semejaba un hurón asomado por encima de un tronco. Pike se colocó a tres metros, y él ni se enteró. Por eso Pike lo odiaba, porque había visto a Elvis salir de casa de Lucy y había advertido que sufría. Los momentos vacíos que se arremolinaban en torno a Pike se llenaron de rabia. Su peso, cada vez mayor, se convirtió en una marea. Podía haberlo matado hacía diez minutos y de repente se planteó hacerlo en aquel instante.

Se acercó más al Marquis. Apoyó la mano en la puerta trasera. Fontenot no se enteró. Dio un golpetazo con la mano abierta contra el capó, produciendo un ruido semejante a un disparo. El ocupante del vehículo dio un respingo y buscó apresuradamente su pistola por debajo de la americana.

Pike le apuntó a la cabeza. Fontenot se quedó paralizado al ver la pistola. Se relajó un poco al reconocer a Pike, pero tenía demasiado miedo para moverse.

—Mierda, ¿qué haces?

—Vigilarte.

El rostro de Fontenot flotaba al final del arma de Pike como un globo con una diana dibujada. Pike intentó decir algo, pero la ola de momentos pesados ahogó su voz hasta convertirla en un susurro y estuvo a punto de arrastrarlo.

—Quiero decirte algo.

Fontenot miró a un lado y a otro, como si esperase ver a alguien.

—¡Me has acojonado, cabrón! ¿De dónde has salido? ¿Y qué coño estás haciendo?

Pike fue vaciando los momentos que caían sobre él. Hizo un esfuerzo para resistirse a la marea.

—Quiero decírtelo.

—¿Qué?

Los momentos se vaciaron. Pike recuperó el control. Bajó la pistola.

—¿Qué es lo que quieres decir, joder?

Pike no contestó.

Se fundió con la oscuridad. Al cabo de pocos minutos volvía a estar bajo el árbol del caucho, sin que Fontenot lo supiera.

Se quedó pensando en Luay y en Elvis. La verdad era que Cole nunca le había contado gran cosa, pero si se prestaba atención no hacía falta preguntar. Los mundos que la gente se construía eran un libro abierto que mostraba *sus* vidas: la gente creaba lo que nunca había tenido pero siempre había querido. Todo el mundo era igual.

Pike se dispuso a esperar. Se dedicó a observar. Existía, sin más.

Los momentos vacíos fueron pasando uno tras otro.

### *Vida en familia*

*Se llamó Philip James Cole hasta los seis años, cuando su madre anunció, sonriendo como si estuviera ofreciéndole el regalo más maravilloso del mundo:*

*—Voy a cambiarte el nombre. Vas a llamarte Elvis. Es un nombre mucho más original que Philip James, ¿no te parece? A partir de ahora vas a ser Elvis.*

*Jimmie Cole no sabía si su madre estaba jugando o no. Quizá fue esa incertidumbre lo que le dio tanto miedo.*

*—Pero si me llamo Jimmie.*

*—No, ahora te llamas Elvis. Elvis es un nombre ideal, ¿no crees? El mejor nombre del mundo. Te habría llamado Elvis cuando naciste, pero aún no lo había oído. Venga, dilo. Elvis. Elvis.*

*La madre sonrió, expectante. Jimmie meneó la cabeza.*

*—No me gusta este juego.*

*—Dilo. Elvis. Es tu nuevo nombre. Qué emocionante, ¿no? Mañana se lo contaremos a todo el mundo.*

*Jimmie se echó a llorar.*

*—Me llamo Jimmie.*

*Su madre sonrió con todo el amor del mundo, tomó su cara con ambas manos y lo besó en la frente con aquellos labios cálidos y húmedos.*

*—No, te llamas Elvis. A partir de ahora voy a llamarte Elvis, y todos los demás también.*

*Había estado fuera durante doce días. A veces hacía cosas así, se marchaba sin más, sin decir palabra, porque era su forma de ser. Ella decía que era un espíritu libre como el viento, pero Elvis había escuchado a su abuelo llamarla loca de atar. Desaparecía y su hijo despertaba y se encontraba vacío el piso o la caravana o el lugar en el que estuvieran viviendo aquel mes. El chico conseguía llegar a casa de un vecino, desde donde alguien llamaba a su abuelo o a la hermana mayor de su madre y uno de los dos se lo quedaba hasta que ella volvía. Cada vez que se marchaba, Jimmie se enfadaba consigo mismo por haberla echado. Cada día, mientras su madre estaba lejos, prometía a Dios que si la hacía volver sería mejor chico.*

*—Serás feliz siendo Elvis. Ya lo verás, Elvis.*

*Aquella noche su abuelo, un hombre mayor de tez pálida, que olía a naftalina, se puso a agitar el periódico, desesperado.*

*—No puedes cambiarle el nombre al crío. Tiene seis años, por el amor de Dios. Ya tiene nombre.*

*—Claro que puedo cambiarle el nombre —replicó su madre con satisfacción—. Para algo es mi hijo.*

*El niño se puso de pie y después volvió a sentarse en una silla ancha y maltrecha. Su abuelo siempre estaba de mal humor y era muy impaciente.*

*—Eso es una locura. ¿Qué le pasa a tu cabeza?*

*La madre de Jimmie se retorció los dedos de una mano con la otra.*

*—¡A mi cabeza no le pasa NADA! ¡Y no vuelvas a decirlo!*

*Su abuelo sacudió la mano.*

*—¿Qué clase de madre desaparece como tú y pasa días sin decir nada? ¿De dónde sacas estas estupideces como lo del nombre? ¡El niño ya tiene un nombre! Lo que debes buscarte es un trabajo, por el amor de Dios. Estoy harto de pagarte las facturas. Deberías estudiar algo.*

*Su madre se retorció los dedos con tanta desesperación que a Jimmie le dio la impresión de que iba a arrancárselos.*

*—¡A mi cabeza no le pasa NADA, NADA, NADA! ¡El que tiene problemas eres TÚ!*

*Salió disparada de la casita y Jimmie se fue tras ella, aterrado ante la posibilidad de no volver a verla. Más tarde, ya en su piso, su madre dedicó la tarde a pintar un cuadro en que aparecía un pájaro rojo con una cajita de óleos que había comprado en unos grandes almacenes.*

*Jimmie quería que estuviera contenta, así que le dijo:*

*—Es muy bonito, mami.*

*—Los colores no quedan bien. Nunca consigo dar con los colores. Qué pena, ¿no?*

*Jimmie no pegó ojo aquella noche. Tema miedo de que lo abandonase.*

*Al día siguiente, su madre se comportó como si no hubiera sucedido nada. Lo llevó al colegio, lo hizo acercarse al estrado de la clase y dio la noticia:*

*—Queremos que todo el mundo sepa que Jimmie tiene nombre nuevo. Quiero que todos le llamáis Elvis. ¿A que es un nombre muy original? Bueno, pues os presento a Elvis Cole.*

*La señorita Pine, una mujer encantadora que era la maestra de Jimmie, se la quedó mirando con cara extraña. Algunos de los niños se echaron a reír. Carla Weedle, que era tonta, hizo exactamente lo que le habían pedido.*

*—Hola, Elvis —lo saludó.*

*Todos los chavales se rieron. Jimmie se mordió la lengua para no echarse a llorar.*

*—Señora Cole, ¿puedo hablar un momento con usted? —pidió la maestra.*

*Ese mismo día, a la hora del almuerzo, Mark Toomis, un alumno de segundo que tenía un año más que Jimmie, la cabeza en forma de patata y cuatro hermanos mayores, le dijo en tono de burla:*

*—¿Quién te crees que eres, un roquero de esos que van en moto? Pues a mí me pareces un mariquita.*

*Mark Toomis lo tiró al suelo de un empujón y todo el mundo se carcajeó.*

*Tres meses antes, su madre había desaparecido en pleno verano. En aquella*

ocasión, como siempre que se marchaba, Jimmie despertó y no la encontró. Como todas las demás veces, no dejó ninguna nota ni le dijo adónde iba, sino que se marchó sin más. Vivían en un piso que era en realidad un garaje reformado y que estaba en la parte trasera de un caserón, pero a Jimmie le dio miedo preguntarles a los viejos, que vivían en éste si sabían dónde estaba su mamá; había oído los gritos que le pegaban para que les pagara el alquiler. Jimmie aguardó todo el día, con la esperanza de que su madre en realidad no se hubiera ido, pero cuando oscureció echó a correr hacia la casa.

Aquella noche, su tía Lynn, que se pasaba mucho tiempo al teléfono susurrando cosas al abuelo, le dio pastel de melocotón, le dejó ver la televisión y se acurruco a su lado en el sofá. Trabajaba en unos grandes almacenes del centro y salía con un hombre que se llamaba Charles.

—Te quiere, Jimmie —le aseguró la tía Lynn—. Lo que pasa es que tiene problemas.

—Yo intento portarme bien.

—¡Si eres muy buen chico, Jimmie! No tiene nada que ver contigo.

—Y entonces ¿por qué se va?

La tía Lynn lo abrazó. El contacto de sus pechos le dio sensación de seguridad.

—No lo sé. Se va porque se va. ¿Sabes qué me parece a mí?

—¿Qué?

—Que lo que intenta es encontrar a tu padre. ¿No sería estupendo que encontrara a tu papá?

Al escuchar aquello Jimmie se sintió mejor, incluso algo ilusionado. No conocía a su padre y ni le había visto en foto. Nadie hablaba de él, ni siquiera su madre, y nadie sabía su nombre. Jimmie había preguntado una vez a su abuelo si lo conocía, pero el viejo se había quedado mirándolo y había contestado:

—Seguramente no lo conoce ni la idiota de tu madre.

Aquella vez la madre de Jimmie estuvo cinco días sin dar señales de vida, y después, como siempre, regresó sin dar explicaciones.

Desde entonces habían pasado muchos meses, y aquella tarde, tras la ausencia de doce días y el anuncio del cambio de nombre, Jimmie y su madre se habían puesto a comer hamburguesas sentados a la mesita de la cocina.

—Mami...

—¿Qué pasa, Elvis?

—¿Por qué me has cambiado el nombre?

—Te he dado un nombre original porque eres un jovencito distinto de los demás. Me gusta tanto tu nuevo nombre que a lo mejor me lo pongo yo también, y entonces nos llamaremos Elvis los dos.

Jimmie había dedicado la mayor parte de aquellos doce días a pensar en lo que le había dicho ese verano su tía Lynn, que cuando su madre desaparecía se dedicaba a buscar a su padre. Él quería que fuera cierto. Quería que lo encontrase y lo

convenciera de que volviera a casa, para ser una familia normal como las demás. Y entonces su mamá ya no se iría nunca más. Reunió el valor necesario para preguntar:

—¿Te has ido a buscar a mi papa? ¿Por eso te has marchado?

Su madre se quedó quieta, con la hamburguesa a medio camino del plato a la boca. Lo miró durante lo que a él le pareció una eternidad, y después dejó el bocadillo en la mesa.

—Pues no, claro que no. ¿De dónde has sacado eso?

—¿Quién es mi papá?

Ella se echó hacia atrás en la silla, con expresión de picardía.

—Ya sabes que no puedo decírtelo. El nombre de tu papá es un secreto. No puedo decirle a nadie cómo se llama tu padre y jamás lo haré.

—¿Se llamaba Elvis?

Su madre se echó a reír.

—No, tontito.

—¿Y Jimmie?

—No, y tampoco Philip. Y si me vas preguntando uno por uno por todos los nombres que existen te contestaré que no, no y no. Pero sí voy a decirte algo muy especial.

Jimmie se asustó. Nunca le había contado nada sobre su padre y de repente se dio cuenta de que no estaba seguro de si quería saber nada. Pero ella sonreía. Bueno, más o menos.

—¿Qué?

Su madre apoyó las palmas de las manos sobre la mesa. Tenía la cara iluminada como una bombilla. Se inclinó hacia él con expresión traviesa y una amplia sonrisa en el rostro.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Sí!

Se la veía llena de vida, con una energía que era incapaz de contener. Con las manos apretaba nerviosamente el borde de la mesa.

—Es un regalo. Un regalo muy especial que te hago, algo que solo yo puedo darte.

—Dímelo, por favor, mamá. Por favor.

—Soy la única que lo sabe. Soy la única que puede hacerte este regalo especial. ¿Lo entiendes?

—¡Sí, sí!

—¿Te portarás bien si te lo digo? ¿Serás muy, muy bueno y me prometes que será siempre un secreto entre tú y yo?

—¡Sói, sí, voy a ser bueno!

Su madre suspiró profundamente y después le acarició el rostro con tanto amor y dulzura que Jimmie lo recordaría durante años.

—Bueno, muy bien. Voy a decírtelo. Es un secreto superespecial para un niño superespecial, algo que quedará sólo entre tú y yo, por siempre jamás.

—Entre tú y yo. ¡Dímelo ya, mamá, por favor!

—Tu padre es hombre bala.

Jimmie la miró atónito.

—¿Qué es eso?

—Un hombre bala es alguien tan valiente que deja que lo metan en un cañón y le disparen sólo para volar por los aires. Piénsalo, Elvis: vuela por los aires, él solo por encima de las cabezas de todo el mundo, de toda la gente que tiene ganas de estar ahí arriba con él, de ser tan valiente y tan libre como él. Así es tu padre, Elvis, y nos quiere mucho a los dos.

Jimmie no sabía qué decir. A su madre le brillaban los ojos, como si hubiera esperado toda la vida para decírselo.

—¿Y por qué tiene que ser secreto? ¿Por qué no podemos hablar de él a todo el mundo?

La mirada de su madre lo llenó de tristeza. Volvió a acariciarle la mejilla con delicadeza y dulzura.

—Tu papá es nuestro secreto porque es alguien muy especial, Elvis, y eso es al mismo tiempo maravilloso y terrible. La gente quiere que todo el mundo sea normal. No les gusta que haya personas diferentes. No les gusta que pase un hombre volando por encima de sus cabezas mientras ellos se quedan con los pies en la tierra. Si eres especial la gente te odia, porque les recuerdas todo lo que no son, Elvis, así que vamos a mantenerlo todo en secreto para evitamos problemas. Tú recuerda que te quiere y que yo también te quiero. Recuérdalo siempre, da igual adónde haya ido o cuánto tiempo esté fuera o lo mal que vayan las cosas. ¿Te acordarás?

—Sí, mamá.

—Muy bien. Y ahora vámonos a la cama.

Aquella noche el llanto de su madre lo despertó. Se acercó sigilosamente a la puerta de su dormitorio, desde donde la vio dar vueltas bajo las sábanas, diciendo cosas que no comprendía.

—Yo también te quiero, mamá —dijo Elvis Cole.

Cuatro días después, su madre volvió a desaparecer.

La tía Lynn se llevó a Elvis a casa del abuelo, que salió afuera con el periódico para poder leerlo en paz. Aquella noche el anciano preparó bocadillos de picadillo de carne con mucha mayonesa y pepinillos y los sirvió con papel de cocina. El abuelo se había mostrado distante toda la tarde, por lo que a Elvis le daba miedo abrir la boca, pero tenía tantas ganas de hablar con alguien de su padre que le dio la impresión de que iba a ahogarse.

—Le he preguntado por mi papá —anunció.

El viejo siguió hincando el diente al bocadillo. Se le quedó un poquito de mayonesa pegada a la barbilla.

—Trabaja de hombre bala.

—¿Eso es lo que te ha contado?

—Lo disparan con un cañón para que salga volando por los aires. Me quiere mucho. Ya mamá también. Nos quiere a los dos.

El anciano se terminó el bocadillo y miró a Elvis en silencio. Al chico le pareció que estaba triste. Terminada la cena, el abuelo hizo una pelota con la hoja del papel de cocina y la tiró.

—Se lo ha inventado. La pobre ha perdido la chaveta.

Al día siguiente, el abuelo llamó a la División de Protección a la Infancia del Departamento de Asistencia Social. Aquella misma tarde fueron a buscarlo.

*Tiempo desde la desaparición: 31 horas, 22 minutos*

Me llevé la cinta a casa y la puse sin detenerme a pensar o a sentir nada. En la DIC iban a digitalizarla y después a pasarla por un equipo informático para intentar descifrar ruidos de fondo y así averiguar desde dónde se había realizado la llamada. Determinarían las características vocales del secuestrador y más adelante las compararían con las de los sospechosos. Yo ya sabía que no iba a reconocer la voz, así que escuché atentamente para hacerme una idea de cómo era aquel hombre.

«¡Mataron salvajemente a veintiséis personas inocentes! No sé exactamente cómo empezó...».

No tenía acento, lo que significaba que seguramente no era ni del Sur ni de Nueva Inglaterra. Rodríguez era de Brownsville, en Tejas, y Crom Johnson, de Alabama. Los dos tenían acentos marcados, y sus amigos de la infancia y sus familiares probablemente también. Roy Abbott era del estado de Nueva York y Teddy Fields, de Michigan. No me parecía recordar que ninguno de los dos tuviera acento, aunque Abbott hablaba con la pronunciación meticulosa de un granjero del Norte y utilizaba expresiones del campo.

«Estaban en la selva, totalmente solos...».

El hombre de la grabación parecía más joven que yo; no era ningún chaval, pero sí demasiado joven para haber ido a Vietnam. Tanto Crom Johnson como Luis Rodríguez tenían hermanos pequeños, pero había hablado con ellos al regresar al mundo y me costaba creer que estuvieran metidos en aquello. Abbott tenía alguna hermana y Fields era hijo único.

«... y juraron mantener el secreto, pero Cole no se fiaba de ellos...».

Hablaba de forma melodramática, con un tono de superioridad, como si hubiera elegido las palabras para aumentar el efecto dramático al máximo en el mínimo tiempo.

«... Abbott, Rodríguez, los demás... ¡Los asesinó para deshacerse de los testigos! ¡Fusiló a su propio equipo!».

Los hechos que narraba parecían sacados de una película de las destinadas al mercado del vídeo, algo forzado.

«... ¡Yo estaba allí, señora! Lo sé muy bien».

Pero no era cierto. Aquel día en la selva sólo éramos cinco, y los otros cuatro habían muerto. El cadáver de Crom Johnson no se había encontrado, pero se le había desprendido la cabeza en mis propias manos.

Volví a ponerla.

«... ¡Yo sé lo que pasó y usted no, así que ESCUCHE!».



Sonaba furioso, pero era una furia superficial. Sus palabras tendrían que haber retumbado de rabia del mismo modo que un cable de alta tensión silba cuando pasa por él la energía que lo quema. Pero parecía como si pronunciara las palabras sin acabar de creérselas.

Me hice otro café y escuché la cinta una vez más. La falsedad de su tono me convenció de que no nos conocía, ni a mí ni a los demás. Estaba actuando. Me había pasado toda la noche intentando averiguar quién era sin lograrlo, pero quizá la respuesta al enigma fuese intentar descubrir cómo sabía lo que sabía. Si no había estado en el ejército conmigo, ¿cómo había oído hablar de Rodríguez y de Abbott? ¿Cómo conocía el número de nuestro equipo y que yo era el único que había sobrevivido?

La casa crujía igual que una bestia al cambiar de postura durante la noche. La escalera que llevaba a mi altillo se había convertido en algo inquietante; el pasillo que conducía a la habitación de Ben terminaba en la oscuridad. El hombre de la grabación había vigilado mi casa y a mí, así que sabía cuándo estábamos y cuándo no. Subí a buscar la caja de puros y me senté con ella en el suelo.

Cuando un soldado se licenciaba, le entregaban lo que llamaban el formulario 214, en el que aparecían las fechas de servicio, las unidades a las que había pertenecido, su preparación y una lista de citaciones, si es que había recibido alguna; se trataba de una especie de resumen de su paso por el ejército. Los detalles eran escasos, pero siempre que un soldado recibía una medalla o una condecoración le entregaban también una copia de las órdenes que la acompañaban, y en ellas se explicaba por qué el ejército consideraba apropiada la distinción. Rod, Teddy y los demás habían muerto y a mí me habían dado una medalla de cinco puntas con un lazo rojo, blanco y azul como la bandera. Nunca me la había puesto, pero había conservado las órdenes. Las releí. La narración de los hechos de aquella jornada era sucinta, y en ella sólo aparecía el nombre de otro de los soldados, Roy Abbott. No se decía nada de los otros tres. El secuestrador de Ben podía haber sacado parte de la información de mi casa, pero no toda.

Pasaban diez minutos de las cinco cuando doblé los papeles y los dejé a un lado. Hacía ya más de treinta y seis horas de la desaparición de Ben y casi cincuenta que yo no dormía. Me lavé los dientes, me di una ducha y me puse ropa limpia. A las seis en punto de la mañana llamé al Departamento de Personal del ejército en Saint Louis, donde eran las ocho. A esa hora el ejército ya estaba en funcionamiento.

Pedí hablar con alguien que estuviera a cargo de los historiales.

Se puso un hombre mayor.

—Historiales. Al habla Stivic.

Me identifiqué como veterano y le di mi fecha de licencia y mi número de la Seguridad Social.

—Quiero saber si alguien ha solicitado mi expediente 201 —le conté—. ¿Si hubiera pasado tendrían constancia ustedes?

Si el formulario 214 era el esqueleto del historial militar, el expediente 201 de un soldado contenía el historial detallado. Quizás en mi 201 aparecían los demás nombres. Quizás el tío de la grabación había logrado hacerse con una copia y por eso conocía los nombres de Rodríguez y Johnson.

—Si se hubiera enviado el historial a alguien tendríamos constancia de ello.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Ya lo sabría. El formulario 214 puede pedirlo cualquiera, pero el 201 es privado. No lo entregamos sin permiso por escrito a menos que haya una orden judicial.

—¿Y si alguien se hiciera pasar por mí?

—¿Quiere decir, por ejemplo, si usted no fuera quien dice ser ahora?

—Sí. Eso mismo.

—¿Qué coño es esto? —dijo Stivic, a todas luces molesto—. ¿Una broma?

—Han entrado en casa y me han robado. Se han llevado mi 214 y tengo la impresión de que el ladrón puede haber conseguido el 201 con intenciones delictivas.

Seguramente no debería haber utilizado aquellas palabras, que parecían sacadas de un serie de televisión barata.

—A ver, mire: el expediente 201 no se entrega así como así —dijo Stivic—. Si nos hubiera solicitado una copia tendría que haberlo hecho por escrito y haber incluido una huella del pulgar. Si alguien más quisiera su 201, digamos que para una solicitud de trabajo o algo así, debería contar con el permiso de usted. Ya le digo que la única forma de que alguien se haga con un 201 sin su conocimiento es por orden de un juez, así que, a menos que ese tipo le haya robado el pulgar, no tiene por qué preocuparse.

—De todos modos sigo queriendo saber si alguien lo ha solicitado, y no puedo esperar ocho semanas a que me envíen la respuesta.

—Tenemos a cincuenta y dos personas en el departamento. Enviamos dos mil cartas al día. ¿Quiere que pegue un grito para ver si a alguien le suena su nombre?

—¿Ha sido usted marine? —pregunté.

—Sargento mayor. Retirado. Si quiere saber quién ha solicitado el qué, de me su número de fax y veré qué puedo hacer. Si no, encantado de haber hablado con usted.

Le di mi número de fax sólo para que siguiera hablando.

—Tengo otra pregunta, sargento mayor.

—Dispare.

—¿Mi 201 puede obtenerlo directamente en el ordenador?

—Ni hablar. No voy a decidir nada que esté en el 201 de nadie.

—Sólo quiero saber si en él aparece detallado un episodio concreto. No quiero que me dé la información, sólo si la explicación contiene dos nombres. Si es así, solicitaré el expediente y tendrá usted todas las huellas de mi pulgar que quiera. Si no, lo único que estamos consiguiendo los dos es perder el tiempo.

Stivic titubeó.

—¿Se trata de un episodio de combate? —quiso saber.

—Sí, señor.

Dudó otra vez. Se lo estaba pensando.

—¿Me repite el nombre?

Oí que tecleaba mientras se lo decía y después el tenue silbido de su aliento.

—¿Están en el informe los nombres de Cromwell Johnson y Luis Rodríguez?

—Sí, sí que están —contestó con voz ronca—. Esto... ¿Aun quiere saber si alguien ha solicitado este expediente?

—Sí, sargento mayor.

—Deme su número de teléfono y lo averiguaré personalmente. Puede que tarde un par de días, pero le haré el favor.

—Gracias, sargento mayor. Se lo agradezco mucho.

Le di mi teléfono y ya iba a colgar cuando su voz me detuvo:

—Señor Cole, escuche... Debió de ser usted un buen marine. Me habría sentido orgulloso de servir a su lado.

—Tal como lo cuentan parece mejor de lo que era.

—No. No, es cierto —repuso bajando la voz—. Pasé treinta y dos años con los marines y ahora estoy aquí contestando al teléfono porque perdí un pie en el Golfo. Sé cómo lo cuentan y sé cómo era en realidad. En fin, voy a averiguarle eso, señor Cole, es lo mínimo que puedo hacer, joder.

Colgó antes de que pudiera darle otra vez las gracias. Los antiguos marines me resultaban fascinantes.

Aún no eran las seis y media, por lo que ya casi serían las nueve y media en Middletown, en el estado de Nueva York. Si el hombre de la grabación no se había agenciado una copia de mi 201, sólo disponía de un nombre, el de Roy Abbott. La jornada debía de estar promediando para una familia dedicada a una granja lechera. Había escrito a los Abbott acerca de la muerte de Roy y había hablado una vez con ellos. No recordaba el nombre de pila del padre, pero la centralita de información de Nueva York sólo tenía constancia de siete Abbott en Middletown y repasó la lista sin ponerme trabas. Cuando dijo su nombre lo recordé. Me dio el número y colgué. Me puse a pensar en lo que iba a decirle y cómo. «Hola, soy Elvis Cole. ¿Hay alguien de su familia que quiera matarme?». Nada me parecía adecuado y todo me resultaba violento. «¿Se acuerda de aquel día en que le devolvieron a Roy en una caja?». Me preparé otro café e hice un esfuerzo para ponerme otra vez al teléfono. Los llamé.

Contestó una señora mayor.

—¿Señora Abbott?

—Sí, ¿quién habla?

—Me llamo Elvis Cole. Estuve con Roy en el ejército. Hablé con usted hace mucho tiempo. ¿Se acuerda?

Me temblaban las manos, seguramente por el exceso de café. Habló con alguien lejos del aparato y después se puso el señor Abbott.

—Soy Dale Abbott. ¿Con quién hablo?

Por la voz parecía como lo había descrito Roy: franco y directo, con el acento típico de los granjeros de aquella zona.

—Elvis Cole. Estuve con Roy en Vietnam. Les escribí hace mucho tiempo para contarles lo que había sucedido y después hablamos una vez.

—Ah, sí, me acuerdo. Mamá, es aquel ranger, el que conocía a Roy. Sí, ¿cómo está, joven? Aún conservamos aquella carta suya. Nos ayudó mucho.

—Señor Abbott —le dije—, ¿los ha llamado alguien recientemente para hablar de Roy y de lo que sucedió?

—No. Aguarde que se lo pregunte a mi mujer. Mamá, ¿ha llamado alguien para preguntar por Roy?

No tapó el auricular. Hablaba con su esposa con la misma claridad que conmigo, como si las dos conversaciones fueran una sola. La voz de ella se oía apagada.

—No, me dice que no —respondió el señor Abbott—. No ha llamado nadie. ¿Por qué quiere saberlo?

Al marcar el número no había sabido qué decir. No tenía intención de contarles por qué les telefoneaba ni que Ben había sido secuestrado, pero sin darme cuenta se lo solté todo. Quizá fue por la amistad que me había unido a Roy, quizá por la sinceridad que reflejaba la voz del Dale Abbott, pero lo cierto es que las palabras salieron de mi boca como si estuviera confesándome. Le conté que habían secuestrado a un niño llamado Ben Chenier, que el secuestrador había llamado que yo tenía miedo de no ser capaz de encontrarlo, de no poder salvarlo.

Dale Abbott no dijo gran cosa, pero me animó. Charlamos durante una hora acerca de Ben, de su hijo y de muchas cosas: las cuatro hermanas menores de Roy estaban casadas y tenían hijos, tres de ellas con granjeros y la cuarta con un vendedor de tractores John Deere. De las cuatro, tres tenían un hijo que se llamaba Roy en honor a su hermano, y una incluso un crío que llevaba mi nombre. Yo no sabía nada, no tenía ni idea.

En un momento dado, el señor Abbott dejó que se pusiera la madre de Roy y, mientras hablaba con ella, buscó la carta que les había escrito.

—Tengo su carta aquí mismo —me dijo cuando volvió a ponerse al aparato—. Hicimos fotocopias para todas las niñas, ¿sabe? Querían tener una copia.

—No, no lo sabía.

—Quiero leerle algo de lo que nos escribió. No sé si se acordará, pero esto significó mucho para mí. Lo que nos puso son palabras suyas: «No tengo familia, así que me gustaba oír hablar de la de Roy. Le decía que tenía suerte de haber crecido con gente como ustedes y me contestaba que era cierto. Quiero que sepan que luchó hasta el final. Fue ranger hasta el último momento y nunca se rindió. Lamento mucho no haber sido capaz de devolvérselo. Siento mucho haber fracasado». —Al señor Abbott se le quebró la voz. Hizo una pausa y añadió—: No fracasó, hijo. Nos devolvió a Roy. Consiguió que volviera a casa.

Me ardían los ojos.

—Lo intenté, señor Abbott. Lo intenté con todas mis fuerzas.

—¡Y lo consiguió! Nos devolvió a mi hijo y no fracasó. Ahora váyase a buscar a ese otro chaval y devuélvaselo a su madre. Nadie lo culpa, hijo. ¿Lo comprende bien? Aquí nadie lo culpa ni lo ha culpado jamás.

Intenté decir algo, pero no pude.

El señor Abbot carraspeó y siguió hablando con voz más fuerte:

—Sólo tengo una cosa más que decirle. Lo que escribió en la carta, la parte esa en la que decía que no tenía familia, eso es lo único que no era cierto. Ha formado parte de esta familia desde el día en que mamá abrió el buzón. No le echamos la culpa, hijo. Nosotros le queremos. Eso es lo que pasa en una familia, ¿verdad? La familia te quiere contra viento y marea. Y allí arriba, en el cielo Roy también le quiere.

Le dije que tenía que dejarlo. Colgué el auricular y después salí al porche con una taza de café. Las luces del cañón iban apagándose a medida que el resplandor del cielo iba cobrando intensidad hacia el este.

El gato estaba agazapado en el borde del porche, con las patas bien metidas bajo el cuerpo, y contemplaba algo situado más abajo aún en penumbra. Me senté a su lado y dejé las piernas colgando en el vacío, por debajo de la barandilla. Le acaricié el lomo.

—¿Qué ves, colega?

Sus enormes ojos negros estaban fijos en algo. Tenía el pelo frío a aquella hora de la madrugada, pero su corazón latía con fuerza por debajo, bien calentito.

Había comprado la casa a los pocos años de regresar de la guerra. Aquella primera semana, después de firmar las arras, decapé los suelos de madera, alisé las paredes e inicié el proceso de transformación de la vivienda de otra persona en la mía propia. Decidí reconstruir la barandilla que bordeaba el porche para poder sentarme con los pies colgando en el aire. Estaba allí fuera un día, trabajando, cuando el gato subió de un salto al porche. No parecía muy contento de verme. Tenía las orejas gachas y la cabeza ladeada, y me miraba como si fuera su peor enemigo. Llevaba un lado de la cara hinchado y en él una herida rojiza de la que goteaba sangre. Recuerdo que le pregunté: «Eh, colega, ¿qué te ha pasado?». Soltó un bufido y se le erizó el pelo, pero no parecía asustado; estaba de mal humor porque no le gustaba encontrarse a un desconocido en su casa. Le saqué una taza de agua y seguí trabajando. Al principio se comportó como si el agua no estuviera allí, pero luego bebió. Parecía que le costaba, así que me imaginé que tendría aún más dificultades para tragar algo sólido. Estaba sucio y flacucho; seguramente hacía varios días que no comía. Deshice el bocadillo de atún que me había preparado para el almuerzo y con el pescado, la mayonesa y algo de agua hice una pasta; Cuando la coloqué cerca de la taza volvió a erizar el pelo. Me senté con la espalda apoyada contra la pared de la casa. Nos observamos mutuamente durante casi una hora. Al cabo de un rato se acerca a pescado y después lo lamió sin quitarme los ojos de encima. El agujero que tenía en

la cara estaba amarillento debido a la infección. Parecía una herida de bala. Le tendí la mano. Bufó. No me moví. Tenía los músculos del hombro y del brazo entumecidos, pero era consciente de que si me apartaba perderíamos el vínculo que estábamos formando. Oisqueó el aire y se acercó más. Mi olor se había mezclado con el del atún, y en mis dedos aún quedaban restos de éste. Gruñó ligeramente. No me moví. Todo dependía de él. Me lamió el dedo y después se volvió para enseñarme el costado, lo cual para un gato es un gran paso. Toqué aquel pelo sedoso. Me permitió hacerla. Desde entonces somos amigos y desde aquel día en el porche ha sido el ser vivo con una presencia más constante en mi vida. Seguía siéndolo: aquel gato, junto con Joe Pike.

Le acaricié el lomo.

—Siento mucho haber dejado que se lo llevaran. No volveré a perderlo.

El gato me dio con la cabeza contra el brazo y después me contempló con aquellos ojos negros que eran como espejos. Al levantar la vista ronroneó.

El perdón lo es todo.

### *Un día aciago*

*Los cinco miembros de la patrulla 5-2 estaban sentados en el suelo del helicóptero rodeados de las nubes de polvo rojo que levantaba el viento. Cole sonrió al primerizo, Abbott, un chaval bajito y robusto de Middletown, estado de Nueva York, al que estaba a punto de volársele la gorra.*

*Le dio un codazo en la pierna para avisarle.*

*—La gorra.*

*—¿Qué?*

*Se inclinaron para acercarse y se pusieron a hablar a gritos a causa del rugido del motor de turbina. Aún estaban en la zona de despegue del campamento de los rangers, y el enorme rotar que había encima de sus cabezas iba cobrando velocidad mientras los pilotos se preparaban para levantar el vuelo.*

*Cole se tocó la gorra, ya descolorida, que se había colocado bajo nalga derecha.*

*—Que se te va a volar la gorra.*

*Abbott se percató de que ningún otro ranger más que él la llevaba puesta, y se la quitó bruscamente. Su sargento, un chico de veinte años de Brownsville, Tejas, llamado Luis Rodríguez, le guiño un ojo a Cole. Hacía una semana que Rodríguez había empezado su segunda etapa en Vietnam.*

*—¿Tú crees que está nervioso?*

*El rostro de Abbott se tensó antes de responder.*

*—Yo no estoy nervioso.*

*A Cole, en cambio, le parecía por la cara que ponía que estaba a punto de vomitar. Era un novato. Había estado en la selva en tres misiones de adiestramiento,*

pero eso se hacía cerca del campamento y había pocas posibilidades de entrar en contacto con el enemigo. Aquella era, en realidad, la primera misión de Abbott con los rangers.

Cole le dio una palmadita en la pierna y sonrió a Rodríguez.

—Qué va, sargento. Aquí tenemos a Clark Kent en versión ranger. Bebe peligro para desayunar y a la hora de comer ya tiene ganas de más; atrapa balas con los dientes y hace malabarismos con granadas cuando se aburre; no necesita este helicóptero para llegar a la zona de combate, pero es que disfruta de nuestra compañía...

Ted Fields, que también tenía dieciocho años y era de East Lansing, Michigan, animó a Cole a seguir.

—¡Uh!

Rodríguez y Cromwell Johnson, el radiooperador (el hijo de diecinueve años de un aparcerero de Mobile, Alabama), repitieron automáticamente:

—¡Uh!

Era el grito de guerra de los rangers: «uh-ah» o, simplemente «uh»...

Todos estaban riendo por lo de Abbott. El blanco de sus ojos contrastaba con la pintura de camuflaje que cubría sus rostros. Menudo grupo formaban los cinco: cuatro hombres con mucha experiencia en la selva y un primerizo, cinco jóvenes vestidos con ropa de camuflaje y con los brazos, las manos y la cara pintados para pasar inadvertidas entre la vegetación tropical; iban armados con M16 y toda la munición, las granadas de mano y las minas Claymore que podían cargar, pero sólo con el material imprescindible para sobrevivir durante una semana en patrulla de reconocimiento en pleno Vietnam.

Cole y los demás intentaban quitar hierro al mido del novato.

El oficial al mando del helicóptero le dio un golpecito en la cabeza a Rodríguez, le hizo una señal levantando los dos pulgares y en pocos segundos el aparato se inclinó y se elevaron en el aire.

Cole se acercó al oído de Abbott e hizo bocina con las manos para que el viento no se llevara su voz.

—No te preocupes, no va a pasarte nada. Tú no te pongas nervioso y no hables.

Abbott asintió, serio.

—¡Uh! —gritó Cole.

—Uh.

Roy Abbott había llegado a la compañía de los rangers hacía tres semanas y le habían asignado una litera en el barracón de Cole. A éste le cayó bien su nuevo compañero en cuanto vio las fotografías. Abbott no hablaba por los codos como hacían algunos de los nuevos, prestaba atención a lo que le decían los veteranos y se adaptó enseguida a su nueva vida, pero lo decisivo fue lo de las fotografías. Lo primero que hizo el novato fue colgar una fotos con chinchetas; no eran de coches de carreras ni de chicas del Playboy, sino de sus padres y de sus cuatro hermanas

pequeñas. El viejo, de tez rubicunda, llevaba unos pantalones verde limón y una cazadora a juego; la madre era gruesa y poco agraciada, y las cuatro niñas eran clones de su madre, con el mismo pelo rubio rojizo, todas bien arregladas y normales, con sus falditas plisadas y sus granos.

Cole, tumbado en su litera con las manos en la nuca, las miraba fascinado. Observó a su compañero mientras colgaba las fotos y le hizo varias preguntas.

Abbott lo observaba con recelo, como si no fuera el primer listillo que se reía de él. Cole habría sido capaz de apostar diez dólares a que Abbott bendecía la mesa antes de comer.

—¿Lo preguntas en serio?

—Pues claro.

Abbott le contó que todos trabajaban en la granja y que la familia vivía en el mismo pueblecito en el que había vivido sus tíos, sus primos y sus abuelos durante casi doscientos años, trabajando mismas tierras, yendo a los mismos colegios, adorando al mismo Dios y animando al equipo de fútbol americano de los Buffalo Bills, Su padre, que era diácono de la iglesia del pueblo, había luchado en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, Y ahora el hijo seguía sus pasos.

Cuando terminó de narrar su vida, le preguntó a Cole:

—¿Y tu familia qué?

—No es lo mismo.

—¿Cómo que no es lo mismo?

—Mi madre está chalada.

Tras una pausa, Abbott hizo otra pregunta porque no sabía qué decir:

—¿Tu padre también era militar?

—No lo conozco. No sé quién es.

—Ah.

Después de aquello, Abbott guardó silencio, Terminó de colocar sus cosas y después se fue a buscar la letrina.

Cole se bajó de la litera de un salto para mirar las fotografías más de cerca. Probablemente, la señora Abbott hacía bollos. Y su marido debía de llevarse al chaval a cazar ciervos el día que se levantaba la veda. Seguro que cenaban todos juntos, reunidos en torno a una mesa muy larga. Así eran las familias de verdad, Cole siempre se las había imaginado haciendo esa clase de cosas.

Dedicó el resto de la tarde a afilar su cuchillo Randall y a arder en deseos de que la familia de Roy Abbott fuera la suya.

El helicóptero se inclinó ostensiblemente al sobrevolar una colina, descendió hacia un claro cubierto de maleza, resopló como si se dispusiera a posarse y después volvió a cobrar altura igual que si hubiera rebotado contra el suelo.

Abbott agarraba firmemente su M16, con los ojos como platos, mientras el



aparato superaba las cimas de la colina.

—¿Por qué no hemos aterrizado? ¿Había amarillos?

—Vamos a hacer dos o tres aproximaciones falsas antes de posarnos. Así los del Vietcong no sabrán dónde saltamos.

Abbott estiró el cuello para ver lo que había fuera.

Rodríguez, que era el jefe del equipo, gritó a Cole:

—¡Que no se nos caiga ese idiota!

Cole agarró la mochila de Abbott para aguantarle. Desde el día en que había visto las fotografías, se había hecho cargo del nuevo. Le había enseñado que podía quitar del equipo de combate para aligerar peso y cómo había que sujetar el material con cinta adhesiva a fin de que no hiciera ruido, y se había apuntado a dos de las misiones de adiestramiento de Abbott para asegurarse de que espabilaba. Le gustaba que le contara cosas de su familia. Johnson y Rodríguez también tenían familias numerosas, pero el padre del segundo era un borracho que pegaba a sus hijos.

El informe meteorológico de aquella mañana les había advertido que posiblemente lloviera y la visibilidad sería limitada, pero aun estando prevenido a Cole no le hicieron ninguna gracia las nubes negras que se habían formado sobre las montañas. El mal tiempo podía ser el mejor aliado de un miembro de los rangers, pero unas condiciones decididamente malas podían acabar con su vida; cuando las cosas se ponían feas de verdad solicitaban por radio helicópteros cañoneros, MedEvacs y salvamento, pero si no había visibilidad no podían volar, y cuando la proporción era de doscientos enemigos por soldado el camino de regreso a pie podía resultar excesivamente largo.

El aparato hizo otras dos aproximaciones falsas. La siguiente sería la buena.

—Preparados.

Los cinco rangers cargaron sus fusiles y pusieron los seguros. Cole se imaginó que Abbott tendría miedo, así que se acercó una vez más a él.

—No pierdas de vista a Rodríguez. En cuanto nos posemos saldrá corriendo hacia la selva. Manténte atento a los árboles, pero no dispaes a menos que abra fuego alguno de nosotros. ¿Entendido?

—Sí.

—Adelante, rangers.

—¡Uh!

El helicóptero se inclinó mucho siguiendo el viento, echó el morro hacia delante y después dejó de rugir y se posó a medio metro del cauce seco de un arroyo, al pie de un barranco. Cole tiró del brazo de Abbott para asegurarse de que saltaba y los cinco hombres cayeron sobre la hierba con un ruido sordo. Las hélices cobraron empuje y el helicóptero empezó a alejarse cuando aún no había llegado al suelo, dejándolos allí. Echaron a correr hacia los árboles, Rodríguez el primero y Cole a la cola. En cuanto se los tragó la selva, los miembros de la 5-2 se arrojaron a suelo

formando una estrella de cinco puntas, con los pies juntos en el centro y mirando hacia fuera. De ese modo podían dominar un perímetro completo. Nadie dijo nada. Esperaron, atentos a cualquier movimiento.

Cinco minutos.

Diez.

La selva cobró vida. Los pájaros cantaban. Los monos gritaban. La lluvia repiqueteaba en el suelo en torno a ellos y se colaba inexorablemente por la triple cubierta vegetal que había encima de sus cabezas para dejar empapados sus uniformes.

Cole creyó oír el murmullo de un ataque aéreo, al oeste, a lo lejos, pero enseguida se dio cuenta de que se trataba de truenos. Se avecinaba una tormenta.

Rodríguez se puso en pie con cuidado. Cole le tocó la pierna a Abbott. Había que incorporarse. Nadie dijo nada. Era necesario ser disciplinado: el silencio resultaba fundamental.

Empezaron a ascender por la colina. Cole se sabía las órdenes de carrerilla: tenían que llegar a lo alto de la colina por el norte y después seguir un sendero muy transitado por el ejército norvietnamita en busca de un complejo de búnkeres en el que los espías estadounidenses creían que estaba concentrándose un batallón de soldados profesionales del enemigo. Un batallón estaba formado por mil hombres. Los cinco miembros de la patrulla estaban infiltrándose en una zona en la que la proporción de enemigos era de doscientos hombres contra uno.

Rodríguez se puso en cabeza. Ted Fields se colocó tras él, lo que significaba que, mientras el primero miraba el suelo para encontrar un camino discreto, el segundo avanzaba con la vista fija en la selva por si aparecían los del Vietcong. Johnson llevaba la radio. Abbott le seguía y Cole iba por detrás de Abbott, cubriendo la retirada. Cole abría camino en algunas misiones, mientras que Rodríguez iba en segunda posición y Fields el último, pero Rodríguez estaba al mando y quería que Cole vigilara al novato.

Iban en fila india, a tres o cuatro metros de distancia el uno e otro, y subían silenciosamente por la pendiente. Cole observaba a Abbott y se estremecía cada vez que a éste se le enredaba una liana, pero en general le pareció que al chaval se le daba bien moverse por la selva.

Por encima de la colina los truenos rugían, y el aire se iba llenándose de neblina. Continuaron ascendiendo y se metieron en una nube.

Tuvieron que esforzarse mucho durante treinta minutos para llegar a lo alto. Una vez arriba Rodríguez los dejó descansar. El mal tiempo había llevado consigo la oscuridad y los envolvía la penumbra. Rodríguez fue mirándoles a todos a los ojos, uno por uno, y luego levantó la vista al cielo. Con un gesto les dio a entender que el mal tiempo era una putada. Sería imposible encontrar refugio en caso de necesitarlo.

Bajaron unos pocos metros por el otro lado de la colina y de repente Rodríguez levantó el puño. Automáticamente, los cinco hincaron una rodilla en tierra y

apuntaron con los fusiles hacia ambos flancos para cubrir todo el terreno. Rodríguez hizo un gesto a Cole, que cerraba la fila. Con el índice y el corazón formó una uve, como el signo de la victoria, y después hizo una ce con el pulgar y el índice. Señaló el suelo y a continuación abrió y cerró el puño tres veces: cinco, diez, quince. Rodríguez calculaba que había quince soldados del Vietcong.

Echó a andar hacia el otro lado y, uno a uno, los demás lo siguieron. Cole vio un sendero estrecho cubierto de huellas superpuestas. Las habían dejado sandalias hechas con neumáticos viejos. Aún se veían bien, por lo que calculó que debían de haber pasado por allí hacía sólo diez o quince minutos. Los del Vietcong estaban cerca.

Abbott volvió la cabeza hacia Cole. Regueros de lluvia corrían por su cara, y tenía los ojos muy abiertos. Cole también estaba asustado, pero logró sonreír. Nadie le ganaba en aplomo. Venga, soldados, que podemos conseguirlo.

La patrulla 5-2 llevaba cincuenta y seis minutos en la selva. Les quedaban menos de doce de vida.

Siguieron la cima de la colina durante menos de cien metros y encontraron el sendero principal. Estaba plagado de huellas del Vietcong y del ejercito de Vietnam del Norte, y muchas de ellas eran recientes. Rodríguez levanto una mano y trazo un circulo con ella para hacer saber a sus hombres que se hallaban rodeados. Cole tenía la boca seca, a pesar de la lluvia.

Exactamente tres segundos después estalló la tragedia.

Rodríguez pasaba junto a una alta higuera de Bengala en el instante mismo en que un rayo partía el árbol por la mitad, lo lanzaba contra su mochila y hacía detonar la mina Claymore que llevaba sujeta a la parte superior. El tronco de Ted Fields se evaporó en medio de una niebla roja. Johnson, Abbott y Cole quedaron cubiertos de carne y sangre y la onda expansiva de la mina lanzó a Rodríguez contra el árbol. Cole notó la sacudida como si fuera un maremoto hipersónico que lo hubiese derribado. Le zumbaban los oídos y allí donde mirase veía una gran serpiente de luz coleando. El resplandor del rayo lo había cegado.

Johnson gritó por la radio:

—¡Contacto! ¡Tenemos contacto!

Cole se abalanzó sobre Abbott como pudo y le tapó la boca a Johnson.

—¡Silencio! ¡Estamos rodeados, Johnson, deja de berrear! Ha sido un rayo.

—Y una mierda. ¡Han sido morteros! No me he venido a quince mil kilómetros de casa para que acabe conmigo un rayo.

—¡Ha sido un rayo! ¡Ha detonado la Claymore de Rodríguez!

¿Qué posibilidades había de que sucediera aquello? ¿Una entre un millón? ¿Entre diez mil millones? Estaban en lo alto de una colina, rodeados por el enemigo, y un rayo los hacía saltar por los aires.

—No veo nada. Estoy ciego —dijo Johnson.

—¿Estás herido?

—No veo nada. Sólo formas de luz.

—Ha sido el resplandor, tío, como con un flash. A mí también me ha pasado. Tranquilízate. Fields y Rodríguez han caído.

Cole fue recuperando la visión lentamente y advirtió que a Johnson le sangraba la cabeza. Se volvió hacia Abbott, quien dijo:

—Yo estoy bien.

Cole le dio a Johnson el radioteléfono que le había arrebatado hacía un momento.

—Llama al campamento. Diles que nos saquen de aquí.

—Entendido.

Cole se arrastró por delante de Johnson para ver a Fields. Se encontró con un amasijo de carne y jirones. Rodríguez estaba vivo, pero había perdido una parte del cráneo y el cerebro había quedado al descubierto.

—¿Sargento? ¿Rodríguez?

No contestó.

Cole sabía que los del Vietcong iban a llegar enseguida a investigar el motivo de la explosión. Si querían sobrevivir tenían que alejarse de inmediato. Se dirigió otra vez a Johnson:

—Diles que tenemos una baja y un hombre con una herida craneal. Volveremos por el otro lado, por donde hemos venido.

Johnson repitió el informe de Cole en un murmullo apagado y después sacó un mapa plastificado para buscar sus coordenadas. Cole le indicó a Abbott que se adelantase.

—Vigila el sendero.

El otro no se movió. Tenía la vista fija en lo que quedaba de Ted Fields y abría y cerraba la boca como un pez intentando respirar. Cole le agarró del arnés y le dio una sacudida.

—Joder, Abbott, ¡vigila si vienen los del Vietcong! No tenemos tiempo para alucinar.

Abbott levantó finalmente el fusil.

Cole vendó la cabeza de Rodríguez apretando bien y todo lo rápido que pudo. Su compañero se resistía e intentaba apartarle las manos. Cole se le subió encima para inmovilizarle y le puso un segundo vendaje. La lluvia había arreciado y se llevaba consigo la sangre. Los truenos retumbaban por la selva.

Johnson se arrastró hasta su lado.

—No pueden despegar por culpa de esta mierda de tormenta. Ya sabía yo que iba a pasar algo así. Qué gilipollas, mira que mandamos de misión cuando estaba previsto este tiempo. Ni siquiera hemos visto a un solo enemigo y nos ha jodido una mierda de rayo. Y encima no pueden acercarse los helicópteros. Estamos tirados.

Cole terminó de vendar a Rodríguez y sacó dos jeringuillas desechables. La morfina podía ser mortal para quien sufría una herida craneal, pero tenían que

cargar a Rodríguez y moverse deprisa; si los del Vietcong los alcanzaban morirían todos. Cole le clavó las dos jeringuillas en el muslo.

—¿Tú crees que entre los tres podemos cargar a Rodríguez ya Fields? —preguntó a Johnson.

—¿Te has vuelto loco? Fields está hecho carne picada.

—Los rangers no dejan atrás a sus compañeros.

—¿Es que no me has oído? Los helicópteros no pueden acercarse. Aquí nadie va a ninguna parte hasta que se alejen esas nubes.

La pierna de Ted Fields aún se movía, pero Cole hizo un esfuerzo para no mirar. Quizá tuviera razón Johnson; podían volver a buscarlo mas tarde, pero en aquel momento tenían que evacuar la zona antes de que los encontrara el Vietcong, y para cargar con Rodríguez iban a hacer falta dos hombres.

—Vale, vamos a dejar a Teddy aquí. Abbott, tú ayúdame a llevar a Rodríguez. Crom, ponte detrás y cuéntales qué vamos a hacer.

—Muy bien.

Johnson informó por radio de las intenciones de la patrulla mientras Cole y Abbott levantaban a Rodríguez. En aquel instante surgió un géiser rojo del cuerpo de Abbott, seguido del chasquido seco de un AK-47.

—¡Amarillos! —gritó Johnson, y acto seguido disparó una lluvia de balas por toda la jungla.

Abbott soltó a Rodríguez y cayó al suelo.

En la selva se produjo un estallido de ruido y resplandores.

Cole disparó por delante de Johnson, aunque no veía al enemigo. Movía el M 16 de un lado a otro, y vació el cargador en dos ráfagas cortas.

—¿Dónde están?

—¡Les he dado! ¡Os he dado, cabronazos de mierda!

Johnson metió otro cargador y abrió fuego otra vez con ráfagas más cortas, de cuatro o cinco disparos. Cole recargaba y disparaba indiscriminadamente. Seguía sin ver al enemigo, pero a su alrededor pasaban las balas, que levantaban las hojas y la tierra. El ruido era ensordecedor, aunque él apenas lo oía. Era lo mismo siempre que había un tiroteo: el subidón de adrenalina amortiguaba el sonido y atontaba.

Vació un segundo cargador y colocó un tercero. Disparó a los árboles y después se arrastró por encima de Rodríguez para ver cómo estaba Abbott, que se apretaba el vientre con una mano tapándose la herida.

—¡Me han dado! ¡Creo que me han pegado un tiro!

Cole apartó la mano de su compañero para examinar la herida y se encontró con una espiral gris de intestinos. Volvió a colocarle la mano encima.

—¡Aprieta! ¡Aprieta fuerte!

Disparó contra las sombras y llamó a Johnson:

—¡Eh! ¿Dónde están? ¡No los veo!

Johnson no contestó. Recargaba y disparaba mecánicamente.

Cole vio que las balas de Johnson destrozaban un buen trozo de selva y después, a la derecha, los fogonazos de las bocas de las armas al disparar. Vació el cargador en aquella dirección, colocó otro y se arrancó una granada de mano del ames. Grito para avisar a sus compañeros y después la lanzó. Hizo explosión con un estruendo que resonó entre los árboles. Arrojó otra granada. Otro estruendo. Johnson lanzó una de las suyas. Otra explosión.

—¡Retirada! ¡Vámonos, Johnson!

Johnson echó a andar de espaldas, sin dejar de disparar. Cole le dio una sacudida a Abbott.

—¿Puedes ponerte en pie? ¡Tenemos que largarnos, ranger! ¿Puedes levantarte?

Abbott se puso de lado y consiguió afirmar las rodillas en el suelo. Sin dejar de ejercer presión con la mano izquierda en la herida, consiguió incorporarse, gimiendo por el esfuerzo.

Cole siguió disparando contra los árboles y luego arrojó otra granada. Johnson no necesitaba que le dieran órdenes, pues sabía muy bien lo que tenía que hacer. Fields estaba muerto pero Rodríguez seguía con vida. Tenían que cargar con él.

Johnson y Cole dispararon cortas ráfagas a sus espaldas y después se colocaron a ambos lados de Rodríguez y lo levantaron por el arnés.

—¡Venga, Abbott, vamos! —gritó Cole—. Sube para volver por donde hemos venido.

Abbott se alejó tambaleándose.

Cole y Johnson empezaron a arrastrar a Rodríguez mientras disparaban con las manos que les quedaban libres. El fuego enemigo se había interrumpido tras el lanzamiento de las granadas, pero luego había vuelto a cobrar ritmo; los del Vietcong se gritaban órdenes entre las hojas.

—Minh dang duoi bao nhieu dua?

—Chung dang chay ve phia bo song!

Cole notaba que las balas pasaban rozándole. Johnson soltó un resoplido y se tambaleó, pero enseguida recuperó el equilibrio.

—No es nada.

Lo habían alcanzado en la pantorrilla.

En aquel momento Cole oyó dos ruidos sordos y notó que Rodríguez se estremecía. Habían vuelto a alcanzar al jefe del equipo.

—¡Hijos de puta! —gritó Johnson.

—¡Sigue corriendo!

Rodríguez escupió un buen chorro de sangre y todo su cuerpo sufrió una sacudida.

—¡Joder!

—¡Está muerto! ¡Me cago en todo, está muerto!

Le dejaron detrás de un árbol. Johnson disparó hacia abajo acabó con dos cargadores mientras Cole buscaba el pulso de Rodríguez. No lo encontró.

*Le ardían los ojos de rabia; primero Fields y ahora el jefe de la patrulla. Vació el cargador y acto seguido arrancó las granadas del arnés de Rodríguez. Lanzó una y luego la otra. Se oyeron dos explosiones. Johnson le quitó la munición a Rodríguez y siguieron retrocediendo. Primero Cole disparó mientras Johnson corría y luego intercambiaron los papeles. Cole aún no había visto a un solo soldado enemigo.*

*Alcanzaron a Abbott en la cima y se refugiaron tras un árbol caído. La lluvia arreciaba y el agua los envolvía como una cortina gris.*

*—Johnson, saca la radio. Diles que tenemos que largamos de aquí.*

*Cole le quitó el equipo a Abbott y después le abrió la camisa.*

*—¡No mires, novato! Mantén la vista fija en los árboles. Procura descubrir al enemigo, ¿entendido? Vigila bien.*

*Abbott estaba llorando.*

*—¡Me escuece! ¡Me duele muchísimo, tío!*

*En aquel momento Cole sintió mucho cariño hacia Abbott, cariño y odio a la vez. Lo quería por su inocencia y por su miedo, y lo odiaba por dejarse herir, lo que los obligaba a ir más despacio y podía provocar que los mataran.*

*Johnson tomó la mano de Abbott.*

*—No vas a morir. Nunca dejamos que los novatos mueran en su primera misión. Para morir tienes que haber hecho puntos, chaval.*

*—Adelante, rangers. Venga, dilo, Roy. Adelante, rangers.*

*Abbott hizo un esfuerzo por repetir aquellas palabras y contener las lágrimas.*

*—Adelante, rangers.*

*Sus intestinos habían traspasado la pared abdominal como una de serpientes. Cole se los metió en el cuerpo y después le envolvió el vientre con vendajes bien apretados que se empaparon de rojo antes incluso de que terminara de hacer o. Era un síntoma claro de hemorragia arterial. Cole sintió deseos de salir corriendo, de dejar atrás a Abbott con toda aquella sangre, de alejarse del enemigo, pero buscó a tientas una jeringuilla de morfina que llevaba en el botiquín y le dio una inyección en el muslo.*

*—Véndalo otra vez, Johnson. Que quede bien apretado. Y luego ponte el suero.*

*Los rangers estaban expuestos a un combate tan intenso que todos llevaban entre el equipo latas de suero sanguíneo. Cole arrojó a un lado la jeringuilla vacía y cogió la radio mientras Johnson aplicaba el suero a Abbott.*

*—Cinco dos, cinco dos, cinco dos. Tenemos contacto intenso. Dos bajas y un herido muy grave.*

*La voz metálica del oficial al mando de su compañía, el capitán William Zekowski, apodado Zeke, contestó, rasposa:*

*—Repítelo, cinco dos.*

*Cole quería estampar el teléfono contra el suelo, pero se reprimió y repitió detenidamente lo que había dicho. El pánico mata. Mantén la calma. Adelante, rangers.*

—Comprendido, cinco dos. Tenemos un helicóptero y dos cañoneros en órbita a cinco kilómetros, pero con ese tiempo no pueden acercarse. El viento se está llevando las nubes, así que aguantad.

—Nos batimos en retirada. ¿Comprendido?

Por única respuesta oyeron el chisporroteo de la estática. La lluvia los azotaba con tanta fuerza que tenía la impresión de estar en la ducha.

—¿Me oye alguien?

Sólo ruido.

—¡Me cago en todo!

Ni radio, ni rescate, ni nada. Estaban absolutamente solos.

Cuando Johnson terminó de inyectarle la vía de suero a Abbott en el brazo, ayudaron a éste a ponerse de pie. La lluvia se convirtió entonces en su aliada, porque la espesa cortina de agua servía para ocultarlos y borrar sus huellas, por lo que al Vietcong le costaría seguirlos. Estarían a salvo hasta que llegaran los suyos a rescatarlos.

Johnson se colocó delante para abrir camino, y de repente un disparo estalló con un ruido sordo bajo la lluvia y le levantó la tapa de los sesos. Cayó al suelo.

Abbott soltó un grito.

Cole dio media vuelta y empezó a disparar a ciegas. Vació el cargador, recogió el fusil de Johnson y también lo vació.

—¡Dispara, Abbott! ¡Que dispires te digo!

Abbott empezó a disparar a ciegas.

Cole tiraba contra todo, porque había algo que intentaba matarlo y él quería matarlo antes. Lanzó su última granada de mano.

Otro estruendo. Después arrancó una del arnés de Johnson. Otro estallido. Le quitó la munición al cadáver de su compañero y después la radio. La cabeza de Johnson se desprendió como un melón podrido.

—¡Corre, joder! ¡CORRE!

Empujó a Abbott colina abajo y después vació otro cargador contra la lluvia. Recargó, disparó de nuevo y levantó la radio. Las balas chocaban contra las ramas que había delante y lanzaban una lluvia de astillas sobre él.

Cole echó a correr. Alcanzó a Abbott, le pasó un brazo por de bajo de los hombros y tiró de él.

—¡CORRE!

Bajaron la ladera a trompicones, resbalando por una capa de hojas de un verde resplandeciente del grosor del cuero. Las lianas se les enredaban en las piernas y tiraban de sus fusiles. Las explosiones de los disparos seguían pegadas a sus talones.

Cole decidió bajar por una pendiente que los llevó hasta un desagüe desbordado por un torrente de lluvia. Se quedaron dentro del agua para no dejar huellas. Cole tiró de Abbott por el arroyo hasta salir a un barranco más amplio. El enemigo chillaba a sus espaldas:



—Rang chan phia duoi chung!

—Toi nghe thay chung no o phia duoi!

*A su izquierda, un AK-47 vomitaba fuego.*

*Abbott se dio de bruces contra un árbol y se enredó entre la maleza, lo que provocó que se arrancara la vía del brazo. Cole tiró de él para que se pusiera de rodillas y le susurró que se levantara...*

*Abbott, cuyo rostro había perdido toda la pintura de camuflaje, estaba blanco como el papel.*

—Voy a vomitar.

—Levanta, ranger. Sigue corriendo.

*—Me duele la tripa. —Tenía toda la parte delantera del uniforme, hasta los muslos, empapada de sangre.*

—Levanta...

*Cole se lo echó a los hombros como si fuera un peso muerto. Avanzaba a duras penas; entre su compañero y el material llevaba casi ciento treinta kilos. La selva era cada vez menos densa. Estaba acercándose al claro donde los había dejado el helicóptero.*

*Consiguió agarrar la radio sin dejar de avanzar por el arroyo.*

—Cinco dos, cinco dos, cinco dos, cambio.

—Te oigo, cinco dos —contestó la voz entrecortada del capitán.

—Johnson ha muerto. Están todos muertos.

—Tranquilízate, soldado.

—Tenemos tres bajas y un herido muy grave. El enemigo nos pisa los talones.

—Quedaos ahí.

*—¡No me diga que me quede aquí! ¡Van a acabar con nosotros! —Cole estaba llorando. Tomaba aire como un motor de vapor y tenía tanto miedo que le daba la impresión de que le ardía el corazón.*

—¿Eres tú, Cole? —preguntó el capitán.

—Han caído todos. Abbott está desangrándose.

*—Un helicóptero de la Primera División de Caballería Aerotransportada cree que puede acercarse hasta ahí por el sur. Tiene poco combustible, pero va a intentarlo.*

*Detrás de Cole se oyeron más gritos y después el rugido de un AK-47. Cole no sabía si los del Vietcong le veían o no, pero no le quedaban fuerzas para mirar. Siguió avanzando a duras penas. Abbott empezó a gritar.*

—Ya casi estoy en el claro.

*—Está subiendo por el barranco, por debajo de las nubes. Tienes que echar humo, soldado. Indícales tu posición. Cambio.*

—Entendido.

*—Esta mierda de tormenta ha llegado hasta nuestros cañoneros. No pueden ir hasta ahí para apoyarnos.*

—Lo comprendo.

—Estás solo.

Cole salió de la selva. Una vez en el claro vio que el cauce del arroyo estaba lleno de agua que avanzaba a gran velocidad. Se metió en él hasta la cintura y echó a andar contra la corriente. No notaba los brazos ni las piernas, pero sin darse cuenta recorrió todo el tramo y salió por el otro lado. Dejó a Abbott sobre la hierba y buscó el helicóptero. Le pareció que lo veía, una mancha negra desdibujada por la lluvia. Saco un tubo. Un humo de un morado intenso formó un remolino a su espalda.

La mancha negra se inclinó hacia un lado y empezó a crecer.

Cole sollozó.

Iban a salvarle.

Cayó de rodillas junto a Abbott.

—Aguanta, Roy; ya vienen.

Abbott abrió la boca y escupió sangre.

Algo pasó velozmente junto a Cole con un fuerte latigazo mientras se oía el martilleo de un AK-47 donde terminaban los árboles. Cole se derrumbó boca abajo. Por el muro verde bailoteaban los fogonazos de las armas, semejantes a luciérnagas. Le saltó barro a la cara.

Vació el cargador, apuntando a los fogonazos, metió otro y siguió disparando.

—¡Abbott!

Abbott se puso boca abajo lentamente. Arrastró el fusil hasta tenerlo en posición y disparó una única ráfaga.

La selva centelleaba. Cada vez se sumaban más fogonazos, hasta que la jungla quedó iluminada por luces titilantes. El barro saltaba por todas partes y la hierba alta y fibrosa caía como si la segaran unas cuchillas invisibles. Cole vació el cargador en una sola ráfaga, metió otro y también lo agotó. El cañón del fusil estaba tan caliente que podría haberle quemado la carne.

—¡Dispara, Abbott! ¡DISPARA!

Abbott disparó otra vez.

Cole ya distinguía, aunque con dificultad, el ruido sordo del helicóptero.

Recargó y disparó por enésima vez. Sólo le quedaban cuatro cargadores, y los árboles habían cobrado vida con tantos soldados enemigos.

—¡Dispara, joder!

Abbott se tumbó de lado.

—No me lo imaginaba así —susurró.

De repente el ruido del helicóptero resultó ensordecedor y la hierba se agitó a su alrededor. Cole disparó a los fogonazos. Por encima de sus cabezas la enorme ametralladora del calibre 30 del aparato abrió fuego, destrozando la selva.

Cole se apartó cuando el pesado helicóptero descendió entre traqueteos y se posó. Estaba cubierto de agujeros de bala y de él salían nubes de humo. Los soldados de la Primera División de Caballería se agolpaban en la plataforma de carga como

si fueran refugiados.

Los disparos de sus armas se sumaron a los de la ametralladora. El helicóptero había recibido infinidad de balazos, y sin embargo el piloto se atrevía a cruzar una tormenta para echarse contra un muro de fuego enemigo. Los pilotos de helicópteros tenían cojones de acero.

—Venga, Roy, vamos. Abbott no se movió.

—¡Vamos!

Cole se colgó el fusil al hombro, levantó a su compañero y se puso en pie tambaleándose. Sintió que algo caliente le rajaba los pantalones ya continuación que algo reventaba. Una bala hizo añicos la radio. Cole avanzó a trompicones hasta el helicóptero y subió a Abbott a la plataforma. Los soldados se amontonaron los unos sobre los otros para hacerle sitio.

Cole trepó al aparato.

Las balas enemigas estallaban y rebotaban contra el mamparo. El oficial al mando le gritó:

—¡Nos habían dicho que sólo había un hombre!

A Cole le zumbaban tanto los oídos que no entendía nada.

—¿Qué?

—Nos habían dicho que sólo había un hombre. Pesamos demasiado. ¡No podemos despegar!

La turbina bramaba mientras el piloto intentaba alzar el vuelo. El helicóptero se bamboleó como una ballena.

El oficial agarró a Abbott del arnés.

—¡Arrójalo fuera! ¡No podemos volar!

Cole hundió el cañón su M-16 en el pecho del oficial, que soltó a Abbott.

—Está muerto ranger. ¡Arrójalo afuera! ¡Vas a conseguir que maten a todos!

—¡Se viene conmigo!

—¡Pesamos demasiado! ¡No podemos elevamos!

La turbina aceleró. Un humo aceitoso pasaba por delante de la puerta.

—¡Que lo arrojes fuera!

Cole apoyó el índice en el gatillo. Rodríguez, Fields y Johnson habían quedado atrás, pero Abbott volvía al campamento con él. Había que cuidar a la familia.

—Se viene conmigo —repitió.

Los soldados sabían que Cole estaba dispuesto a disparar. La rabia y el miedo quemaban por dentro al joven ranger como si llevara un motor de vapor. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera ya matar a quien fuera para completar su misión. Los soldados lo comprendían. Empezaron a soltar latas de munición y mochilas, cualquier cosa de la que pudieran deshacerse para aligerar peso.

La turbina chirrió. El rotar rasgó el aire húmedo y cargado y el helicóptero se elevó por los cielos. Cole colocó el arma sobre el pecho de Abbott y protegió a éste, como si de un hermano se tratara, hasta que llegaron a casa.

*Cuatro horas después las nubes negras se alejaron de las montañas. Un equipo de contraataque formado por rangers de la misma compañía asaltó la zona para recuperar los cadáveres de sus compañeros. Elvis Cole estaba entre ellos.*

*Recobraron los restos mortales del sargento Luis Rodríguez y de Ted Fields. Los de Cromwell Johnson habían desaparecido. El enemigo debía de habérselos llevado.*

*Por sus actos en aquella jornada, Elvis Cole recibió una medalla al valor, la estrella de plata, la tercera en importancia del ejército de Estados Unidos.*

*Fue su primera condecoración.*

*Con el tiempo conseguiría otras.*

*Los rangers no dejan atrás a sus compañeros.*

*Tiempo desde la desaparición: 41 horas, 00 minutos*

Después de hablar con los Abbott, llamé a las demás familias para informarles de que la policía se pondría en contacto con ellas y explicarles el motivo. Entre eso y hablar con el sargento mayor Stivic, me pasé casi tres horas al teléfono.

Starkey llamó al timbre de mi casa a las ocho y cuarenta y cinco. Al abrir la puerta vi a John Chen esperando tras ella, en la furgoneta.

—He estado hablando con los familiares —anuncié—. Ninguno ha tenido nada que ver con esto ni conoce a nadie que pudiera haberlo hecho. ¿Has conseguido algo con los otros nombres que te pasé?

Starkey me miró entornando los ojos, que tenía bastante hinchados.

—¿Estás borracho? —preguntó con voz ronca.

—No me he metido en la cama en toda la noche. He estado hablando con las familias. He escuchado la dichosa cinta una docena de veces. ¿Has conseguido algo o no?

—Ya te lo dije anoche, Cole. Hemos comprobado los nombres y no hemos obtenido nada. ¿No te acuerdas?

Me enfadé conmigo mismo por haberlo olvidado. Me lo había contado en la comisaría de Hollywood. Cogí las llaves y salí de casa. Starkey se quedó en el umbral.

—Venga, voy a enseñaros lo que hemos encontrado —dije—. A lo mejor John puede identificar las huellas.

—Tienes que dejar el café. Pareces un yonqui a punto de pegar un pedo tremendo.

—Tú tampoco tienes muy buena pinta, la verdad.

—Vete a la mierda, Cole. Si vengo con esta cara quizá se deba que a las seis de la mañana Gittamon y yo hemos tenido que aguantar un rapapolvo por parte del jefe, que se ha puesto hecho una furia. Quería saber por qué dejamos que nos mandes todas las pruebas a tomar por culo.

—¿Se ha quejado Richard?

—Los gilipollas con pasta se quejan siempre. El programa del día es el siguiente: primero vas a llevarnos a ver eso que has encontrado, y después te vas a quitar de en medio. Da igual que seas la única persona que hay por aquí, aparte de mí, que sabe investigar. Tienes que dejar el caso.

—Ya sé que es imposible, pero me da la impresión de que acabas de echarme un piropo.

—Que no se te suba a la cabeza. Resulta que Richard tenía razón con lo de que eres testigo de los hechos. Sin embargo, echarte del caso así, cuando estás jodido, a

mí me parece una mala jugada, y no me gusta.

Me arrepentí de haberle contestado de aquella manera.

—Supongo que no has reconocido de repente la voz del contestador —prosiguió— ni te has acordado de algo que pueda ser de utilidad.

Tenía ganas de contarle qué me parecía lo que había dicho el hombre de la cinta, pero me imaginé que le daría la impresión de que pretendía justificarme.

—No. Jamás había oído su voz. Se la he puesto a los familiares por teléfono, y tampoco la han reconocido.

Starkey ladeó la cabeza como si se sorprendiera.

—Buena idea, Cole, ponerles la grabación ha estado muy bien. Espero que ninguno de ellos te haya mentado.

—¿Por qué me mandaste ayer a Hurwitz con la cinta en vez de llevármela tú misma?

Starkey se dirigió hacia su coche.

—Ve con el tuyo —dijo en lugar de contestar a mi pregunta—. Lo necesitarás para volver.

Cerré la puerta de casa y después les guíé hasta el otro lado del cañón, hasta el arcén donde habíamos aparcado Pike y yo el día anterior. Tardamos unos doce minutos. Starkey se puso unas zapatillas mientras Chen descargaba su maletín de pruebas. En la visita anterior el arcén había estado vacío, pero aquella mañana había una hilera de camionetas y coches de la obra cercana por toda la curva. Starkey y Chen me siguieron. Saltamos el montículo y bajamos por la maleza. Pasamos junto a los dos pinos y después seguimos la hendidura hacia el solitario roble. A medida que nos aproximábamos a las pisadas fui sintiéndome nervioso y asustado. Estar allí era como acercarse a Ben, siempre que las huellas concordaran. En caso contrario, no tendríamos nada.

Alcanzamos la primera pisada, una suela marcada claramente en el polvo entre láminas de esquisto.

—Ésta se ve bastante bien. Luego tenemos otras más abajo —anuncié.

Chen se puso a cuatro patas para examinarla más de cerca. Me coloqué muy cerca de él.

—No lo agobies, Cole —dijo Starkey—. Apártate.

Chen levantó la vista y sonrió complacido.

—Es del mismo calzado, Starkey. Se nota incluso sin el molde. Son unas Rockport del cuarenta y cuatro con la misma suela con piedrecitas y las mismas marcas de desgaste.

El corazón se me aceleró y el fantasma oscuro volvió a alejarse de mí. Starkey me dio un puñetazo en el hombro.

—Cabronazo.

A cariñosa no había quien la ganara.

Chen marcó ocho pisadas más y por fin llegamos al árbol. Algunas malas hierbas

habían brotado con el rocío de la madrugada, pero la zona hundida de detrás del árbol seguía despejada.

—Ahí es, en ese lado del roble, en el suelo. ¿Veis la hierba aplastada?

Starkey me tocó el brazo.

—Espera aquí —ordenó. Se acercó más y se puso en cuclillas para mirar hacia mi casa desde debajo de las ramas del roble. Después echó una ojeada a la ladera que había a su alrededor—. Muy bien, Cole. Has dado en la diana. No se como as encontrado este sitio, pero has acertado. John, quiero un mapa exhaustivo de la zona.

—Voy a necesitar ayuda. Tenemos muchas más pruebas que ayer.

Starkey se agachó en el borde de la zona de hierba aplastada y después se inclinó para observar algo que había visto en el suelo.

—John, pásame las pinzas —pidió.

Chen le alargó una bolsa de plástico con cremallera y unas pinzas que extrajo de su maletín de pruebas. Starkey recogió con las segundas una bolita marrón que examinó a conciencia y a continuación metió en la bolsa. Miró hacia arriba, en dirección al árbol, y después otra vez al suelo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Parecen cagadas de ratón, pero no lo son. Están por todas partes.

Recogió una de las bolitas y se la colocó en la palma de la mano.

—¡No la toques sin ponerte guantes! —exclamó Chen, horrorizado.

Me acerqué para ver de qué se trataba y me repitió la orden de mantenerme apartado. En la tierra se veía claramente una docena de bolitas de un marrón oscuro del tamaño de un balón. Había más adheridas a la hierba. Me di cuenta de lo que eran de inmediato, porque había visto cosas así cuando estaba en el ejército.

—Es tabaco.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Chen.

—Los fumadores mascan tabaco cuando están de patrulla, porque si no el humo los delataría. Y eso es lo que hizo este tío. Se trajo tabaco, lo masticó y luego escupió los restos.

Starkey me miró y advertí que estaba reflexionando sobre mis palabras. Otra conexión con Vietnam. Le entregó la bolsa a Chen y se tragó una pastilla blanca. Después me observó por un instante, con el entrecejo fruncido.

—Quiero probar algo —propuso.

—¿El qué?

—Allí, al lado de tu casa, lo único que dejó ese tío fue una miserable huella parcial que apenas se veía. Aquí, en cambio, lo ha dejado todo hecho un asco.

—Porque aquí creía que no corría peligro.

—Sí. Aquí tenía un buen escondite y nadie lo veía, de modo que le importaba una mierda dejar rastro. Se me ocurre que si fue descuidado por aquí quizá también lo fuera arriba, en la calle. Por esta zona no hay muchas casas, y tenemos esa obra justo al tomar la curva. Llamaré a Gittamon y pediré que venga una patrulla a preguntar

puerta por puerta a este lado el cañón. Lo que pasa es que no hay mucha gente con la que hablar, y para cuando lleguen Gittamon y los agentes de uniforme tú y yo ya podríamos tener el trabajo hecho.

—Creía que no debía meterme en nada.

—No te he pedido que me des conversación. ¿Quieres hacerlo o prefieres perder el tiempo?

—Pues claro que quiero hacerlo.

Starkey se volvió hacia Chen.

—Si se lo cuentas a alguien, te acordarás de mí.

Dejamos a Chen llamando a la DI C para solicitar otro forense y volvimos por la curva hasta la obra. Era una casa moderna de una sola planta de la que sólo habían dejado el almacén de madera para ampliarlo tanto horizontal como verticalmente con un primer piso. Ante ella, en la calle, había un contenedor azul que ya estaba medio lleno de tablas arrancada de las paredes y de otros escombros. Los carpinteros levantaban el almacén de la planta superior mientras los electricistas pasaban claves por las conducciones de la planta baja. Estábamos a finales de otoño, pero los trabajadores iban con pantalones cortos y el torso descubierto. En el garaje, inclinado sobre unos planos, había un hombre algo mayor vestido con unos pantalones anchos, que estaba explicándole algo a un jovencito adormilado que llevaba herramientas de electricista. Habían tirado los muros de mampostería sin mortero del interior del garaje y de la casa, con lo que los soportes habían quedado expuestos como si se tratara de costillas humanas.

Starkey no esperó a que se percataran de nuestra presencia ni se disculpó por la interrupción, sino que le enseñó sin más la placa al hombre de más edad.

—Policía. Me llamo Starkey y éste es Cole. ¿Está usted al mando de esto?

El hombre se presentó. Se llamaba Darryl Cauley y era el contratista. Nos puso mala cara. Recelaba.

—¿Esto tiene que ver con Inmigración? Tengo un documento firmado por todas las empresas subcontratadas que dice que estos trabajadores son legales.

El jovencito hizo ademán de alejarse, pero Starkey lo detuvo.

—Oye, tú quieto. Queremos hablar con todo el mundo.

Cauley torció aún más el gesto.

—¿Esto qué es?

Starkey no tenía precisamente don de gentes, así que me decidí a contestar antes de que a aquel hombre le diera por llamar á su abogado.

—Creemos que hay un secuestrador por esta zona, señor Cauley. Ha aparcado en esta calle, o ha pasado por aquí, todos los días desde hace aproximadamente una semana. Queremos saber si han visto algún vehículo o persona que les haya llamado la atención.

El electricista dobló los pulgares sobre las herramientas y se animó.

—¡Joder! ¿De verdad han secuestrado a alguien?



—A un niño de diez años —contestó Starkey—. Fue anteayer.

—Qué fuerte.

Cauley intentó ayudarnos, pero contestó que dividía su tiempo entre tres obras distintas; muy pocas veces pasaba más de un par de horas al día en aquella casa.

—No sé qué decirles. Tengo gente subcontratada, varias cuadrillas, que vienen y que van. ¿Llevan alguna foto, de esas que utilizan para reconocer a los sospechosos?

—No. No sabemos quién es ni qué aspecto tiene. Tampoco sabemos qué vehículo conducía, pero creemos que pasó bastante tiempo cerca de la curva en la que aparcen sus hombres.

El electricista miró hacia esa zona.

—Joder, qué mal rollo.

—Me gustaría ayudarlos —aseguró Cauley—, pero no sé nada. ¿Ven a toda esta gente? Pues sus amigos o sus novias se presentan por aquí. Tengo otra obra en Beachwood y..., bueno, el mes pasado de repente se presentó una limusina con tres tíos trajeados de Capitol Recods. Ficharon a uno de mis carpinteros y le hicieron un contrato disco gráfico por tres millones de dólares. Lo que quiero decir es que nunca se sabe quién pasa por aquí.

—¿Podemos hablar con sus hombres? —dijo Starkey.

—Sí, claro. James, ¿me haces el favor de llamar a los chicos? Di a Federico y a los carpinteros que bajen.

Entre carpinteros y electricistas, Cauley tenía a nueve hombres trabajando aquel día. De los primeros, dos tenían dificultades para hablar en inglés, pero Cauley nos ayudó con la traducción del español. Todos cooperaron en cuanto se enteraron de que había desaparecido un niño, pero nadie recordaba nada fuera de lo normal. Cuando terminamos me dio la impresión de que habíamos perdido la mitad del día, aunque en realidad aún no eran ni las doce.

Starkey encendió un cigarrillo cuando llegamos al contenedor de escombros.

—Empecemos con las casas —dijo.

—No debió de aparcar a más de cinco o seis casas de la curva, fuera el lado que fuera. Cuanto más tuviera que andar, más se arriesgaba a que alguien lo viera.

—Vale. ¿Y?

—Vamos a separarnos. Yo repaso las de aquel lado y tú las de éste. Así iremos más deprisa.

Aceptó la propuesta. La dejé con el cigarrillo y volví al trote hasta donde estaban nuestros coches. Pasé de largo y me dirigí a las casas del otro lado de la curva. Una asistenta ecuatoriana me abrió la puerta de la primera, pero no había visto a nadie y no tenía modo de ayudarme. Nadie contestó en la segunda casa, pero en la tercera me recibió un anciano desdentado que llevaba una bata fina y zapatillas. La osteoporosis lo había reducido a tal estado de fragilidad que se había encorvado como una flor marchita. Le expliqué la historia del hombre de la ladera y le pregunté si había visto a alguien. Me miró boquiabierto. Le dije que había desaparecido un niño. No contestó.

Le metí una tarjeta de visita en el bolsillo de la bata y le pedí que me llamara si recordaba algo. Después cerré la puerta.

Hablé con otra asistente, una joven que tenía tres niños a su cargo. En la siguiente casa tampoco había nadie. Era un día laborable y la gente estaba en el trabajo.

Me planteé si valía la pena probar en las casas que había más allá en aquella misma calle, y decidí volver adonde estaban los coches.

Me encontré a Starkey apoyada contra su Crown Vic.

—¿Has sacado algo en limpio? —le pregunté.

—¿A ti qué te parece, Cole? ¿No me ves la cara? He hablado con tanta gente que no ha visto nada de nada que al final le he preguntado a una tía si salía a la calle alguna vez.

—Tratar con la gente no es lo que mejor se te da, ¿verdad?

—Mira, tengo que llamar a Gittamon para que me mande refuerzos. Hay que hablar con los basureros, con el cartero, con las patrullas de seguridad privadas que recorren estas calles y con cualquiera que pueda haber visto algo, pero tú y yo ya hemos llegado hasta donde podíamos llegar. Tienes que largarte.

—Venga, Starkey, hay mucho trabajo y puedo ayudarte. No voy a irme ahora.

—Es trabajo rutinario, Cole —respondió en voz baja, midiendo las palabras—. Tú tienes que descansar. Si encontramos algo te llamo.

—Puedo llamar a las empresas de seguridad desde casa.

Hasta a mí me pareció que mi voz era la de un desesperado. Starkey meneó la cabeza.

—¿Sabes esos vídeos que te obligan a ver antes de que despegue un avión, en los que te dan instrucciones para casos de emergencia...?

Me zumbaban ligeramente los oídos, como si estuviera borracho y hambriento, todo a la vez.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

—Te dicen que si el avión pierde presión debes ponerte la mascarilla de oxígeno antes de ponérsela a los niños. La primera vez que lo vi pensé: «Y una mierda, si yo tuviera hijos seguro que se la ponía antes a ellos». Es lo natural, ¿no? Lo instintivo es salvar a tus hijos. Luego, sin embargo, cuanto más lo pensaba, más lógica le veía a la cosa. Tienes que salvarte tú primero, porque si no estás vivo no puedes salvar a los niños. Pues a ti te pasa lo mismo, Cole: tienes que ponerte la mascarilla si quieres ayudar a Ben. Vete a casa. Si pasa algo no te preocupes, que te llamo.

Se alejó de mí sin más y fue a reunirse con Chen en la furgoneta de éste.

Me subí al coche. No sabía si iba a irme a casa o no. No sabía si iba a dormir o si no iba a poder hacerla. Me marché. Tomé la curva y vi una furgoneta de comidas de color amarillo claro aparcada junto al contenedor. Era lógico: los obreros tenían que comer.

Acababa de llegar.

Quizá si no hubiera estado tan cansado se me habría ocurrido antes: en un sitio

tan apartado alguien tenía que llevar la comida a los trabajadores. Aquella furgoneta debía de aparecer por allí dos veces al día, para el desayuno y para el almuerzo, a diario. Eran las once cincuenta. Hacía casi cuarenta y cuatro horas que Ben había desaparecido.

Dejé el coche en la calle y fui corriendo hasta la puerta situada en la parte trasera de la furgoneta, que estaba abierta debido al calor. En el interior, dos jovencitos vestidos con camiseta blanca cocinaban en una parrilla. Una mujer bajita y rechoncha les berreaba los pedidos mezclando español e inglés mientras ellos iban pasándole bocadillos de pollo y platos de plástico cargados de tacos y salsa verde que ella colocaba en la repisa de la ventanilla por la que atendían a los clientes. La mujer me miró de reojo y me hizo un gesto con la cabeza para señalar el lateral de la furgoneta.

—Tiene que ponerse a la cola. Por ahí.

—Han raptado a un niño pequeño —dije—. Creemos que el secuestrador ha pasado mucho tiempo en esta calle. Puede que hayan visto su coche.

Se acercó a la puerta, limpiándose las manos en un trapo de felpa rosa.

—¿Cómo que un niño pequeño? ¿Es usted policía?

El electricista que habíamos visto antes estaba haciendo cola ante la ventana.

—Sí, es policía —dijo—. Alguien ha secuestrado a un niño. Es increíble, ¿no? Por aquí mismo. Están buscándolo.

La mujer bajó de la furgoneta para hablar conmigo. Se llamaba Marisol Luna y era la propietaria del negocio de comidas. Le describí la zona del otro lado de la curva y le pregunté si se había fijado en algún vehículo que hubiera estado aparcado cerca de allí durante las dos últimas semanas, o si había visto a alguien que llamara la atención.

—Me parece que no.

—¿Y cuando no había nadie aparcado allí? ¿Ha visto algún coche solo?

Se frotó las manos con el trapo, como si eso la ayudase a refrescar la memoria.

—Un día vi al fontanero. Acabábamos de poner los desayunos aquí y nos íbamos para allá... —Señaló hacia la curva y el zumbido que me taladraba el cerebro se agudizó—. El fontanero bajaba por la ladera.

Miré hacia los obreros en busca de Cauley. Marisol Luna era la primera persona de las que había encontrado que había visto algo.

—¿Y cómo sabe que era el fontanero? —pregunté—. ¿Estaba trabajando aquí en esta casa?

—Lo decía en la furgoneta. Fontanería Emilio. Lo recuerdo porque mi marido precisamente se llama Emilio. Me hizo gracia y por la noche se lo dije, pero el hombre que iba en la furgoneta no se le parecía en nada. Era negro. Tenía la cara cubierta de una especie de bultos.

—¿Dónde está Cauley? —inquirí dirigiéndome a los obreros—. ¿Puede ir alguien a buscarlo? —Me volví hacia la señora Luna—. ¿El hombre que bajó por la ladera era negro?

—No. El de la furgoneta era el negro. El que salió era blanco.

—¿Eran dos?

El zumbido se intensificó aún más. Me sentía como si me hubiera tomado diez cafés. El electricista apareció por detrás de la furgoneta con el señor Cauley.

—¿Han tenido suerte? —preguntó.

—¿Ha tenido trabajando aquí a algún fontanero que se llamara Emilio o que trabajara para la empresa de un tal Emilio? ¿Le suena de algo?

—No, nunca. Siempre utilizo al mismo fontanero. En todas las obras lo hace un tío que se llama Donnelly.

—Pero en la furgoneta decía «Fontanería Emilio» —aseguró la señora Luna.

—Sí, yo la he visto —intervino el electricista.

De repente el zumbido desapareció y dejó de dolerme el cuerpo. Noté el hormigueo de la sangre por debajo de la piel. Me sentía ligero, vivo, y lo veía todo con una claridad absoluta. Era la misma sensación que había tenido cuando, estando escondidos en un sendero del Vietcong, había oído al enemigo acercarse y había esperado a que Rodríguez disparase. Sabía que o ellos acababan conmigo o yo acababa con ellos, pero fuera como fuera allí iba a montarse una buena.

—He de pedirle que me acompañe, señora Luna. Tiene que hablar con la policía ahora mismo. Están ahí, pasando la curva.

Marisol Luna se subió a mi coche sin quejarse ni poner inconveniente alguno. No perdí tiempo en dar media vuelta. Fuimos hasta donde estaba Starkey dando marcha atrás.

*Tiempo desde la desaparición: 43 horas, 50 minutos*

Desde el sur, el sol brillaba sin piedad y recalentaba la atmósfera del cañón hasta hacerla arder. Al subir el aire arrastraba una suave brisa de la ciudad que olía a azufre. Starkey levantó la mano para protegerse del resplandor.

—Muy bien, señora Luna. Cuénteme qué ha visto.

Marisol Luna, Starkey y yo estábamos en la calle, en la parte más alta de la curva. La señora Luna señaló hacia la obra que acabábamos de dejar atrás y nos contó lo que recordaba:

—Pasamos la curva esta y nos encontramos con la furgoneta del fontanero aquí mismo.

Indicó que el vehículo había estado prácticamente donde nos encontrábamos en ese momento. No en el arcén, sino en la misma calle. Nadie habría podido verlo desde la obra ni desde las casas de las cercanías.

—Mi furgoneta es grande, ¿sabe usted? Es muy ancha. Y le dije a Ramón: «Este tío está acaparando toda la calle».

—Ramón es uno de los chicos que trabajan para ella —expliqué.

—Deja que sea la señora Luna quien lo cuente, Cole.

La señora Luna prosiguió:

—Tuve que parar, porque no podía pasar si no se apartaba. Y entonces vi el nombre y me hizo sonreír, ya se lo he contado al señor Cole. Aquella noche se lo conté a mi marido. Le dije: «Oye, que hoy te he visto por ahí».

—¿Cuándo sucedió todo eso? —preguntó Starkey.

—Pues hará tres días. Sí, hace tres días.

El día anterior al secuestro de Ben, Starkey sacó su libreta. La señora Luna describió la furgoneta. Era blanca y estaba sucia, pero no recordaba nada más, sólo que en el lateral llevaba pintadas las palabras «Fontanería Emilio». Mientras Starkey seguía interrogándola llamé a información con el móvil y pregunté por la empresa Fontanería Emilio. No existía ni en Los Ángeles ni en todo el valle. Le pedí a la telefonista que buscara también en Santa Mónica y en Beverly Hills, por fontanería, fontaneros, suministros de fontanería y contratistas de fontanería, pero a esas alturas ya no esperaba encontrar nada. Aquellos tipos podían haber robado la furgoneta en Arizona o haber pintado el nombre ellos mismos.

—Decía «Emilio». Estoy segura —afirmaba la señora Luna.

—Hábleme de los dos hombres —pidió Starkey—. Usted tomó la curva y la furgoneta le bloqueaba el paso. ¿Hacia dónde estaba dirigida?

—Hacia aquí, de cara a mí. Veía el parabrisas, ¿sabe? El negro iba al volante. El blanco estaba al otro lado, hablando a través de la ventanilla abierta.

La señora Luna se colocó en el arcén y nos indicó sus posiciones.

—Al vemos se giraron, ¿sabe usted? El negro tenía unas cosas muy raras en la cara. Yo creo que estaba enfermo. Parecían heridas.

Se tocó las mejillas y arrugó la nariz.

—Y además era alto. Era un tío muy alto.

—¿Se bajó de la furgoneta? —preguntó Starkey.

—No, se quedó dentro. Iba al volante.

—Y entonces ¿cómo sabe que era tan alto?

La señora Luna levantó los brazos todo lo que pudo y los separó.

—Llenaba el parabrisas, así. Era enorme.

Starkey frunció levemente el entrecejo, pero yo ya tenía claro aquel punto y quería avanzar.

—¿Y el blanco? —dije—. ¿Se acuerda de algún detalle? ¿Tatuajes? ¿Gafas?

—No lo miré.

—¿Llevaba el pelo largo o corto? ¿Recuerda el color?

—No, lo siento. Me fijé en el negro y en la furgoneta. Estábamos intentando pasar, ¿sabe usted? Me salí un poco de la calzada para esquivarla y me pasé. Me vi obligada a dar marcha atrás. El otro hombre se apartó porque su amigo tuvo que dejarnos sitio. Es que esto es muy estrecho. Me quedé mirando la furgoneta mientras se alejaba y le dije a Ramón: «¿Te has fijado en lo que tiene ese tío en la cara?». Él

también lo había visto. Repuso que debía de tratarse de verrugas.

—¿Cuál es el apellido de Ramón? —preguntó Starkey.

—Sánchez.

—¿Ahora está en su furgoneta?

—Sí, señora.

Starkey tomó nota de la información.

—Vale, luego también hablaremos con él.

—Es decir, que el negro se marchó y el otro se quedó y bajó por la ladera —tercié para reconducir la conversación—. ¿O el negro esperó a que volviera su compañero?

—No, no, se fue. El otro hizo un gesto con el dedo al empezar a bajar. Ya sabe a qué gesto me refiero. —La señora Luna se había sonrojado.

Starkey cerró el puño y estiró el dedo corazón.

—¿El blanco le hizo este gesto? ¿Así?

—Sí —respondió la señora Luna—. Y Ramón se reía. Yo iba marcha atrás porque la furgoneta se me había acercado demasiado a las rocas y tenía que ir con cuidado, pero lo vi hacer ese gesto y bajar por la ladera. Lo lógico habría sido que volviera a la casa, pero no, empezó a bajar, y a mí eso me pareció raro. «¿Por qué baja por ahí?», dije. Y entonces pensé que a lo mejor quería ir a orinar.

—¿Vio hasta dónde llegaba o si volvía?

—No. Nos fuimos. Todavía teníamos que servir desayunos en otro sitio antes de preparamos para la comida.

Starkey anotó el nombre de la señora Luna, su dirección y su teléfono, y después le entregó una tarjeta. Su busca se puso a sonar, pero no le hizo caso.

—Nos ha ayudado mucho, señora Luna —aseguró—. Es probable que quiera hacerle alguna otra pregunta esta noche o mañana. ¿Le importaría?

—Estaré encantada de ayudar.

—Si recuerda alguna otra cosa, no espere a que la llame. Hablar así como hemos hecho ahora puede ayudarla con algún detalle. A lo mejor se acuerda de algo de la furgoneta o de esos dos hombres que nos sirva. Aunque a usted le parezca insignificante, debe tener claro que no hay nada que no sea importante. Cualquier cosa que recuerde nos será de utilidad.

Starkey sacó el móvil y se fue hasta el borde del arcén para llamar a la comisaría y poner en marcha una orden de busca y captura y un boletín de alerta con los datos de la furgoneta. El jefe de la comisaría de Hollywood quedaría encargado de transmitir la información a la central de despachos, en Parker, desde donde se indicaría a todos los coches patrulla de Los Ángeles que estuvieran pendientes de una furgoneta con las palabras «Fontanería Emilio» escritas en el lateral.

Me ofrecí a llevar a la señora Luna de regreso a su furgoneta, pero no respondió. Se había quedado mirando a Starkey con el entrecejo fruncido, como si al final de la pendiente viera algo más, no sólo a la inspectora de policía.

—Lleva razón con lo de la memoria. Ahora me acuerdo de algo. Tenía un puro.

Estaba ahí de pie, como la señora, y sacó un puro.

Eso explicaba lo del tabaco.

—Tenía un puro, sí, pero no se lo fumó, sino que fue dándole mordiscos. Arrancaba trocitos con los dientes y después los escupía.

Intenté animarla. Quería que los recuerdos resurgieran reconstruyendo poco a poco la imagen. Nos acercamos hasta donde estaba Starkey, al inicio de la pendiente. Le puse la mano en el brazo, en un gesto que quería decir: «Escucha esto».

La señora Luna se quedó mirando el cañón y después dio media vuelta y se quedó de cara a la calle como si viera su furgoneta de comidas atrapada entre las rocas del otro lado y la furgoneta del fontanero que se alejaba.

—Aparté la furgoneta de las rocas de allí y metí la primera. Miré hacia atrás y lo vi, con la cabeza baja, ¿sabe? Estaba haciendo algo con las manos y me dio que pensar, no sé. Tenía prisa por ponerme en marcha porque íbamos con retraso, pero me quedé mirando para ver qué hacía. Desenvolvió el puro y se lo metió en la boca, y luego bajó por ahí. —Señaló la ladera—. Entonces fue cuando pensé que debía de ir a orinar. Era moreno, con el pelo corto. Llevaba una camiseta verde. Ahora me acuerdo. Era verde oscuro y parecía sucia.

Starkey me miró y le preguntó:

—¿Desenvolvió el puro?

La señora Luna juntó los dedos y se los puso debajo del vientre.

—Hizo algo con él, por aquí, y después se lo metió en la boca. No sé qué hacía, la verdad, pero no se me ocurre nada más.

Me di cuenta de por dónde iba Starkey, y comenté:

—El envoltorio. Si lo tiró, puede que consigamos una huella.

Me puse a buscar por el borde del arcén, pero Starkey me pegó un grito:

—¡Quieto, Cole! ¡Apártate! ¡Vas a borrar las pruebas!

—A lo mejor lo encontramos.

—Vas a acabar pisándolo o echándole tierra por encima, o metiéndolo debajo de una hoja, ¡así que estate quieto de una vez, y vuelve a la calzada! —Starkey cogió a la señora Luna del brazo. Estaba tan concentrada en lo que hacía que casi parecía que yo no me encontraba allí—. No se esfuerce demasiado, señora Luna. Deje que la imagen venga a usted. Indíqueme dónde estaba cuando hizo eso. ¿Dónde se había colocado?

La señora Luna cruzó la calzada hasta donde había estado situada su furgoneta y desde allí nos miró. Se movió primero hacia un lado y luego hacia el otro, haciendo un esfuerzo por recordar. Y entonces señaló.

—Vaya un poco hacia la derecha. Un poquito más. Ahí estaba el tío.

Starkey miró el terreno que la rodeaba y después se acuclilló para estudiarlo mejor.

—Estoy segura de que era ahí —afirmó la señora Luna.

Starkey puso una mano en el suelo para no perder el equilibrio y fue

inspeccionando una zona cada vez más amplia.

—¿A qué hora estuvieron aquí? —pregunté a la señora Luna en voz baja—. ¿A las ocho? ¿A las nueve?

—Eran más de las nueve. Yo diría que quizá las nueve y media. Teníamos que acabar los desayunos y ponemos a preparar la furgoneta para la comida.

A las nueve y media el calor seguramente había empezado a aumentar, y con él también habría subido una brisa procedente del fondo del cañón, como estaba sucediendo también en ese mismo instante.

—Starkey, mira a tu izquierda. La brisa debió de empujarlo todo hacia arriba, hacia tu izquierda.

Starkey se volvió hacia donde yo le indicaba. Avanzó un paso sin levantarse y después se volvió un poco más hacia la izquierda. Apartó ramitas de romero y malas hierbas y siguió avanzando, casi arrastrándose. Se movía tan lentamente que me dio la impresión de que caminaba por una balsa de miel. Cogió un puñado de tierra y dejó que se le escurriese entre los dedos, mirando cómo flotaba en la brisa. Siguió su rastro, más hacia la izquierda y hacia la parte exterior del arcén, y de repente se puso en pie, lentamente.

—¿Qué? —pregunté.

La señora Luna y yo nos acercamos a toda prisa. Vimos el envoltorio de celofán de un puro atrapado entre unas malas hierbas secas. Estaba amarillento y cubierto de polvo. En su interior había una vitola roja y dorada. El viento podría haberlo arrastrado hasta allí desde cualquier parte, antes o después de que él llegase, pero también era posible que lo hubiera dejado nuestro hombre.

No lo tocamos. Ni siquiera nos acercamos. Nos quedamos allí de pie como si el peso de la luz fuera a hacerlo desaparecer, y entonces llamamos a John Chen a gritos.

*Tiempo desde la desaparición: 43 horas, 36 minutos*

### **Consejos de John Chen para enamorados**

Lo primero que hizo John Chen fue marcar con banderitas las pisadas, la zonas de hierba aplastada detrás del roble y las áreas en las que había mayores concentraciones de bolitas de tabaco. No le pareció nada raro que el sospechoso se hubiera dedicado a escupir trozos de tabaco; dos años antes, por ejemplo, Chen había trabajado en una serie de robos de joyas perpetrados por un tipo apodado Fred Astaire. El tal Fred había dado golpes en mansiones de Hancock Park llevando un sombrero de copa, polainas y frac. Las cámaras ocultas de vigilancia de las casas lo habían grabado bailando elegantemente por las casas mientras se desplazaba de una habitación a otra. Fred era tan pintoresco que *Los Angeles Times* lo convirtió en un gallardo ladrón de guante blanco que escalaba paredes en la oscuridad, al estilo de Cary Grant en *Atrapa*



a un ladrón, pero en realidad dejaba tarjetas de visita que el periódico se negaba a mencionar: en todas las casas, Fred se bajaba los pantalones y cagaba en el suelo. Una cosa bastante poco elegante, de hecho. Chen se había encargado meticulosamente de meter en bolsas, etiquetar, dibujar y analizar las heces de Fred procedentes de catorce robos distintos, así que unas cuantas bolas de tabaco y saliva no eran nada comparadas con la mierda de aquel ladrón de guante blanco.

Una vez colocadas las banderitas, Chen midió y dibujó la zona. Cada elemento considerado como prueba recibía un número de identificación, cada uno de los cuales se anotaba en el dibujo de modo que Chen, la policía y los fiscales tuvieran un registro preciso del lugar en el que se había hallado. Había que medirlo todo y anotar las medidas. Era una labor pesada y a Chen no le hizo gracia tener que encargarse solo de todo. La DIC iba a mandar a otra forense (la engreída Lorna Bronstem), pero podría tardar varias horas.

Starkey había estado ayudándolo hasta que Cole se la había llevado a la parte de arriba. Era una tía agradable. Chen la conocía desde que era artificiera y le hacía cierta gracia, aunque era flacucha y tenía cara de caballo.

Estaba planteándose pedirle que saliese con él.

John Chen pensaba muy a menudo en el sexo, y no sólo cuando miraba a Starkey. En realidad, pensaba en ello cuando estaba en casa, en los laboratorios e incluso conduciendo; clasificaba a todas las mujeres que veía según su atractivo sexual, y de inmediato desestimaba a cualquiera que quedara por debajo del listón (un listón que descendía cada vez más, porque tampoco estaban las cosas para ser exigentes) y la etiquetaba como «un cardo». Y además daba igual dónde estuviera: pensaba en el sexo en los homicidios, en los suicidios, en los tiroteos, en los apuñalamientos, en las agresiones, en las investigaciones de muertes por atropello y también en el depósito de cadáveres; se despertaba cada mañana obsesionado con el sexo y después echaba más leña al fuego mirando a aquella tía buena, la tal Katie Couric, que se le insinuaba desde la programación matinal. Después se iba a trabajar, y una vez allí hordas de macizas devorahombres avivaban las llamas. Estaban por todos los rincones de Los Ángeles: amas de casa de cuerpo firme y actrices ninfómanas recorrían las calles en su búsqueda interminable de carne masculina, y John Chen era EL ÚNICO hombre de toda la ciudad que se perdía el festín. Sí, claro, su Porsche Boxster plateado llamaba la atención (lo había comprado exclusivamente por ese motivo y lo llamaba el «coñomóvil»), pero cada vez que alguna mujer apartaba la vista de las elegantes curvas germanas de su bólido y se fijaba en aquel colgado, aquel cuatro ojos de metro noventa y sesenta kilos, apartaba la vista de inmediato. No era de extrañar que el pobre tuviera sus problemillas.

John dedicaba tanto tiempo a sus fantasías sexuales que a veces se le pasaba por la cabeza ir al psiquiatra, pero bueno al fin y al cabo era mejor que pensar en la muerte.

Starkey no estaba exactamente entre las diez mujeres más espectaculares de su

lista de preferidas, pero tampoco era un cardo. En una ocasión le había propuesto dar una vuelta en su Porsche y ella había contestado que sólo si la dejaba conducir. Lo tenía claro.

Sin embargo, con el tiempo John había empezado a pensar que quizá dejarla conducir no fuese tan mala idea.

Estaba planteándose esto seriamente cuando Starkey le pegó un berrido para que se reuniera con ella de inmediato.

—¡Corre! —chilló—. ¡Venga, John, ven aquí!

La muy puta. Siempre tenía que estar al mando de la situación. Se encontró a Starkey y a Cole encorvados sobre un montón de malas hierbas como un par de niños ilusionados con un tesoro enterrado. Los acompañaba una mujer latina, bajita y rechoncha, que debía de estar a punto de jubilarse. Chen la catalogó enseguida: un cardo.

—¿Por qué me pegas esos gritos? Tengo trabajo.

—¡No me contestes así y ven a ver esto!

Cole se puso en cuclillas para mostrarle algo que había entre las malas hierbas.

—Starkey ha encontrado el envoltorio de celofán de un puro. Creemos que es del secuestrador.

Chen se quitó las gafas para examinar la zona con detenimiento. Era algo humillante, pero necesario: parecía un gilipollas con la nariz casi pegada al suelo, pero quería ver el celofán con claridad. Le pareció que lo habían doblado dos veces. Dentro, aún estaba la vitola roja y dorada. El plástico mostraba cierto desgaste, pero la vitola aún no había perdido el brillo, lo que indicaba que apenas llevaba allí unos días; los tintes rojos perdían el color en poco tiempo. El celofán tenía algún borrón semienterrado bajo una fina capa de polvo.

Mientras Chen analizaba esas marcas, Starkey le contó que la señora Lurta había visto al sospechoso manipular un puro, aunque no había llegado a verlo quitar el envoltorio ni tirar éste.

Chen hizo como que la escuchaba, pero estaba más concentrado en las continuas sonrisas que la inspectora le dedicaba a Cole y en las palmaditas que le daba en el hombro.

Soltó un gruñido de resentimiento ahogado.

—De acuerdo, voy a registrarlo. Tengo que ir a buscar el maletín.

—Regístralo, pero nos lo llevamos directamente a Glendale. Quiero que busques a ver si hay pruebas.

Chen se quedó pensando que quizá Starkey había vuelto a beber.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo.

—Pero si Bronstein está en camino...

—No quiero esperar a Bronstein. Hemos dado con algo importante, John. ¡Vamos a llevarlo a Glendale y a intentar sacar algo en limpio!

Chen se volvió hacia Cole en busca de apoyo, pero se encontró con la mirada perdida de un asesino psicópata. Tal vez estuvieran borrachos los dos, decidió.

—Sabes perfectamente que no podemos abandonar el escenario. Venga, Starkey, que si nos vamos dejamos todo esto sin vigilar, y ahí abajo hay un montón de pruebas que no servirían para nada en un JUICIO.

—Voy a arriesgarme.

—No vale la pena. El que la señora viera que el tipo tiraba un celofán está muy bien, pero quizá ni siquiera sea éste. Podría ser de cualquier otra persona.

Starkey se llevó a Chen a un lado para que no los oyera la señora Luna. Cole fue tras ellos.

—Eso no lo sabremos hasta que metamos las huellas en el sistema —dijo Starkey en voz baja.

—Es probable que no consigamos ninguna prueba. Yo sólo veo borrones. Y eso no significa que haya huellas, no es lo mismo.

A Chen no le hacía ninguna gracia quedar como un quejica, pero no quería dar su brazo a torcer. Dejar el escenario sin vigilancia era una violación flagrante de las normas de la DIC y del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Lo que hay ahí abajo en la pendiente no tiene ni de lejos la importancia de esto —argumentó Starkey—. Puede que no sea suyo, John, pero aunque sólo encuentres unos puntos es posible que lleguemos a saber su nombre, y eso nos serviría de mucho en la búsqueda del chaval.

—Ya mí me serviría de mucho en la búsqueda del despido, más que otra cosa.

Chen estaba preocupado. Starkey había hecho todo lo que estaba en su mano para acabar consigo misma y con su carrera después de la explosión del campamento de caravanas; la habían echado de la Brigada de Artificieros primero y del CCS después, y así había acabado metida en aquella Sección de Menores, un puesto de tercera. Tal vez estuviera intentando suicidarse, acabar con su vida de una vez por todas. Tal vez lo que quería era que la despidiesen. Chen se acercó para olerle el aliento. Starkey le apartó de un empujón.

—Joder, que no estoy bebiendo.

—John —intervino Cole.

Chen puso mala cara. Lo más seguro era que Cole amenazase con partirle la cara, con la ayuda de su socio, el tal Pike. Chen estaba convencido de que Cole se la tiraba. Y Pike seguramente también, claro.

—Me niego —insistió Chen.

—Si el envoltorio nos sirve de algo diremos que lo has encontrado tú —soltó Cole.

Starkey lo miró y acto seguido asintió.

—Sí, claro, si John quiere apuntarse el tanto, el mérito es todo suyo. Esto podría ser tu gran momento, tío; seguro que apareces en las noticias de la tele.

Chen sopesó las posibilidades. En otra ocasión las pistas que le habían pasado

Pike y Cole le habían sido de gran utilidad. Había sacado un ascenso y el «coñomóvil», y había estado a punto de echar un polvo. Miró a la señora Luna para comprobar si los oía, y comprobó que se hallaba a una distancia prudencial.

—¿Y no te importa perder las pruebas de abajo?

El busca de Starkey se puso a sonar otra vez, pero ella hizo caso omiso.

—A mí lo único que me importa es encontrar al chico. Lo que hay ahí abajo no sirve de nada si la información llega demasiado tarde.

Cole se quedó mirándola durante una eternidad y después se dirigió a Chen:

—Ayúdanos, John.

Chen lo meditó: sí, era una jugada arriesgada, pero las pistas de debajo del roble no servían para conseguir una identificación inmediata del sospechoso, y aquello quizá sí. No había muchas posibilidades, pero la esperanza no podía perderse. John, por ejemplo, esperaba salir en las noticias. Y, además, ayudar a que encontraran al chaval tampoco podía ser malo.

El busca de Starkey sonó de nuevo. Lo apagó. Chen se decidió.

—Voy a buscar mis cosas.

Starkey sonrió de oreja a oreja, algo que Chen no había visto nunca, y le puso la mano en el hombro a Cole. Y la dejó allí. Chen bajó corriendo por la ladera para recoger su maletín pensando que si aquella mujer seguía babeando así acabaría ahogándose en su propia saliva.

*Testigo de un incidente*

La noche anterior, al meter a Ben en casa después de pillarlo a punto de escaparse, Mike sacó un móvil de una bolsa de lona verde y se fue a otra habitación. Eric y Mazi obligaron al chico a sentarse en el suelo del salón. Cuando regresó, Mike le colocó el teléfono a pocos centímetros de la boca y Ben se dio cuenta de que debía de haber alguien al otro lado de la línea, escuchando.

—Di cómo te llamas y dónde vives —ordenó Mike.

Ben gritó con todas sus fuerzas:

—¡SOCORRO! ¡SOCORRO!

Eric le tapó la boca con una de sus manazas. A Ben le entró un miedo tremendo de que fueran a castigarlo por haber pedido auxilio, pero Mike se limitó a apagar el teléfono y a echarse a reír.

—Ha estado genial.

Eric le apretó la cara con fuerza a Ben. Aún estaba enfadado con éste por haberlo metido en un lío al intentar escaparse, por lo que tenía la cara tan roja como el pelo.

—Deja de berrear o te corto la cabeza.

—Qué manía tienes con lo de las cabezas —replicó Mike—. Lo ha hecho muy bien. Que se pusiera a pedir auxilio a gritos ha sido perfecto. Y deja de aplastarle la cara.

—¿Quieres que lo oigan los vecinos?

Mike volvió a meter el teléfono en la bolsa y a continuación sacó un puro. Le quitó el celofán mientras observaba a Ben.

—Vas a dejar de chillar, ¿verdad, Ben?

El chico desistió de intentar liberarse. Tenía miedo, pero meneó la cabeza a modo de respuesta. Eric lo soltó.

—¿A quién has llamado? —quiso saber Ben.

Mike no le hizo caso y le dijo a Eric:

—Llévatelo al dormitorio. Si empieza a chillar, mételo otra vez en la caja.

—No voy a gritar —prometió Ben—. ¿A quién has llamado? ¿A mi madre?

Mike no se lo dijo ni contestó ninguna otra pregunta suya. Eric lo encerró en un dormitorio vacío en el que habían clavado unas planchas enormes de conglomerado delante de las ventanas y le dijo que se durmiera, pero a Ben le resultaba imposible en aquel momento. Intentó arrancar las planchas de conglomerado, pero estaban muy bien clavadas. Se acurrucó contra la puerta y allí se pasó varias horas, intentando oír por la rendija que quedaba a la altura del suelo. Un par de veces, de madrugada, llegaron hasta él las risas de Eric y Mazi. Aguzó aún más el oído con la esperanza de

enterarse de lo que iban a hacer con él, pero no lo mencionaron en ningún momento. Hablaban de África y de Afganistán y de un tío al que le habían cortado las piernas. Ben dejó de prestar atención y se escondió en un armario, donde pasó el resto de la noche.

A la mañana siguiente, tarde, Eric abrió la puerta.

—Venga, vamos, que te llevamos a casa.

Lo dijo así, sin más. Iban a soltarlo. Ben no se lo creía, pero tenía tantas ganas de irse con su madre que se comportó como si fuera cierto. Eric le hizo ir al lavabo y después lo condujo por toda la casa hasta el garaje. Se había puesto una camisa de cuadros holgada, que llevaba por fuera de los pantalones. Cuando estiró el brazo para abrir la puerta del garaje, la tela se tensó y Ben vio el bulto de una pistola en la parte baja de la espalda. El día anterior no la llevaba.

El garaje olía a pintura. Ahora la furgoneta era marrón y ya no tenía las letras en el costado. Mazi estaba sentado al volante, esperando. Mike ya se había ido. Eric llevó a Ben hasta la parte trasera.

—Tú y yo iremos detrás —le dijo—. Vamos a hacer un trato: yo no te ato y tú te quedas bien quieto y mantienes la boca cerrada. Si nos paramos en un semáforo o algo sí y te pones a chillar te aseguro que te callo para siempre y te meto en la bolsa. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Hablo en serio. Si pasa cualquier cosa, como que nos para la pasma, tú sonrías y que parezca que te lo estás pasando muy bien. Si cumples tu parte del trato, te llevo a casa. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Ben habría dicho lo que hiciera falta; lo único que quería era regresar al lado de su madre.

Eric lo levantó, lo metió en la trasera de la furgoneta y cerró la puerta de ésta. La del garaje empezó a subir a trompicones cuando Mazi arrancó el motor. Eric habló por un móvil.

—Estamos saliendo.

Salieron a la calle dando marcha atrás y empezaron a descender por la colina. La furgoneta era una enorme caverna sin ventanas que sólo tenía dos asientos delante, una rueda de recambio, un rollo de cinta aislante industrial y unas alfombras. Eric se sentó encima de la rueda con el teléfono en el regazo y de un tirón colocó a su lado a Ben, que veía la calle por detrás de Mazi y Eric, pero poca cosa más. Se preguntó si sería verdad lo que habían contado por la noche sobre un hombre al que le habían cortado las piernas.

—¿Adónde vamos?

—Te llevamos a casa. Pero primero tenemos que ver a un señor.

Ben se imaginó que le contaba aquello para que se portara bien. Miró hacia la puerta lateral de la furgoneta y decidió que si se le presentaba la oportunidad

intentaría escapar. Cuando miró otra vez hacia adelante se dio cuenta de que Mazi lo observaba por el retrovisor.

—Éste quiere darse el piro —le dijo a Eric.

—Tranquilo, que va a portarse bien.

—Si vuelves a meter la pata, Mike te manda al otro barrio.

—Estos D-boys se lo toman todo demasiado en serio. Parece que todo sea como una ópera, joder. El chico va a portarse bien. ¿A que sí?

Ben se preguntó qué sería un D-boy y si Eric se refería a Mike.

—Sí, sí.

Mazi siguió mirando a Ben unos segundos más y después fijó la vista en la carretera.

Salieron de la zona de las colinas por una calle residencial que Ben no reconoció y se metieron en la autopista. Hacía muy buen día y el tráfico era fluido. Ben vio el edificio de Capitol Records y luego el cartel de Hollywood.

—Por aquí no se va a mi casa.

—Ya te he dicho que antes hemos de ver a alguien.

Ben echó otro vistazo a la puerta. Tenía dos hojas, cada una con su tirador, pero no vio nada que pareciera un cierre de seguridad. Miró de reojo a Mazi para ver si lo observaba, pero estaba concentrado en la carretera.

Los rascacielos del centro de Los Ángeles crecían en el parabrisas como jirafas apiñadas en la sabana africana. Mazi levantó la mano con los cinco dedos extendidos. Eric cogió el teléfono.

—Cinco minutos.

Tomaron lentamente por una rampa y salieron de la autopista.

Ben volvió a mirar la puerta. Seguramente iban a detenerse en un semáforo al llegar al final de la rampa. Si conseguía salir de la furgoneta, la gente de los coches lo vería. No creía que Eric fuera a pegarle un tiro. Sí que le perseguiría, pero aunque lo atrapara la gente de los coches llamaría a la policía. Ben tenía miedo, pero se decidió a hacerlo de todos modos. Sólo tenía que agarrar del tirador y empujar la puerta para abrirla.

La furgoneta redujo la velocidad al acercarse al final de la rampa. Ben empezó a acercarse a la puerta.

—Tranquilo —dijo Eric.

Estaban mirándole los dos. Eric le agarró el brazo.

—¿Te crees que somos idiotas? Aquí mi amigo africano resulta que es telépata.

Mazi volvió de nuevo la vista hacia la calzada.

Giraron por una calle flanqueada de viejos almacenes y después cruzaron un puentecito a cuyos lados se alzaban más edificios cubiertos de grafitos y vallas de tela metálica. Ben no podía ver gran cosa porque tenía a Mazi delante, pero le dio la impresión de que los edificios estaban abandonados. La furgoneta se detuvo.

—El águila se ha posado —dijo Eric al teléfono móvil. Se quedó escuchando un

instante y después lo apagó. Tiró de Ben para acercarlo a la puerta—. Voy a abrir, pero no vamos a salir, así que no te sulfures.

—Habías dicho que íbamos a mi casa.

Eric lo aferró con más fuerza.

—Sí, pero antes tenemos que hacer algo aquí. Cuando abra la puerta, vas a ver un par de coches. Mike está ahí fuera, con otro señor. No te pongas a gritar ni intentes escapar, o te desmayo de un golpe. El otro tío sólo quiere ver si estas bien. Si te comportas, dejaremos que te vayas con ese señor, que te llevará a tu casa. ¿Está todo claro?

—¡Sí! ¡Quiero irme a mi casa!

—Vale, pues vamos allá.

Eric abrió la puerta de un empujón.

La repentina intensidad de la luz le hizo cerrar los ojos, pero Ben se quedó quieto y en silencio. Mike estaba con un hombre muy corpulento al que Ben no conocía, delante de dos coches que se hallaban a menos de tres metros de distancia. El hombre corpulento miró a Ben a los ojos y asintió, como si así quisiera dar a entender que no iba a pasarle nada malo. Mike estaba hablando con alguien por teléfono.

—Vale, está aquí —dijo, y le pasó el móvil a su acompañante, que hizo su informe.

—Lo tengo aquí delante. Está despierto y tiene buen aspecto.

Mike recuperó el teléfono y dijo:

—¿Lo has oído? —Escuchó la respuesta y contestó—: Y ahora quiero que oigas otra cosa.

Se movió tan deprisa que Ben no comprendió lo que sucedía aunque vio cómo acercaba el cañón de una pistola a la sien del hombre corpulento y disparaba una vez. Ben dio un respingo al oír la repentina detonación. El hombre corpulento cayó hacia un lado, golpeó contra el coche y después fue a dar al suelo. Mike acercó el teléfono a la pistola y efectuó otro disparo. Ben se puso a gemir al notar una tremenda presión en el pecho y Eric lo apretó con fuerza contra su cuerpo.

Mike volvió a decir algo por el móvil:

—¿Eso también lo has oído? Ese ruido significa que acabo de cargarme al gilipollas que me has mandado. Aquí no hay negociaciones ni segundas oportunidades, porque el tiempo es oro.

Apagó el teléfono y se lo metió en el bolsillo. Se acercó a la furgoneta. Ben intentó soltarse, pero Eric le tenía bien agarrado.

—¿Va todo bien?

—Sí, tranquilo. Joder, tío, qué mala leche tienes. Vas muy en serio.

—Así lo han entendido.

Mike acarició el pelo de Ben en un inesperado gesto de cariño. El chico tenía la mirada fija en el cadáver, que iba hundiéndose en un charco rojo cada vez más extenso.



—No te preocupes, chaval —le dijo.

A continuación le quitó el zapato izquierdo. Eric lo levantó, lo sacó de la furgoneta, y, dejando atrás el cadáver, lo llevó hasta el asiento trasero del coche de Mike. Subió con él. Mazi ya estaba al volante. Arrancó y se alejaron de allí, dejando a Mike con el muerto.

# **TERCERA PARTE**

## **UNA CARRERA POR LA SELVA**

*Tiempo desde la desaparición: 44 horas, 17 minutos*

Nos apuntamos el segundo tanto cuando llevamos a la señora Luna hasta su furgoneta. Aunque Ramón Sánchez no pudo añadir nada a lo que ella nos había contado, el encargado de la parrilla, un adolescente que se llamaba Héctor Delarossa, recordaba la marca y el modelo de la furgoneta del fontanero.

—Ah, sí, era una Ford Econoline del 67 de cuatro puertas, sin ventanas en la parte trasera y con los asientos originales. Tenía una grieta en el parabrisas, por la izquierda, marcas de óxido en los faros e iba sin tapacubos.

Le pedí que describiera a los dos individuos, pero no los recordaba.

—¿Te fijaste en que los faros tenían manchas de óxido pero no puedes describir a los dos tíos?

—Es que es un modelo clásico, tío. Mi hermano Jesús y yo somos fans de las Econoline, ¿sabes? Estamos reparando una del 66. Hasta tenemos una página web. Tienes que verla.

Starkey llamó por teléfono para que incluyeran la marca y el modelo en el boletín de alerta y después nos fuimos hasta Glendale, cada uno con su coche, yo tras ella. Chen se había marchado un poco antes.

La División de Investigaciones Científicas del Departamento de Policía de Los Ángeles compartía sus dependencias con la Brigada de Artificieros en un complejo en constante crecimiento situado al norte de la autopista. Los edificios de escasa altura y el amplio aparcamiento me hicieron pensar en un instituto de enseñanza media de una zona residencial, aunque, evidentemente, en los aparcamientos de esos centros por lo general no se veían los Suburban de la Brigada de Artificieros ni policías vestidos con monos negros.

Aparcamos uno al lado del otro y después Starkey me llevó hasta el edificio blanco de la DI C. La furgoneta de Chen estaba fuera, junto a otras cuantas. Con un gesto Starkey nos abrió el paso por la recepción y después me condujo hasta un laboratorio donde había cuatro o cinco estaciones de trabajo agrupadas pero separadas por paredes de cristal. En cada una de aquellas jaulas de cristal vimos forenses y técnicos de laboratorio encaramados en taburetes o sillas giratorias. La atmósfera estaba cargada de una sustancia muy fuerte, quizás amoníaco, que me irritó los ojos.

Starkey entró pavoneándose.

—¡Ya está aquí la colega! ¡Esta tía es la bomba!

Los técnicos sonrieron y la saludaron. Ella les hacía bromas como si fuera una vieja amiga de la universidad. No la había visto tan relajada y a gusto desde que nos

habíamos conocido.

Chen se había puesto una bata blanca de laboratorio y guantes de goma y estaba trabajando cerca de una gran cámara de cristal. Al verlos se encogió como si intentara desaparecer dentro de la bata, e hizo un gesto a Starkey de que bajara la voz.

—¡Joder, con tanto ruido sólo falta que me dibujes una diana en la frente! Se va a enterar todo el mundo de que hemos vuelto.

—Las paredes son de cristal, John; ya se han dado cuenta de que estás aquí. A ver qué has conseguido.

Chen había cortado el envoltorio de celofán a lo largo y lo había clavado con alfileres, plano, encima de una hoja de papel blanco. En la parte trasera de su mesa de laboratorio había una hilera de tarros con polvos de colores, junto a los que vi cuentagotas y frasquitos, rollos de cinta adhesiva transparente y tres de esos cepillitos que utilizan las mujeres para maquillarse. Un extremo del celofán estaba manchado de polvo blanco y tenía unas marquitas marrones. Se veía claramente el contorno de una huella dactilar, pero el interior estaba desdibujado y borroso. A mí me pareció bastante decente, pero Starkey puso mala cara al verla.

—Esto es una mierda. ¿Estás currando, John, o te preocupa tanto esconderte dentro de la bata que no tienes tiempo para tonterías?

Chen se encogió aún más. Si seguía así acabaría debajo de la mesa.

—Sólo hace quince minutos que me he puesto a ello. Quería ver si conseguía algo con el polvo o con la ninhidrina.

La mancha blanca era polvo de aluminio, y los puntitos marrones un producto químico llamado ninhidrina que reaccionaba con los aminoácidos que dejamos al tocar las cosas.

Starkey se inclinó para ver mejor y después lo miró con el entrecejo fruncido, como si lo considerase un idiota.

—Esto lleva varios días al sol. Ha pasado mucho tiempo y con el polvo ya no se pueden sacar latentes.

—Pero es que es la forma más rápida de conseguir una imagen para meterla en el sistema. Me ha parecido que valía la pena probar.

Starkey gruñó. Mientras se trataba de ganar tiempo se contentaba.

—No creo que la ninhidrina nos dé gran cosa.

—Demasiado polvo, y seguramente el sol ha estropeado los aminoácidos. He pensado que con eso sacaríamos algo, pero voy a tener que pegarlo.

—Mierda. ¿Cuánto vas a tardar?

—¿Cómo que tienes que pegarlo? —intervine.

Chen me miró como si el idiota fuera yo. Estaba estableciéndose una jerarquía de gilipollas, y yo me había situado en el nivel inferior.

—¿Es que no sabes lo que es una huella dactilar?

—No hace falta que le sueltes un sermón —apuntó Starkey—. Límitate a pegarlo de una vez.

Chen se cabreó, como si le diera rabia perderse la oportunidad de demostrar lo mucho que sabía. Mientras iba trabajando explicaba lo que hacía: cada vez que se toca algo, se deja un depósito invisible de sudor, que está compuesto en su mayor parte de agua pero que también tiene aminoácidos, glucosa, ácido láctico y péptidos, lo que Chen denominaba «el residuo orgánico». En los casos en que esa materia conservaba la humedad, técnicas como la del polvo funcionaban, porque se pegaba al agua y con ello aparecían las espirales y dibujos de la huella dactilar. Sin embargo, cuando el agua se evaporaba sólo quedaba el residuo orgánico.

Chen quitó los alfileres y a continuación, valiéndose de unas pinzas, colocó el celofán en una especie de portaobjetos con la superficie externa hacia arriba que introdujo en la cámara de cristal.

—Hervimos un poco de pegamento extrafuerte en la cámara para que los vapores saturen la muestra, reaccionen con el residuo orgánico y dejen un rastro pegajoso de color blanco alrededor de las líneas de la huella.

—Los vapores son muy tóxicos. Por eso tiene que hacerla dentro de la cajita.

Me daba igual lo que estuviera haciendo o cómo lo hiciera, sólo me importaba conseguir resultados.

—¿Y cuánto llevará todo eso?

—Es un proceso lento. Normalmente utilizo un calentador para hervirlo, pero si se fuerza la ebullición con un poco de hidróxido de sodio es más rápido.

Chen llenó de agua un vaso de laboratorio y después metió el líquido en la cámara, cerca del celofán. Vertió un producto etiquetado como metilcianoacrilato en una cápsula pequeña que también introdujo en el cámara. A continuación buscó una de las botellas de la mesa que contenía un líquido transparente que parecía agua.

—¿Cuánto tiempo, John? —preguntó Starkey.

Chen no nos prestaba atención. Poco a poco fue echando el hidróxido de sodio en el pegamento y después selló la cámara. Ambas sustancias empezaron a burbujear al entrar en contacto, pero no hubo ninguna explosión ni salieron llamas. Chen encendió un ventilador pequeño que había dentro de la cámara y dio un paso atrás.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora. Quizá más. No lo sé. Tengo que ir echándole un ojo. No quiero que se acumule demasiado reactivo y se estropeen las huellas.

Así pues, no había otra cosa que hacer más que esperar, y ni siquiera estábamos seguros de que fuera a encontrarse nada. En el vestíbulo había una máquina de refrescos. Yo me compré una Coca-Cola *Light* y Starkey un Sprite. Salimos a bebérnoslos fuera, para que ella pudiera fumar. En Glendale estaba todo muy tranquilo, con el muro bajo de las Verdugo por encima y la punta de las Santa Mónica por debajo. Estábamos en los estrechos, ese espacio angosto entre las montañas por el que se colaba el río Los Ángeles hasta la ciudad.

Starkey se sentó en el bordillo y yo me coloqué a su lado. Intenté imaginarme a Ben a salvo de todo peligro, pero sólo me venían a la cabeza fogonazos de sombras y

ojos aterrados.

—¿Has llamado a Gittamon?

—¿Para qué? ¿Para decirle que he dejado abandonado un escenario lleno de pruebas para venir con un tío que me han ordenado claramente que mantenga alejado del caso? Ése eres tú, por si hace falta la aclaración.

Le dio un toquecito al pitillo para que soltara la ceniza.

—Ya le llamaré cuando sepamos qué ha descubierto John. Me ha mandado varios avisos al busca, pero prefiero esperar.

—Oye, por cierto, quiero darte las gracias.

—No hace falta. Sólo me dedico a hacer mi trabajo.

—Mucha gente hace su trabajo, pero no todo el mundo se deja la piel en ello. Da igual lo que saquemos en limpio de todo esto: te debo una.

Le dio otra calada al cigarrillo y sonrió mirando por encima de los coches del aparcamiento.

—Te tomo la palabra, Cole.

—Tampoco me malinterpretes.

—Vaya, qué lastima.

Se metió otra pastilla blanca en la boca. Decidí cambiar de tema. Decidí hacerme el listo.

—Oye, Starkey, ¿eso que te metes son caramelos de menta o es que estabas enganchada a algo?

—Son antiácidos. Tengo problemas digestivos desde que me hice daño. Quedé hecha un asco por dentro.

Daño. Se había hecho daño. Así se refería a la explosión que la había hecho saltar por los aires, destrozada, y la había matado en un campamento de caravanas. Me sentí como un imbécil.

—Lo siento. No era asunto mío.

Se encogió de hombros y dejó caer el cigarrillo al suelo separando el índice y el pulgar.

—Esta mañana me has preguntado por qué no te había llevado la cinta.

—No tiene importancia. Es que me pareció raro que me la llevara aquel tío, y no tú. Me habías dicho que volverías.

—Tu 201 y tu 214 estaban en la bandeja de salida del fax. Me puse a leer mientras esperaba la copia de la grabación. Vi que habías recibido una herida.

—No fue cuando salí con la 5-2. Fue en otra misión.

Tendría que haber huido a Canadá para evitar el alistamiento. Así no habría sucedido nada de aquello.

—Sí, lo sé. Vi que te habían dado con fuego de mortero. Tenía curiosidad por saber qué te había sucedido, nada más. No me lo cuentes si no quieres. Ya sé que no guarda relación con este caso.

Encendió otro cigarrillo para ocultarse tras el movimiento, como si de repente le

diera vergüenza que yo supiera por qué me lo preguntaba. Un proyectil de mortero era una bomba. En cierto modo, las bombas nos habían destrozado a los dos.

—No fue en absoluto como lo tuyo, Starkey, ni de lejos. Explotó algo a mi espalda y desperté debajo de unas hojas. Me dieron cuatro puntos y se acabó.

—Según el informe te sacaron veintiséis pedazos de metralla de la espalda y casi te desangras.

Subí y bajé las cejas como Groucho Marx.

—¿Quieres ver las cicatrices, jovencita?

Starkey se echó a reír.

—Haces un Groucho que da pena —dijo.

—Pues tendrías que ver el Bogart que me sale. ¿Quieres oírlo?

—¿Te apetece hablar de cicatrices? Porque si quieres te enseño las mías. Tengo alguna que te haría cagar mierda de color azul.

—Qué cosas tan bonitas dices.

Sonreímos y entonces los dos nos sentimos violentos a la vez. De repente ya no estábamos bromeando y había algo que no encajaba. Supongo que me cambió la cara. Los dos apartamos la mirada.

—No puedo tener hijos —soltó ella.

—Lo siento.

—No sé por qué acabo de decirte eso.

Ni ella ni yo sonreíamos ya. Nos quedamos allí, sentados en el aparcamiento, metiéndonos nuestras buenas dosis de cafeína y de nicotina en el caso de Starkey. De la Brigada de Artificieros salieron tres hombres y una mujer, que cruzaron el aparcamiento hasta un edificio de ladrillo visto que parecía un almacén. Artificieros. Llevaban monos negros y botas militares como las de los comandos de elite, pero iban charlando y riendo como cualquier persona normal. Seguramente también tenían familias y amigos como todo el mundo, pero cuando estaban de servicio se dedicaban a desarmar dispositivos que podían desmembrarlos mientras todos los demás se escondían detrás de algún muro y ellos solos se quedaban allí ante aquellos monstruos comprimidos en latas. Se me hizo difícil imaginarme qué clase de persona podía dedicarse a eso.

Me volví hacia Starkey y vi que estaba observándolos.

—¿Por eso estás en Menores?

Asintió.

Ninguno de los dos dijo gran cosa después de aquello hasta que salió John Chen. Tenía las huellas.

*Tiempo desde la desaparición: 47 horas, 04 minutos*

Unos círculos blancos concéntricos cubrían el celofán formando manchas

superpuestas. La gente no toca las cosas una sola vez y deja una huella limpia, sino que las manosea. Cogemos los lápices, las tazas, los volantes, los teléfonos y los envoltorios de celofán de los puros y levantamos y deslizamos los dedos, que se ajustan una y otra vez a su presa y dejan una huella encima de otra, formando capas confusas e inseparables.

Chen analizó el celofán con la ayuda de una lupa unida a un brazo flexible.

—Casi todo esto es insignificante, pero tenemos un par de dibujos claros que nos permiten trabajar.

—¿Bastarán? —quise saber.

—Depende de cuántas líneas típicas consiga identificar y de lo que haya en el ordenador. Se verá mejor cuando haya añadido algo de color.

Acto seguido aplicó con un pincel un polvo azul marino en dos puntos del celofán y a continuación retiró el exceso mediante un bote de aire comprimido. Aparecieron dos huellas digitales azules que contrastaban con las manchas blancas. Chen se inclinó un poco más sobre la lupa y soltó un gruñido.

—Aquí tengo una curva doble muy clara; y en ésta, un arco elevado perfectamente limpio. Hay un par de islas. —Miró a Starkey y asintió—. Nos basta. Si está metido en el sistema, lo identificaremos.

Starkey colocó la mano en la espalda de Chen y le apretó el hombro.

—Fantástico, John.

Me dio la impresión de que Chen ronroneaba.

Colocó cinta adhesiva transparente sobre las huellas azules para levantarlas del celofán y después las pegó en un soporte de plástico transparente. Las situó en una mesa de luz y las fotografió con una cámara digital de alta resolución. Descargó las imágenes al ordenador y, con la ayuda de un programa de tratamiento de gráficos, las amplió y reorientó. Después rellenó un formulario de identificación de huellas dactilares del FBI que consistía básicamente en una lista de control de cada una de las huellas en la que había que ir marcando lo que Chen denominó «puntos característicos» según el tipo y la situación: el inicio o el final de una curva se llamaba línea típica; cuando se dividía en forma de Y se trataba de una bifurcación; una línea corta entre dos más largas era una isla, y cuando una se separaba para enseguida juntarse de nuevo se hablaba de ojo.

El Centro Nacional de Información Delictiva (CNID) y el Sistema Nacional de Telecomunicaciones de las Fuerzas del Orden (SNTFO) del FBI no comparaban imágenes para identificar una huella, sino listas de puntos característicos. La exactitud y la extensión de la lista determinaba el éxito de la búsqueda; por supuesto, siempre que hubiera en el sistema una huella reconocible que se correspondiera.

Chen dedicó casi veinte minutos a introducir los rasgos de las dos huellas en los formularios. Después apretó el botón de envío y se retrepó en la silla.

—¿Y ahora? —pregunté.

—A esperar.



—¿Cuánto suele tardar?

—Son ordenadores. Van de prisa.

El busca de Starkey volvió a sonar. Lo miró y una vez más lo devolvió al bolsillo.

—Gittamon.

—Tiene muchas ganas de pillarte.

—Que se joda. Necesito un pitillo.

Starkey ya estaba volviéndose cuando el ordenador de Chen emitió un pitido. Tenía un correo electrónico.

—Vamos a ver —dijo Chen, preparándose.

Abrió el mensaje y el archivo se descargó automáticamente. Un logotipo que rezaba «CNID/Interpol» parpadeó en la pantalla sobre una serie de fotografías policiales de un hombre de ojos hundidos y cuello recio. Se llamaba Michael Fallon.

Chen tocó con el dedo la pantalla por encima de una serie de números que aparecía en la parte inferior de la ficha.

—Tenemos una concordancia del noventa y nueve por ciento en los doce puntos característicos. El celofán es suyo.

Starkey me pegó un codazo.

—¿Qué? ¿Lo conoces?

—No lo he visto jamás.

Chen bajó por la barra de desplazamiento del documento para que pudiéramos leer los datos personales del individuo: cabello castaño, ojos pardos, uno ochenta de estatura, ochenta y seis kilos de peso. Su última residencia conocida estaba en Amsterdam, pero se desconocía su paradero habitual. Se lo buscaba por dos asesinatos no relacionados entre sí en Colombia y otros dos en El Salvador, y se lo acusaba, según la Ley internacional de crímenes de guerra de las Naciones Unidas, de asesinatos en masa, genocidios y torturas sucedidos en Sierra Leona. La Interpol advertía que debía tenerse en cuenta que iba armado y era sumamente peligroso.

—Joder —exclamó Starkey—. Es uno de esos chalados que andan sueltos por ahí.

Chen asintió.

—Lesiones. En esa gente siempre encuentran lesiones.

Fallon poseía amplia experiencia militar. Había pasado nueve años en el ejército, primero como paracaidista y después como ranger. Tenía cuatro años más de servicio, pero las actividades a las que se había dedicado durante ese tiempo constaban como «confidenciales».

—¿Y eso qué demonios significa? —saltó Starkey.

Yo lo sabía, y sentí una enorme presión en el pecho que era algo más que miedo. Me di cuenta de cómo había conseguido el adiestramiento necesario para no dejar huellas tras vigilamos, moverse por la montaña y raptar a Ben. Yo había sido soldado, y de los buenos. Mike Fallon era mejor.

—Estuvo en la Delta Force.

—¿Los antiterroristas? —preguntó Chen.

Starkey se quedó mirando las fotografías.

—Joder.

La Delta. Los D-boys. Los operadores. En la Delta los hombres se adiestraban para realizar operaciones muy duras y muy directas contra objetivos terroristas. Sólo reclutaban a los mejores. Eran los asesinos más preparados del mundo.

—Quizá todo este rollo del ejército se deba a que se obsesionó contigo cuando estaba de servicio —aventuró Starkey.

—No me conoce. Es demasiado joven, no pudo haber ido a Vietnam.

—¿Y entonces?

No tenía ni idea.

Seguimos leyendo. Tras dejar las fuerzas armadas, Fallon había aprovechado su experiencia para trabajar como soldado profesional en Nicaragua, Líbano, Somalia, Afganistán, Colombia, El Salvador, Bosnia y Sierra Leona. Michael Fallon era mercenario. Recordé que Lucy me había dicho en una ocasión: «Esto no es normal. Estas cosas no le pasan a la gente corriente».

—De puta madre, Cole. No podías tener detrás un pirado de estar por casa. Tenías que buscarte un asesino profesional.

—No lo conozco, Starkey. Jamás he oído hablar de él. No conozco a nadie que se llame Fallon, y menos a nadie como este tipo.

—Pues, desde luego, él a ti sí que te conoce. John, ¿puedes imprimimos esto?

—Sí, claro.

—Hazme una copia a mí también —pedí—. Quiero enseñárselo a Lucy y después hablar con la gente de su barrio. Luego podemos volver a la obra. Cuando enseñas una foto a la gente todo resulta más sencillo. Un recuerdo da pie a otro.

—¿Qué? —dijo Starkey con una sonrisa—. ¿Ahora somos compañeros?

En los minutos transcurridos entre la conversación que habíamos mantenido en el aparcamiento y la aparición de la ficha en la pantalla, mentalmente nos habíamos convertido en equipo. Como si ella no fuera policía y yo un hombre desesperado por encontrar a un chico desaparecido. Como si trabajáramos juntos.

—Ya me entiendes. Por fin tenemos algo con lo que trabajar. Podemos sacar mucho de esto. Podemos avanzar.

Starkey sonrió aún más y me dio una palmadita en la espalda.

—Tranquilo, Cole. A eso vamos. Y si te portas bien te dejo que me acompañes. Voy a meter esto en el boletín de alerta.

Starkey introdujo los datos y a continuación solicitó por teléfono información sobre Fallon a las delegaciones de Los Ángeles del FBI, el Servicio Secreto y la Oficina del *Sheriff*. Después nos fuimos a casa de Lucy. Los dos, en equipo.

El tramo de calle que discurría delante de la casa de Lucy estaba a rebosar con la limusina de Richard y dos coches patrulla, el de Gittamon y otro que llevaba las palabras «UNIDAD DE DESAPARICIONES» pintadas en el lateral. Gittamon abrió

la puerta cuando llamamos. Se sorprendió al vernos y acto seguido se mostró enfadado. Miró a un lado y a otro y después nos habló en voz baja. En ningún momento soltó el pomo de la puerta, que mantuvo entrecerrada, como si estuviera escondiéndose.

—¿Dónde te has metido? Me he pasado la mañana llamándote.

—Estaba trabajando —contestó Starkey—. Hemos encontrado algo, Dave. Ya sabemos quién ha secuestrado al chaval.

—Tendrías que habérmelo dicho. Tendrías que haberte puesto cuando te he llamado.

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué están aquí los de Desapariciones?

Gittamon miró hacia dentro de la casa y después abrió la puerta.

—Nos han echado, Carol. Los de Desapariciones se quedan el caso.

*Tiempo desde la desaparición: 47 horas, 38 minutos*

Richard se frotaba las manos nerviosamente. Tenía la ropa aún más arrugada que el día anterior, como si hubiera dormido vestido. Lucy estaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas y Myers se había apoyado contra la pared del fondo. Era el único del grupo que tenía buena cara y no parecía cansado. Estaban escuchando a una mujer muy acicalada vestida con traje chaqueta oscuro y a su clon en versión masculina, que se habían sentado en sendas sillas llevadas desde el comedor. Lucy apartó la vista de ellos y la fijó en mí. No quería que me metiera en aquel asunto, pero allí me tenía, allí estaba yo empeorando las cosas.

Gittamon carraspeó. Se quedó en la entrada del salón como un crío al que el maestro acabara de echar un buen rapapolvo.

—Perdone, teniente. Han venido la inspectora Starkey y el señor Cole. Carol, éstos son la inspectora teniente Nora Lucas y el inspector sargento Ray Álvarez, de la Unidad de Desapariciones.

Lucas tenía una de esas caras de porcelana en miniatura sin una sola arruga, seguramente porque no había sonreído en la vida. Alvarez me estrechó la mano y la retuvo lo suficiente para dejar una cosa bien clara ante Gittamon.

—Yo creía que habíamos decidido que el señor Cole no iba a tomar parte en la investigación, sargento.

—Suélteme la mano, Alvarez —dije—, o verá lo que es tomar parte.

Me la apretó durante un instante más solamente para demostrarme que podía hacerla.

—En esa cinta se vierten acusaciones muy interesantes contra usted. Ya iremos hablando de ellas a medida que revisemos el caso.

Richard se pasó la mano por el pelo mientras se acercaba a la ventana. Parecía molesto.

—¿Qué pueden hacer ustedes que no sea lo que ya se ha hecho? —preguntó dirigiéndose a Lucas y a Alvarez.

—Tienen más fuerza —dijo Myers.

Lucas asintió.

—Exacto. Vamos a dedicar todo el peso y la autoridad de la Unidad de Desapariciones a encontrar a su hijo, por no hablar de nuestra experiencia. Nuestro trabajo es encontrar personas.

Alvarez se inclinó hacia adelante.

—Somos un equipo de primera fila, señor Chenier. Vamos a organizar el caso, repasar lo que se ha hecho y encontrar a su hijo. También vamos a cooperar con el señor Myers y con usted en lo que hagan.

Richard dio media vuelta con impaciencia, dejó atrás la ventana y le hizo un gesto a Myers de que se apartase de la pared.

—Muy bien, Perfecto. Y ahora me gustaría que nos pusiéramos otra vez a buscar a mi hijo, en lugar de hablar sólo de hacerla. Vamos, Lee.

—Ya sabemos quién lo ha secuestrado —intervine.

Todos me miraron como si no estuvieran seguros de lo que había dicho o por qué. Lucy abrió la boca y luego se puso en pie.

—¿Qué has dicho?

—Que ya sabemos quién ha secuestrado a Ben. Tenemos una descripción del vehículo utilizado y de dos hombres, y a uno de ellos lo hemos identificado.

Myers se apartó de golpe de la pared.

—Qué gilipolleces dices, Cole —exclamó.

Starkey sacó su copia de la ficha de la Interpol para que Lucy viera la foto de Fallon.

—Mire a este hombre, señora Chenier. Intente recordar si lo ha visto alguna vez, quizás en un parque un día estando con Ben, o después del colegio, o en el trabajo.

Lucy estudió el rostro de Fallon como si se cayera dentro de la foto. Richard recorrió la habitación a toda prisa para verla.

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué habéis descubierto?

Me comporté como si ni Richard ni los demás estuvieran allí. Sólo me importaba Lucy.

—Piénsalo bien, Luce. Tal vez algún día te dio la impresión de que te seguían; tal vez viste a alguien que te dio mala espina y era este hombre.

—No lo sé. Me parece que no.

—¿De quién se trata? —preguntó Lucas.

Starkey miró a Lucas y a Alvarez y después le dio el papel a Gittamon.

—Se llama Michael Fallon. Ya lo he puesto en un boletín de alerta, junto con la descripción del vehículo utilizado. Participó como mínimo otro hombre, un individuo de raza negra con marcas muy concretas en la cara, pero a ése aún no lo hemos identificado. Seguramente porque no somos un equipo de primera fila.

Richard observó la fotografía de Fallon. Respiraba con dificultad. Se pasó la mano por el pelo otra vez. Entregó la fotografía a Myers.

—¿Ves esto? ¿Ves lo que tienen? Tienen un sospechoso, joder.

Myers asintió con los ojos entornados.

—Ya lo veo, Richard.

Aquellos ojos se posaron en mí.

—¿Cómo sabéis que es él?

—Encontramos el envoltorio de un puro en la colina que hay delante de mi casa. Estaba cerca de unas huellas que coinciden con la que había donde secuestraron a Ben.

Richard tenía los ojos encendidos.

—¿La huella que vimos? ¿La que nos enseñaste ayer?

—Sí —contestó Starkey—. El CNID indica que los doce puntos de las huellas que había en el envoltorio coinciden. No hay identificación más precisa.

Lucas y Alvarez se pusieron en pie para ver la fotografía.

—No me había dicho nada —dijo Lucas dirigiéndose a Gittamon.

Él negó con un gesto, como si estuviera en el estrado del aula.

—No lo sabía. La he llamado, pero no se ha puesto.

—El envoltorio lo hemos encontrado esta misma mañana —explicó Starkey—. La identificación no la hemos tenido hasta hace unos minutos. Eso era lo que estábamos haciendo Cole y yo mientras vosotros os dedicabais a buscar una forma de arrebatar el caso.

—Tranquila, inspectora.

—Lee las órdenes de busca y captura que tiene, joder. Fallon es un asesino profesional. Pesa sobre él una acusación por crímenes de guerra en África. Ha asesinado a gente por todo el mundo.

—¡Inspectora! —gritó Lucas mirando hacia Lucy. Su voz golpeó a Starkey como una bofetada.

«Es un asesino profesional. Ha asesinado a gente por todo el mundo».

Y tenía a su hijo.

Starkey se ruborizó al darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—Lo lamento, señora Chenier. He sido de lo más insensible. Richard se acercó a la puerta. Tenía muchas ganas de irse de allí.

—Pongámonos en marcha, Lee. No podemos seguir perdiendo el tiempo.

Myers no se movió.

—Yo no estoy perdiendo el tiempo. Estoy investigando cómo conoce Cole a este hombre. Todo lo que he oído por el momento encaja con lo que se dice en la cinta. Cole y Fallon tienen mucho en común. ¿De qué os conocéis, Cole? ¿Qué quiere de ti este tipo?

—No quiere nada de mí. No lo conozco, no lo he visto en la vida y no tengo ni idea de por qué hace esto.

—Eso no es lo que dice en la cinta.

—Vete a tomar por culo, Myers.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza —dijo Lucy con el entrecejo fruncido—. Ha de existir alguna relación contigo.

—Pues no la hay. De verdad.

Lucas le susurró algo a Alvarez y después subió el tono de voz para interrumpir:

—Será mejor que no nos despistemos. Esto es un buen principio, inspectora. Ray, llama a la DIC para confirmar la identificación y después a la central para que distribuyan esta foto.

Lucas había tomado el control del caso y quería que todo el mundo se enterase.

—Señor Chenier, señora Chenier, lo que queremos hacer ahora es reunir los distintos elementos de la investigación. No tardaremos mucho. Después nos dedicaremos a proseguir con el desarrollo de esta pista.

—Ya está desarrollada —apuntó Starkey—. Sólo falta encontrar a ese cabrón.

Gittamon le puso la mano en el brazo.

—Carol. Por favor.

Richard murmuró algo y a continuación abrió la puerta.

—Vosotros podéis hacer lo que os dé la gana, pero yo me vaya encontrar a mi hijo. Vámonos de una puta vez, Lee. ¿Te hace falta una copia de eso?

—Ya tengo lo que necesito.

—Pues entonces pongámonos en marcha.

Se fueron.

—Sargento —dijo Alvarez dirigiéndose a Gittamon—, Starkey y usted esperen fuera. Cuando hayamos terminado con la señora Chenier revisaremos lo que han hecho ustedes hasta el momento.

—Pero ¿es que estáis dormidos o qué? —intervino Starkey—. Por si no os habéis enterado, hemos conseguido un avance muy importante. No hace falta ninguna reunión.

—¡Espere fuera a que hayamos terminado! —gritó Alvarez—. Y usted también, Gittamon. A ver si dejamos de perder el tiempo y nos ponemos a trabajar.

Starkey salió con la cabeza bien alta y Gittamon la siguió, tan humillado que iba arrastrando los pies.

—Usted quédese también, Cole. Queremos saber qué tiene contra usted ese tipo.

—No, no voy a seguir perdiendo el tiempo con ese tema. Tengo que salir a buscar a Ben. —Miré a Lucy y añadí—: Ya sé que no quieres que haga nada, pero no puedo desentenderme. Voy a encontrar a Ben, Luce. Voy a devolvértelo.

—Más le vale esperar abajo, Cole. No se lo pido. Se lo ordeno.

Añadió algo más, pero yo ya había cerrado la puerta. Starkey y Gittamon estaban en la acera, junto al coche del segundo, discutiendo. No me acerqué.

Fui hasta donde estaba mi coche. Podía ponerme al volante, arrancar y largarme de allí, pero no sabía adónde ir ni qué hacer. Miré la fotografía de Michael Fallon e

intenté decidirme.

«Esto no tiene pies ni cabeza. Ha de existir alguna relación contigo».

Todas las investigaciones presentaban el mismo patrón: había que seguir el rastro de la vida de una persona hasta encontrar el punto en que se cruzaba con otra. Tanto Fallon como yo habíamos sido soldados, aunque en épocas distintas, y yo estaba convencido de que nuestros caminos no se habían cruzado jamás. También me parecía que no tenía nada que ver con ninguno de los hombres que habían estado conmigo en el ejército, ni había nada que me indicara lo contrario. Un asesino adiestrado en la Delta. Un mercenario. Un hombre buscado por asesinato en El Salvador y por crímenes de guerra en África que había aparecido en Los Ángeles para secuestrar a Ben Chenier y fabricar una mentira. En paradero desconocido.

Miré a un lado y otro en busca de Joe. Debía de estar por allí, vigilando, y lo necesitaba.

—¡Joe!

Los hombres como Michael Fallon vivían y trabajaban en un mundo clandestino del que yo no sabía nada; pagaban y cobraban en efectivo, tenían nombres falsos y se movían en círculos tan cerrados que muy poca gente llegaba a conocer su verdadera identidad.

—¡Joe!

Pike me tocó el hombro. Debía de haber salido de entre una mata cerrada de plantas por la esquina del edificio. Sus gafas de espejo resplandecían como una armadura brillantada. Al darle la ficha me temblaron las manos.

—Éste es el tío que ha raptado a Ben. Ha vivido por todo el mundo. Ha luchado y hecho cosas por todas partes. No tengo ni idea de cómo encontrarlo.

Pike también había vivido y trabajado en la clandestinidad.

Leyó en silencio la ficha y cuando hubo terminado se la guardó.

—Estos hombres no luchan gratis —dijo—. Hay gente que los contrata, así que debe de haber alguien que sepa cómo ponerse en contacto con él. Lo que tenemos que hacer es encontrar a esa persona.

—Quiero hablar con ella.

Pike torció la boca y meneó la cabeza.

—No querrá, Elvis. Esta gente ni siquiera dejaría que te acercaras. —Se quedó con la vista fija, pero me pareció que no me miraba a mí. Me pregunté en qué estaría pensando.

—No puedo irme a casa. No puedo quedarme de brazos cruzados, sin más.

—Se te ha escapado de las manos.

Pike desapareció entre los edificios sin perder aquella mirada distante, pero yo estaba tan preocupado por Ben que no le di más vueltas.

*Tiempo desde la desaparición: 47 horas, 54 minutos*

## PIKE

Pike creía que los ojos de Cole parecían túneles del mismo color que una magulladura. Había visto aquellos mismos ojos en los policías que trabajaban tanto que acababan quemados y en los soldados que disparaban demasiado. Cole estaba en la zona de peligro, agotado, desquiciado, conduciendo hacia adelante como Terminator, con el piloto automático. Cuando alguien entraba en la zona de peligro, y eso Pike lo sabía muy bien, le costaba pensar con claridad. Costaba poco ponerse a tiro de alguien.

Recorrió a toda prisa las tres manzanas que lo separaban de su coche. Se movía de una forma que le incomodaba. Tenía la espalda tensa por haber pasado demasiado tiempo sentado en la misma postura y se le había dormido el hombro. Correr no era precisamente bueno para el hombro, pero aun así apretó el ritmo.

Los mercenarios no se presentaban sin más en una zona de combate para que los contrataran para matar a alguien o adiestrar tropas extranjeras, sino que eran reclutados por corporaciones militares privadas, empresas de seguridad con contratos en distintos países y con diversos «consultores». No había mucha variedad de caras. La misma gente contrataba a la misma gente una y otra vez, del modo en que los mismos ingenieros de *software* acababan pasando de un trabajo a otro por todo Silicon Valley. La diferencia era, claro, que la expectativa de vida se reducía.

En sus tiempos, Pike había conocido a unos cuantos consultores, pero ignoraba si seguían dedicándose a aquellas actividades. No sabía si alguno de ellos estaría dispuesto a colaborar ni, en caso de hacerlo, qué le pediría a cambio o cuánto tardaría en ayudarlo. Ni siquiera sabía si seguían vivos. Hacía mucho tiempo que había abandonado aquel mundo; si no, habría llamado desde el coche. Pero ya no se acordaba de sus teléfonos.

Se dirigió a su casa, en Culver City. Al llegar se quitó la sudadera y se bebió una botella de agua con un puñado de analgésicos y aspirinas. Los números de teléfono de aquellos hombres de su pasado estaban en la caja fuerte que tenía en el dormitorio. No estaban escritos con dígitos, sino en forma de lista de palabras codificadas. Los sacó e hizo las llamadas.

Los primeros cuatro teléfonos ya no estaban en funcionamiento. La voz achispada de una chica contestó al llamar al quinto, que evidentemente había sido adjudicado a un nuevo usuario. El sexto también estaba desconectado, y el séptimo correspondía a la consulta de un dentista. La guerra era un negocio en el que había una tasa de



mortalidad muy elevada. Al octavo intento Pike acertó.

—¿Sí?

Reconoció la voz nada más oírlo. Como si acabaran de hablar esa misma mañana.

—Soy Joe Pike. ¿Te acuerdas?

—Claro. ¿Qué tal te va?

—Estoy buscando a un profesional que se llama Michael Fallon.

Su interlocutor titubeó, y la familiaridad de unos momentos antes desapareció.

—Creía que habías dejado el tema.

—Es verdad. Ya no tengo nada que ver.

Pike advirtió que el otro recelaba. Hacía casi diez años que no hablaban y estaría preguntándose si Pike trabajaba para los federales. A las autoridades de Estados Unidos no les hacía demasiada gracia que sus ciudadanos ofrecieran sus servicios a otros países o a grupos paramilitares, algo que, por otro lado, era ilegal.

—No sé qué estás buscando, Pike —repuso con precaución—, pero soy consultor de seguridad. Me dedico a hacer comprobaciones de historiales y otras referencias en diversas especialidades militares, pero no trabajo con terroristas, narcotraficantes o dictadores, ni me relaciono con nadie que esté metido en eso. Son actividades ilegales.

Decía todo aquello por si llegaba a oídos de los federales, pero Pike sabía que además era cierto.

—Lo entiendo. No te llamo por eso.

—Vale. Lo que quieres es asesoramiento, ¿no?

—Exacto. Se llama Fallon. Estuvo en la Delta y después se estableció por su cuenta. Hace dos años vivía en Amsterdam. Ahora está en Los Ángeles.

—La Delta, ¿eh?

—Sí.

—Esos tíos son los que se llevan más pasta.

—Quiero verlo cara a cara. Eso es lo más importante: verlo cara a cara.

—Bien. Dime algo que me refresque la memoria.

Pike le leyó el informe del SNTFO, que mencionaba los países en los que se sabía que había trabajado Fallon: Sierra Leona, Colombia y El Salvador, entre otros.

—Joder, sí que se ha movido —exclamó el otro—. Conozco a gente que ha estado en esos sitios. ¿De verdad lo has dejado?

—Sí.

—Es una pena, tío. Oye, ¿yo qué saco de todo esto?

Pike ya sabía que le pediría algo, y estaba dispuesto a pagar. Esa clase de gente jamás hacía nada gratis. No le había mencionado aquello a Elvis ni pensaba hacerla.

—Mil dólares.

El otro se rió.

—Prefiero buscarte un trabajito. Aún me llegan ofertas, ¿sabes? Y tú en lo tuyo también te sacarías una pasta. En Oriente Próximo necesitan gente como tú.

—Dos mil.

—Creo que puedo encontrar a alguien que conozca a este tío, pero a lo mejor hay que llamar a teléfonos de todo el mundo. No vaya perder el tiempo por calderilla. Tendré gastos.

—Cinco mil.

Era una suma escandalosa, pero Pike sabía que su interlocutor quería algo más que dinero. Confiaba en que la cantidad fuera convincente.

—Pike, no me gustaría nada estar en el pellejo de Fallon cuando os veáis cara a cara, como dices tú. No sé si me entiendes. Me da igual que sea de la Delta o no. Tienes que considerar las cosas desde mi posición: si le pasa algo a ese tipo tus amiguitos federales utilizarán esta pequeña transacción entre tú y yo para cargarme el muerto, como cómplice o incluso como conspirador. No tengo muchos amigos en el FBI.

—Nadie está escuchando.

—Sí, seguro.

Pike no contestó. Se había dado cuenta de que si no decía nada muchas veces la gente entendía directamente lo que quería escuchar.

—Vamos a ver qué te parece esto: yo hago unas cuantas preguntas, y tú dejas que te encargue un trabajito. No sé decirte qué ni cuándo, pero un día te llamaré. Ése es mi precio. Si encuentro a alguien que pueda ayudarte con lo del cara a cara, irás te guste o no. Eso es lo que te cuesta.

Pike se arrepintió de haber llamado a aquel número. Le entraron ganas de que hubiera estado desactivado como los demás. Se planteó intentar buscar a otro, pero con los siete primeros teléfonos no había conseguido nada. Ben estaba esperándolo. Elvis también. El peso del sufrimiento de éstos lo mantuvo al teléfono.

—Venga, Pike, que no es sólo por lo de las llamadas. Hace diez años que no sé nada de ti. Si encuentro a alguien que haya tratado con él, tendré que dar la cara por ti.

En un rincón del salón de Pike había una fuente zen colocada sobre una mesita lacada en negro. Era un cuenco de reducidas dimensiones lleno de piedras y agua que borboteaba y producía el murmullo relajante de un arroyo de bosque. Pike se concentró en aquel arrullo. Le pareció sumamente pacífico.

—Ya sabías que era lo que tocaba, Pike. Por eso me has llamado. Te buscaré un trabajito, pero es lo que querías. Fallon no es lo único que buscas. Los dos sabemos qué quieres.

Pike observó el movimiento del agua de la fuentecita. Se planteó si el otro tenía razón.

—Muy bien.

—Dame tu teléfono. Te llamaré cuando tenga algo.

Pike le dictó el número de su móvil y después se desnudó. Se llevó el teléfono al baño para oírlo desde la ducha. Dejó que el agua caliente le golpeará la espalda y el

hombro e hizo todo lo que pudo para poner la mente en blanco.

Cuarenta y seis minutos después sonó el teléfono. El consultor le dio un nombre y una dirección y le dijo que todo estaba arreglado.

*Tiempo desde la desaparición: 48 horas, 09 minutos*

Tenía dos mensajes esperándome en el contestador automático. Me animé al pensar que quizás habían llamado Joe o Starkey, o incluso Ben, pero uno era de Grace González, mi vecina, que se ofrecía para lo que hiciera falta, y el otro de la madre de CromJohnson, que me devolvía la llamada. No me sentí con fuerzas para hablar con ninguna de las dos.

Desde el porche vi que la furgoneta de Chen volvía a estar en la colina que se alzaba ante mi casa, junto con otra unidad de la DIC y un coche patrulla de Hollywood. Varios de los obreros se habían colocado junto a las furgonetas y observaban desde lo alto el trabajo de Chen y sus colegas en la ladera.

La gente normal recoge el correo cuando vuelve del trabajo, y eso fue precisamente lo que hice. La gente normal se toma un vaso de leche, se da una ducha y luego se cambia de ropa. También lo hice. Me sentía como un impostor.

Estaba comiéndome un bocadillo de pavo delante del televisor cuando sonó el teléfono. Lo agarré con ansia, convencido de que se trataba de Joe. Me equivoqué.

—Al habla Bill Stivic, del Departamento de Personal del Ejército en Saint Louis. ¿Está Elvis Cole, por favor?

El sargento mayor Bill Stivic, marine retirado. Me daba la impresión de que habían pasado semanas desde nuestra conversación, pero había sido aquella misma mañana.

Miré el reloj. No era horario de oficina para un funcionario de Saint Louis. Me llamaba después del trabajo.

—Hola, sargento mayor. Gracias por ponerse en contacto conmigo.

—No hay de qué. Me ha parecido que era muy importante para usted.

—Lo es.

—Vale, muy bien, voy a contarle qué tenemos. En primer lugar, como le he dicho esta mañana, cualquiera puede consultar el 214, pero nunca enviamos el 201 a nadie, a menos que sea por orden judicial o porque nos lo solicite un cuerpo policial. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo.

—Los archivos indican que hemos enviado su expediente por fax a una inspectora de policía llamada Carol Starkey. Está en Los Ángeles, donde vive usted. Eso fue ayer.

—Sí, muy bien. Hoy he hablado con Starkey.

—Bien. Sólo ha habido otra petición relacionada con su expediente. Fue hace once semanas. Lo enviamos porque nos llegó una orden judicial expedida por un juez

de Nueva Orleans, Rulon Lester.

—Un juez de Nueva Orleans —repetí.

—Eso es. Tanto el 201 como el 214 fueron enviados a su oficina, en el edificio del Tribunal Superior del Estado de Nueva Orleans.

Otro callejón sin salida. Me acordé del modo en que Richard había agitado la carpeta. Desde luego, el muy cabrón no había escatimado esfuerzos para investigar mi pasado.

—¿Y éstas son las dos únicas veces que se ha enviado mi expediente? ¿Está seguro de que no pueden habérselo mandado a nadie más?

—Seguro, sólo esas dos veces. Todas las peticiones de los últimos ocho años están archivadas.

—¿Tiene usted el teléfono del juez, sargento mayor?

—No se guarda copia de la orden, sólo consta que se envió su expediente y el motivo. Sí que está el número de archivo del juzgado. ¿Lo quiere?

—Sí, por favor. Espere, que voy a buscar un bolígrafo.

Me lo dictó, junto con la fecha de la orden judicial y la del envío de mi expediente. Le agradecí su colaboración y colgué. Nueva Orleans tenía el mismo horario que Saint Louis, por lo que los juzgados estarían ya cerrados, pero quizá las oficinas seguían abiertas. Llamé a información de esa ciudad y conseguí los teléfonos del Tribunal Superior del Estado y del despacho del juez Lester. Richard vivía en Nueva Orleans y un juez de esa ciudad había solicitado mi ficha: la coincidencia era evidente, pero quería asegurarme.

Una mujer contestó a la primera llamada.

—Oficina del juez Lester —dijo con acento sureño.

Colgué. Lester no podía haber tenido ningún motivo legítimo para redactar una orden que obligara al ejército a enviarle mi expediente. Solamente podía haberlo hecho como favor a Richard o porque éste le había pagado, y ambas posibilidades implicaban un abuso de poder. Evidentemente, no iba a querer hablar conmigo del asunto.

Recapacité y volví a marcar el número.

—Oficina del juez Lester.

—Al habla Bill Stivic, del Departamento de Personal del Ejército en Saint Louis —dije, haciendo un esfuerzo por hablar como un hombre mayor del Sur—. Quería averiguar qué ha sido de un expediente que enviamos al juez en respuesta a una orden suya.

—El juez ya se ha marchado.

—Pues entonces estoy metido en un buen lío, guapa. He metido la pata hasta el fondo, porque ocurre que lo que os mandé fue el original, y no tenemos ninguna copia.

Resultaba fácil parecer desesperado.

—No sé si estoy en condiciones de ayudarlo, señor Stivic. Si el expediente se

admite como prueba o como documentación para un caso no puede devolverse.

—No, si no quiero que me lo devuelvan. ¿Sabe qué pasa? Es que tendría que haber hecho una copia antes de mandárselo, pero, bueno, no sé dónde tengo la cabeza. Lo que le pido es que, si me lo encuentra, a lo mejor puede enviármelo por mensajero hoy mismo para que me llegue mañana por la mañana. Lo pagaré de mi bolsillo.

Parecer patético también era sencillo.

—Bueno, voy a echar un vistazo.

—Es usted un ángel, señorita. De verdad.

Le di la fecha y el número de archivo de la orden judicial de Lester y se fue a buscarlo. Permanecí a la espera. Volvió a ponerse al aparato al cabo de unos minutos.

—Lo siento, señor Stivic, pero ya no tenemos esa documentación. El juez se la envió a un tal Leland Myers. Era parte del procedimiento solicitado. Quizás en su oficina puedan hacerle una copia.

Dejé que me diera el número de Myers y después colgué. Pensé en la carpeta que Richard había soltado sobre la mesa cuando estábamos escuchando la cinta. Myers debía de haber llevado la investigación. Me pareció que aquello era un callejón sin salida y me desanimé. Fallon podía haber descubierto casi todo lo que sabía si había entrado en casa, y el resto, de mil formas distintas. A través de Stivic sólo había confirmado algo que ya sabía: que Richard me odiaba con todas sus fuerzas.

Cogí el bocadillo de pavo que había dejado ante el televisor, pero al momento lo tiré a la basura. Ya no me apetecía. Me dolía todo el cuerpo y me escocían los ojos debido a la falta de sueño. El peso de los dos últimos días se abalanzaba sobre mí como un mercancías al acercarse a un hombre atrapado entre los raíles. Quería tumbarme en el suelo y estirarme, pero no estaba seguro de poder levantar me después. Volvió a sanar el teléfono cuando estaba en la cocina, pero no quería cogerlo. Quería quedarme donde estaba y no volver a moverme jamás. Contesté. Era Starkey.

—¡Cole! ¡Tenemos la furgoneta! ¡La ha encontrado Un coche patrulla en el centro de la ciudad! ¡Acaban de llamarnos!

Me gritó la dirección, pero hablaba con voz crispada, como si la noticia que acababa de darme no fuera buena. De repente se me pasaron todos los dolores. Era como si no hubieran existido.

—¿Han encontrado a Ben?

—No lo sé. Ahora estoy sola. Los demás también van para allá. Sal de inmediato, Cole. Desde donde estás no tardarás en llegar.

Su tono de voz era patético.

—Joder, Starkey, dime qué ha pasado.

—Han encontrado un cadáver.

Se me cayó el teléfono de las manos. Se quedó casi flotando en el aire, dando vueltas, y tardó una eternidad en llegar al suelo. Para entonces yo ya me había ido.

*Tiempo desde la desaparición: 48 horas, 25 minutos*

La furgoneta había sido abandonada bajo un paso elevado en el canal del río, entre las vías del tren y la Cárcel del Condado de Los Angeles. Starkey esperaba dentro de su coche, junto a la puerta de una valla de tela metálica. Arrancó al verme llegar. Bajamos por una rampa que llevaba hasta el canal y aparcamos detrás de tres coches patrulla y dos de inspectores del Centro Parker. Los agentes de uniforme estaban a la sombra, en la base del paso elevado, con dos niños. Los inspectores acababan de llegar; dos de ellos estaban con los chavales y el tercero metía la cabeza en la furgoneta.

—Cole, espérate aquí hasta que haya visto qué ha pasado —me dijo Starkey.

—No seas idiota.

La habían pintado para cambiarle el aspecto, pero era una Ford Econoline del 67 de cuatro puertas con el parabrisas agrietado y óxido alrededor de los faros delanteros. La nueva capa de pintura era fina y la e y la eme de «Emilio» se veían como si fuesen sombras. La puerta del conductor y la izquierda de la parte trasera se encontraban abiertas. Un inspector de calva resplandeciente estaba mirando la parte de atrás. Starkey se me adelantó y fue a enseñarle la placa.

—Carol Starkey. Soy la que ha puesto el boletín de alerta. Nos han dicho que hay un cadáver.

—Ha sido una carnicería —contestó el inspector.

Le aparté para ver el interior. Starkey me agarró del brazo e intentó detenerme. Aguanté la respiración.

—Cole, por favor, deja que mire yo. Estate quieto.

Me deshice de ella y me di de bruces con él: un hombre de raza blanca, corpulento, vestido con un abrigo de *sport* y pantalones de pinzas, tumbado boca abajo con los dos brazos junto al cuerpo y una pierna cruzada por encima de la otra, como si le hubieran tirado contra el suelo o le hubieran entrado dándole vueltas. Se hallaba en medio de un charco de sangre. Le habían cortado la cabeza por encima del cuello y la habían apoyado contra una rueda de recambio colocada justo detrás del asiento delantero. La cara quedaba oculta. Unas moscas del desierto bien gordas cubrían el cadáver como abejas en un jardín sanguinolento. Ben no estaba en la furgoneta.

—Joder, le han cortado la cabeza —exclamó Starkey. El inspector asintió.

—Sí. Hay gente para todo.

—¿Lo habéis identificado?

—No, aún no. Soy Tims, de Robos y Homicidios. Acabamos de llegar, así que el forense todavía no lo ha visto. Seguramente no tardará.

No podíamos tocar el cadáver hasta que el forense, que era el responsable de determinar la causa y la hora de la muerte, examinase la escena del crimen, por lo que

de momento la policía debía limitarse a conservar intactas las pruebas.

—Estamos buscando a un niño —intervine.

—Aquí todo lo que había era un cadáver sin rastros de sangre que indiquen el lugar del asesinato. ¿Por qué preguntáis por un niño?

—Dos hombres que conducían esta furgoneta secuestraron a un chico de diez años hace dos días. Estamos buscándolo.

—Pues si tenéis algún sospechoso quiero los nombres.

Starkey le dio el nombre de Fallon y su descripción, junto con la del negro. Mientras Tims los volcaba en una libreta, le pregunté quién había abierto la furgoneta. Me hizo un gesto con la cabeza para señalar a los niños que estaban con los agentes de uniforme.

—Ésos de ahí. Han venido a pasar un rato en las rampas. Se dedican a subir y bajar una y otra vez. Han visto la sangre que goteaba y la han abierto. Por cómo sigue saliendo sangre por el lateral, ¿lo ves?, yo diría que la cosa tiene que haber pasado hace tres o cuatro horas como mucho.

—¿Los ha registrado para ver si tenían la cartera del muerto? —preguntó Starkey.

—No ha hecho falta. ¿Le ves el culo en la parte en la que se le ha levantado el abrigo? Ahí está el bulto. La lleva aún en el bolsillo.

—Starkey —dije.

—Ya lo sé. Oye, Tims, si conseguimos saber dónde ha estado esta furgoneta o dais con alguna pista que tenga que ver con Fallon, nos servirá de mucho para encontrar al chico. Puede que el muerto haya tenido algo que ver en el secuestro. Necesitamos saber quién es.

Tims meneó la cabeza. Sabía qué le estaba pidiendo.

—Imposible. El forense viene para aquí. Está a punto de llegar. Miré a Starkey y después me dirigí a la puerta del conductor.

—No toques nada —ordenó Tims.

El charco de sangre había llegado hasta el asiento. Se veía una parte del cadáver, pero la cara permanecía oculta. Miré por debajo y alrededor de los asientos todo lo que pude sin tocar el vehículo, pero sólo vi sangre y la mugre que se acumula en los vehículos viejos.

Tims y Starkey seguían en la parte de atrás. Los otros dos inspectores y los agentes de uniforme estaban con los críos. Me subí y me colé por entre los dos asientos para llegar a la zona de carga. Olía como una carnicería en un día de pleno agosto.

Al verme, Tims se lanzó sobre las puertas traseras como si fuera a subir de un salto, pero no lo hizo.

—¡Eh! ¡Sal de ahí! Starkey, ¡dile a tu compañero que baje ahora mismo!

Starkey se colocó delante de él y extendió los brazos hacia la puerta como si estuviera mirándome, aunque en realidad le bloqueaba el acceso a Tims impidiéndole sacarme. Uno de los inspectores y dos de los agentes se acercaron corriendo para ver



por qué gritaba su compañero.

—Cole, ¿quieres hacer el favor de darte prisa?

Las moscas formaron un enjambre a mi alrededor, cabreadas por aquella intrusión. La sangre del suelo estaba pegajosa y parecía grasa recalentada. Le quité la cartera al muerto y le registré los bolsillos. Encontré unas llaves, un pañuelo, dos monedas de veinticinco centavos y una llave magnética de hotel. Era del Baitland Swift de Santa Mónica. También llevaba una sobaquera. Estaba vacía. Eché la cartera y las demás cosas en el asiento delantero y le di la vuelta a la cabeza. Tenía la piel amoratada y sucia. Las cervicales sobresalían de la carne como un pomo de mármol blanco y tenía el pelo pegado con coágulos de sangre; era un espectáculo obscuro, muy desagradable, y no quería estar tocando aquello. No quería estar allí rodeado de moscas y de sangre. Tims no paraba de gritar, pero su voz casi se había desvanecido, hasta convertirse en una mosca más que zumbaba por el aire caliente. Hice una pelota con el pañuelo y lo utilicé para enderezar la cabeza. Al girada me di cuenta de que estaba colocada encima de una zapatilla de atletismo K-Swiss negra. Era de niño.

—¿Qué pasa, Cole? ¿Qué has visto?

—Es DeNice. Starkey, han dejado una zapatilla de Ben. Aquí hay una zapatilla de Ben.

—¿Han dejado alguna nota? ¿Hay algo más?

—No veo nada más. Sólo la zapatilla.

El coche de Desapariciones bajó por la rampa con las luces azules de la sirena puestas. Tras él iba la limusina de Richard.

—Sal de ahí —ordenó Starkey—. Coge las cosas. Puede que haya algo que nos indique cómo dio con ellos. No te toques la cara.

—¿Qué?

—Estás cubierto de sangre. No te toques los ojos ni la boca.

—Es la zapatilla de Ben.

Fui incapaz de agregar palabra.

Starkey se alejó a toda prisa para interceptar a Lucas y a Álvarez. Yo me bajé de la furgoneta y puse todo en el suelo. Mis manos parecían enfundadas en guantes de sangre. La cartera, la zapatilla de Ben y todo lo demás estaban también teñidos de rojo. Uno de los agentes de uniforme dio un paso atrás como si hubiera visto algo radiactivo.

—Joder, tío, estás hecho un asco.

Lucas esquivó a Starkey y se acercó a la furgoneta a toda prisa. Miró en el interior y luego retrocedió, tambaleándose, como si le hubieran dado una bofetada.

—Dios mío —exclamó.

La cartera de DeNice contenía sesenta y dos dólares, un permiso de conducir de Luisiana a nombre de Debulon R. DeNice, tarjetas de crédito, un carné de la Orden Fraternal de la Policía, una licencia de caza de Luisiana y fotografías de dos chicas adolescentes, pero nada que indicara cómo había dado con Fallon o cómo había

acabado muerto en aquella furgoneta. También había encontrado unas llaves, un pañuelo y dos monedas, pero tampoco me sirvieron de nada.

Richard y Myers apartaron a Álvarez y se acercaron. Richard se puso blanco al ver la sangre.

—Señor Chenier, espere en el coche —dijo Lucas—. Ray, no deberían estar aquí. Me cago en todo.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Richard—. ¿Es...? ¿Es...?

—Es DeNice. Han colocado su cabeza encima de una zapatilla de Ben.

Richard y Myers miraron dentro antes de que Álvarez atinara a impedirselo. Richard soltó un ruido entrecortado, como si se le hubiera metido algo en el pecho.

—¡Dios mío!

Agarró a Myers para mantenerse en pie y después se volvió, pero Myers miró en el interior. Abrió la boca como si se le hubiera desencajado la mandíbula y permaneció inmóvil. Una de aquellas moscas enormes se le posó en el pecho, pero no pareció que él se diera cuenta.

—Han dejado una zapatilla de Ben —dije—. Estaba ahí dentro.

Richard se mesó el cabello y se volvió con un movimiento frenético. Pensé en lo que había dicho Pike, que la gente como Fallon hacía aquellas cosas por dinero. Pensé en DeNice, dentro de la furgoneta, en medio de un charco de sangre, y en la solitaria zapatilla de Ben, y me di cuenta de que no lo habían hecho por mí. Lo habían hecho por Richard.

—¡No se han limitado a matarlo, Richard! ¡LE HAN CORTADO LA CABEZA!

Richard vomitó. Starkey tenía cara de preocupación, pero quizá fuera porque yo me había puesto a gritar.

—Tranquilo, Cole. Estás temblando. Respira bien hondo.

Richard estaba inclinado hacia adelante y respiraba con mucha dificultad. No tenía buen aspecto y estaba histérico.

—Te han pedido un rescate, ¿verdad? —pregunté—. Quieren sacarte un rescate y a ti sólo se te ocurre mandarles a DeNice.

Starkey y Lucas me miraron. Richard se enderezó y volvió a doblarse por la mitad.

—No sabes de qué hablas. ¡Todo eso son mentiras!

—Eso es una gilipollez, Cole —replicó Myers—. Estamos haciendo todo lo que podemos para encontrar a esos cabrones.

—Estos tíos han utilizado a DeNice para meterle el miedo en el cuerpo a alguien, y ese alguien no soy yo.

—¡Vete a tomar por culo! —exclamó Richard, rojo de furia.

—¿A qué viene eso? —me preguntó Lucas.

—Fallon es un mercenario. No mueve un dedo si el objetivo no es sacar dinero, y Richard tiene dinero. Están negociando el rescate.

Richard se abalanzó sobre mí como si fuera a pegarme, pero Myers lo cogió por

el brazo. Richard se puso a temblar.

—Todo esto es culpa tuya, hijo de puta. Me niego a quedarme aquí plantado escuchando esta sarta de mentiras mientras mi hijo sigue secuestrado. ¡Tenemos que encontrar a Ben y tú te dedicas a soltar calumnias!

Se fue hasta su limusina con paso vacilante. Apoyó los brazos sobre el techo y vomitó otra vez. Myers lo observó; su mirada ya no ocultaba tan bien sus emociones.

—¿Qué ocurre aquí, Myers? —pregunté.

Se alejó sin más y fue a reunirse con Richard junto al coche.

—Está mintiendo —afirmé—. Mienten los dos.

Starkey miró hacia donde se hallaban Myers y Richard y después estudió la furgoneta.

—Estamos hablando de su hijo, Cole. Si estos tíos estuvieran machacándolo para conseguir un rescate, ¿por qué no iba a decírnoslo?

—No lo sé. Tiene miedo. Mira lo que le han hecho a DeNice —y entonces ¿a qué viene todo eso sobre ti?

—Ni idea. Quizás empezaron con otra cosa que tenía que ver conmigo y cuando se presento Richard vieron la oportunidad de sacar dinero.

Starkey no se mostró demasiado convencida.

—Y quizá DeNice se acercó demasiado.

—DeNice no tenía lo que hay que tener para encontrarlos. Ellos fueron los que organizaron un encuentro porque quieren obtener un rescate de Richard. Y han utilizado a DeNice para asegurarse de que éste les pague.

Era la única conjetura en la que encajaban las piezas.

Lucas se humedeció los labios, como si sólo de pensar en ello se le revolviera el estómago.

—Será mejor que vaya a hablar con el señor Chenier y con Myers.

—Repasaremos todo lo que hizo DeNice anoche —propuso Starkey—, para ver de descubrir cómo acabó aquí. También deberíamos hablar con el otro, con Fontenot. Quizá sepa algo.

Lucas asintió, con expresión ausente, y después miró otra vez la furgoneta, como si contuviera secretos que quizá jamás descubriríamos.

—Esto ya no es un simple caso de desaparición.

—No. Si es que lo ha sido alguna vez —apuntó Starkey. Lucas observó la zapatilla de Ben y después se dirigió a mí—: Tengo toallitas y alcohol en el coche. Debe usted limpiarse. Starkey se quedó con Lucas y Álvarez para preguntar a Richard y a Myers qué sabían.

Yo me llevé las toallitas y el alcohol al coche. Me quité la camisa y los zapatos y me eché el alcohol por los brazos y las manos. Me quité toda la sangre que pude con las toallitas, me eché más alcohol y volví a pasarme toallitas por la piel. Me puse una camiseta y unas zapatillas de deporte viejas que tenía detrás del asiento y me coloqué tras el volante a observar a los policías. Lucas, Álvarez y los inspectores del Centro

Parker habían formado un corro en torno a Richard y Myers. El primero les gritaba que no sabían de qué hablaban. Estaba histérico, pero Myers conservaba totalmente la calma, como una araña agazapada en un extremo de su tela, esperando. Me volví hacia la furgoneta y vi lo que habían dejado dentro, aunque estaba a unos treinta metros. Jamás lo olvidaría. Aquella visión me acompañaría siempre. Quienes le habían cortado la cabeza eran los hombres en cuyo poder se hallaba Ben.

Sonó mi móvil. Miré la pantalla y vi que era Pike. Le conté lo de DeNice. Le dije que había subido a la furgoneta y lo que había hecho. Mi voz poseía un timbre extraño, como si quedara entrecortada por la niebla y el viento. Seguí hablando hasta que oí que me pedía que me callase.

—He encontrado a alguien que puede ayudarnos —anunció.

Arranqué el coche y me marché de allí.

## BEN

Después de que Mike matara a aquel hombre Eric y Mazi empezaron a tratar a Ben de otra forma. De regreso a casa pararon en un McDonald's a comprar hamburguesas para llevar (Big Macs con doble de queso y aros de cebolla y patatas fritas para todos). Al llegar a la casa, no lo encerraron en la habitación ni lo ataron, sino que dejaron que se sentara con ellos en el salón vacío mientras comían y jugaban a las cartas. También le dieron una Orangina. Se habían tranquilizado mucho. Mazi incluso llegó a reír. Era como si matar a aquel hombre les hubiese servido de liberación.

Una vez terminadas las hamburguesas, Eric puso mala cara.

—Joder, tío, no tendría que haber comido esos aros de cebolla.

—¿Sí?

Eric soltó una ventosidad.

—Tienes el cuerpo podrido —masculló Mazi.

Se sentaron en el suelo frente a frente. Ben miraba de reojo la pistola que se adivinaba bajo la camisa de Eric y comenzó a imaginar la forma de hacerse con ella. Dedicó la mayor parte de la tarde a pensar en un modo de conseguirla, para dispararles y después salir corriendo hasta la casa de delante. Cuando Mike volviera también se lo cargaría.

Apartó los ojos de la pistola y se dio cuenta de que Mazi le observaba otra vez. Lo hacía de una forma que le ponía los pelos de punta.

—Está pensando en la pistola —dijo.

—¿Y qué? Antes lo ha hecho muy bien. Es un asesino nato.

—Sé disparar —dijo Ben.

Eric enarcó las cejas y lo miró por encima de las cartas.

—Sí, claro, eres cajún. Cazáis antes de saber andar. ¿Qué sabes disparar?

—Tengo una escopeta del calibre 20 y otra del 22. He ido a cazar patos con mis tíos y mi abuelo. También he disparado la pistola de mi madre.

—No está mal.

—¿Qué significa «cajún»? —preguntó Mazi.

—Son los franceses de Luisiana.

A Eric le gustaba la conversación sobre armas. Se levantó la camisa y sacó la que llevaba. Era negra y grande, tenía la empuñadura a cuadros y algo grabado en el lateral que se había medio borrado.

—¿Quieres cogerla?

—Basta ya —intervino Mazi—. Guarda esa pistola.

—Vete a la mierda. ¿Qué va a pasar?

Eric le mostró a Ben la pistola por un lado y por otro.

—Esto es una Colt del cuarenta y cinco modelo 1911. Era la pistola de combate de reglamento hasta que el ejército se sacó de la manga esa mariconada de nueve milímetros. Una de éstas lleva más balas, pero es una mierda; si le das al blanco con esto no te hacen falta más balas. —Agitó el arma en dirección a Mazi y prosiguió—: Por ejemplo, aquí tenemos a un negrazo como Mazi. Tiene la fuerza de un búfalo y la misma mala leche pero multiplicada por diez. Puedes pasarte el día pegándole tiros con una nueve milímetros y el tío seguirá dale que te pego, pero si le metes una bala de éstas en el cuerpo, se caerá redondo. Esta pistola puede pararle los pies a cualquiera. —Volvió a dirigirla hacia Ben y repitió—: ¿Quieres cogerla?

—Sí.

Eric apretó algo y el cargador salió expulsado. Tiró del carro de deslizamiento. La pistola escupió una bala y Eric la pilló en el aire. Le entregó el arma a Ben.

—Si lo ve Mike se pondrá furioso —dijo Mazi.

—Mike se ha ido por ahí a divertirse mientras tú y yo nos quedamos aquí. Que se joda.

Ben cogió el arma. Pesaba mucho y era demasiado grande para sus manos. Eric dejó el cargador en el suelo, le enseñó a manejar el seguro y el carro, y después le entregó otra vez la pistola para que lo hiciera él solo. El carro iba bastante duro.

Ben agarró el arma con fuerza. Tiró del carro y lo dejó fijo en su sitio. Sólo le faltaba meter el cargador y soltar el carro y ya tendría la pistola lista para disparar. El cargador lo tenía justo al lado de la rodilla.

Eric le arrebató el arma.

—Ya está bien.

Metió el cargador con gesto firme, soltó el carro y devolvió la bala suelta a su sitio. Colocó el seguro y dejó la pistola en el suelo ante sí.

—A la mierda con toda esa historia de no ir preparados. Hay que tener una bala en la recámara y estar listo para soltarla. Si te hace falta, no puedes perder tiempo en gilipolleces.

Se pasaron toda la tarde jugando a las cartas como si fuera la actividad habitual de cada día. Ben se sentó cerca de Eric. Pensaba en la pistola, cargada y lista para disparar, con una bala en la recámara.

Sólo tenía que soltar el seguro. Mentalmente ensayó la escena varias veces. Si se presentaba la oportunidad, no tendría tiempo que perder en gilipolleces.

Eric fue al lavabo, pero se llevó la pistola. Cuando regresó se la había puesto otra vez al cinto, pero esta vez en el otro lado, más alejado. Ben dijo que también tenía que ir al baño y Mazi lo acompañó. Cuando volvieron, se sentó otra vez junto a Eric, pero en el lado en que tenía la pistola.

Mike no regresó hasta que casi había anochecido.

Cuando entró, anunció:

—Vale, todo listo.

—¿Has encontrado el sitio?

—Claro, tío. Todo está preparado para el gran momento. No se lo esperan.

—Eso me da igual —contestó Eric—. Yo lo que quiero saber es si vamos a conseguir la pasta.

—Cuando vean lo que hay en la furgoneta, yo diría que sí.

Eric se echó a reír.

—Qué pasada.

—Voy a darme una ducha. Recogedlo todo. No volveremos por aquí.

Ben se quedó cerca de Eric. Si se repetía la táctica de antes, Mike se iría solo y Ben saldría con Eric y Mazi. Decidió que iba a sentarse todo lo cerca de la pistola de Eric que pudiera. Podía hacer un esfuerzo y vomitar para que Eric se volviese, o tirar algo para que tuviera que agacharse a recogerlo. «Eh, chaval, que se te ha desatado el cordón». Alguna oportunidad se presentaría, y Ben no perdería tiempo en gilipolleces. Iba a pegarse como una lapa a Eric.

La madre de Ben le había hablado de una cosa que se llamaba visualización, algo que hacían todos los buenos tenistas para jugar mejor. Consistía en imaginarse un servicio perfecto o un *passing shot* brutal y en verse como el ganador. Era un ensayo mental que ayudaba a hacer las cosas bien en la realidad.

Ben se imaginó todas las formas posibles de arrebatarle el arma a Eric: éste entraba en el coche delante de él, se agachaba para recoger una moneda, intentaba matar una mosca. Le bastaba que le diera la espalda por un instante para poner en marcha su plan: levantarle la camisa con la mano izquierda y agarrar la pistola con la derecha, dar un buen salto hacia atrás mientras el otro se volvía y soltar el seguro. No pensaba gritar «Alto o disparo» ni ninguna estupidez por el estilo, sino apretar el gatillo directamente. Seguiría disparando hasta que estuvieran muertos. Se imaginó que lo hacía. *Pum, pum, pum, pum, pum*. Aquella pistola podía pararle los pies a cualquiera.

De repente, llegó la hora de irse. Apareció Mike, procedente de la parte trasera de la casa, con una escopeta de cañón recortado y unos prismáticos.

—Señoras, ha llegado el momento —anunció—. Empieza el espectáculo.

Eric se puso de pie de un salto, como si no pudiera esperar un momento más, y tiró de Ben.

—Vamos allá.

Se colgaron al hombro las bolsas de deporte y recorrieron la casa. Ben tenía tanto miedo que notaba un pitido en los oídos, pero se quedó pegado a Eric. Un coche pequeño, azul y abollado que no había visto antes esperaba en el garaje junto al sedán. Eric tiró de él hacia el nuevo vehículo.

—Venga, tropa, a paso ligero —dijo.

A su espalda, Mike ordenó:

—Espera.

Se detuvieron.

—El crío se viene conmigo.

Cogió a Ben del brazo y se lo llevó hacia el sedán. Eric se subió al coche de Mazi. Ben intentó zafarse.

—No quiero ir contigo. Quiero ir con Eric.

—Me tiene sin cuidado. Sube al coche.

Le metió en el asiento derecho de un empujón y se colocó al volante con la escopeta. La puerta del garaje se abrió y Mazi y Eric se alejaron. Ben vio que la pistola se alejaba con ellos, lista para disparar, con una bala en la recámara. Era como ver que la corriente se llevaba un salvavidas mientras uno se ahogaba.

Mike arrancó el motor.

—Tú quédate quieto y pórtate bien como antes y todo saldrá bien.

Colocó la escopeta en el suelo de modo que quedó apoyada entre sus piernas. Ben la miró. En casa tenía una escopeta Ithaca del calibre 20 y una vez había matado con ella un ánade real.

Se quedó mirándola fijamente y luego levantó la vista hacia su dueño.

—Sé disparar.

—Yo también —fue la respuesta de Mike.

El coche salió del garaje dando marcha atrás.



*Tiempo desde la desaparición: 49 horas, 28 minutos*

Pike me esperaba en uno de esos anónimos y anodinos bloques de oficinas que se alzaban por Downey y la Ciudad de la Industria, al sur del aeropuerto LAX; eran edificios baratos levantados por empresas aeroespaciales durante la escalada militar de los años sesenta. Tanto entonces como ahora estaban rodeados por aparcamientos repletos de coches de tamaño medio y fabricación americana conducidos por hombres vestidos con trajes oscuros mal cortados.

Cuando bajé del coche, Pike me escrutó con aquel hieratismo tan suyo.

—¿Qué? —pregunte.

—Aquí hay un baño.

Me condujo hasta el vestíbulo. Entré en el lavabo de caballeros, abrí el grifo del agua caliente y dejé que corriera hasta que el vapor empañó el espejo. Seguía teniendo la sangre de DeNice pegada a las uñas y a las arrugas de la piel. Me lavé las manos y los brazos con un jabón verde y los metí bajo el grifo. Se me pusieron las manos rojas otra vez, casi tanto como cuando habían estado cubiertas de sangre, pero las mantuve bajo el chorro de agua hirviente, como si creyera que sólo quemándomelas conseguiría que quedasen limpias. Me las lavé dos veces y después me quité la camiseta y me limpié la cara y el cuello. Junté las manos y bebí algo. Después me miré en el espejo, pero mi rostro quedaba oculto tras la niebla. Volví al vestíbulo.

Subimos tres pisos por las escaleras y entramos en una sala de espera que olía a moqueta nueva. Unas letras de acero bruñido colgadas en la pared identificaban a la empresa: «THE RESNICK RESOURCE GROUP. Resolución de problemas y consultoría».

Resolución de problemas.

Una jovencita nos sonrió desde una mesa empotrada en la pared.

—¿Desean algo?

Era inglesa.

—Soy Joe Pike. Vengo a ver al señor Resnick. Éste es Elvis Cole.

—Ah, sí. Los esperábamos.

Por una puerta situada tras la recepcionista apareció un joven vestido con un terno. La sostuvo abierta para invitarnos a pasar. Llevaba una bolsa de cuero negro en la mano.

—Buenas tardes, señores. Acompañenme.

Pike y yo nos metimos en un pasillo. En cuanto hubo cerrado la puerta que daba a la recepción, el joven abrió la bolsa. Estaba en buena forma física y tenía la expresión

profesional y complacida de un ejecutivo de nivel medio con buenas perspectivas. En la mano derecha llevaba un anillo de la Academia Naval de Annapolis.

—Soy Dale Rudolph, el ayudante del señor Resnick. Metan aquí las armas. Les serán devueltas a la salida.

—No voy armado —dije.

—Muy bien.

Pike metió su 357, una 25, la porra y un cuchillo de combate de doble filo. Rudolph no se inmutó, como si ver a un hombre desprenderse de sus armas fuera una actividad de lo más habitual. Bienvenidos a la vida en el Otro Mundo.

—¿Eso es todo?

—Sí —respondió Pike.

—Muy bien. Pónganse firmes y levanten los brazos, por favor.

Era educado. En Annapolis enseñaban buenos modales. Rudolph nos pasó un detector de metales manual por el cuerpo y luego lo metió en la bolsa.

—Estupendo. Ya estamos listos.

Nos acompañó hasta una oficina espaciosa y bien iluminada que podría haber correspondido a un vendedor de seguros de vida si no hubiera sido por las fotografías de baterías de lanzacohetes, helicópteros artillados de combate rusos y carros blindados. Un hombre de cincuenta años largos con el pelo canoso rapado al estilo militar y la piel áspera rodeó su mesa para presentarse. Debía de ser un almirante o un general retirado con buenos contactos en el Pentágono, como casi todos aquellos sujetos.

—John Resnick. Eso es todo, Dale. Espera fuera, por favor.

—Sí, señor.

Resnick se sentó en el borde de la mesa, pero no nos invitó a acomodarnos.

—¿Quién de los dos es Pike?

—Yo.

Resnick lo miró de arriba abajo.

—Nuestro amigo común habla muy bien de usted. El único motivo por el que he aceptado recibirlo ha sido la garantía que me ha dado.

Pike asintió.

—No me mencionó a otra persona.

Iba a identificarme como el acompañante de Pike, pero a veces tengo destellos de inteligencia y dejé que fuera él quien llevara la batuta.

—Si nuestro amigo común habló bien de mí, no debería haber problema —dijo Pike—. O valgo o no valgo.

Me pareció que a Resnick le gustaba la respuesta.

—Muy bien. A lo mejor alguna vez tendrá oportunidad de demostrar esa valía, pero habrá que dejarlo para más adelante. —Sabía lo que queríamos y fue directo al grano—. Hace un tiempo trabajé en una empresa militar privada de Londres. En una ocasión utilizamos a Fallon, pero no volvería a hacerla. Si lo que pretende es

ofrecerle un trabajo, se lo desaconsejo.

—No queremos ofrecerle nada —intervine—, sólo encontrarlo. Fallon, con la ayuda de al menos un cómplice, ha secuestrado al hijo de mi novia.

Resnick, cuyo ojo izquierdo parpadeó con una tensión imprevista, me observó atentamente como si estuviera decidiendo si sabía de qué estaba hablando, y se irguió un poco.

—¿Mike Fallon está en Los Ángeles?

—Sí —contesté, y repetí—: Ha raptado al hijo de mi novia.

El ojo izquierdo parpadeó más visiblemente y la tensión se extendió por todo el cuerpo de Resnick, que se encogió de hombros y dijo:

—Fallon es un hombre peligroso. Me parece increíble que esté en Los Ángeles o en cualquier otro punto del país, pero si es cierto que ha hecho lo que usted dice, deberían acudir a la policía.

—Ya lo hemos hecho. También están buscándolo.

—Sin los medios de los que dispongo —apuntó Pike—. Usted lo conoce. Lo que esperamos es que sepa cómo llegar hasta él o nos diga quién lo sabe.

Resnick observó a Pike y después se incorporó y rodeó la mesa para sentarse en su sillón. El sol poniente se reflejaba en los coches. Los aviones despegaban de LAX y se dirigían al oeste, rumbo al océano. Resnick se quedó mirándolos.

—De eso hace años. Michael Fallon está acusado de crímenes de guerra por las atrocidades que cometió en Sierra Leona. La última vez que supe algo acerca de él estaba viviendo en Suramérica, en Brasil, creo, o quizás en Colombia. Si supiera cómo encontrarlo, se lo habría dicho al Departamento de Justicia. Me parece increíble que haya tenido cojones para volver a Estados Unidos. —Miró otra vez a Pike—. Si lo encuentra, ¿piensa matarlo?

Lo dijo con la misma naturalidad con que podría haberle preguntado si le gustaba el fútbol.

Pike no contestó, de modo que yo lo hice por él:

—Sí. Si es el precio que nos pide por ayudarnos, sí.

Pike me puso la mano en el brazo. Con un sutil movimiento de la cabeza me indicó que lo dejara.

—Si lo quiere muerto, es hombre muerto —añadí—. Si no, no.

A mí sólo me importa el chico. Para recuperado haría lo que fuera.

Pike volvió a tocarme.

—Me gusta confiar en las reglas, señor Cole —dijo Resnick—. En este mundo en el que nos movemos sólo las reglas nos impiden convertirnos en animales. —Volvió a concentrarse en los aviones. Los contemplaba con aire melancólico, como si en uno de ellos pudiera alejarse de algo de lo que en realidad no podía escapar—. Cuando estaba en Londres contratamos a Mike Fallon. Lo mandamos a Sierra Leona. Su misión consistía en proteger las minas de diamantes que teníamos según un contrato firmado con el Gobierno, pero se pasó a los rebeldes. Aún desconozco el motivo.

Sería el dinero, supongo. Hicieron cosas inimaginables. Si se las contara creerían que me las he inventado.

Le expliqué lo que había visto dentro de la furgoneta. Mientras le describía la escena se volvió hacia mí. Supongo que le sonaba. Meneó la cabeza.

—Un animal asqueroso, eso es lo que es. Ya no puede trabajar de mercenario, con tantas acusaciones pendientes. Nadie le ofrece nada. ¿Creen que ha raptado a ese niño para conseguir un rescate?

—Así me lo parece —respondí—. El padre tiene dinero.

—No sé qué decirles. Como les he contado, la última vez que supe de él estaba en Río, pero ni siquiera puedo confirmarles eso. Debe de haber mucho dinero en juego para que se haya arriesgado a volver.

—Hay un cómplice —observó Pike—. Un negro corpulento con la cara cubierta de heridas o quizá verrugas.

Resnick hizo girar el sillón hasta quedar frente a nosotros y se llevó una mano a la cara.

—¿En la frente y las mejillas?

—Exacto.

Se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en la mesa. Era evidente que había reconocido la descripción.

—Son cicatrices tribales. Uno de los hombres que utilizó Fallon en Sierra Leona era un guerrero benté que se llamaba Mazi Ibo. Tenía esas cicatrices. —Resnick se animaba por momentos—. ¿Hay un tercer hombre?

—No lo sabemos. Es posible.

—A ver. Escúchenme bien. La visita a Los Ángeles empieza a tener sentido. Iba era amigo de otro mercenario llamado Eric Schilling. Hará cosa de un año Schilling se puso en contacto con nosotros. Buscaba trabajo de seguridad. Es de aquí, de Los Ángeles, así que puede que Ibo le haya llamado. A lo mejor conservamos algún dato. —Resnick se colocó ante el ordenador y empezó a teclear para abrir una base de datos.

—¿Tuvo que ver con lo de Sierra Leona?

—Seguramente, pero no se lo ha acusado de nada —respondió Resnick—. Por eso puede seguir trabajando. Era uno de los hombres de Fallon. Por ese motivo me cuadré cuando vino a vemos. Me niego a dar trabajo a ninguno de sus hombres, aunque no tuviesen nada que ver. Sí, aquí está. —Copió la dirección que veía en el ordenador y me entregó el papel—. Tenía una dirección en San Gabriel que le servía para recibir correo. Utilizaba el nombre de Gene Jeanie. Siempre recurren a nombres falsos. No sé si aún funciona, pero es todo lo que tengo.

—¿Tiene un número de teléfono?

—Nunca dan teléfonos. Siempre un apartado postal y un nombre falso. Así consiguen permanecer aislados.

Eché un vistazo a la dirección y se la pasé a Pike. Me temblaban las piernas.

Resnick volvió a rodear la mesa.

—Estamos hablando de gente muy peligrosa —me dijo—. No confunda a estos hombres con el típico delincuente de tres al cuarto. Fallon era el mejor, y él es quien se ha encargado de adiestrar a los otros dos. No hay mejores asesinos.

—Los osos —puntualizó Pike.

Tanto Resnick como yo nos volvimos, pero Pike estaba leyendo la dirección. Resnick me agarró la mano y me la apretó con fuerza. Me miró a los ojos como si estuviera buscando algo.

—¿Cree usted en Dios, señor Cole?

—Cuando tengo miedo.

—Yo rezo todas las noches. Rezo por haber enviado a Mike Fallon a Sierra Leona, porque siempre he creído que parte de su pecado me correspondía a mí. Espero que lo encuentre. Y que ese niño esté sano y salvo.

Vi la desesperación en el rostro de Resnick y la reconocí: era la mía. Seguramente una mariposa nocturna veía lo mismo al mirar una llama. No debería haber preguntado, pero fui incapaz de contenerme:

—¿Qué pasó? ¿Qué hizo Fallon en Sierra Leona?

Resnick se quedó mirándome durante lo que pareció una eternidad y luego, por fin, lo confesó todo.

*Sierra Leona (África). 1995*

*El Jardín de Piedras*

*Aquella mañana Ahbeba Danku oyó los disparos apenas un momento antes de que el niño apareciera corriendo y gritando por el camino que bajaba desde la mina hasta el poblado. Ahbeba era una chica muy guapa. Había cumplido doce años en verano y tenía los pies y las manos largos, y el cuello elegante de una princesa. Su madre aseguraba que, en efecto, era una princesa real de la tribu mende, y rezaba todas las noches para que apareciera un príncipe que se llevara a su primogénita para casarse con ella. La familia podría llegar a exigir seis cabras como dote, según calculaba la madre, y sería tan rica que les permitiría huir de la guerra interminable que sostenían contra el Gobierno los rebeldes del Frente Revolucionario Unido (FRU) por el control de las minas de diamantes.*

*Ahbeba creía que su madre estaba loca de fumar tanto majijo. Era mucho más probable que acabara casándose con uno de los jóvenes mercenarios surafricanos que protegían la mina y el poblado de los rebeldes. Eran chicos fuertes y apuestos que tenían armas y cigarrillos y sonreían descaradamente a las chicas, que, a su vez, coqueteaban con ellos con desvergüenza.*

*Ahbeba pasaba casi todos los días con su madre, sus hermanas y las demás mujeres del poblado al cuidado de una granja de subsistencia llena de piedras, cerca*

del río Pampana. Las mujeres se ocupaban de un pequeño rebaño de cabras y cultivaban ñame y un guisante duro llamado kaiyamientras sus hombres (incluido el padre de Ahbeba) buscaban diamantes en las pendientes de la gravera. Su función era excavar y lavar, y por ello se les pagaba ochenta centavos al día más dos cuencos de arroz aderezado con pimienta y menta y una pequeña comisión por cada diamante que encontrasen. Era un trabajo duro y sucio. Había que sacar grava de las pronunciadas pendientes a golpe de pala y después echarla a unas pequeñas tolvas donde se separaban las piedras según su tamaño, se enjuagaban en busca de oro y se repasaban para ver de encontrar diamantes. Los hombres trabajaban en pantalones cortos o ropa interior durante doce horas diarias, con el polvo que les embadurnaba la piel como única defensa contra el sol y los surafricanos como protección contra los rebeldes. Los príncipes no se prodigaban demasiado. Eran aún más difíciles de encontrar que los diamantes.

Aquella mañana, Ahbeba Danku se había quedado a moler kaiya para preparar la comida mientras sus hermanas atendían la cosecha. No le importaba; cuando trabajaba en el poblado tenía mucho tiempo para chismorrear con su mejor amiga, Ramal Momoh (que tenía dos años más que ella y unos pechos grandes como vejigas llenas de agua), y coquetear con los guardias. Las dos chicas estaban manchadas del azul del kaiya y miraban de reojo al guardia que vigilaba la entrada del poblado. El joven surafricano, que era alto, esbelto y guapo como una mujer, les guiñó un ojo y les hizo señas de que se le acercaran. Ahbeba y Ramal soltaron una risita.

Estaban animándose mutuamente a hacerla («tú», «no, tú»). Cuando por toda la colina resonó una serie de explosiones lejanas.

El guardia se volvió hacia el lugar de donde procedía el ruido, sobresaltado. Ramal se puso en pie de inmediato, volcando la muela.

—Son disparos. En la mina.

Ahbeba había oído a los guardias disparar a las ratas, pero aquello era muy distinto. Las ancianas salieron de sus cabañas y los niños interrumpieron sus juegos. El joven surafricano llamó a un compañero que estaba en el otro extremo del poblado y cogió el fusil que llevaba en bandolera. El miedo se reflejaba en sus ojos.

Los disparos de armas automáticas terminaron tan súbitamente como habían empezado. Y el valle quedó sumido en el silencio.

—¿Por qué han disparado los guardias? ¿Qué sucede?

—No han sido los guardias. ¡Escucha! ¿Lo has oído?

El chillido de un niño llegó hasta el poblado, y después la silueta enflaquecida de una criatura pasó corriendo por entre las cabañas.

Ahbeba reconoció a Julius Saibu Bio, un niño de ocho años que vivía en el extremo norte del poblado.

—¡Es Julius!

El chaval se detuvo. Sollozaba y agitaba las manos como si quisiera soltar algo que le quemaba.

—¡Los rebeldes están matando a los guardias! ¡Han matado a mi padre!

El surafricano corrió hacia Julius, pero a los pocos pasos dio media vuelta para dirigirse hacia los árboles, y en aquel instante un blanco con el pelo del color del fuego salió de entre las hojas y le pegó dos tiros en la cara.

En el poblado estalló el caos. Las mujeres recogían a los niños y se los llevaban en brazos hacia la selva. Las criaturas se echaban a llorar. Ramal salió corriendo.

—¡Ramal! ¿Qué pasa? ¿Qué hacemos?

—¡Corre! ¡Corre! ¡Vamos!

De repente salieron otros dos guardias surafricanos de detrás de las cabañas. El hombre del pelo de fuego hincó una rodilla en tierra y volvió a disparar, tan deprisa que pareció que los disparos eran uno solo. Los dos surafricanos cayeron al suelo.

Ramal se adentró en la selva y desapareció.

Ahbeba echó a correr hacia la cabaña de su familia, pero dio media vuelta y volvió a recoger a Julius.

—¡Ven conmigo, Julius! —exclamó cogiéndolo del brazo—. ¡Tenemos que escondernos!

Un camión de plataforma cargado de hombres entró en el poblado con gran estruendo, haciendo sonar la bocina. Los hombres iban saltando de dos en dos o de tres en tres mientras el camión pasaba a toda prisa entre las cabañas. El hombre de pelo de fuego les gritaba órdenes en krio, el dialecto criollo con gran contenido de inglés que hablaba casi todo el mundo en Sierra Leona.

Los rebeldes disparaban al aire y con las culatas de los fusiles golpeaban a las mujeres y a los niños que huían. Ahbeba cogió a Julius en brazos y se dispuso a escapar, pero a su espalda saltaron más rebeldes del camión. Un adolescente delgadito con un fusil tan grande como él salió de la selva arrastrando a Ramal, la arrojó al suelo y empezó a patearle la espalda. Un hombre que sólo llevaba unos pantalones cortos y un chaleco rosa fluorescente se puso a disparar a los perros del poblado. Cada vez que uno chillaba y empezaba a dar vueltas sobre sí mismo, se echaba a reír.

—¡Diles que paren, diles que paren! —chillaba Julius.

El camión se detuvo dando un patinazo en el centro del poblado, que quedó en su poder con la misma velocidad con que había empezado y terminado el tiroteo en la mina. Los surafricanos estaban muertos. No quedaba nadie para proteger a los pobladores. Ahbeba se dejó caer al suelo sin soltar a Julius. Aquello no podía estar sucediéndole a una princesa que esperaba la llegada de un príncipe.

Un hombre musculoso con gafas de sol y una camiseta de Tupac hecha jirones se encaramó a la plataforma del camión para observar a los habitantes del poblado. Llevaba un collar de huesos que hacía ruido al chocar contra la canana que se había colgado en bandolera. A su lado había otros hombres, uno de ellos con una tira de balas en la frente a modo de cinta para el pelo. Otro vestía una camisa con bolsillos hechos con escrotos de jabalí. Eran guerreros violentos y espantosos, y Ahbeba

estaba aterrorizada.

*El del collar de huesos agitó un fusil negro y resplandeciente.*

*—¡Soy el comandante Blood! ¡Conoceréis mi nombre y lo temeréis! ¡Somos guerreros del FRU y luchamos por la libertad! ¡Vosotros sois traidores al pueblo de Sierra Leona! ¡Buscáis nuestros diamantes para dárselos a gente de fuera que controla el Gobierno títere de Freetown! ¡Vamos a mataros a todos!*

*El comandante Blood disparó por encima de las cabezas de los habitantes del poblado y ordenó a sus hombres que los pusieran a todos en fila para fusilados.*

*El hombre del pelo de fuego y otro blanco aparecieron por detrás del camión. El segundo era más alto y mayor, y llevaba pantalones verde olivo y camiseta negra. Tenía la piel quemada por el sol.*

*—Aquí nadie va a matar a nadie —anunció—. Hay una forma mejor de ocuparnos de esto.*

*Hablaba en krio, como el del pelo de fuego.*

*El comandante Blood, subido al camión, se lanzó como un león hasta el extremo de la plataforma, para quedar muy por encima de ellos. Disparó con rabia y exclamó:*

*—¡Ya he dado la orden! ¡Vamos a matar a estos traidores para que corra la voz por todas las minas de diamantes! ¡Los mineros tienen que tenernos miedo! ¡Ponedles en fila! ¡Ahora mismo!*

*El hombre de la camiseta negra balanceó el brazo como si fuera a dar un puñetazo, agarró al comandante Blood por las piernas y le hizo perder el equilibrio y caer boca arriba. Luego tiró de él para bajarlo al suelo de un golpe y le pateó la cabeza. Tres apasionados guerreros saltaron del camión para auxiliar a su comandante. Ahbeba jamás había visto a ningún hombre luchar tan encarnizadamente ni de forma tan extraña: el alto y el del pelo de fuego tumbaron a los guerreros con tanta rapidez que la lucha terminó en un abrir y cerrar de ojos. Dos hombres habían conseguido derrotar a cuatro. Uno de los guerreros se quedó gritando de dolor; los otros dos estaban inconscientes o muertos.*

*Ramal se acercó a su amiga y le susurró:*

*—Son demonios. ¡Mira, lleva las marcas de los malditos!*

*Mientras el de la camiseta negra agarraba al comandante Blood del cuello, Ahbeba vio que llevaba un triángulo tatuado en la mano. Le entró aún más miedo. Ramal era muy lista y entendía de aquellas cosas.*

*El demonio tiró de Blood hasta ponerlo en pie y después ordenó a los demás que llevaran a los guardias surafricanos asesinados al pozo que había en el centro del poblado. El comandante estaba aturdido y no osó resistirse. El hombre del pelo de fuego habló por una radio pequeña.*

*Ahbeba esperaba con ansiedad lo que fuera a suceder a continuación. Abrazaba a Julius con fuerza e intentaba tranquilizarlo, temerosa de que sus sollozos atrajeran la atención de los rebeldes. En dos ocasiones vio breves oportunidades de huir, pero*



no podía abandonar al chico. Se dijo que era mejor permanecer con el resto de la gente, pues así estarían a salvo.

Mientras los rebeldes iban amontonando los cadáveres de los surafricanos junto al pozo, un segundo camión entró retumbando en el poblado. Estaba abollado y cubierto de polvo negro. Unos guardabarras enormes semejantes a alas cubrían los neumáticos, los faros estaban rotos y torcidos y la rejilla era como la sonrisa de dientes afilados de una hiena; el óxido de aquellos dientes era del color de la sangre seca. Una docena de jóvenes de ojos vidriosos iban acuclillados en él. Muchos llevaban vendajes ensangrentados en la parte superior del brazo, bien apretados. Los que no iban vendados tenían cicatrices dentadas en la misma zona.

Ramal, que había estado en Freetown y sabía de esas cosas, comentó:

—¿Ves lo de los brazos? Les han abierto la piel para meterles cocaína y anfetaminas en las heridas. Lo hacen para volverlos locos.

—¿Por qué?

—Porque así no sienten el dolor y luchan mejor.

Un guerrero alto bajó de un salto del camión y se colocó junto a los dos blancos. Llevaba una túnica de arpillera y pantalones anchos, pero no fue eso lo que llamó la atención de Ahbeba, sino su cara, tan cortada como un diamante pulido. En la parte superior del brazo se veían las mismas cicatrices que presentaban los otros hombres, pero a diferencia de éstos, también tenía la cara marcada; tenía tres cicatrices redondas que parecían ojos en cada mejilla y una tira de bultos similares a lo largo de la frente. En sus ojos resplandecía un calor que Ahbeba no comprendía, pero era de una belleza abrumadora, el hombre más apuesto y espléndido que había visto jamás. Y tenía porte de príncipe o, mejor dicho, de rey.

El hombre de la camisa negra arrastró al comandante Blood hasta el montón de cadáveres desurafricanos.

—Así es cómo se crea miedo —dijo.

Miró al guerrero africano alto, que con un gesto hizo bajar a sus hombres del camión. Saltaron al suelo, aullando como si estuvieran poseídos. No iban armados con escopetas y fusiles como el primer grupo de rebeldes, sino con machetes y hachas oxidados.

Se arremolinaron en torno a los cadáveres de los guardias surafricanos y comenzaron a decapitarlos frenéticamente y a arrojar las cabezas al pozo.

Ahbeba sollozaba y Ramal se tapaba los ojos. A su alrededor, las mujeres, los niños y los ancianos gemían. Ishina Kotay, una mujer fuerte y joven, madre de dos criaturas, que de pequeña había sido igual de rápida que cualquier chico del poblado, se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la selva. El hombre del pelo de fuego le pegó un tiro por la espalda.

Ahbeba notó que se mareaba, como si hubiera fumado majijo. Perdió la noción de lo que estaba sucediendo y vomitó. El mundo se convirtió en algo pequeño y confuso, con espacios vacíos entre momentos de tremenda claridad. El día había

empezado con un desayuno de pasteles mientras los primeros rayos de sol acariciaban la sierra que dominaba el poblado. Su madre le había hablado de príncipes.

El comandante Blood disparó al aire y empezó a dar saltos y a aullar como los rebeldes. Los demás hombres también se pusieron a dar saltos, exaltados por la actividad fabril.

—¡Ahora ya conocéis la ira del FRU! ¡Éste es el precio que pagáis por desafiarnos! ¡Vamos a llenar el pozo con vuestras cabezas!

El demonio blanco y el guerrero alto cubierto de cicatrices se volvieron y se quedaron mirando a los habitantes del poblado, que permanecían apiñados. Ahbeba notó que sus ojos recorrían su cuerpo como si pesaran.

El demonio blanco meneó la cabeza.

—Deja de saltar de un lado a otro como un mono. Si matas a esta gente, nadie se enterará de lo que ha sucedido aquí. Sólo los vivos pueden tenerte miedo. ¿Lo comprendes?

El comandante Blood dejó de brincar.

—Por eso hay que dejar a gente con vida.

—Exacto. Hay que dejar algo que asuste mortalmente a los demás mineros. Hay que dejar algo que tus enemigos no puedan negar.

El comandante Blood se acercó a los cuerpos decapitados de los guardias surafricanos.

—¿Qué sería más terrible que lo que acabamos de hacer?

—Esto.

El demonio blanco habló con el guerrero de las cicatrices en un idioma que Ahbeba no comprendía, y de inmediato los rebeldes enloquecidos por las drogas se abalanzaron contra la gente con las hachas y los machetes y cortaron las manos de todos los hombres, las mujeres y los niños del poblado.

Dejaron con vida a Ahbeba Danku y a los demás para que pudieran contar su historia.

# **CUARTA PARTE**

## **EL ÚLTIMO DETECTIVE**

*Tiempo desde la desaparición: 49 horas, 38 minutos*

Llamé a Starkey desde el aparcamiento mientras Pike telefoneaba a información de San Gabriel. Contestó a la sexta llamada.

—Tengo dos nombres más para el boletín de alerta —dije—. ¿Seguís en el río?

—Con el numerito que tenemos aquí yo creo que no nos movemos en toda la noche. Espera, que voy a sacar un bolígrafo.

—El tío que vio la señora Luna con Fallon se llama Mazi Ibo. —Se lo deletreé—. Colaboró con Fallon en África.

—¿Cómo lo sabes?

—Pike ha encontrado a alguien que ha reconocido la descripción. En el SNTFO puedes conseguir una foto para que la señora Luna lo identifique. ¿Richard ha admitido lo del rescate?

—Sigue negándolo todo. Se largaron hará una hora, pero me parece que has dado en el clavo, Cole. El pobre tío estaba acojonado.

Pike bajó el teléfono y meneó la cabeza. Schilling no aparecía en el listín.

—Vale, te doy el otro nombre. No sé si guarda alguna relación con esto, pero puede que esté en contacto con ellos.

Le di el nombre de Schilling y le expliqué qué relación tenía con Ibo y Fallon.

—Espera. Voy al coche por la radio. Quiero incluir todo esto en el boletín de alerta.

—Tiene un apartado postal en San Gabriel. Acabamos de llamar a información de allí, pero su nombre no aparece. ¿Puedes encargarte tú?

—Sí. No cuelgues.

Pike me observó mientras esperaba al teléfono y al cabo de unos instantes volvió a negar con la cabeza.

—No aparecerá con ningún nombre que conozcamos.

—Nunca se sabe. Podríamos tener suerte.

Pike leyó atentamente la dirección del apartado postal y después jugueteó con el papel, pensativo. Levantó la vista cuando Starkey volvía a ponerse al aparato.

—Por Eric Schilling no viene nada. Dame la dirección.

Le hice un gesto a Pike para que me diera el papel, pero se lo metió en el bolsillo, me arrebató el teléfono y lo apagó.

—Pero ¿qué haces?

—En la oficina postal habrá un contrato de cliente, pero Starkey necesitará una orden judicial para conseguirlo. A la hora que llegue toda esa gente el sitio ya estará cerrado. Habrá que buscar al dueño y esperar a que se presente. Tardarán una

eternidad. Nosotros podemos hacerla más deprisa.

Comprendí lo que proponía Pike y acepté sin demora, como si fuese evidente que era lo más indicado y no hubiera lugar a debate. Yo había superado ya la etapa de las dudas y de la reflexión. Sólo funcionaba con la tecla de avance. Sólo funcionaba con la idea de encontrar a Ben.

Pike subió a su todo terreno y yo a mi coche, con la cabeza llena de las atrocidades que nos había contado Resnick. Seguía oyendo el zumbido de las moscas dentro de la furgoneta y notaba cómo se me estrellaban contra la cara borrachas de sangre. Me di cuenta de que no tenía la pistola encima. Estaba dentro de mi caja fuerte, a buen recaudo, porque Ben había ido a pasar unos días conmigo. De repente sentí una tremenda necesidad de llevar un arma.

—Joe —dije—. Me he dejado la pistola en casa.

Pike abrió la puerta delantera derecha de su coche y buscó algo debajo del salpicadero. Cogió un objeto negro y se me acercó con él pegado al muslo y cubierto con la mano para que no lo viera nadie que pasase por allí. Me lo entregó y regresó a su vehículo. Era una Sig Sauer de nueve milímetros metida en una funda negra de las que se cuelgan del cinturón. Me la coloqué en la cadera derecha, por debajo de la camiseta. Me había equivocado: no me daba sensación de seguridad.

La interestatal 10 recorría Los Ángeles de un extremo a otro como una goma elástica tensada al máximo; iba del mar al desierto y seguía avanzando. El tráfico era intenso, pero condujimos deprisa sirviéndonos del claxon y recorrimos la mitad del camino por el arcén.

La oficina postal de Eric Schilling correspondía a una empresa privada que se llamaba Stars & Stripes Mail Boxes y estaba en un centro comercial al aire libre de una zona de San Gabriel cuyos habitantes eran en su mayoría de ascendencia china. Había tres restaurantes chinos, una farmacia, una tienda de animales y la oficina postal. El aparcamiento estaba hasta los topes, lleno de familias que iban a cenar en los restaurantes o que se habían entretenido ante la tienda de animales. Pike y yo aparcamos en la calle de al lado y fuimos andando hasta la oficina. Estaba cerrado.

Stars & Stripes era un local a pie de calle que daba a la parte delantera del centro comercial y estaba flanqueado por una tienda de animales y una farmacia. A lo largo del escaparate y de la puerta había una alarma de infrarrojos. En el interior se veían los buzones empotrados en la pared. Un mostrador separaba esa parte de la de atrás. El propietario había colocado una pesada cortina metálica a lo largo del mostrador para dividir el local en dos. Fuera del horario comercial, los clientes podían entrar a retirar el correo, pero nadie podía pasar a la parte de atrás para robar los sellos y los paquetes. La valla parecía muy resistente, capaz de servir de jaula a un rinoceronte.

El buzón de Schilling era, o había sido, el 205. No teníamos modo de saber si aún lo alquilaba a menos que entrásemos. Desde fuera lo distinguí, pero no veía con claridad si contenía correo o no. La imaginación me decía que dentro era muy probable que hubiese un mapa del tesoro que condujera hasta Ben Chenier.

—Los contratos de alquiler deben de estar en la oficina —observó Pike—. Tal vez resulte más fácil entrar por detrás.

Rodeamos el centro comercial hasta llegar al callejón que discurría paralelo a él por detrás. Allí había más coches aparcados, junto con contenedores de basuras y las puertas traseras de los locales. La de uno de los restaurantes estaba abierta, y allí se habían sentado sobre cajas de embalaje dos hombres vestidos con delantal blanco. Estaban pelando patatas y zanahorias que iban echando en un gran cuenco metálico.

En todas las puertas estaban pintados los nombres de los locales correspondientes, junto con advertencias del tipo «PROHIBIDA LA ENTRADA» O «ESTACIONAMIENTO SÓLO PARA DESCARGA». Encontramos la de Star & Stripes Mail Boxes. Estaba forrada de acero y tenía dos cerraduras industriales. Los goznes también eran muy resistentes. Para arrancarlos de la pared habrían hecho falta cadenas y un camión.

—¿Puedes abrirla? —preguntó Pike.

—Sí, pero tardaría. Estas cerraduras están hechas para que resulte imposible forzarlas, y además tenemos a esos tíos ahí.

Miramos a los dos hombres, que hacían un gran esfuerzo para no fijarse en nosotros. Sería más rápido entrar por delante.

Volvimos al aparcamiento. Ante la tienda de animales había una familia china con dos niños pequeños contemplando los perros y los gatos. El padre sostenía al hijo menor en brazos y señalaba uno de los cachorros.

—¿Y ése? —decía—. ¿Ves cómo juega? El de la mancha en el hocico.

La madre me sonrió cuando pasamos y yo también sonreí. Todo era tan educado y tan pacífico. Todo tan normal.

Fuimos hasta la puerta de cristal. Podíamos aguardar a que llegase alguien a recoger el correo y entrar con él, pero ni nos planteamos quedarnos por allí un par de horas. Si hubiéramos querido esperar hasta la medianoche podíamos haber hecho que Starkey pidiera una orden judicial e hiciera que el propietario se presentara allí para abrir.

—Cuando rompamos la puerta —dije— sonará la alarma de la tienda. Es probable que también se dispare en una empresa de seguridad y que desde allí llamen a la policía. Tenemos que reventar su buzón, meternos en la oficina y registrarla. Nos va a ver toda esta gente del aparcamiento y seguro que alguien llama a la policía. No contaremos con mucho tiempo. Habrá que salir pitando. Seguramente verán los números de las matrículas.

—¿Estás intentando disuadirme?

El cielo de la tarde había oscurecido hasta quedar de un azul intenso y seguía apagándose, pero las farolas aún no estaban encendidas. Las familias paseaban por el camino que discurría por delante de todos los locales. Salían de los restaurantes o esperaban a que los llamaran para decirles que su mesa estaba lista. De la farmacia salió un anciano renqueando. Algunos coches recorrían lentamente el aparcamiento

en busca de un sitio. Y allí estábamos nosotros, a punto de asaltar el negocio de un ciudadano honrado. Íbamos a provocar daños, y eso habría que pagarlo. Íbamos a violar los derechos de sus clientes, y eso era algo que no podía pagarse. E íbamos a dar un susto de muerte a toda aquella gente, que acabaría testificando contra nosotros si terminábamos yendo a juicio.

—Sí, me parece que sí. Deja que de esta parte me encargue yo. ¿Por qué no esperas en el coche?

—Eso puede hacerlo cualquiera. No es mi estilo.

—No, supongo que no. Vamos a dejarlos en el callejón. Entramos por aquí, pero salimos por detrás.

Aparcamos delante de la salida trasera y volvimos a rodear el edificio a pie. Pike llevaba una palanca y yo un destornillador plano y el cric que había sacado del maletero.

La familia que estaba junto a la tienda de animales se había colocado justo delante de Stars & Strip es Mail Boxes. Los padres intentaban decidir en qué restaurante encontrarían mesa antes, teniendo en cuenta que iban con dos niños.

—Están demasiado cerca de la puerta —les dije—. Apártense, por favor.

—Perdone, ¿qué dice? —preguntó la mujer.

Señalé la puerta con el cric.

—Van a saltar cristales. Apártense.

Pike se colocó pegado al marido, como una sombra imponente.

—Fuera de aquí —masculló.

De repente comprendieron lo que iba a suceder y se alejaron a toda prisa tirando de los niños y hablando en chino.

Arremetí contra la puerta con el cric e hice añicos el cristal. Se disparó la alarma, un zumbido atronador y constante que resonaba en todo el aparcamiento y en el cruce como la sirena de un bombardeo aéreo. La gente que estaba junto a los coches y en la acera se volvió hacia el origen del ruido. A golpes retiré los restos de cristal del marco de la puerta y entré. Algún objeto afilado me arañó la espalda. Cayeron más cristales y Pike entró detrás de mí.

Él se fue hacia la cortina metálica y yo me dirigí a los buzones. Eran de construcción muy sólida, con puertas de bronce empotradas en estructuras metálicas. En cada uno había una ventanita de cristal para ver si había correo y una cerradura reforzada. El de Schilling estaba repleto de cartas.

Introduje la hoja del destornillador por debajo de la puerta y la abrí haciendo palanca con el cric. Ninguna de las cartas estaba dirigida a Eric Schilling ni a Gene Jeanie, todas eran para Eric Shear.

—Es suyo. Se hace llamar Eric Shear.

La alarma hacía tanto ruido que tuve que decirlo a gritos. Me guardé las cartas en los bolsillos y fui corriendo a ayudar a Pike.

La cortina metálica iba metida en unas guías clavadas al techo y al suelo, para que

nadie pudiera pasar por arriba ni por debajo, y se extendía entre dos tubos metálicos anclados a las paredes. Con la palanca y el cric arrancamos trozos de la pared por debajo de uno de los tubos y después lo soltamos de la pared haciendo fuerza. Se dobló formando un ángulo extraño y lo apartamos.

—¡Eh, mirad eso! —gritó alguien fuera.

La gente estaba aglomerándose en el aparcamiento. Se agazapaban detrás de los coches o se reunían en pequeños grupos. Señalaban la tienda y estiraban el cuello para ver qué hacíamos. Dos hombres miraron boquiabiertos los restos de la puerta de cristal y se marcharon a toda prisa. No sabía cuánto tiempo llevábamos dentro, pero no podía ser mucho: cuarenta segundos, un minuto, quizá la alarma era tan ensordecedora que no sólo costaba concentrarse sino que nos impediría oír las sirenas cuando se acercaran.

Apartamos la cortina metálica, que estaba medio caída, y entramos en la oficina. En el suelo había montañas de paquetes y colgada del techo vi una enorme bolsa de piececitas de espuma de poliestireno de las que se utilizan en embalajes. En un rincón había un archivador y junto a éste una mesita cubierta de correo sin clasificar y recibos de UPS. Pike fue hasta la puerta trasera mientras yo me ocupaba del archivador.

Me gritó, lo bastante fuerte para que le oyera a pesar de la alarma, que teníamos la salida asegurada.

—Todo bien. Las cerraduras saltarán sólo con hacer palanca.

Abrí el primer cajón del archivador creyendo que me encontraría carpetas repletas de papeles, pero estaba lleno de material de oficina. Seguí con los dos siguientes, que contenían lo mismo. Pike miró por la puerta trasera para ver si se acercaba alguien. Se nos acababa el tiempo.

—Más de prisa.

—Estoy buscando.

Repasé los papeles, las revistas y los sobres esparcidos por la mesa y abrí el cajón de ésta. Era lo único que quedaba. Tenían que estar dentro los contratos de alquiler de los apartados postales, pero sólo encontré documentación de los pedidos de servicios y suministros que necesitaba Star & Stripes para funcionar; no había nada que tuviera relación con los buzones ni con los clientes que los alquilaban.

Pike me dio unos golpecitos en la espalda y miró hacia el aparcamiento.

—Tenemos un problema.

En el aparcamiento había un hombre obeso vestido con un polo amarillo y rodeado por varias personas que nos señalaban. La camisa le iba demasiado pequeña, por lo que la barriga le sobresalía por encima del cinturón como una bolsa de plástico rellena de mermelada. Llevaba la palabra «seguridad» pintada en la pechera, como si fuera una chapa. Tenía una pistola dentro de una funda de nailon negro colgada de la cadera derecha. Le sobresalían tanto los michelines que el arma quedaba casi oculta. Avanzaba con la mano en la pistolera. Tenía cara de miedo.



—Joder, ¿de dónde ha salido ése? —grité.

—Sigue buscando.

Pike pasó por mi lado, pistola en mano. Lo cogí del brazo.

—No, Joe.

—No voy a hacerle daño. Sigue buscando.

El guardia se arrodilló detrás de un coche y miró por encima del maletero. Pike se fue hasta la puerta, de modo que el guardia pudiera verlo. Eso bastó. El pobre hombre se tiró al suelo y se acurrucó detrás de la rueda. Al menos no empezó a pegar tiros. Cuando a uno le pagan el salario mínimo conviene ser discretamente valiente.

Pike y yo oímos las sirenas a la vez. Me hizo un gesto y agité la mano. Se nos había acabado el tiempo.

—Vámonos.

—¿Lo has encontrado?

—No.

Volvió a cruzar la oficina hasta la puerta trasera.

—Sigue buscando. Aún tenemos unos segundos.

—Desde la cárcel no podremos encontrarlo.

—Sigue buscando.

Y entonces fue cuando vi la caja de cartón marrón debajo de la mesa. Era del tamaño justo para almacenar carpetas. La saqué de allí abajo y la coloqué encima de la mesa. Estaba llena de carpetas numeradas del 1 al 600, y me di cuenta de que cada una correspondía a un buzón. Extraje la del 20S.

—¡Ya está! ¡Vamos!

Pike abrió la puerta de golpe. Fuera el aire era fresco y la alarma no se oía tanto. Los dos hombres que pelaban patatas gritaron algo hacia la cocina al vernos, y cuando ya nos íbamos salieron dos de sus compañeros. Metimos los coches por una calle de servicio situada tras un multicine que estaba a ocho calles de allí y repasamos la carpeta. Contenía el contrato de alquiler de Eric Shear. En él aparecían un teléfono y su dirección.

*Tiempo desde la desaparición: 50 horas, 37 minutos*

Eric Shear vivía en un edificio de cuatro plantas llamado Casitas Arms, situado en el extremo occidental de San Gabriel. Estaba a menos de diez minutos de la oficina postal. Era un edificio voluminoso, de los que tenían un centenar de pisos organizados en torno a un atrio central y se publicitaban como «viviendas de lujo con vigilancia». En esos sitios es muy fácil entrar sin invitación.

Aparcamos en una zona donde estaba prohibido hacerla, al lado de la calle, y Pike subió a mi coche. Al encender el teléfono me encontré con tres mensajes de Starkey, pero no hice caso. ¿Qué podía decirle, que el próximo boletín de alerta que recibiera

sería sobre mí? Marqué el número de Schilling. A la segunda llamada se escuchó un contestador automático con una voz masculina: «Habla después de la señal».

Colgué y se lo conté a Pike.

—Vamos a ver —propuso.

Se llevó la palanca. Caminamos pegados a la pared del edificio hasta encontrar unas escaleras externas que podían utilizar los residentes en lugar de los ascensores del vestíbulo. Para acceder a ellas había que abrir una reja cerrada con llave, pero Pike metió la palanca por entre las barras e hizo saltar la cerradura. El piso de Eric Shear era el 313. El edificio estaba estructurado en torno a un patio central con largos pasillos de los que salían otros más cortos, formando una T. El 313 estaba en el otro extremo.

Hacía poco que había anochecido. De los distintos pisos surgían los olores de las cocinas, música y alguna que otra voz. Oí una risa de mujer. Todas aquellas personas vivían sus vidas tan tranquilamente, sin saber que Eric Shear era en realidad Eric Schilling. Seguramente le sonreían en el ascensor o lo saludaban en el garaje. Y en ningún momento se imaginaban a qué se dedicaba o lo que había sido capaz de hacer.

Seguimos por el pasillo hasta unos cuantos ascensores que dejamos atrás hasta llegar a una bifurcación en forma de T. En la pared de delante unas flechas indicaban los números de los pisos de la izquierda y de la derecha. El 313 estaba a nuestra izquierda.

—Atención —advertí.

Me acerqué a la esquina y asomé la cabeza al pasillo de al lado. El 313 estaba al final, ante una salida de emergencia que seguramente daba a unas escaleras como las que acabábamos de utilizar para subir. Había dos papeles doblados metidos en la ranura de la puerta de Schilling unos centímetros por encima de la cerradura.

Pike y yo recorrimos el pasillo y nos colocamos uno a cada lado de la puerta. Aguzamos el oído. El piso de Schilling estaba en silencio. Los papeles eran avisos que recordaban a los inquilinos que el alquiler se pagaba el primero de mes y que el jueves anterior iba a cortarse el suministro de agua durante dos horas.

—Hace tiempo que no pasa por casa —comentó Pike.

Si las notas se habían dejado allí en las fechas que aparecían indicadas, nadie había entrado en casa de Schilling ni salido de ella desde hacía más de seis días.

Coloqué el dedo delante de la mirilla y llamé con los nudillos. Nadie contestó. Volví a llamar y después saqué la pistola y la sostuve con el brazo estirado, pegado a la pierna.

—Abre —ordené.

Pike metió la palanca entre la puerta y la jamba e hizo presión.

El marco cedió con un sonoro crujido y me metí en un gran salón apuntando hacia adelante con la pistola. Al otro lado de la sala había una cocina y un espacio con una mesa de comedor. A nuestra izquierda vimos un pasillo al que daban tres puertas. La única luz procedía de una lámpara de techo colocada en el vestíbulo. Pike fue hasta la

cocina en un par de zancadas y después se colocó detrás de mí en el pasillo. Registramos todas las habitaciones para asegurarnos de que el piso estaba vacío.

—¿Joe?

—No hay nadie.

Volvimos al vestíbulo a cerrar la puerta y encendimos más luces. En el salón casi no había muebles, sólo un sofá de piel, una mesa y un enorme televisor Sony en el rincón opuesto al del sofá. El piso tenía tan pocas cosas que saltaba a la vista que era un lugar de paso, como si Schilling fuese a abandonarlo de un momento a otro, sin dejar nada tras de sí. Era más un campamento que una casa. En la barra que separaba la cocina del salón había un teléfono inalámbrico pequeño, pero sin contestador automático. Fue lo primero que busqué, pensando que podríamos encontrar algún mensaje que nos sirviera.

—Debe de tener el contestador por ahí atrás.

Pike volvió hacia el pasillo.

—Lo he visto en el dormitorio. Me ocupo de eso y tú mira por aquí.

En la cocina había tantas botellas de Corona y de Orangina que parecía imposible que se las hubiera bebido una sola persona. También había platos sucios amontonados en el fregadero y el cubo de la basura repleto de cajas de comida para llevar. Llevaban tanto tiempo allí que olían a rancio. Vacié el contenido en el suelo y busqué los tiques de la compra. El más reciente era de hacía seis días. Los pedidos eran abundantes, excesivos para un hombre solo pero suficientes para tres.

—Han estado aquí, Joe.

—Ya lo sé. Ven a ver esto —me gritó desde el dormitorio. Pike estaba de rodillas ante un futón arrugado, que era lo único que podía formar parte de un hipotético mobiliario en aquella habitación. La puerta del armario empotrado estaba abierta; dentro no había casi nada. En el suelo, formando un montón, vi unas cuantas camisetas y ropa interior sucia. Como el resto del piso, el dormitorio de Schilling daba sensación de vacío, como si fuera un escondite más que una casa. En el suelo, junto al futón, había un radiodespertador y un segundo teléfono inalámbrico digital con un contestador incorporado a la base.

—¿Has encontrado algún mensaje?

—No hay nada. Sí que tiene algunas cartas, pero antes de mirarlas te he llamado.

Se puso a observar una hilera de fotografías colgadas con chinchetas en la pared, encima de la cama. Eran imágenes de muertos. Se trataba de gente de distintas razas. Algunos llevaban los restos hechos jirones de algún uniforme, mientras que otros estaban completamente desnudos. Habían muerto a tiros o destrozados por explosiones, aunque uno presentaba unas quemaduras horribles. En varias de las fotografías un pelirrojo que sonreía como un chico típicamente americano pero loco de atar posaba junto a los cadáveres. En dos de ellas un negro alto con marcas en la cara aparecía a su lado.

Pike dio unos golpecitos en una de ellas.

—Ibo. El pelirrojo debe de ser Schilling. Estas fotos no son sólo de Sierra Leona. Mira las víctimas. Esto podría ser Centroamérica. Y esto Bosnia.

En una de las fotografías el pelirrojo aparecía sosteniendo un brazo humano por el dedo meñique como si se tratara de un trofeo. Me entraron arcadas.

—Se han vuelto locos.

Pike asintió.

—Es lo que ha dicho Resnick: han prescindido de las reglas. Se han convertido en otra cosa.

—No veo a nadie que pueda ser Fallon.

—Fallon era de la Delta. Aunque esté loco, será lo bastante inteligente como para no dejar que le hagan fotos.

Me volví.

—Vamos a ver el correo —dije.

Pike había encontrado un montón de cartas sujetas con una goma elástica. Todas ellas estaban dirigidas a Eric Shear, a la dirección del apartado postal, y contenían extractos bancarios en los que aparecía un saldo de 6.123,18 dólares, cheques cancelados y las facturas telefónicas de los últimos dos meses. Casi todas las llamadas realizadas eran a números de la zona de Los Ángeles, pero había seis que destacaban como si estuvieran escritas con tinta fluorescente. Hacía tres semanas, Eric Schilling había llamado a un número internacional, de la ciudad salvadoreña de San Miguel, seis veces en cuatro días.

Miré a Pike.

—¿Crees que será Fallon? Según Resnick estaba en Latinoamérica.

—Márcalo y lo veremos.

Cogí el teléfono de Schilling, lo observé bien y apreté el botón de rellamada. Empezó a sonar, pero contestó una chica dicharachera que dijo el nombre de una pizzería. Colgué y seguí estudiando el aparato. A veces los teléfonos digitales almacenaban las llamadas salientes y entrantes, pero el de Schilling no lo hacía. Marqué el número de El Salvador que aparecía en su factura. La conexión internacional produjo un silbido lejano al rebotar en el satélite y después escuché la primera llamada. Hubo una segunda, tras la cual se conectó una grabación. «Ya sabes de qué va esto. Dime algo».

Sentí el mismo hormigueo helado que me había invadido aquel primer día en la ladera de mi casa, pero con una rabia que bullía a su alrededor como una niebla. Colgué. Era el hombre que me había llamado la noche en que habían secuestrado a Ben, el que había dejado su voz grabada en la cinta de Lucy.

—Tiene que ser él. Reconozco la voz.

Pike torció la boca.

—Starkey se va a quedar encantada. Va a empapelar a un criminal de guerra.

Volví a observar las fotografías. Jamás había visto a Schilling ni a ninguna de las personas que aparecían en ellas, tampoco a Fallon. Nadie tenía nada que ver

conmigo; no tenían ningún motivo para estar en Los Ángeles ni para saber nada de mí. Había miles de niños con padres más ricos que Richard, pero habían secuestrado a Ben. Habían intentado que pareciera que el móvil era vengarse de mí, pero luego, casi con toda seguridad, habían empezado a extorsionar a Richard para sacarle un rescate, aunque él lo negara. Invariablemente, los secuestradores prohíben acudir a la policía, y el miedo de Richard era comprensible, pero se trataba de lo único que tenía sentido. Las piezas del rompecabezas no encajaban; era como si correspondiesen a *puzzles* distintos y, por mucho que intentase reconstruir la imagen que debían formar, me resultaba imposible.

Le dimos la vuelta al futón y miramos entre las sábanas, pero no encontramos nada más. Me metí en el baño. Había un montón de revistas junto al inodoro. La papelera estaba llena a rebosar de pañuelos de papel, bastoncitos para las orejas y tubos de papel higiénico de cartón, pero sobresalían varias hojas blancas. La volqué. Cayó al suelo una fotocopia de mi expediente 201.

—Joe. Schilling tiene mi ficha.

Pike se colocó a mi lado. Repasé las páginas con una sensación de atontamiento que enlentecía mis movimientos. Después se las pasé a Joe.

—Las dos únicas personas que tenían copia de esto eran Starkey y Myers, que consiguió que un juez de Nueva Orleans pidiera mi ficha para Richard. Nadie más podía tenerla.

Las piezas del rompecabezas iban encajando como hojas que se posaban en el fondo de una piscina. La imagen que formaban era borrosa, pero empezaba a cobrar forma.

Pike echó un vistazo a los papeles que le daba.

—¿Myers la tenía?

—Sí. Myers y Starkey.

Pike inclinó la cabeza. Se le ensombreció el gesto.

—¿Y cómo iba a conocerlos Myers?

—Myers lleva la seguridad de la empresa de Richard. Resnick ha dicho que Schilling lo llamó porque estaba buscando un trabajito. A lo mejor se lo dio Myers. Si conocía a Schilling, puede que los otros hayan llegado a esto a través de él.

Pike volvió a mirar los papeles y luego meneó la cabeza. Seguía sin comprender.

—Pero, a ver, ¿por qué iba Myers a darles tu ficha?

—A lo mejor el rapto de Ben fue idea suya.

—¡Joder!

—Myers podía enterarse de cualquier cosa de la vida de Richard. Había oído hablar de lo mío con Lucy y sabía que Ben y ella estaban aquí, y que Richard estaba preocupado. Fallon y Schilling no podían haber sabido nada de eso, pero Myers estaba al corriente de todo. Seguro que Richard se pasaba el día quejándose del peligro que corrían por estar conmigo, así que tal vez a Myers se le ocurrió que podía aprovechar la paranoia de Richard para sacarle dinero.

—Montar un secuestro y luego controlar la jugada desde dentro para conseguir que pague.

—Exacto.

Pike volvió a menear la cabeza.

—No se sostiene demasiado bien.

—¿Cómo iban a conseguir mi ficha, si no? Y ¿por qué elegir a Ben como víctima y hacer ver que yo era el motivo de todo?

—¿Vas a llamar a Starkey?

—¿Qué iba a contarle? ¿Y qué haría ella? Myers no lo reconocerá a no ser que tengamos pruebas.

Regresamos al dormitorio y volvimos a repasar las facturas telefónicas de Schilling para ver si había llamado a Luisiana, pero no aparecía ningún número de fuera de Los Ángeles, excepto el de El Salvador. Registramos otra vez el piso. Miramos todo lo que se nos ocurrió en busca de algo que conectara a Schilling con Myers o viceversa, hasta que ya no tuvimos dónde buscar. Seguíamos sin tener nada. Entonces se me ocurrió otro lugar en el que investigar.

—Tenemos que entrar en la oficina de Myers —propuse—. Vamos.

Corrí hasta la puerta, pero Pike no me siguió. Se quedó mirándome como si me hubiera vuelto loco.

—¿Qué te pasa? La oficina de Myers está en Nueva Orleans.

—Puede hacerlo Lucy. Puede registrar su oficina desde aquí.

Se lo expliqué mientras corríamos hacia los coches.

*Tiempo desde la desaparición: 51 horas, 36 minutos*

Lucy se me quedó mirando sin acabar de abrir la puerta, como si estuviera escondiéndose. Su cara quedaba oculta por una sombra que no sólo tenía que ver con la falta de iluminación; en cuanto la vi me di cuenta de que le habían contado lo de DeNice.

—Uno de los detectives de Richard... —empezó.

—Ya lo sé. Joe está abajo. Déjame pasar, Luce. Tengo que hablar contigo.

Abrí la puerta con delicadeza y entré sin esperar a que me lo pidiera. Tenía el teléfono en la mano. Me imaginé que no lo había soltado desde la noche anterior.

Se la veía aturdida, como si el peso de aquella tortura le hubiera arrancado todas las fuerzas. Se dirigió hasta el sofá igual que una sonámbula.

—Lo han decapitado —balbuceó—. Un inspector de policía me ha dicho que habían dejado una zapatilla de Ben en medio de un charco de sangre.

—Vamos a darle caza, Luce. Lo encontraremos. ¿Has hablado con Lucas o con Starkey?

—Han venido hace un rato. Ellos dos y el otro inspector.

—Tims.

—Me han contado lo de la furgoneta. Me han dicho que iba a salir en las noticias y que no querían que me enterase así. Me han preguntado otra vez por Fallon y por otros dos hombres, un africano y un tal Schilling. Tenían fotos.

—¿Y Richard? ¿Han dicho algo de Richard?

—¿Por qué iban a mencionar a Richard?

—¿Has hablado con él esta noche?

—Lo he llamado varias veces, pero no lo he encontrado y ya no he sabido nada de él —explicó. Me miró intrigada y añadió en tono de preocupación—: ¿Por qué iban a decirme nada de Richard? ¿Es que también le ha pasado algo?

—Creemos que Fallon puede haberse puesto en contacto con Richard para pedirle un rescate. Ése es seguramente el motivo por el que le hizo todo eso a DeNice, para asustar a Richard y conseguir que pagara.

—Eso no me lo han dicho. —Lucy frunció aún más el entrecejo y meneó la cabeza—. Richard tampoco me ha dicho nada.

—Si Fallon ha conseguido asustarlo lo suficiente habrá conseguido que mantenga la boca cerrada. Y me parece que lo ha asustado mucho. La verdad es que nos ha metido el miedo en el cuerpo a todos. Mira, Lucy, tengo la teoría de que Myers está metido en esto. Por eso han raptado a Ben y por eso sabían tantas cosas sobre mí. A través de Myers.

—Pero ¿por qué...?

Le puse la copia de mi 201 en las manos. Lo miró sin comprender.

—Éste es mi historial militar. Es privado. El ejército no se lo da a nadie a menos que lo solicite yo mismo o que lo haga un juez. Sólo han enviado dos copias de este documento, Lucy, una a Starkey luego de que hubiese empezado la investigación, y la otra hace tres meses a un juez de Nueva Orleans que se la dio a Leland Myers.

Lucy hojeó mi historial. Por la mala cara que puso me di cuenta de que se acordaba del episodio de la sala de interrogatorios.

—Richard te ha investigado.

—Myers es su jefe de seguridad, así que debió de encargarse él. También se ocupa de la seguridad de las instalaciones de Richard en el extranjero. Hoy he hablado con un hombre que me ha contado que Schilling buscaba trabajo de seguridad en Centroamérica.

—Richard tiene intereses en El Salvador. —Levantó la vista. Ya no parecía aturdida, sino furiosa—. ¿Quién era el juez de Nueva Orleans?

—Rulon Lester. ¿Lo conoces?

Lo pensó, intentando ubicar el nombre, y después negó con la cabeza.

—No, me parece que no.

—He hablado con su secretaria. Le envió mi historial a Myers, que se quedó con una de las dos únicas copias que ha mandado el ejército. Joe y yo encontramos ésta en un piso de San Gabriel que Eric Schilling tiene alquilado. Ha hecho al menos seis llamadas a un número de teléfono de San Miguel, en El Salvador, que corresponde a Michael Fallon. El de tu contestador es Fallon, Lucy. He llamado a ese número y he reconocido la voz.

Saqué las facturas telefónicas de Schilling y le señalé las llamadas a El Salvador. Miró el número y llamó con su teléfono. La observé mientras se establecía la conexión. La observé mientras escuchaba. Se le mudó el gesto cuando oyó aquella voz, y después apretó con rabia el aparato para colgar. Lo estrelló contra el brazo del sofá. No impedí que lo hiciese. Esperé.

—Sólo pueden haber conseguido mi 201 a través de Myers, que probablemente fue quien ideó todo y después los reclutó a ellos. Raptaron a Ben cuando estaba conmigo para montar una tapadera que Richard se creería a pie juntillas. Seguro que Myers lo convenció de que se viniera a Los Ángeles con sus propios hombres para buscar a Ben. Así él podía organizarlo todo desde dentro y controlar las reacciones de Richard. Era el hombre fuerte de éste en la investigación y podía hacerle llegar la petición de rescate y animarlo a pagarla.

Lucy me miraba sin pestañear.

—Richard está en el hotel Beverly Hills. Vamos a verlo.

No me moví.

—¿Para decirle qué? Tenemos el historial, pero no podemos demostrar que Myers los conozca. Si no conseguimos nada definitivo, lo negará todo y nos quedaremos



atascados. Si se entera de que lo sabemos sólo le quedará la opción de deshacerse de lo que pueda incriminarlo.

Deshacerse de Ben.

Lucy se dejó caer en el sofá.

—Has venido a que te ayude —dijo—. Ya sabes qué es lo que quieres que haga, y tiene que ser algo que no puedes hacer sin ayuda, porque entonces no estarías aquí.

—Si Myers contrató a alguno de ellos antes de montar el secuestro, seguramente lo hizo de forma legal, con papeles. En la empresa de Richard debería haber constancia de ello. Tenemos el teléfono de Fallon en El Salvador y el de Schilling en San Gabriel. Si Myers ha llamado a alguno de los dos en algún momento y por el motivo que sea desde un teléfono de la empresa, habrá quedado registrado.

—Pero no queremos pedirle a Richard que lo compruebe porque puede perder los estribos delante de Myers.

—Myers no puede enterarse.

Lucy se hundió en el respaldo, pensativa. Miró la hora.

—Ya casi son las diez en Luisiana. No debe de quedar nadie en la oficina.

Entró en su dormitorio y regresó con una maltrecha agenda de piel. Empezó a pasar hojas.

—Antes del divorcio tenía varios amigos en la empresa de Richard. Con algunos me llevaba muy bien. Todo el mundo sabía que era un gilipollas, en especial quienes trabajaban con él. —Se sentó con las piernas cruzadas en el sofá y cogió el teléfono. Marcó un número—. ¿Hola, Sondra? Soy Lucy. Sí, estoy en Los Ángeles. ¿Qué tal todo?

Sondra Burkhardt había sido la interventora de Richard durante dieciséis años. Su función era supervisar un departamento de contabilidad que era responsable de pagar las facturas de la empresa, tramitar los cobros y controlar el flujo de efectivo. Lo hacía casi todo por ordenador. Sondra había jugado al tenis con Lucy en la universidad y de hecho Lucy era la que le había encontrado el trabajo. Tenía tres hijos, el menor de ellos de seis años. Lucy era su madrina.

—Sondra, he de pedirte un favor que va a parecerse extraño y no tengo tiempo de...

Se detuvo. Escuchó y por fin asintió.

—Gracias, cariño. Vale, mira, voy a darte tres nombres y tengo que saber si alguna vez han estado en nómina en la empresa. ¿Puedes consultarlo desde casa?

—Centroamérica —la interrumpí—. A lo largo del último año.

Lucy asintió.

—Habrían trabajado en el extranjero, probablemente en Centroamérica en algún momento del último año. Los habría contratado Myers. No, no tengo los números de la Seguridad Social, sólo los nombres. Sí, ya me imagino que será más difícil. Lo entiendo.

Lucy le dictó los nombres y después le preguntó si podía hacernos llegar una lista

de todas las llamadas que hubiera hecho Myers a Los Ángeles y a El Salvador. Lucy frunció el entrecejo al escuchar la respuesta, le pidió que esperase un momento y tapó la bocina con la mano.

—Si no podemos decirle cuándo fue —me informó—, quizá tenga que revisar miles de llamadas. Cada día llaman cientos de veces al extranjero.

—A ver si puede buscar por números concretos —dije.

Lucy se lo preguntó y volvió a tapar el teléfono.

—Sí, sí que puede, pero tendrá que hacerlo por período de facturación. Supongo que tienen la base de datos organizada así.

Busqué en las facturas los cuatro días en que Schilling había llamado a El Salvador. Myers tenía que haber participado en la organización.

—Pídele que mire el período que corresponda a estos cuatro días. Si no consigue nada, que mire el anterior.

Lucy le dio el teléfono de Schilling y el de Fallon en San Miguel, además de las fechas. Después, se recostó sin apartar el teléfono de la oreja y se dispuso a esperar.

—Está en ello.

—Vale.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. Lucy esbozó una sonrisa, y yo también. Me daba la impresión de que la tirantez que había habido entre nosotros se había disipado en parte al colaborar en la búsqueda de Ben, como si volviéramos a ser uno solo y no dos, y en aquel momento fue como si se me calmara el corazón. Pero entonces volvió a arrugar la frente y se tensó de una forma que la hizo inclinarse hacia adelante.

—Perdona, Sondra, ¿qué has dicho?

—¿Qué? —pregunté.

Levantó la mano para hacerme callar. Meneaba la cabeza como si no comprendiera lo que estaba escuchando, pero entonces me di cuenta de que lo que sucedía era que se negaba a comprenderlo.

—¿Qué dice? —quise saber.

—Ha encontrado once llamadas al número de San Miguel; ninguna al de Los Ángeles, pero once al de San Miguel. Myers sólo hizo cuatro. Las demás las hizo Richard.

—No puede ser. Tiene que haber llamado Myers. Será que lo hizo desde el teléfono de Richard.

Lucy sacudió la cabeza como si estuviera atontada.

—No proceden de su despacho. La empresa también paga su teléfono particular. Richard llamó a San Miguel desde su casa.

—¿Puede imprimir la lista de llamadas?

Lucy se lo preguntó en un tono monocorde, mecánico.

—Sí.

—Pues que nos haga una copia.

Se la pidió.

—Dile que nos la mande por fax —indiqué.

Le dio su número de fax a Sondra y le pidió que la mandara. Su voz sonaba distante, como la de una niña perdida en el bosque.

La lista de llamadas apareció por el fax de Lucy al cabo de unos minutos. Nos colocamos sobre el aparato como si fuera una bola de cristal y esperásemos ver el futuro.

Lucy la leyó mientras me cogía con fuerza de la mano. Se dio cuenta ella misma. Repitió en voz alta el número de la casa de Richard.

—Pero ¿qué ha hecho? Dios mío, ¿qué ha hecho?

Me había equivocado en todo. Richard tenía tanto miedo de que a Ben o a Lucy les pasara algo por mi culpa que lo había provocado él mismo. Había organizado el falso secuestro de su propio hijo para poder echarme las culpas. Quería que Lucy entrara en razón. Quería alejarnos para salvarla, y en ese empeño había recurrido a gente capaz de cualquier cosa: Fallon, Ibo y Schilling. Probablemente no sabía quiénes eran ni qué habían hecho hasta que Starkey y yo habíamos conseguido la ficha de la Interpol. Me imaginé que Myers lo había ayudado a prepararlo todo. Sin embargo, una vez que había tenido a Ben en su poder, Fallon lo había traicionado y de repente Richard había quedado atrapado entre dos fuegos.

—Ay, Dios mío, ¿qué ha hecho?

Richard había provocado el secuestro de Ben.

Recogí y el fax y los demás papeles y cogí a Lucy de la mano.

—Ahora sí que tenemos que ir a ver a Richard. Voy a traértelo a casa, Luce. Voy a devolverte a Ben.

Bajamos las escaleras juntos, nos metimos en el coche y nos fuimos al hotel de Richard.

*Tiempo desde la desaparición: 52 horas, 21 minutos*

El hotel Beverly Hills era una mole rosada que se extendía a lo largo de Sunset Boulevard donde Benedict Canyon desembocaba en Beverly Hills. En aquella zona vivían algunas de las personas más ricas del mundo, y aquel palacio rosa encajaba bien en su púlpito, una pequeña colina sobre la que se había posado como la gran joya del estilo *mission revival*. Las estrellas de cine y los jeques de Oriente Próximo se sentían a gusto alojados tras sus cuidadas paredes; supuse que Richard también estaría en su ambiente. El alquiler de su bungalow costaba dos mil dólares por noche.

Lucy sabía su número de habitación. De los tres era la única que no desentonaba en el hotel. Yo tenía el aspecto de un loco y Pike sencillamente parecía Pike. Cruzamos el vestíbulo y seguimos un camino serpenteante que atravesaba unos verdes jardines que olían a jazmín. Ben podía estar en cualquier parte, pero Richard

sabíamos con seguridad que estaba allí; Myers había contestado la llamada, lo que significaba que Fallon aún tenía a Ben y que Richard seguía intentando recuperarlo a golpe de talonario.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó Pike.

—Ya sabes lo que voy a hacer.

—¿Delante de Lucy?

—No tienes elección —intervino ella.

Los bungalós que salpicaban el camino eran caros porque garantizaban la intimidad; estaban aislados y escondidos entre la vegetación. Era como pasear por una jungla hecha a medida.

Un poco más adelante vimos a Fontenot, de pie ante una puerta a la que se llegaba por un desvío del camino principal. Estaba fumando y desplazando el peso del cuerpo de un pie a otro. Parecía nervioso. Myers salió de una habitación, habló con él y después echó a andar por el camino. Fontenot entró en la habitación de la que acababa de salir Myers.

—¿Ése es el de Richard?

—No. Ahí se aloja Myers. No es un bungaló completo, sólo una habitación. Richard está en el de delante.

—Espera aquí.

—Si te crees que me vaya quedar aquí esperando es que te has vuelto loco.

—Espera. Primero quiero hablar con Fontenot. Luego iremos a ver a Richard. Puede que Fontenot sepa algo que nos sirva, y si te quedas aquí iremos más deprisa.

—Fontenot va a colaborar. Te lo prometo —aseguró Pike.

Lucy miró a Joe y asintió. Sabía que lo decía en serio y que la velocidad era un factor decisivo.

Así pues, Lucy se quedó en el camino, entre las sombras, mientras Joe y yo nos acercábamos a la puerta. No nos molestamos en llamar ni en decir que éramos del servicio de habitaciones o cualquier tontería por el estilo; le pegamos un patadón tan fuerte a la puerta que el pomo quedó empotrado en la pared. Llevaba ya tres puertas destrozadas en una sola noche, pero me daba igual.

Fontenot estaba viendo la televisión con los pies encima de la cama. En el suelo, a su lado, había una pistola, pero Pike y yo ya estábamos dentro y apuntándole antes de que pudiera agarrada. Titubeó, al ver nuestras armas, y después se humedeció los labios.

—¿Has visto a DeNice? —le pregunté—. ¿Has visto lo que le han hecho?

Se puso de pie, temblando como una hoja. Parpadeaba continuamente, como quien ha pasado muchos nervios durante todo el día. Y la cosa seguía empeorando. La habitación olía a *bourbon*.

—Pero ¿qué coño es esto? ¿Qué estáis haciendo?

Metí su pistola debajo de la cama de una patada.

—¿Richard está en su habitación?

—No sé dónde está Richard. Salid de aquí. No sé qué coño habéis venido a hacer.

Pike le dio con la pistola en la cara. Fontenot cayó de lado sobre la cama. Pike amartilló el arma y se la pegó a la oreja.

—Lo sabemos todo —afirmé—. Sabemos que los ha contratado Richard. Sabemos que todo esto lo ha montado para joderme vivo, pero le ha salido el tiro por la culata. ¿Está en contacto con esa gente? ¿Ha llegado a un acuerdo para recuperar a Ben?

Fontenot cerró los ojos.

—¿Ben sigue con vida?

Intentó decir algo, pero empezó a temblarle el labio inferior.

Apretó los ojos con fuerza, como si intentara no ver.

—Le han cortado la cabeza a Debbie.

—¿BEN SIGUE CON VIDA? —le grité a la cara.

—Richard no tiene suficiente dinero. Lo quieren en efectivo y no puede conseguir semejante cantidad. Sólo le han dado unas horas. Hemos conseguido una parte, pero no todo. Por eso fue a verlos Debbie, y mira lo que le hicieron. Llevamos todo el día intentando reunir el dinero, pero mira lo que le han hecho.

Algo se movió detrás de mí. Había entrado Lucy.

—¿Cuánto quieren por mi hijo? —preguntó.

—Cinco millones. Quieren cinco millones en efectivo, pero Richard no ha conseguido reunir tanto. Lleva todo el día intentándolo, pero eso es todo lo que ha podido juntar.

Señaló el armario y se echó a llorar.

Dentro había una gran bolsa de deporte negra. Pesaba mucho. Estaba llena de fajas de billetes de cien dólares, pero no pesaba lo bastante.

*Tiempo desde la desaparición: 52 horas, 29 minutos*

Cuando Myers abrió la puerta, metí a Fontenot dentro de un empujón. Richard estaba ojeroso y llevaba el pelo de punta, como si se hubiera pasado la tarde mesándose. Hasta Myers parecía derrotado. Richard sostenía el móvil con ambas manos, como si fuera una Biblia.

—Fuera. Sácalos de aquí, Lee.

Pike soltó la bolsa en el centro de la habitación.

—¿Te suena?

Myers esbozó una sonrisa. Seguramente se sentía aliviado.

—Me parece que tienen el dinero y saben lo que estamos haciendo.

Lucy entró detrás de Joe. Richard abrió los ojos como platos y empezó a pasarse la mano por el pelo frenéticamente como si se hubiera convertido en un tic nervioso.

—No saben nada. Cierra la boca.

—Déjalo ya, Richard —replicó Myers—. Tenemos que parar antes de que la situación empeore aún más. Estamos descarrilando. Tienes que darte cuenta, joder.

Lucy estaba rígida como una estatua. Apretaba las piernas y su cara parecía una máscara de furia.

—Hijo de puta, egocéntrico de mierda. ¿Dónde está mi hijo?

Richard permanecía boquiabierto y no paraba de abrir y cerrar los ojos. Parecía que hubiera envejecido mil años desde el día anterior. Yo ya no sentía tanta rabia, sino una especie de vacío. Y preocupación por el estado de Ben.

Richard estaba tan aterrado que me dirigí a Myers:

—¿Qué está haciendo Fallon, Myers? ¿Qué plan tiene?

—¡Cállate! —gritó Richard.

Myers se movió más deprisa de lo que me habría imaginado; lo agarró por la camisa y lo dobló hacia atrás para llevarlo hasta la cama.

—Lo saben todo. Tienes que hacerte a la idea, Richard. Lo saben. Ahora hemos de ponernos a trabajar otra vez. Tu hijo está esperando. —Lo apartó de un empujón y señaló la bolsa de deporte negra—. Ahí hay tres millones doscientos mil, pero quieren cinco. Hemos intentado explicárselo, pero, claro, en una situación así nadie te cree. Su respuesta ha sido lo de DeNice. —Rodeó la bolsa que contenía el dinero y se colocó ante mí—. Fallon es un profesional, Cole. Lleva todo el día apretándonos las clavijas, ejerciendo cada vez más presión para que sigamos descolocados. Así de rápido ha ido todo. Ha pasado todo en unas horas. Empezó esta mañana.

—¿Y en qué punto estáis?

—Nos ha dado todo el día para encontrar el dinero. Ya está. Sólo un día laborable. Richard tiene que llamarlo a las nueve. Quedan ocho minutos. Nos ha dicho que no nos molestemos en llamar después de esa hora. Ya sabes lo que pretende hacer si no cumplimos.

—Tendríais que habérselo contado a la policía —soltó Pike.

Myers miró a su jefe y se encogió de hombros.

—Tenían que llevárselo unos días —explicó Richard—. Iba a pasarse el tiempo viendo vídeos y comiendo *pizza* hasta que llegáramos nosotros. Eso es lo que debería haber sucedido.

Lucy dio un paso hacia él.

—¡Has hecho que lo raptaran, gilipollas! ¡Has hecho que secuestraran a tu propio hijo! Y encima no lo quieres lo suficiente como para reconocerlo o pedir ayuda.

—Lo siento. No tenía que haber sucedido así. Lo siento.

Lucy le dio una bofetada y a continuación un puñetazo. Él no se movió ni intentó protegerse. Ella le pegó una y otra vez, resoplando a causa del esfuerzo, como cuando jugaba al tenis.

—Luce. —La agarré por los brazos sin hacer fuerza y la aparté.

Richard lloriqueaba igual que un niño y le caían los mocos por la nariz. Lucy había conseguido que reaccionara. Se derrumbó sobre el borde de la cama y se quedó

allí sentado, sacudiendo la cabeza.

—No tengo bastante dinero. No puedo conseguirlo a tiempo. No tenía que haber sucedido así. No tenía que haber sido así.

—Quedan cuatro minutos —anunció Myers.

—Si tanto desea ese dinero, esperará —intervino Fontenot—. Podemos decirle que necesitamos otra hora, que el dinero está en camino. Se lo tragará.

—No, no se lo tragará —sentenció Pike—. Su forma de controlar la situación es presionar. Quiere que sigáis desestabilizados. No puede permitirse daros tiempo para pensar. Quiere el dinero, pero también quiere sobrevivir a la misión, y eso significa que no va a dejar que os andéis con rodeos. Ha planeado la operación y ahora está siguiendo el plan paso por paso. Va a hacer lo que tenía previsto y luego desaparecerá.

—Joder, lo cuentas como si estuviera en una guerra —exclamó Fontenot.

Richard se restregó la cara y se pasó los dedos por el pelo. Se había calmado un poco, aunque seguía estando nervioso.

—No sé qué hacer. No tengo el dinero.

—¿Qué se supone que pasa si conseguís el dinero? —le pregunté a Myers.

—Ha dicho que nos encontraríamos en un sitio que elegiría él y allí haríamos el intercambio.

Miré la bolsa de deporte. Era grande, porque tres millones de dólares ocupaban mucho espacio, pero cinco habrían requerido casi el doble.

Me acerqué a la cama y me senté junto a Richard. Nos miramos fijamente por unos instantes y después él apartó los ojos.

—¿Lo quieres? —pregunté.

Asintió.

—Yo también —añadí.

Parpadeó un poco y sus ojos se llenaron de pena.

—Ni te imaginas cómo te odio —dijo con voz ronca.

—Ya lo sé, pero ahora vamos a salvar a Ben juntos.

—¿Es que no nos has oído? Ya les he ofrecido los tres millones y no han aceptado. Quieren cinco. Han dicho que o cinco o nada, y no tengo tanto. No puedo conseguirlo. No sé qué decirles.

Le puse el teléfono del hotel en la mano.

—Haz lo que se te da mejor, Richard: miente. Diles que tienes los cinco millones y que estás listo para intercambiarlos por tu hijo.

Richard observó el teléfono un momento y después marcó.

*Tiempo desde la desaparición: 52 horas, 38 minutos*

Richard llamó exactamente a las nueve de la noche y resultó convincente. Myers y yo escuchamos por el supletorio. Fallon le ordenó que llevara el dinero a la zona oeste del aeropuerto de Santa Mónica. Y que fuera solo.

Tanto Myers como yo meneamos la cabeza.

Al contestar, a Richard le tembló la voz.

—De ninguna manera. Myers irá conmigo. Los dos solos. Y más te vale que esté Ben contigo. Si no, llamo a la policía. Debería llamar igualmente.

—¿Está Myers escuchando?

—Aquí me tienes, hijo de puta.

—Es la Zona oeste del aeropuerto, en la parte sur. Dejad atrás los hangares y deteneos. Bajad del coche, pero sin alejaros de él, y esperad.

—Si no hay niño, no hay dinero —repuso Myers—. Ni siquiera podrás acercarte al dinero si no vemos al niño.

—Yo sólo quiero el dinero. Parad, bajad del coche y ya me veréis cuando yo lo quiera. No estaré cerca, pero me veréis. Entonces llamad otra vez a este número. ¿Entendido?

—Llamaré cuando te veamos.

—Adivina lo que pasará si veo a alguien más.

—Me lo imagino.

—Pues eso. Que te quede claro. Quince minutos.

Y cortó la comunicación.

Richard también colgó y acto seguido me preguntó:

—¿Qué hacemos?

—Exactamente lo que os ha dicho. De lo demás nos encargamos nosotros.

Pike y yo salimos pitando. Sabíamos que Fallon ya debía de estar en el aeropuerto, colocado de forma que viera a Richard acercarse y pudiera controlar una posible llegada de la policía. La rapidez era crucial, teníamos que llegar al aeropuerto antes que Richard, mantenernos ocultos y atacar a Fallon de una forma que le pillara por sorpresa.

Conduje a toda velocidad, lo mismo que Pike, en una carrera contra el reloj.

Sunset Boulevard resplandecía con una luz de un violeta azulado que formaba ondas y se reflejaba en el capó de mi Corvette. Los coches que adelantamos parecían congelados en su sitio, y sus luces traseras se alargaban ante nuestros ojos como haces líquidos de color rojo. Tenía que acelerar, que conducir aún más rápido. Cruzamos Westwood como una exhalación, llegamos a Brentwood y desde allí



fuimos hacia el mar.

El aeropuerto era pequeño y tranquilo, con una única pista construida en una época en que la parte interior de Santa Mónica consistía principalmente en campos de pastoreo para las vacas, al norte de LAX y al oeste de la 405. La ciudad había ido creciendo en torno a él, y con los años aquel pequeño aeródromo había quedado rodeado de viviendas y comercios que ocupaban personas que no soportaban el ruido y vivían con el miedo constante de un accidente. Era un buen lugar para comprarse una hamburguesa y sentarse en un banco, enfrente de la torre, a ver cómo despegaban y aterrizaban los aviones. Ben y yo lo habíamos hecho en más de una ocasión.

La parte norte del aeropuerto estaba ocupada principalmente por oficinas de empresas y por el Museo de la Aviación; en la sur había hangares antiguos y rampas de aparcamiento. Muchos de esos hangares se habían transformado en oficinas o comercios, pero otros estaban desocupados; imaginé que sería más barato abandonarlos que reformarlos.

Cuando ya nos acercábamos llamé al móvil de Myers.

—Falta muy poco para que lleguemos. ¿Por dónde vais?

—Acabamos de salir del hotel. Tardaremos unos doce o quince minutos. Vamos deprisa.

—¿Conduces tú?

—Sí. Richard va detrás.

—Cuando lleguéis al aeropuerto, aminorad la marcha. Id despacio para darnos tiempo suficiente a Pike y a mí.

—No podemos llegar muy tarde, Cole.

—Verán la limusina cuando gire al entrar en el recinto del aeropuerto. Sabrán que estáis ahí. Eso es lo importante. Saben que no sois de Los Ángeles, así que conduce como si no supieras muy bien por dónde vas.

—Joder, tío, eso ya lo hago ahora.

No tuve más remedio que sonreír, a pesar de todo.

—Te llamo cuando lleguemos.

Me apoyé en el claxon durante toda la bajada por Bundy. Desaceleraba cuando veía un semáforo en rojo, pero no me detuve ni una sola vez, y Pike me pasó en dos ocasiones. Subí dos ruedas a la acera para adelantar a coches que iban más despacio que yo, me pegaba a sus parachoques, y luego me metía rápidamente en el carril contrario. En Olympic Boulevard le di a una papelería y me llevé por delante una señal de tráfico cuando nos metíamos bajo la autopista. Me cargué el faro derecho.

Cuando giré para bajar hacia el mar los cuatro neumáticos echaban humo.

Cogí el teléfono.

—¿Myers?

—Ya estoy aquí.

—Dos minutos.

Dos manzanas al norte del aeropuerto giramos al oeste y pasamos por delante de

una larga hilera de oficinas y hangar es de aviones chárter. La torre se alzaba, solitaria, en la distancia, ya dormida hasta el día siguiente. Su único síntoma de vida era una luz verde y blanca que parpadeaba.

Pike se detuvo en el terraplén que había al final de la pista de aterrizaje, pero yo seguí. Tras los edificios de oficinas había un campo de fútbol y más allá calles flanqueadas de viviendas. Dejé el coche a una manzana de distancia y fui corriendo hasta los oscuros hangares que ocupaban la parte sur del campo y semejaban sombras desproporcionadamente grandes.

Fallon debía de tener a un hombre en el tejado y quizás a otro en la pequeña carretera de servicio que iba a utilizar Richard. A un lado de ésta vi varios coches aparcados, pero no distinguí si había alguien dentro ni tenía tiempo para comprobarlo. En las azoteas no se veía a nadie.

Dejé atrás el último hangar y asomé la cabeza por la esquina. Había unos pocos aviones pequeños en la rampa, y cerca de ellos una hilera de camiones de combustible.

—¿Myers? —susurré al teléfono.

—Estamos en la parte este.

—No os veo.

—Me da igual que no nos veas. ¿Los ves a ellos?

—Aún no. Id despacio. Voy avanzando.

Pike estaba aproximándose a la rampa desde el norte. No lo veía ni lo intenté; si yo conseguía verlo, ellos también, y eso habría sido un desastre. Un remolque utilizado como oficina temporal sobresalía entre los hangares. Me acerqué con sigilo hasta su extremo para ver mejor. Desde allí volví a estudiar los tejados, las sombras que discurrían por la base de los hangares y los camiones. No se veía un alma. Agucé el oído todo lo que pude. Nada. Busqué sombras y formas que llamaran la atención, pero todo parecía normal. No había más coches. Las puertas de los hangares estaban cerradas. Seguramente Fallon esperaba cerca de allí, si es que pensaba presentarse.

—No veo nada, Myers —murmuré.

—Se estarán quietos hasta que lleguemos, pero en algún momento tendrán que moverse. Ya los verás.

Le dije dónde me ocultaba.

—Vale, voy por donde nos ha dicho que torzamos. Estoy girando.

Apareció un haz de luz entre dos de los hangares y tras él la limusina, que se dirigió hacia mí. Estaban a cincuenta metros. Quizá sesenta.

El vehículo se detuvo.

—Estoy justo delante de vosotros —le informé.

—Entendido. Vamos a bajar. Ahora tenemos que llamarlo.

—Sin prisas. Espera.

La limusina se quedó allí, con el motor en marcha y las luces puestas. Desde el extremo del remolque divisaba toda la rampa y la pista de rodaje, además de casi todo

el carril de servicio que recorría la parte sur del aeropuerto. Todo estaba en calma.

—Vamos a salir. Me pongo el auricular para oírte. Si ves algo, dímelo.

Myers se apeó y permaneció de pie, solo, junto al coche.

Volví a escudriñar los tejados y la carretera de servicio en busca de una sombra reveladora, el bulto de una cabeza o de un hombro, pero no vi nada. Observé las sombras de la base de la rampa; tampoco se movió nada.

El tercer camión de combustible empezando desde el final de la hilera hizo luces.

—Myers —dije.

—Lo he visto —contestó en voz baja—. Richard está llamando.

Forcé la vista todo lo que pude para distinguir algo del interior del camión, pero las sombras eran densas y estaba demasiado alejado. Saqué la pistola y apunté a la rejilla. El arma se me resbalaba. En cuanto viera a Ben pensaba soltar el teléfono y sostener la pistola con ambas manos.

—Dile que salga con Ben. Haz que os deje ver a Ben.

Pike debía de haber avanzado por el otro lado, por lo que estaría más cerca que yo y tendría una posición más estratégica. Su puntería era mejor que la mía.

—Richard está hablando con él —murmuró Myers—. Va a bajar para enseñarle el dinero. Fallon quiere ver las bolsas.

—No, Myers. Haz que os deje ver a Ben.

—Richard tiene miedo.

—Myers, haz que os deje ver a Ben. No lo veo.

—Ben está al teléfono.

—No basta. Tenéis que verlo.

—No pierdas de vista el camión, joder. Richard va a enseñarles el dinero.

Se abrió la puerta trasera de la limusina. Myers ayudó a Richard a bajar con las dos bolsas y miraron en dirección al camión. Tres millones pesaban mucho, pero cinco tenían que parecer aún más pesados.

Oí que Myers mascullaba:

—Venga, hijo de puta.

Las luces del camión se encendieron otra vez. Todos estábamos a la expectativa, con los ojos fijos en él.

Cinco metros por detrás de Richard y Myers se movió una sombra entre los bidones de aceite que estaban apilados a la entrada del hangar. Percibí el movimiento cuando Myers se volvía. Schilling y Mazi surgieron corriendo de las sombras empuñando sendas pistolas. Había mirado una y otra vez aquellos bidones con atención, pero no había visto nada.

—¡MYERS! —grité.

Sus manos explotaron como soles en miniatura, y un resplandor rojo iluminó sus rostros por un instante. Myers cayó al suelo. Siguieron disparándole hasta que alcanzaron el dinero, y entonces dispararon a Richard, que cayó de espaldas dentro del coche.

Yo efectué dos disparos y eché a correr hacia el camión, gritando. Esperaba que se encendiera el motor con un rugido o que surgieran disparos de la oscuridad, pero no sucedió ninguna de las dos cosas. Corrí con todas mis fuerzas llamando a Ben a gritos.

Detrás de mí, Schilling y Mazi arrojaron las bolsas dentro de la limusina y se subieron a ella.

Pike corrió hasta la rampa desde el otro extremo de la hilera de camiones y disparó mientras la limusina se alejaba entre chirridos de neumáticos. Todos habíamos supuesto que se acercarían y se irían con su propio coche, pero su plan había sido huir en la limusina.

Seguí corriendo a toda prisa, agachado, hasta el camión. Sin embargo, antes de llegar ya sabía que lo encontraría vacío, que había estado vacío desde un principio. Fallon había activado las luces con un mando a distancia. Estaba en otra parte, y Ben seguía con él.

Giré sobre mis talones, pero la limusina ya había desaparecido.

## PIKE

«Nos están machacando —pensó Pike—. Estos tíos son tan buenos que nos están machacando».

Ibo y Schilling aparecieron de entre los bidones de aceite como si acabaran de abrir una puerta invisible. Un momento antes era imposible verlos y de repente se movían con la absoluta precisión de una serpiente al atacar, mientras de sus manos brotaba fuego. Pike había mirado bien los bidones y no había detectado nada. Se habían abalanzado sobre Myers con tanta rapidez que no había tenido tiempo de avisarles. Todo había sido tan rápido y Pike estaba tan lejos que había quedado relegado a la categoría de testigo de la matanza.

Joe Pike nunca había visto a nadie mejor que ellos.

Eché a correr. Intentaba encontrar un punto desde el que disparar. Cole gritó. Los dos dispararon casi en el mismo instante, pero Pike era consciente de que llegaban tarde; el faro izquierdo de la limusina estalló en mil pedazos y una bala rozó el capó. Se alejaban a toda prisa mientras Cole corría hacia el camión. Pike no se molestó en seguirlo porque sabía lo que iba a encontrar.

Dio media vuelta en busca de algo que se moviese. Alguien había controlado las luces del camión; tenía que ser Fallon, que debía de estar cerca y ver claramente la zona. Ibo y Schilling ya se habían ido con el dinero, así que Fallon también se largaría. Y al hacerlo quizá revelara su posición.

Entonces oyó una fuerte detonación, un disparo, al norte, y giró hacia el punto del que procedía. No había sido el tiro de una pistola, sino algo más potente y pesado. En uno de los coches aparcados se produjo un fogonazo, seguido de una segunda

detonación.

Pike vio sombras dentro del vehículo. Un hombre y un niño.

Gritó algo a Cole mientras el coche se alejaba y echó a correr hacia el lugar donde había dejado el todoterreno. El hombro le transmitió un latigazo por todo el brazo.

«Tengo miedo», pensó.

## BEN

Mike no era como Eric o Mazi. No decía gilipolleces ni ponía la radio ni miraba con los ojos salidos a las tías buenas que pasaban por San Vicente Boulevard. Sólo hablaba para dar órdenes. Sólo miraba a Ben para comprobar que hubiera entendido lo que le mandaba. Y nada más.

Se metieron en un aparcamiento del aeropuerto y permanecieron allí con el motor en marcha. Mike nunca apagaba el motor. Era como si temiese que no fuera a arrancar cuando lo necesitara. Al cabo de un rato, sacó los prismáticos para ver algo al otro lado del campo. Ben no sabía qué pasaba, porque quedaba muy lejos.

Mike había colocado la escopeta con la boca del cañón contra el suelo y la culata apoyada en la rodilla. No era una escopeta normal como la Ithaca del calibre 20 que su abuelo le había regalado por Navidad; aquélla era muy corta, con la culata negra, pero Ben vio un botoncito en el guardamonte. Se trataba del seguro. Lo sabía porque la suya tenía el mismo sistema. Estaba quitado. «Debe de tener una bala en la recámara y está listo para soltarla, igual que Eric», se dijo Ben.

Levantó la vista hacia Mike, que seguía mirando hacia el otro lado del campo.

Mike le daba miedo. A Eric y a Mazi también. Si el que hubiera estado sentado allí, concentrado en algo que veía en la distancia, hubiera sido Eric, Ben habría intentado algo. Con poner el dedo en el gatillo se dispararía. Pero una cosa era Eric y otra muy distinta Mike, que le recordaba a una cobra, hecha un ovillo pero lista para atacar. Parecía que estaba dormida, pero nunca se sabía.

Mike bajó los prismáticos sólo el tiempo suficiente para recoger del salpicadero algo que parecía un *walkie-talkie* pequeño. Apretó un botón del aparato y durante un instante se encendió una luz al otro lado de la pista. Mike dijo algo por el móvil y después se lo colocó a Ben al oído.

—Es tu padre. Habla. Ben cogió el teléfono.

—¿Papá?

Su padre sollozó, y sin que hiciera falta más, Ben se echó a llorar como un crío.

—Quiero irme a casa —dijo mientras las lágrimas bañaban su rostro.

Mike recuperó el móvil. El chico intentó arrebátárselo, pero Mike estiró el otro brazo para mantenerle alejado. Ben le clavó las uñas, lo mordió y la emprendió a puñetazos, pero aquel brazo era como una barra de hierro. Mike le apretó el hombro con tanta fuerza que a Ben le pareció que iba a estallarle.

—¿Quieres hacer el favor de estarte quieto? —dijo Mike. Ben se apartó todo lo que pudo y se acurrucó contra la ventanilla, avergonzado y humillado, llorando amargamente.

Mike soltó el teléfono y volvió a mirar por los prismáticos. Apretó otra vez el botón del *walkie-talkie* y en esa ocasión las luces del coche que había al otro lado quedaron encendidas.

Entonces se oyó un petardeo procedente del extremo opuesto del aeropuerto y Mike se puso tenso. Estaba tan concentrado en lo que sucedía a lo lejos que Ben pensó: «¡Ahora!».

Se lanzó sobre el otro asiento. Sus dedos envolvieron el guardamonte justo en el instante en que Mike le cogía el brazo, pero ya había conseguido su objetivo. La escopeta estalló como si de una bomba se tratara y rebotó con fuerza contra el volante. Ben apretó el gatillo otra vez todo lo deprisa que pudo y la escopeta volvió a bramar provocando un segundo agujero en el suelo del coche.

Mike le quitó la mano del arma con la misma facilidad con que se rasga un papel y lo arrojó hacia atrás de un empujón. El chico se cubrió la cara con las manos, convencido de que Mike iba a pegarle o a matarlo, pero en lugar de eso se limitó a colocar la escopeta otra vez en su sitio y a iniciar la maniobra para salir del aparcamiento.

Una vez que el coche estuvo en marcha, Mike se volvió hacia Ben y dijo:

—Eres duro de pelar, cabroncete.

«Qué lastima haber fallado», pensó el chico.

*Tiempo desde la desaparición: 53 horas, 32 minutos*

El coche de Fallon arrancó en el aparcamiento norte y se dirigió a toda velocidad hacia la salida. Tenía que pasar por delante del campo de fútbol y del Museo de la Aviación, y después entre los edificios de oficinas antes de salir a Ocean Boulevard. Una vez allí le perderíamos.

Me temblaban las manos, pero aun así conseguí apretar el botón de marcado rápido para llamar a Pike.

—Venga, Joe, contesta. ¡Venga!

El coche de Fallon dejó atrás el campo de fútbol, giró y aceleró. Era un cupé blanco de tamaño medio, me pareció que de dos puertas. Debía de ir a reunirse con Ibo y Schilling. La limusina era grande y llamaba la atención, y además le faltaba un faro. La abandonarían enseguida.

—Estoy en marcha —contestó Pike de repente.

—Va hacia el este, al final del campo de fútbol, en un cupé blanco de dos puertas. Está en el museo. Va a salir a Ocean. Lo he perdido.

Salí corriendo en busca del coche. Iba al límite de mis fuerzas, con el móvil en una mano y la pistola en la otra. Dejé atrás los hangares y las casas. Pike debía de ir hacia el norte, en dirección a Ocean Boulevard, para después girar hacia el este. Si el coche de Fallon salía del aeropuerto, lo vería.

Por el centro de la calle, una mujer paseaba a un perrito anaranjado. Me vio correr hacia ella, pistola en mano. No intentó salir pitando ni meterse en una casa, sino que se puso a saltar sobre un pie y sobre otro mientras chillaba «ay, ay, ay» y el perro daba vueltas sobre sí mismo. La pobre mujer había salido para sacar al perro y al verla lo que pensé fue que si intentaba detenerme le pegaría un tiro a ella y otro al perro. Yo no era así. Yo jamás habría hecho nada parecido. Me había vuelto loco de remate.

Me subí al coche de un salto y al alejarme choqué contra el bordillo con tanta fuerza que el coche coleó y la aguja del cuentarrevoluciones entró de lleno en la zona roja.

—¿Joe?

—En Ocean, yendo hacia el este.

—¿Y Fallon, dónde está?

—Deja de chillar. Va por Ocean hacia el este. Espera, gira por Centinela hacia el sur. Lo tengo. Va seis coches por delante.

Centinela estaba a mi espalda. Tiré del freno de mano y con una brusca maniobra hice que el coche girase sobre sí mismo. Los neumáticos echaron humo. A mí

alrededor sonaron mil claxones, pero me parecía que estaban muy lejos.

Seguía pegando gritos por el teléfono:

—Myers está muerto. Y también le han dado a Richard. Le han disparado y ha caído dentro de la limusina. No sé si lo han matado o no.

—Tranquilízate. Seguimos yendo hacia el sur. No sabe que vamos tras él.

Fallon conducía sin llamar la atención para evitar que algún policía lo obligara a detenerse, pero a mí lo único que me importaba era apresarlos. Sobrepasé los ciento veinte en las travesías, giré por una calle paralela a Centinela y entonces pisé el acelerador y alcancé los ciento sesenta.

—¿Dónde está? ¡Dime qué travesías!

El coche pilló un bache, pero yo aceleré. Pike iba diciéndome por qué travesías pasaban. Yo veía las mismas calles un poco más allá. Avanzábamos en paralelo. Cuando hube alcanzado su ritmo lo superé. Giré hacia Centinela con un volantazo que hizo derrapar las cuatro ruedas y al enderezar el coche saltó una válvula. A mi espalda empezó a salir humo y el motor se puso a hacer ruidos.

—Aceleramos —me informó Pike.

Estaba cada vez más cerca de Centinela, a tres manzanas, a dos. Apagué las luces y me coloqué pegado al bordillo con un giro brusco del volante justo cuando el coche de Fallon pasaba por el cruce y torcía hacia la autopista. Ben iba sentado a su lado. Miró por la ventanilla.

—Lo tengo, Joe. Lo veo.

—Colócate detrás cuando veas que giro.

Fallon no iba muy lejos. Era lo lógico. Lo había planeado todo muy bien. Primero iban a cambiar de coche y luego a deshacerse de Ben, y de Richard si es que seguía con vida. Ningún secuestro termina de otra forma.

—Está frenando —anunció Pike.

El coche de Fallon se metió por debajo de la autopista y después giró.

Pike no lo siguió. Apagó las luces y se pegó a la acera a la altura de la esquina, a observar. Yo hice lo mismo. Al cabo de un rato, el todoterreno de Pike avanzó un poco, lentamente, y giró. Pasamos por delante de varias ferreterías y una clínica veterinaria hasta llegar a una hilera de casas pequeñas. De la clínica llegó un aullido de un perro. Parecía que estaba sufriendo.

Pike se metió en un aparcamiento y se apeó. Lo seguí. Cerramos las puertas con sigilo y Pike señaló con la cabeza una casa que estaba al otro lado de la calle y en cuyo jardín un cartel rezaba: «Se vende».

—Ahí.

La limusina quedaba casi totalmente oculta por la casa y el coche blanco estaba todo lo pegado a la puerta que era posible. En el jardín había un sedán azul oscuro. Seguramente iban a utilizarlo para huir. En la casa vi luces que se movían. Fallon y Ben debían de haber llegado hacía sólo dos minutos. La limusina, tres. Me pregunté si Richard estaría muerto en el asiento de atrás. Quizá le hubieran pegado el tiro de



gracia por el camino. El perro volvió a aullar.

Iba a cruzar la calle cuando Pike me detuvo.

—¿Tienes un plan o vas a echar abajo la puerta sin más?

—Ya sabes qué van a hacer. No tenemos tiempo.

Me miró fijamente; estaba inmóvil como un claro en un bosque dormido, pero con unas nubes de tormenta acechando sobre los árboles.

Me aparté de él, pero se acercó, me agarró del cuello y clavó sus ojos en los míos.

—No quiero que te maten.

—Ben está ahí dentro.

No me soltaba.

—En el aeropuerto los teníamos delante de las narices y no los hemos visto. Nos la han pegado. Y ya sabes qué pasará si ahora ocurre lo mismo.

Respiré hondo. Pike tenía razón. Como casi siempre. Tras las ventanas se movieron sombras. El perro aulló aún más fuerte.

—Tú echa un vistazo por las ventanas de aquel extremo —dije—. Yo me acercaré por delante. Nos encontraremos en la parte trasera. Seguramente han entrado por la puerta de atrás. Tienen prisa, así que es probable que no la hayan cerrado con llave.

—Vale, pero ve con cuidado. A lo mejor podemos disparar por las ventanas, pero si tenemos que entrar hagámoslo juntos.

—Ya lo sé. Ya sé qué hay que hacer.

—Pues hazlo.

Nos separamos al cruzar la calle. Pike fue hasta el extremo de la casa y yo avancé por el sendero de acceso. En las ventanas había visillos, pero no me impedían mirar dentro. Tras las dos primeras se veía un salón que estaba a oscuras, pero en el pasillo del fondo había luz. Las dos siguientes daban a un comedor vacío, y tras ellas alcancé las dos últimas de mi lado de la casa. Del interior salía mucha luz. Me aparté de la pared para no quedar iluminado y miré hacia el interior desde la sombra de un arbusto del jardín del vecino. Mazi Ibo y Eric Schilling estaban en la cocina. El primero se fue a otra parte de la casa, pero Schilling salió por la puerta trasera. Llevaba sendas bolsas de deporte de gran tamaño colgadas de los hombros.

Dice un antiguo refrán que ningún plan de ataque sobrevive al primer contacto con el enemigo.

Schilling se detuvo junto a la limusina y dejó que se le acostumbrara la vista a la oscuridad. Estaba a menos de seis metros de mí. Permanecí completamente inmóvil. El corazón me latía con fuerza. Contuve la respiración.

Dio un paso hacia adelante y después se detuvo otra vez como si hubiera notado algo. Ladeó la cabeza. El perro aulló.

Schilling cogió las bolsas y después pasó junto al coche blanco y se dirigió hacia la puerta principal de la casa, para llevar el dinero al sedán azul. Al principio me moví lentamente, pero fui ganando velocidad. Me oyó cuando ya estaba a mitad de camino. Se agachó de golpe y dio media vuelta con rapidez, pero ya era demasiado

tarde. Le aticé entre los ojos con la pistola y después lo agarré para que no se desplomara y le golpeé dos veces más. Lo dejé en el suelo, busqué la pistola que llevaba y me la metí por la cintura. Me acerqué a toda prisa a la puerta de atrás. Estaba abierta. En la cocina no había nadie. El silencio y la quietud que reinaban en la casa resultaban insoportables. Ibo y Fallon podían regresar en cualquier momento con más bolsas de dinero, pero aquella quietud me asustaba mucho más que eso. Quizá me hubieran oído. Quizás Ibo y Fallon estuviesen atando los cabos sueltos. Todos los secuestros terminaban igual.

Debería haber esperado a Pike, pero me metí en la cocina y fui hacia el pasillo. Me zumbaba la cabeza y el corazón se me había acelerado. Quizá por eso no oí que Fallon se acercaba a mí por detrás hasta que fue demasiado tarde.

## BEN

Mike metió el coche por un camino que discurría paralelo a una casita a oscuras.

—¿Dónde estamos? —preguntó Ben.

—En la última parada.

Mike tiró de él para hacerlo bajar del coche por la izquierda y lo metió en la casa. Eric los esperaba en una cocina lúgubre pintada de rosa con las paredes sucias y un hueco enorme en lugar de nevera. En el suelo había dos bolsas de deporte verdes, una encima de la otra. Las bolas de polvo que se amontonaban en los rincones eran del tamaño de perros pequineses.

—Tenemos un problemilla. Mira.

—¿Por el dinero?

—No, por el gilipollas.

Salieron de la cocina tras Eric, que los condujo a una habitación pequeña. Ben vio a Mazi, que metía dinero en más bolsas de deporte verdes, y luego, de repente, a su padre. Richard Chenier estaba tirado en el suelo, contra la pared. Se sujetaba el vientre con las manos y tenía los pantalones y el brazo cubiertos de sangre.

—¡Papá! —exclamó.

Echó a correr hacia su padre y ninguno de los secuestradores lo detuvo. Richard gimió de dolor cuando su hijo lo abrazó, y el chico se echó a llorar otra vez, sobre todo al notar la sangre húmeda.

—Venga, colega. Venga.

Su padre le acarició la mejilla y tampoco pudo contener las lágrimas. Ben estaba aterrado creyendo que iba a morir.

—Lo siento, cariño. Lo siento mucho —dijo Richard—. Todo esto es culpa mía.

—¿Vas a ponerte bien? ¿Vas a curarte, papá?

Los ojos de su padre estaban tan llenos de tristeza que Ben sollozó desesperado. Le costaba respirar.

—Te quiero mucho, hijo mío. Lo sabes, ¿verdad? Te quiero.

A Ben se le atragantaron las palabras.

Mike y Eric también estaban hablando, pero el chico no los oía. Al cabo de un rato Mike se puso en cuclillas a su lado y examinó la herida.

—Vamos a ver. Parece que te ha dado en el hígado. ¿Puedes respirar bien?

—Cabrón de mierda. Hijo de puta —masculló Richard.

—Ya veo que respiras estupendamente.

Eric se acercó y se quedó de pie junto a Mike.

—Se derrumbó dentro del coche. ¿Qué coño iba a hacer? Teníamos que salir pitando y este gilipollas se había quedado en el asiento de atrás.

Mike se incorporó y miró el dinero.

—Ahora no te preocupes de eso. Vamos a seguir con el plan. Meted el dinero en las otras bolsas y dejadlo en el coche. Por ahora están bajo control. Ya nos ocuparemos de ellos antes de irnos.

—En el aeropuerto había alguien más.

—Olvídate. Era Cole. Allí sigue, como un imbécil.

Mike y Eric dejaron a Mazi metiendo el dinero en las bolsas y se fueron a otra habitación.

Ben se acurrucó contra su padre y le susurró:

—Elvis nos salvará.

Su padre hizo fuerza para incorporarse un poco y se estremeció de dolor. Mazi giró la cabeza y después volvió a concentrarse en el dinero.

Richard se contempló la mano manchada de sangre y después miró a su hijo a los ojos.

—Yo soy el culpable de todo lo que ha sucedido. La aparición de estos animales, todo lo que te ha pasado, todo es culpa mía. Soy el imbécil más imbécil del mundo.

Ben no entendía nada. No sabía por qué decía aquellas cosas su padre, pero al escuchadas sintió miedo y volvió a echarse a llorar.

—No, no es verdad. Tú no eres imbécil.

Richard le acarició la cabeza otra vez.

—Yo sólo quería recuperarte.

—No te mueras.

—Nunca podrás entenderlo, ni tú ni nadie, pero lo que quiero que recuerdes es que te quería.

—¡No te mueras!

—No voy a morirme, tranquilo, y tú tampoco.

Richard miró a Mazi y después a Ben. Le acarició nuevamente la cabeza y después se lo acercó a la cara y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, hijo mío —le susurró al oído—. Y ahora corre. Echa a correr y no te detengas.

La tristeza de la voz de su padre le daba terror. Se abrazó a él y le aferró con

desesperación.

Notó el arrullo del aliento de Richard en la oreja.

—Lo siento.

Su padre le dio otro beso y en aquel instante se oyó un ruido sordo en otra habitación. Mazi se irguió de un salto, las manos aún llenas de billetes, y al instante apareció por la puerta Mike, que metió dentro a Elvis Cole de un empujón. El detective cayó con una rodilla en el suelo. Abría y cerraba los ojos. Le sangraba la cabeza. Mike le hundió el cañón de la pistola en el cuello y se dirigió a Mazi:

—Mételo en la bañera y encárgate de él con la navaja. La escopeta haría demasiado ruido. Luego deshazte de esos dos.

En la mano de Mazi apareció una navaja larga y fina. Richard lo repitió por última vez, ya en voz alta:

—Corre.

Entonces, Richard Chenier se incorporó y se abalanzó sobre Mazi Iba con una furia que su hijo no había visto jamás en él. Le alcanzó por la espalda y le empujó con toda su desesperación contra Elvis y Mike cuando éste ya empuñaba la escopeta. El estruendo del disparo retumbó por toda la casa.

Ben echó a correr.

## PIKE

Pike avanzaba sigilosamente por entre los arbustos que crecían al costado de la casa, haciendo menos ruido que el aire. Pasó primero junto a una habitación vacía que estaba a oscuras a excepción de la luz que entraba por una puerta abierta. Oyó las voces graves de varios hombres, pero no consiguió distinguir quiénes eran ni qué decían.

Schilling apareció por el pasillo al que daba la habitación, llevando dos bolsas de deporte hacia la parte trasera de la casa y desapareció. Pike amortilló el 357.

De las dos ventanas siguientes salía mucha luz. Pike se acercó sin hacer ruido, aunque evitó que le diese la luz. Ibo estaba con Richard y Ben, pero no se veía a Fallon ni a Schilling. Se sorprendió al descubrir que Richard y Ben seguían con vida, pero se imaginó que Fallon habría decidido conservarlos como rehenes hasta el último momento. Si hubiera tenido suerte, Fallon, Ibo y Schilling habrían estado en la misma habitación. Pike les habría disparado por la ventana y habría acabado con aquella pesadilla. Encontrar sólo a Ibo suponía que no podía pegarle un tiro, porque perdería el factor sorpresa frente a Fallon y Schilling.

Sabía que Cole debía de estar en la parte de atrás de la casa, pero decidió esperar. Schilling y Fallon podían volver a la habitación en cualquier momento, y entonces Pike podría acabar con ellos. No quería que Cole se enfrentara a aquellos hombres, teniendo en cuenta su estado, y su plan también sería lo más seguro para Ben y

Richard. Apoyó el arma contra una acacia para ganar estabilidad y se acomodó a esperar.

Entonces Fallon metió a Cole en la habitación a golpes y Pike se dio cuenta de que no podía esperar más. Corrió hacia la parte de atrás en busca de una entrada.

*Tiempo desde la desaparición: 54 horas, 12 minutos*

El suelo de la mugrienta cocina se inclinó. Noté palpitaciones en la nuca, allí donde me había atizado Fallon. Intenté mantenerme en pie, pero la habitación se movió hacia el otro lado y me di de bruces contra el suelo. Intenté levantarme, pero mis brazos y mis piernas chapoteaban en un océano de vinilo grasiento.

Pensé en Ben.

—Vamos, mamón —ordenó una voz distante.

La cocina se volvió borrosa, y me caí otra vez. Creía que tenía la pistola en la mano, pero cuando me la miré ya no estaba. Levanté la vista y la cocina había desaparecido. Un torreón oscuro se balanceaba sobre mí y junto a la pared del fondo había dos manchas desenfocadas, apiñadas una junto a la otra. Me tambaleé hacia adelante, pero logré sostenerme con la mano. Empecé a verlo todo mejor. Me parece que sonreí, pero quizá sólo fueran imaginaciones mías.

—Te he encontrado.

Ben estaba a tres metros de mí.

A mi espalda, Fallon echó dos pistolas en la montaña de dinero y después se dirigió a Ibo:

—Tenía el arma de Eric. Iré a ver qué ha pasado.

—¿Se ha cargado a Eric? —preguntó Ibo, señalándome.

—No lo sé. Mételo en la bañera y encárgate de él con la navaja. La escopeta haría demasiado ruido. Luego deshazte de esos dos.

Ibo sacó una navaja larga y curvada y oí que unas voces chillaban en mi interior. Roy Abbott me gritaba que luchara. CromJohnson apelaba a mi espíritu de ranger. Mi madre me llamaba. Sólo importaba Ben. Iba a devolvérselo a Lucy aunque me costase la vida.

Ibo dio un paso hacia mí y en aquel momento Richard Chenier me miró a los ojos como si me viera por primera y última vez y se levantó del suelo haciendo un gran esfuerzo. No se movió ni de prisa ni bien, pero se lanzó a través de la habitacioncita con la entrega de un padre desesperado por salvar a su hijo. La escopeta escupió fuego por encima de mi cabeza. Richard arremetió contra Ibo mientras el primer disparo lo alcanzaba en el costado. Lo arrojó contra mí, y a mí contra Fallon, mientras el segundo le destrozaba el muslo. Yo me tiré sobre la escopeta mientras Ibo se abalanzaba sobre Richard navaja en mano. La escopeta descargó contra el techo mientras Ben echaba a correr hacia la puerta.

Metí el codo, pero Fallon pasó el brazo por delante y me atizó con la escopeta en la cara. Rodeé el cañón con el brazo y acerqué el arma hacia mí, pero Fallon no la

soltó. Rebotamos contra la pared, entrelazados con la escopeta en una danza frenética y demoníaca. Le rompí la nariz de un cabezazo. Empezó a resoplar y a sangrar. Tiraba con fuerza de la escopeta, pero la soltó de repente, lo que me hizo caer de espaldas con el arma agarrada. Vi que él recogía la pistola de Schilling de encima del montón de dinero. Todo sucedió en cuestión de milésimas de segundo, quizá menos. Ben gritó.

## PIKE

Joe Pike rodeó la casa en posición de combate, con la pistola aferrada con ambas manos, lista para disparar. El jardín trasero estaba vacío. Alcanzó la puerta de atrás y miró el interior de la cocina. Esperaba ver a Schilling, pero no había un alma. No le gustaba desconocer la posición de Schilling, pero tenía claro que Fallon iba a matar a Cole en cuestión de momentos.

Entró y se dirigió hacia el pasillo, con la pistola en alto, aunque le ardía el hombro y no podía agarrada con firmeza. El suelo de vinilo gimió con su peso, pero él no se atrevió a detenerse. Echó un vistazo a la puerta trasera en busca de Schilling y en aquel instante la escopeta de Fallon disparó por dos veces, con tal estruendo que tembló toda la casa.

Pike avanzó aún más deprisa. Recorrió el pasillo y llegó hasta la habitación. Actuaba por instinto, sin pensar, para no perder tiempo. Fallon y Cole estaban luchando. De repente Cole se tambaleó y cayó de espaldas con la escopeta. En aquel mismo instante Pike saltó sobre Fallon con el dedo sobre el percutor, a punto de meterle una bala en pleno cráneo, cuando oyó que Ibo gritaba:

—¡Tengo al crío!

Sostenía a Ben delante de la cabeza, a modo de escudo, y le había puesto una navaja en la garganta.

Pike giró hacia Ibo con la 357, pero ni el disparo fue limpio ni su pulso resultó lo bastante firme. Fallon vio a Pike en aquel mismísimo instante y levantó también la pistola, a una velocidad inhumana, algo casi nunca visto por Pike, que volvió a dirigir su 357 hacia él, consciente en aquella fracción de segundo de que Fallon podía acabar con él. De repente, sin embargo, Fallon titubeó, porque Cole le apuntaba con la escopeta y gritaba para captar su atención. Todos quedaron atrapados en ese instante, entre latido y latido, en que el corazón humano se detiene.

## SCHILLING

Los disparos y los gritos sobresaltaron a Schilling, convencido de que su muerte era inminente. Despertó en África. Creía que las tropas del Gobierno estaban matando a

sus hombres en plena noche. Hizo ademán de coger su fusil para salir corriendo hacia la selva, pero el fusil no estaba a su lado y se encontraba en el jardín delantero de una casa de Los Ángeles. Se arrastró hasta los setas que crecían junto a la casa vecina.

«Me cago en todo», pensó, y acto seguido vomitó.

Se sintió algo despejado, aunque aún se notaba borracho y mareado. Se dio cuenta de que Ibo, Fallon y Cole estaban gritando. No, no estaba en África, sino en Los Ángeles. Los demás seguían dentro, con el dinero.

Tanteó el suelo alrededor en busca de la pistola, pero no la encontró. Mierda. Fue a gatas hasta la casa.

## COLE

Las tres pistolas zigzagueaban como serpientes listas para saltar sobre su presa. Yo apunté a Fallon, pero luego volví a encañonar albo. El arma de Fallon pasó de Pike a mí y luego volvió a Pike. Y la de éste iba de Fallon a Ibo y al revés. Ibo sostenía a Ben en lo alto para protegerse la cabeza y el pecho. Si alguien apretaba el gatillo acabaría disparando todo el mundo, y todos terminaríamos cosidos a balazos.

Ibo volvió a gritar, escudado tras el cuerpo oscilante de Ben:

—¡TENGO AL NIÑO! Richard gimió.

Ben forcejeó para soltarse. Actuaba como si la navaja no existiese, o quizá ya todo le diese igual. No dejaba de mirar a Richard.

Apunté a las piernas de Ibo. Con la escopeta de Fallon podía arrancarle una, pero eso no serviría para impedir que hiriese al chico. Me acerqué a la pared en busca de un mejor ángulo. Ibo se refugió en el rincón y levantó a Ben aún más. Era una pesadilla de más de dos metros que se asomaba por detrás de la oreja de Ben.

—¡Me lo cargo!

Pike y Fallon estaban pegados el uno al otro. Los dos sostenían las armas con ambas manos y los brazos muy tensos.

—¿No ves la navaja? —dijo Fallon—. Si me disparas, le rajará el cuello al niño.

—Ni se enterará. Y tú tampoco —respondió Pike.

—¿Joe? —lo llamé.

—Soy bueno.

—¡Lo haré! —gritó Ibo.

—¿Puedes darle, Joe?

—Aún no.

Moví la escopeta hacia Fallon, pero luego decidí apuntar albo otra vez. La habitación era pequeña y el sudor hacía aumentar la humedad del ambiente. Aquello parecía una cripta.

—Suéltalo —grité a Ibo—. Déjalo en el suelo y vete, que no te ocurrirá nada.

Fallon se acercó a las bolsas con el dinero y Pike a Ibo. Mi socio estaba contra



una pared y yo contra la otra; Ibo se había quedado entre ambos. Ben forcejeó con más empeño, estirando el brazo para alcanzar un bolsillo.

—Nosotros queremos el dinero y vosotros al niño. Todos podemos obtener lo que pretendemos —dijo Fallon.

Una vez más, dirigí la escopeta hacia Fallon.

—Sí, claro, Fallon, me parece estupendo. Ibo y tú dejad las armas en el suelo y luego lo haremos nosotros.

Sonrió con los labios apretados y se volvió para encañonar a Pike.

—Mejor soltadlas vosotros primero.

Richard intentó recoger las piernas debajo del cuerpo, pero resbaló en su propia sangre. Me imaginé que no iba a durar mucho.

—¡Papá! —gritó entonces Ben, con una voz extraña que era como un gemido.

Me arrimé más a Ibo, que exclamó:

—¡No te acerques!

Ben seguía luchando por soltarse. Sacó la mano del bolsillo. Al ver lo que tenía en ella comprendí cuál era su intención.

Fallon dejó de apuntar a Pike y dirigió el arma hacia mí. Estaba sudando a mares.

—Es capaz de hacerlo. Los dos lo somos. ¡Si nos dais el dinero podéis quedaros el niño!

—Lo matarías de todas formas.

Todo sucedió en décimas de segundo, quizás en menos tiempo.

Nos tenían y nosotros los teníamos a ellos, pero Ben estaba atrapado en medio.

—¿Ben? —dije. El chico estaba aterrorizado—. Voy a llevarte con tu madre. ¿Lo oyes? Voy a devolverte a tu madre. Joe, ¿tienes controlado a Fallon?

—Sí.

Bajé la escopeta.

Fallon volvió a apuntar a Joe y al cabo de un instante me encañonó otra vez. No sabía cuál era mi plan, y eso le asustaba.

—¡Mazi!

—¡Me lo cargo! —gritó Ibo.

Coloqué la escopeta con la boca hacia arriba, para demostrarles que no pensaba disparar, y la apoyé en el suelo. Me enderecé, observando a Mazi, y después di un paso hacia él. Fallon volvió a apuntarme.

—¡Vamos a matarlo, Cole! —amenazó Fallon—. ¡Y a ti también!

Me aproximé más a Ben.

—¡Voy a hacerlo! —chilló Ibo.

—Ya lo sé. Fallon y tú sois dos animales capaces de eso y mucho más.

Les hablaba en voz baja, con un tono normal, como si estuviera haciendo un comentario de lo más corriente sobre su marca de café preferida. Me detuve a medio metro de Ben. Fallon estaba detrás de mí, por lo que no podía verlo, pero Pike también había quedado a mis espaldas. Sonreí a Ben en silencio, dándole a entender

que, del mismo modo que yo confiaba en Joe, él tenía que confiar en mí. Todo saldría bien, porque había ido a buscarlo para llevarlo a casa, y eso era lo que pensaba hacer.

—Cuando quieras, campeón. Vámonos a casa.

De ese modo le daba permiso. Le decía que adelante, que hiciera lo que tenía en la cabeza y que yo lo cubriría.

Ben Chenier levantó el brazo con el que aferraba la estrella de plata, que semejaba una garra. Le clavó la condecoración a Ibo en los ojos y tiró hacia abajo. Ibo estaba concentrado en mí y lo pilló desprevenido. Se estremeció y agachó la cabeza. Fue entonces cuando actué. Coloqué los dedos detrás de la hoja y la doblé para apartarla de la garganta de Ben en el momento en que los disparos estallaban detrás de mí. La navaja me hizo cortes profundos en los dedos, pero seguí agarrándola con fuerza y doblé la mano de Ibo hacia atrás por la muñeca. Ben cayó al suelo y quedó libre. Se oyó otro disparo y después otro. No tenía ni idea de lo que sucedía en el otro extremo de la habitación. No podía mirar.

## PIKE

Cuando Cole dejó la escopeta en el suelo y se dirigió hacia Ibo, Fallon tomó ventaja. Pike no podía disparar mientras Ben corriera peligro; si le daba a Fallon, Ibo mataría al niño; si le daba a Ibo, Fallon acabaría con él en el mismo instante y después seguiría con Cole. Pike decidió que, si conseguía un buen ángulo desde el que acertarle en el córtex a Ibo sin problemas, lo aprovecharía aunque eso significara que Fallon lo mataría. Sí, le pegaría un tiro y después se volvería hacia Cole, pero éste podría ser lo bastante rápido y recuperar la escopeta antes de que el secuestrador girase del todo. Sin embargo, Ibo no era idiota, y a Pike casi la dio la impresión de que se daba cuenta de lo que estaba pensando; sostenía al niño bien alto, y con la cabeza de éste protegía la suya propia. Pike no podía acertar. Decidió volver a apuntar a Fallon.

Se fijó en que éste miraba de un lado a otro mientras sopesaba sus posibilidades: podía esperar a ver qué hacía Cole o pegarle un tiro a Pike y después probar suerte con Cole. De la primera forma, Fallon quedaba a expensas de Cole, pero si era el primero en apretar el gatillo la situación dependería más de él y tendría cierto control. Cole tenía la cara enrojecida y parecía aturdido. Fallon debía de considerarlo una ventaja. Estaría pensando que con Cole herido se le ofrecía una buena oportunidad de tumbar a Pike cuando quisiera, y luego aún le quedaba la posibilidad de ser también más rápido que Cole. Pike se preguntó si Fallon estaría al corriente de su lesión de hombro. Fallon era de la Delta; sería capaz de utilizar cualquier punto débil que encontrara.

«Va a disparar primero», pensó Pike.

La frente de Fallon flotó por encima de la punta de la pistola de Pike, que tembló.

El corazón parecía a punto de estallarle y le caía el sudor por las sienes. Fallon también sostenía la pistola en alto, apuntando a Pike al tiempo que éste lo encañonaba a él, pero había una diferencia: tenía el pulso firme. Y debía de advertir el temblor de la pistola de Pike, quien se percató de que el otro observaba algo. Fallon había detectado su punto débil. Sus pistolas estaban casi pegadas la una a la otra.

La de Fallon subió un par de centímetros. Fallon había decidido que podía ganar y estaba preparándose para abrir fuego.

*El oso cerró las mandíbulas de golpe. Estaba colocándose para lanzarse sobre la presa.*

Pike miró de reojo a Elvis y luego a Ben. Sentía resbaladiza la empuñadura de madera de la pistola, y respiraba entrecortadamente, pero aquello no tenía nada que ver con el oso. El oso nunca había sido lo importante. *Su madre se acurrucó bajo la mesa de la cocina; lloraba y sangraba, y su padre seguía dándole patadas; Joe tenía ocho años y no podía hacer nada; aquel hombre empezó a perseguir a su hijo, indefenso, y le rompió la nariz, y después le atizó con el cinturón; y así era siempre, noche tras noche.* Lo importante era proteger a la gente que amaba, costara lo que costase: no había nada peor que no levantar un dedo, ni siquiera la muerte. Podía vencer el oso, pero había que ponerse en pie y plantarle cara. Joe Pike tenía que plantar cara.

Hizo acopio de valor en espera de la bala de Fallon y después volvió a mirar a Ibo con la esperanza de encontrar un ángulo que le permitiera disparar, pero seguía escondido detrás de Ben. Se volvió otra vez hacia Fallon, con la pistola bien firme.

«Antes de morir, te mato», pensó Pike.

Entonces Ibo gruñó de una forma que los sorprendió a los dos. Pike detectó un movimiento repentino y fugaz con el rabillo del ojo. Ibo y Cole estaban luchando. Fallon se volvió para ver qué sucedía y Pike encontró su oportunidad. Apretó el gatillo en el instante mismo en que Eric Schilling entraba a toda prisa en la habitación y se lanzaba contra la espalda de Pike, que cayó sobre Fallon. Pike sintió una terrible punzada de dolor en el hombro y la 357 escupió fuego justo a la derecha de Fallon, sin hacerle ni un rasguño. Fallon se movió a una velocidad sobrehumana. Apartó la pistola de Pike, cogió a éste por el brazo con que la empuñaba y después dirigió la suya hacia la cabeza de su adversario, que se hizo a un lado. Sin embargo, Schilling le propinó un puñetazo en el cuello y le agarró el otro brazo, el malo. El hombro soltó otro latigazo de dolor que le hizo gritar instintivamente. Cayó de rodillas para soltarse de Schilling, le envolvió las piernas con el brazo malo y se las levantó. Sintió de nuevo el dolor, pero Schilling perdió el equilibrio. En aquel mismo instante, Fallon le dio un culatazo en la cara y apoyó la boca del cañón del arma en su hombro. Fallon era rápido, pero Pike no le iba a la zaga. Aferró la muñeca de Fallon en el instante en que disparaba. No lo soltó. Lo tenía agarrado, pero con el brazo malo podía hacer poca fuerza. Se le estaba escapando. Fallon le dio un cabezazo en la mejilla y después le atizó un rodillazo en la entrepierna. Pike notó el dolor. En el rincón, Ibo y Cole

seguían enredados en una lucha tan inmóvil como mortífera, pero Ben se había refugiado junto a su padre. Schilling se puso de rodillas con esfuerzo y acto seguido se dirigió hacia el montón de dinero para agarrar la pistola que había encima. Fallon le propinó otro rodillazo a Pike, pero esta vez éste lo cogió por la pierna y, sin soltarla, lo empujó. Se desmoronaron juntos. Con el impacto, Fallon soltó su arma, que salió volando. A medio metro de ellos, Schilling se hizo con la otra pistola y giró sobre sus talones para disparar contra Pike, pero éste se apartó de Fallon rodando, se hizo con su arma y apretó el gatillo desde el suelo. Alcanzó por dos veces en el pecho a Eric Schilling, que gritó y disparó como un loco contra la pared. Pike disparó otro tiro que se llevó por delante la sien de Schilling. Rodando otra vez se acercó a Fallon, pero éste atrapó la pistola con ambas manos. Los dos tenían el arma, y el arma estaba entre ambos. Fallon contaba con dos brazos buenos, en tanto que Pike sólo con uno. Ambos tenían la cara bañada de sudor y sangre e intentaban orientar el arma hacia su rival. Pike sentía punzadas cada vez más intensas en el brazo a medida que el hombro se le agarrotaba. Fallon resoplaba debido al esfuerzo. Pike llegó al límite de sus fuerzas, y la pistola empezó a girar lentamente hacia su pecho.

Se dijo que si tenía que morir podía ser perfectamente allí y, por qué no, haciendo lo que estaba haciendo.

Pero aún no.

Rebuscó en lo más profundo de su interior, en un mundo verde y frondoso lleno de paz y tranquilidad. Era el único lugar en el que de verdad podía sentirse libre, seguro en su soledad y a gusto consigo mismo. En aquel instante regresó a aquel lugar íntimo y allí hizo acopio de fuerzas.

Miró los ojos de animal de Fallon, quien se dio cuenta de que algo había cambiado. En su rostro se reflejó el miedo.

Los labios de Pike se curvaron ligeramente.

La pistola se desplazó hacia Fallon.

## COLE

Mientras Ibo intentaba girar el cuchillo, las cicatrices de su rostro despedían un resplandor violeta. Era un hombre corpulento y fuerte, y quería vivir, pero yo apretaba tanto que la habitación se oscureció a mi alrededor y se llenó de motitas de luz. Oí que el brazo se quebraba con un crujido y que la muñeca cedía. Ibo soltó un gemido. Detrás de mí se oyeron más disparos, pero parecían proceder del mundo de otra persona, no del mío.

El cuchillo se posó en la cuenca de la base de la garganta de Ibo, que intentó apartarme de él, pero me aferré a su brazo roto y empujé. Cuando la hoja entró emitió un silbido. Apreté más. El cuchillo penetró más. Ibo abrió desmesuradamente los ojos. Apreté hasta que el cuchillo entró del todo, y entonces Ibo emitió un largo

suspiro hasta que sus ojos perdieron todo brillo.

Lo solté y lo vi caer. Se derrumbó como un árbol enorme y tardó una eternidad en estrellarse contra el suelo.

Me volví. Casi no me sostenía en pie. Vi a Eric Schilling hecho una bola en medio de un montón de dinero. Ben estaba con Richard. Pike y Fallon luchaban, en el suelo. Recogí la escopeta y di un par de pasos tambaleándome. Apunté a la cabeza de Fallon.

—Se acabó.

Levantó la vista.

—Se acabó, hijo de puta —repetí—. Ha llegado tu hora.

Fallon miró fijamente la boca del cañón de la escopeta y después a mí. Entre ambos había una pistola.

Apunté.

—Suéltala, Fallon. Suéltala.

Miró a Pike y después asintió.

El arma que había entre los dos escupió un único disparo ensordecedor. Creí que quien había recibido el impacto era Joe, pero el que se desplomó de espaldas contra la pared fue Fallon. Pike se apartó rodando con bastante agilidad y empuñó la pistola. Estaba listo en caso de que el otro lo atacara, pero Fallon se limitó a mirarse el agujero que tenía en el pecho. Parecía sorprendido de verlo, aunque se lo había hecho él mismo. Levantó la vista hacia nosotros y después murió.

—¿Ben? —dije.

Me tambaleé hacia un lado y caí sobre una rodilla. Me hice daño. Me sangraba mucho la mano. También me dolía.

—¿Ben?

El chico estaba intentando ayudar a su padre a levantarse. Richard gemía, por lo que me di cuenta de que seguía aguantando. Pike evitó que me diera de bruces contra el suelo y me colocó un pañuelo en la mano.

—Véndala y mira a ver qué tal está Ben. Voy a llamar una ambulancia.

Intenté levantarme, pero no lo logré, así que me arrastré hasta Ben Chenier. Lo abracé y susurré:

—Te he encontrado, Ben. Ya te tengo. Voy a devolverte a tu madre.

Ben se estremeció como si estuviera aterido y balbuceó unas palabras que no comprendí. Pike llamó una ambulancia y después nos apartó con delicadeza. Se quitó el cinturón y con él le hizo un torniquete en la pierna a Richard. Después utilizó la camisa de Schilling para restañar la herida del vientre. Durante todo el rato mantuve a Ben entre mis brazos.

—Te tengo —musité—. Ya te tengo.

Oí las sirenas cuando las lágrimas de Ben empezaban a derramarse sobre mi pecho.

# **QUINTA PARTE**

## **EL REENCUENTRO**

La ambulancia llegó antes que el primer coche patrulla. Ben quería ir al hospital con su padre, pero los enfermeros, muy acertadamente, no se lo permitieron. Se acercaban más sirenas. Debía de ser la policía.

—Ya espero yo —dijo Pike—. Tú llévate a Ben.

El chico y yo cruzamos la calle hasta mi coche. El perro seguía aullando, y pensé que quizás estuviese solo. La gente de las casas de alrededor se agolpaba en los jardines delanteros y observaba la ambulancia. Vivir allí ya no iba a ser lo mismo.

Abracé a Ben hasta que llegó el primer coche patrulla. No hacían una entrada triunfal con un frenazo chirriante como en la televisión, sino que recorrían lentamente la calle porque no sabían qué iban a encontrarse. Nos subimos a mi coche.

—Vamos a llamar a tu madre —propuse.

Cuando Lucy advirtió que era yo, preguntó:

—¿Cómo está Ben? Por el amor de Dios, dime que se encuentra bien.

Le temblaba la voz.

—Se encuentra bien, dadas las circunstancias. Ha sido terrible, Luce. Espantoso.

—Gracias, gracias, Dios mío. ¿Y Richard?

Ben permaneció en silencio a mi lado mientras yo le contaba a su madre lo sucedido. Me cuidé de hablar demasiado: no sabía si Ben estaba al corriente de la participación de Richard en todo aquello, y no quería que se enterase por mí. Podían contárselo Lucy y Richard, o quizá no pensaban decírselo jamás. Si ella me pedía que me comportara como si todo aquello no hubiera sucedido, estaba dispuesto a hacerlo. Si quería que se lo ocultara a Ben, me callaría. Si me pedía que mintiera a la policía y ante el juez para encubrir al padre del chico, también accedería.

Le dije adónde se llevaban a Richard y me ofrecí a ir con Ben hasta su casa o directamente al hospital. Contestó que prefería lo segundo y me pidió hablar con su hijo.

Le pasé el teléfono a Ben.

—Tu madre.

Ben no dijo nada de camino al hospital, pero me cogió del brazo y no lo soltó. Yo pasé un brazo por sus hombros y lo atraje hacia mí.

Llegamos antes que ella. Nos sentamos en un largo banco de la sala de espera de urgencias, muy juntos. A Richard Chenier le quedaban dieciocho horas de quirófano por delante. Fue una intervención muy larga.

Se presentaron dos inspectores de Los Ángeles Oeste con un sargento de uniforme. Preguntaron a la enfermera de admisiones por la víctima de arma de fuego y después el inspector de más edad se acercó a nosotros. Era rubio, con el pelo corto, y llevaba gafas.

—Perdone, ¿están esperando al hombre que ha recibido varios disparos?

—No.

—¿Qué tiene en los pantalones?

—Salsa de barbacoa.

Siguió preguntando a los demás.

—¿Por qué has dicho que no? —quiso saber Ben.

—Tu madre está a punto de llegar. No quiero que acabemos encerrados en una habitación con esos tíos.

Me pareció que lo comprendía.

Observé a los policías hasta que volvieron al mostrador de admisiones y después me incliné hacia Ben. Era un niño de diez años. Me pareció minúsculo. Y muy joven.

—¿Qué tal estás? —le pregunté.

—Bien.

—Hoy has visto cosas tremendas. Y te han sucedido cosas muy, muy malas. No pasa nada si estás asustado. Si quieres hablar, cuenta conmigo.

—No he tenido miedo.

—Pues yo sí. Yo he pasado mucho miedo. Ahora mismo sigo estando asustadísimo.

Ben me miró y después frunció el entrecejo.

—Bueno, a lo mejor sí que he tenido un poco de miedo.

—¿Quieres una Coca-Cola o algo?

—Sí. Vamos a ver si tienen Sprite.

Estábamos buscando la máquina de refrescos cuando entró Lucy por las puertas correderas. Daba zancadas tan largas que casi parecía que corría. La vimos antes de que ella advirtiese nuestra presencia.

—¡Lucy! —la llamé.

—¡Mamá! —exclamó Ben, y echó a correr hacia ella.

Lucy se vino abajo entre lloros. Abrazó a Ben con tanta fuerza que casi parecía que intentaba aplastarlo. Lo cubrió de besos y de lágrimas, pero a él no le importó. Todos los niños quieren eso de su madre, lo reconozcan o no. Sobre todo en días como aquél. Estoy convencido. No me cabe duda alguna.

Me acerqué. Me quedé a su lado. Si llamamos la atención de los policías, éstos tuvieron el detalle de no inmiscuirse.

Lucy abrió los ojos y me vio. Derramó más lágrimas y después me abrazó.

—Te lo he devuelto —dije.

—Sí. Sí, lo has conseguido.

Les estreché entre mis brazos con todas mis fuerzas, pero no me bastó.



Dieciséis días después, Lucy fue a verme a casa para despedirse. La tarde era soleada y fresca. No planeaban halcones en el cielo y ya ni me acordaba de la última vez que había oído aullar a los coyotes, pero el búho había regresado al pino. Aquella noche me había llamado.

Lucy y Ben habían dejado el piso de Beverly Hills. Ella había abandonado el trabajo. Volvían a Baton Rouge. Volvían a Luisiana. Ben ya estaba allí, con sus abuelos. Yo lo entendía; sí, de verdad. La gente normal no vivía cosas como aquella ni tenía por qué.

No volvían para estar con Richard.

—Después de todo lo que le ha pasado —explicó Lucy—, Ben tiene que estar rodeado de gente que lo quiere, en lugares que conoce. Tiene que sentirse a salvo, protegido. He alquilado una casa en nuestro antiguo barrio. Recuperará a sus amigos de siempre.

Estábamos en el porche. De pie, apoyados en la barandilla, uno al lado del otro. Durante aquellos dieciséis días habíamos charlado muchas veces. Habíamos hablado de lo que iba a hacer, pero aún la notaba incómoda, violenta. De repente, nos despedíamos. De repente, Lucy se marchaba. Eso sí, no tardaría mucho en volver a verme; Richard había sido acusado de organizar el secuestro.

Aquella tarde ninguno de los dos dijo gran cosa; ya estaba casi todo dicho. Estar con ella aún me resultaba reconfortante. Lo nuestro había sido tan maravilloso, tan magnífico, que no nos merecíamos sentirnos incómodos o resentidos en el momento de ponerle fin. No era mi intención.

Le sonreí, sin más, con mi mejor sonrisa de buen chico, de hombre juguetón. De valiente.

—Luce, ya me lo has explicado ochocientas veces. No tienes que repetírmelo. Lo comprendo. Creo que es lo mejor para Ben.

Asintió, pero seguía estando incómoda. Se me ocurrió que quizá se tratara de una situación incómoda al fin y al cabo.

—Voy a echarte de menos —dije—. Y a Ben. En realidad, ya os echo de menos.

Lucy cerró los ojos con fuerza, los abrió y se quedó mirando fijamente el cañón. Se inclinó más sobre la barandilla, quizá con la esperanza de que no me diera cuenta o quizá porque trataba de ver algo que aún no había visto.

—Dios mío, qué poco me gusta esta parte —confesó.

—Lo haces por Ben y por ti. Es lo que os conviene. Me basta.

Se apartó de la barandilla y se acercó a mí. Hice un esfuerzo sobrehumano para no echarme a llorar.

—No lo digas —susurré—. No lo digas, por favor.

—Mientras ya lo sepas...

Lucy Chenier dio media vuelta y cruzó corriendo la casa. Se oyó un portazo y después el motor de su coche, alejándose.

—Adiós.

Dos días después de que Lucy se hubiera ido sonó el teléfono. Era Starkey.

—En la vida he visto a un gilipollas con más suerte que tú.

—¿Quién habla?

—Muy gracioso. Ja, ja.

—¿Qué tal?

Joe Pike y yo estábamos pintando el porche. Después pensábamos pintar dentro de casa. Luego a lo mejor me ponía a lavar el coche.

—No te molestes —añadí—, pero estoy esperando una llamada de mi abogado. Tengo un asuntillo pendiente. Algo relacionado con un robo con agravantes.

Pike, que estaba en el otro extremo, giró la cabeza. Tenía las manos y los brazos de color gris por haber estado lijando masilla seca. La oficina postal que habíamos destrozado era propiedad de un tal Fadhim Gerella. Le habíamos pagado los destrozos que habíamos ocasionado en el local, así como una cantidad suplementaria como compensación por el tiempo que había tenido que cerrar el negocio. El señor Gerella había quedado satisfecho y no nos había denunciado, pero el fiscal del distrito de San Gabriel se empeñaba en ir tras nosotros.

—Sí que te va a llamar tu abogado —anunció Starkey—, pero antes te voy a dar yo la noticia.

—¿Qué noticia?

Pike aguzó el oído.

—Acabo de hablar del tema con un colega de Parker. Estás fuera de peligro, Cole, y tu amiguito, el que va pegado a unas gafas de sol, también. Los gobiernos de Sierra Leona, Angola y El Salvador han intercedido por vosotros. Son tres gobiernos de tres países, joder. Sois dos colgados, pero habéis conseguido atrapar a tres cabrones acusados de genocidio. No, si hasta os darán una medalla.

Me senté en el suelo.

—No te oigo, Cole —dijo—. ¿Estás ahí?

—Espera.

Tapé la bocina con la mano e informé a Pike, que siguió lijando y no levantó la cabeza ni por un instante.

—Esto se merece una celebración, ¿no? Va, invito a *sushi* y a ocho o diez copas —propuso Starkey—. Mejor aún, ¿qué te parece si me dejas invitar? Salgo barata. Como no bebo...

—¿Quieres sacarnos a tomar algo?

—A Pike no, idiota. Sólo a ti.

—Starkey, ¿estás pidiéndome una cita?

—Pero, hombre, qué creído eres.

Me limpié el sudor y el polvo de los ojos y me quedé mirando la inmensidad del cañón.

—¿Oye? ¿Qué pasa, Cole, te has desmayado de emoción?

—No te lo tomes a mal, Starkey. Me gusta que me lo pidas, pero no es buen momento.

—Vale. Lo entiendo.

—Es que lo he pasado bastante mal.

—No, si lo comprendo, Cole. Da igual. Oye, ya te llamaré, ¿vale?

Colgó. Dejé el teléfono y una vez más contemplé el cañón. Por encima de la sierra flotaba una manchita oscura. Al poco se le unió otra. Me acerqué a la barandilla y las observé. Sonreí. Los halcones habían vuelto.

—Llámalá —dijo Pike.

Entré en casa con el teléfono y, al cabo de un rato, marqué el número.

*Últimamente el sueño se repite, casi todas las noches, en ocasiones más de una vez. El cielo se oscurece; las ramas retorcidas de un roble se balancean, cargadas de musgo; la suave brisa nocturna empieza a agitarse con rabia y miedo. Estoy otra vez en el mismo lugar, un lugar sin nombre lleno de tumbas y monumentos. Bajo la mirada hacia el rectángulo negro y duro, muerto de ganas de saber qué se esconde en la tierra, pero no hay ningún nombre que señale ese lugar de reposo. Me he pasado la vida buscando los secretos que desconozco.*

*La tierra me llama.*

*Me agacho. Apoyo las palmas de las manos sobre el mármol y el frío me hace soltar un grito ahogado. El hielo trepa por mis brazos como si se me hubieran metido hormigas por debajo de la piel. Me pongo en pie de un salto e intento huir, pero las piernas no me responden.*

*El viento arrecia y dobla los árboles. Las sombras titilan al final de la zona iluminada y unas voces susurran.*

*De entre la niebla surge mi madre. Es joven, como entonces, y frágil como el aliento de un recién nacido.*

*—¡Mamá! ¡Ayúdame, mamá!*

*Flota en el viento como un espíritu.*

*—¡Por favor, tienes que ayudarme!*

*Extiendo los brazos. Ruego al cielo que me tome la mano, pero ella sigue allí, suspendida en el aire, sin responder, como si no me viera. Quiero que me salve de los secretos que me rodean. Quiero que me proteja de la verdad.*

*—Tengo miedo. No quiero estar aquí, pero no sé cómo irme. No sé qué hacer.*

*Ardo en deseos de sentir su cariño. Necesito el refugio de su abrazo. Intento acercarme a ella, pero tengo los pies totalmente arraigados.*

*—No puedo moverme. Ayúdame, mamá.*

*Entonces me ve. Sé que me ve porque se le llenan los ojos de tristeza. Extiendo los brazos hasta que me duelen los hombros, pero está demasiado lejos. Me enfurezco. La odio y la quiero en el mismo instante terrible.*

*—Maldita sea, ya no quiero estar solo. Nunca he querido estar solo.*

*El viento se convierte en un rugido; se lleva una parte de ella, como si estuviera hecha de humo.*

*—¡Por favor, mamá! ¡No me abandones otra vez!*

*Se resquebraja como si fuera un rompecabezas. El aire se lleva una pieza. Y luego otra.*

*—¡Mamá!*

*Los pedazos que habían formado el cuerpo de mi madre salen volando. No queda ni una sombra. Ni siquiera una sombra.*

*Ha desaparecido. Me ha abandonado.*

*Me quedo mirando la tumba, destrozado. De esa forma extraña en que suceden las cosas en esta vida, aparece una pala en mis manos. Si cavo, encontraré; si encuentro, comprenderé.*

*Se abre la tierra negra.*

*Queda al descubierto el ataúd.*

*Una voz que no es la mía me ruega que me detenga, que no mire, que me proteja de lo que me espera allí, pero ya me da igual. Estoy solo. Quiero saber la verdad.*

*Meto las manos en la tierra fría y levanto la tapa con los dedos. Las astillas me perforan la carne. Al abrirse, el ataúd emite un chillido.*

*Me quedo mirando el cuerpecillo y me miro a mí mismo.*

*El niño soy yo.*

*Abre los ojos. Solloza de alegría cuando lo saco de la tierra y me echa los brazos al cuello. Nos abrazamos con desesperación.*

*—Tranquilo —le digo—. Ya te he encontrado, y no voy a abandonarte jamás.*

*El viento descarga toda su furia. Las hojas vuelan sin rumbo por entre las tumbas y la bruma cargada de humedad atraviesa la ropa, pero lo único que me importa es haberle encontrado.*

*Su risa es como una campanilla en la oscuridad. La mía también.*

*—No estás solo —lo consuelo—. Nunca lo estarás.*